



Julia Quinn

*A Night  
Like This*



## A Night Like This

(Smythe-Smith Quartet #1)

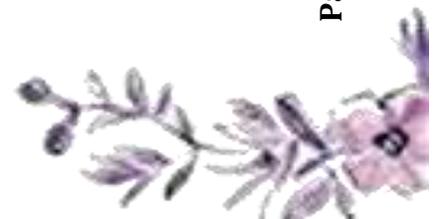
Julia Quinn

**A** *nne Wynter podría no ser quien dice ser...*

Pero ella se las arregla muy bien como institutriz de tres jóvenes mujeres de alta cuna. Su trabajo puede ser un desafío, en una sola semana ella se encuentra escondida en un armario lleno de tubas, interpretando a una reina malvada en una obra que podría ser una tragedia (o podría ser una comedia, nadie está seguro), y atendiendo las heridas del oh-tan-elegante Conde de Winstead. Después de años de esquivar avances deseados, es el primer hombre que verdaderamente la ha tentado, y cada vez es más y más difícil recordarse a sí misma que una institutriz no tiene por qué coquetear con un noble.

*Daniel Smythe-Smith podría estar en peligro de muerte...*

Pero eso no va a detener al joven Conde de enamorarse. Y cuando espía a una misteriosa mujer en la velada musical anual de su familia, jura perseguirla, incluso si eso significa pasar sus días con una de diez años de edad, quien piensa que es un unicornio. Pero Daniel tiene un enemigo, alguien que se ha comprometido a verlo muerto. Y cuando Anne es lanzada al peligro, no se detendrá ante nada para asegurar su final feliz...





# Contenido

Sinopsis	Capítulo 8	Capítulo 17
Prólogo	Capítulo 9	Capítulo 18
Capítulo 1	Capítulo 10	Capítulo 19
Capítulo 2	Capítulo 11	Capítulo 20
Capítulo 3	Capítulo 12	Capítulo 21
Capítulo 4	Capítulo 13	Capítulo 22
Capítulo 5	Capítulo 14	Epílogo
Capítulo 6	Capítulo 15	The Sum of All Kisses
Capítulo 7	Capítulo 16	Julia Quinn





# Prólogo

*Traducido por Aria25*

*Corregido por Marina012*

*W*

instead, maldito tramposo!

Daniel Smythe-Smith parpadeó. Estaba un poco borracho, pero *pensó* que alguien acababa de acusarle de hacer trampas con las cartas. Le había tomado un momento estar seguro; había sido el Conde de Winstead por apenas un año, y todavía a veces se le olvidaba darse la vuelta cuando alguien lo llamaba por su título.

Pero no, él era Winstead, o más bien Winstead era él, y...

Su cabeza osciló de arriba a abajo y luego dio una sacudida. ¿Qué era lo que había estado pensando?

Oh, cierto.

—No —dijo lentamente, todavía bastante desconcertado por todo esto. Levantó su mano para protestar, porque estaba bastante seguro de que no había estado haciendo trampas. De hecho, después de aquella última botella de vino, era posiblemente la única cosa de la que estaba seguro. Pero no consiguió decir nada más. De hecho, apenas fue capaz de saltar fuera del camino cuando la mesa vino hacia él.

¿La mesa? Santo infierno, ¿cómo de borracho estaba?



Efectivamente, la mesa estaba ahora de lado y las cartas estaban en el suelo, y Hugh Prentice le estaba gritando como un lunático.

Hugh debía estar borracho también.

—No he hecho trampas —dijo Daniel. Levantó sus cejas y parpadeó, como si el movimiento de búho pudiera eliminar la vaporosa capa de intoxicación que parecía oscurecer, bueno, todo. Miró a Marcus Holroyd, su mejor amigo, y se encogió de hombros—. Yo no hago trampas.

*Todo* el mundo sabía que él no hacía trampas.

Pero Hugh claramente había perdido la cabeza, y Daniel solo podía mirarlo fijamente mientras él deliraba, agitando los brazos, alzando la voz. Le recordaba a un chimpancé, pensó Daniel con curiosidad. Sin todo el pelaje.

—¿De qué está hablando? —preguntó, a nadie en particular.

—No hay forma de que pudieras haber tenido el as —clamó Hugh. Se tambaleó hacia él, uno de sus brazos extendidos en una acusación inestable—. El as debería haber estado sobre... sobre... —Sacudió su mano a algún lugar en las proximidades donde había estado la mesa—. Bueno, no deberías haberlo tenido —murmuró.

—Pero lo tenía —le dijo Daniel. No con enfado, ni siquiera a la defensiva. Solo como un hecho, y con una especie de encogimiento de hombros *qué-más-hay-para-decir*.

—No podías —replicó Hugh—. Sé todas las cartas de la baraja.

Era verdad. Hugh siempre sabía cada carta en la baraja. Su mente era monstruosamente aguda en ese sentido. Podía hacer matemáticas en su cabeza, también. Del tipo complicado, con más de tres dígitos y tomar prestado y llevar y toda esa molestia que habían sido obligados a practicar sin cesar en la escuela.

En retrospectiva, Daniel probablemente no debería haberle retado a un juego. Pero había estado buscando diversión, y honestamente, había esperado perder.

Nunca nadie ha ganado una partida de cartas contra Hugh Prentice.

Excepto, aparentemente, él.

—Extraordinario —murmuró Daniel, mirando abajo a las cartas. Es cierto que ahora estaban esparcidas por el suelo, pero él sabía lo que eran. Había estado tan sorprendido como cualquier otro cuando bajó la carta ganadora—. He ganado —anunció, aunque tenía la sensación de que ya lo había dicho. Se volvió hacia Marcus—. Te lo imaginas.

—¿Siquiera le estás escuchando? —susurró Marcus. Aplaudió las manos delante de la cara de Daniel—. ¡Despierta!

Daniel frunció el ceño, arrugando la nariz ante el zumbido en sus oídos. De verdad, eso había estado fuera de lugar.

—Estoy despierto —dijo.

—Voy a tener la satisfacción —gruñó Hugh.

Daniel lo miró con sorpresa.

—¿Qué?

—Cuenta tus segundos.

—¿Estás retándome a un duelo? —Porque eso era lo que parecía. Pero, de nuevo, *estaba* borracho. Y pensó que Prentice también lo estaba.

—Daniel —gruñó Marcus.

Daniel se volvió.

—Creo que me está retando a un duelo.

—Daniel, *cállate*.

—Pff. —Daniel apartó a Marcus con un gesto de la mano. Lo quería como a un hermano, pero podía ser pesado a veces—. Hugh —dijo Daniel al furioso hombre delante de él—. No seas ridículo.



Hugh rió.

Daniel saltó fuera del camino, pero no lo suficientemente rápido, y ambos se fueron a estrellarse contra el suelo. Daniel tenía unos cuatro kilos y medio en Hugh, pero Hugh tenía rabia, mientras Daniel solo tenía desconcierto, y Hugh consiguió al menos cuatro golpes antes de que Daniel lograra incluso el primero.

E incluso ese no hizo contacto porque Marcus y otras pocas personas más saltaron entre ellos, separándolos.

—Eres un maldito tramposo —rugió Hugh, luchando contra los dos hombres que lo sujetaban hacia atrás.

—Eres un idiota.

El rostro de Hugh se oscureció.

—Voy a tener mi satisfacción.

—Oh, no, no la tendrás —escupió Daniel. En algún momento, probablemente cuando Hugh le dio un puñetazo en la mandíbula, la confusión de Daniel había dado paso a la furia—. *Yo* tendré satisfacción.

Marcus gruñó.

—¿El Parche Verde? —dijo Hugh con frialdad, refiriéndose al apartado lugar en Hyde Park donde los caballeros resolvían sus diferencias.

Los ojos de Daniel se dirigieron contra los de él.

—Al amanecer.

Hubo un profundo silencio mientras todos esperaban a que alguno de los hombres entrara en razón.

Pero no lo hicieron. Por supuesto que no.

La esquina de la boca de Hugh se levantó.





—Que así sea.

\* \* \*

—Oh, maldito infierno —gruñó Daniel—. Mi cabeza duele.

—En serio —dijo Marcus sarcásticamente—. No puedo imaginarme como pudo ser eso.

Daniel tragó y se frotó el ojo bueno. El que Hugh no había ennegrecido la noche anterior.

—El sarcasmo no te sienta bien.

Marcus lo ignoró.

—Todavía puedes ponerle fin a esto.

Daniel miró alrededor, a los árboles rodeando el claro, a la verde, verde hierba que se extendía frente a él, todo el camino hasta Hugh Prentice y el hombre junto a él, inspeccionando su arma. El sol había salido hace apenas diez minutos, y el rocío de la mañana todavía se aferraba sin aliento a todas las superficies.

—Es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

—Daniel, esto es estúpido. No tiene sentido que dispires una pistola. Probablemente todavía estás ebrio de la noche anterior. —Marcus miró a Hugh con una expresión de alarma—. Y él también.

—Me llamó tramposo.

—No vale la pena morir por eso.

Daniel puso los ojos en blanco.





—Oh, por el amor de Dios, Marcus. Él realmente no va a dispararme.

Otra vez, Marcus miró a Hugh con preocupación.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Daniel desestimó sus preocupaciones poniendo otra vez los ojos en blanco.

—Él errará.

Marcus negó con la cabeza y se acercó para encontrarse con el segundo de Hugh en el medio del claro. Daniel observó mientras inspeccionaban las armas y hablaban con el cirujano.

¿Quién diablos pensó en traer a un cirujano? En realidad, nadie se disparaba entre sí en estas cosas.

Marcus volvió, su expresión siniestra, y le entregó su arma a Daniel.

—Intenta no matarte a ti mismo —murmuró—. O a él.

—Lo haré —dijo Daniel, manteniendo su voz lo suficientemente alegre para molestar a Marcus. Agarró la señal, levantó el brazo, y esperó a la cuenta de tres.

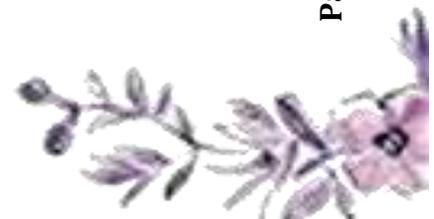
Uno.

Dos.

Tr...

—¡Maldita sea, me has disparado! —gritó Daniel, mirando a Hugh con furioso asombro. Bajó la mirada hacia su hombro, ahora rebosante de sangre. Solo era una herida de músculo, pero buen Dios, dolía. Y era su brazo de disparar—. ¿En qué demonios estabas pensando? —gritó.

Hugh simplemente se quedó ahí mirándolo como un idiota, como si no se hubiera dado cuenta de que una bala pudiera extraer sangre.





—Tú maldito idiota —murmuró Daniel, levantando su arma para disparar de vuelta. Apuntó a un lado, había un bonito y grueso árbol que podría recibir una bala, pero entonces el cirujano se acercó corriendo, parlotando sobre algo, y mientras Daniel se volvía hacia él, se deslizó sobre un área húmeda, y su dedo apretó el gatillo, disparando antes de que lo quisiera.

*Maldita sea*, el retroceso hizo daño. Estúpido...

Hugh gritó.

La piel de Daniel se volvió de hielo, y con creciente terror, levantó los ojos hacia el lugar donde Hugh una vez había estado.

—Oh Dios mío.

Marcus ya estaba corriendo hacia allí, al igual que el cirujano. Había sangre por todas partes; hasta el punto en el que Daniel podía ver que se filtraba a través de la hierba, incluso desde el otro lado del claro. Su arma se deslizó de sus dedos y dio un paso adelante, en trance.

Querido Dios, ¿acababa de matar a un hombre?

—¡Tráiganme mi bolsa! —gritó el cirujano, y Daniel dio otro paso adelante. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ayudar? Marcus ya estaba haciendo eso, junto con el segundo de Hugh, y además, ¿Daniel no acababa de dispararle?

¿Era eso lo que se suponía que un caballero debía hacer? ¿Ayudar a un hombre después de meterle una bala?

—¡Aguanta, Prentice! —suplicaba alguien, y Daniel dio otro paso, y otro, hasta que el olor cobrizo de la sangre le asaltó como un golpe.

—Átalo con fuerza —dijo alguien.

—Va a perder la pierna.

—Mejor que la vida.

—Tenemos que detener la hemorragia.





—Presiona más fuerte.

—¡Mantente despierto, Hugh!

—¡Todavía está sangrando!

Daniel escuchaba. No sabía quién estaba diciendo qué, y no importaba. Hugh se estaba muriendo, justo ahí en la hierba, y él lo había hecho.

Había sido un accidente. Hugh le había disparado. Y la hierba había estado mojada.

Se había resbalado. Buen Dios, ¿sabían que se había resbalado?

—Yo... yo... —intentó hablar, pero no tenía palabras, y de todas formas, solo Marcus le oyó.

—Será mejor que te quedes atrás —dijo Marcus con gravedad.

—Está... —Daniel intentó hacer la única pregunta que importaba, pero se atragantó.

Y luego se desmayó.

\* \* \*

Cuando Daniel volvió en sí, estaba en la cama de Marcus, con un vendaje envuelto con fuerza alrededor de su brazo. Marcus estaba sentado en una silla cercana, mirando por la ventana que brillaba con el sol del mediodía. Con el gemido del despertar de Daniel, se volvió bruscamente hacia su amigo.

—¿Hugh? —preguntó Daniel con voz ronca.

—Está vivo. O al menos lo estaba la última vez que oí.

Daniel cerró los ojos.





—¿Qué he hecho? —susurró.

—Su pierna es un desastre —dijo Marcus—. Le diste a una arteria.

—No pretendía hacerlo. —Sonó patético, pero era verdad.

—Lo sé. —Marcus se volvió a la ventana—. Tienes una terrible puntería.

—Me resbalé. Estaba mojado. —Ni siquiera sabía por qué estaba diciendo eso. No importaba. No si Hugh moría.

Maldita sea, eran amigos. Esa era la parte más estúpida de todo. Eran amigos, él y Hugh. Se conocían desde hacía años, desde su primer trimestre en Eton.

Pero él había bebido, y Hugh había bebido, y todos habían estado bebiendo excepto Marcus, quien nunca bebía más de uno.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó Marcus.

—Duele.

Marcus asintió.

—Es bueno que duela —dijo Daniel, apartando la mirada.

Marcus probablemente asintió otra vez.

—¿Lo sabe mi familia?

—No lo sé —respondió Marcus—. Si no lo saben, lo sabrán pronto.

Daniel tragó. Sin importar lo que pasó, sería un paria, y contagiaría a su familia. Sus hermanas mayores estaban casadas, pero Honoria acababa de hacer su debut. ¿Quién la aceptaría ahora?

Y ni siquiera quería pensar en lo que esto haría a su madre.

—Tendré que abandonar el país —dijo Daniel rotundamente.





—Aún no está muerto.

Daniel se volvió hacia él, incapaz de creer la sencillez de la declaración.

—Si vive, no tendrás que irte —dijo Marcus.

Era verdad, pero Daniel no podía imaginar que Hugh saldría adelante. Había visto la sangre. Había visto la herida. Infiernos, incluso había visto el hueso, al descubierto para que todos lo vieran.

Nadie sobrevivía a ese tipo de lesiones. Si la pérdida de sangre no lo mataba, la infección lo haría.

—Debo ir a verlo —decidió finalmente Daniel, empujándose hacia atrás contra la cama. Sacó las piernas por un lado y casi había tocado abajo cuando Marcus llegó hasta él.

—Esa no es una buena idea —advirtió Marcus.

—Necesito decirle que no pretendía hacerlo.

Las cejas de Marcus se levantaron.

—No creo que eso vaya a importar.

—Me importa a mí.

—El juez puede estar ahí.

—Si el juez me quisiera, ya me habría encontrado aquí.

Marcus consideró eso, luego finalmente se hizo a un lado y dijo:

—Tienes razón. —Le tendió el brazo, y Daniel lo tomó para equilibrarse.

—Jugué a las cartas —dijo Daniel con voz hueca—. Porque eso es lo que hace un caballero. Y cuando me llamó tramposo, le grité, porque eso es lo que hace un caballero.





—No te hagas esto a ti mismo —dijo Marcus.

—No —dijo Daniel sombríamente. Acabaría. Había algunas cosas que tenían que ser dichas. Se volvió hacia Marcus con ojos centelleantes—. Disparé a un lado, porque eso es lo que hace un caballero —dijo con furia—. *Y fallé*. Fallé, y le di a él, y ahora voy a malditamente hacer lo que un *hombre* hace, e ir a su lado, y decirle que lo siento.

—Te llevaré ahí —dijo Marcus. Era todo lo que había por decir.

\* \* \*

Hugh era el segundo hijo del Marqués de Ramsgate, y había sido llevado a la casa de su padre en St. James. No pasó mucho tiempo para que Daniel comprobara que no era bienvenido.

—¡Tú! —tronó Lord Ramsgate, estirando un brazo para apuntar a Daniel como si estuviera identificando al mismísimo diablo—. ¿Cómo te atreves a mostrar tu cara aquí?

Daniel se quedó muy quieto. Ramsgate tenía derecho a estar enfadado. Estaba en shock. Estaba en luto.

—He venido a...

—¿Presentar tus respetos? —cortó Lord Ramsgate burlonamente—. Estoy seguro de que sentirás escuchar que es un poco pronto para eso.

Daniel se permitió un rayo de esperanza.

—¿Entonces vive?

—Apenas.

—Me gustaría disculparme —dijo Daniel rígidamente.





Los ojos de Ramsgate, ya bulbosos, se volvieron increíblemente enormes.

—¿Disculparte? ¿En serio? ¿Crees que una disculpa te va a salvar de la horca si mi hijo muere?

—No es por eso...

—Te *veré* colgado. No creas que no lo haré.

Daniel no lo dudó ni por un segundo.

—Fue Hugh quien emitió el desafío —dijo Marcus en voz baja.

—No me importa quien emitió el desafío —espetó Ramsgate—. Mi hijo hizo lo que se suponía que debía hacer. Apuntó desviado. Pero tú... —Se volvió hacia Daniel entonces, derramando veneno y dolor—. Le disparaste. ¿Por qué hiciste eso?

—No lo pretendía.

Por un momento Lord Ramsgate no hizo nada más que mirar.

—No lo pretendías. *¿Esa* es tu explicación?

Daniel no dijo nada. Sonaba débil a sus propios oídos. Pero era la verdad. Y era horrible.

Miró a Marcus, con la esperanza de algún tipo de silencioso consejo, algo que le indicara qué decir, cómo proceder. Pero Marcus parecía perdido, también, y Daniel supuso que habría de disculparse una vez más e irse si el mayordomo no hubiera entrado en la habitación justo entonces, anunciando que el doctor había bajado de al lado de la cama de Hugh.

—¿Cómo está? —exigió Ramsgate.

—Vivirá —confirmó el doctor—. Siempre que evite la infección.

—¿Y la pierna?





—La conservaré. Otra vez, si evita la infección. Pero cojeará, y podría ser cojo. El hueso estaba astillado. Lo puse lo mejor que pude... —El doctor se encogió de hombros—. No es mucho lo que puedo hacer.

—¿Cuándo sabrá si ha escapado de la infección? —preguntó Daniel. Tenía que saberlo.

El doctor se volvió.

—¿Quién eres tú?

—El diablo que le disparó a mi hijo —siseó Ramsgate.

El médico se echó hacia atrás en estado de asombro, y luego por la propia supervivencia cuando Ramsgate atravesó la habitación.

—Escúchame —dijo con malevolencia, avanzando hasta que él y Daniel estaban casi nariz con nariz—. Pagarás por esto. Has arruinado a mi hijo. Incluso si vive, estará arruinado, con una pierna arruinada, y una vida arruinada.

Un frío nudo de inquietud se arremolinó en el pecho de Daniel. Sabía que Ramsgate estaba molesto; tenía todo el derecho a estarlo. Pero aquí había algo más. El marqués parecía desequilibrado, poseído.

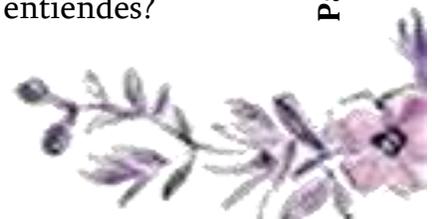
—Si muere —siseó Ramsgate—. Te colgarán. Y si él no muere, si de alguna manera escapas de la ley, te mataré.

Estaban tan cerca el uno del otro que Daniel podía sentir el aire húmedo que escapaba de la boca de Ramsgate con cada palabra. Y mientras miraba a los brillantes ojos verdes del hombre mayor, supo lo que significaba tener miedo.

Lord Ramsgate iba a matarle. Solo era cuestión de tiempo.

—Señor —empezó Daniel, porque tenía que decir algo. No podía quedarse ahí y simplemente aguantarlo—. Debo decirle...

—No, yo te diré —escupió Ramsgate—. No me importa quién seas, o qué título te ha pasado tu padre olvidado de Dios. Vas a morir. ¿Me entiendes?



—Creo que es hora de que nos vayamos —intervino Marcus. Puso su brazo entre los dos hombres y cuidadosamente amplió el espacio entre ellos—. Doctor —dijo, asintiendo hacia el médico mientras conducía a Daniel—. Lord Ramsgate.

—Cuenta tus días, Winstead —advirtió Lord Ramsgate—. O mejor aún, tus horas.

—Señor —dijo Daniel otra vez, intentando mostrar respeto al hombre mayor. Quería hacer esto bien. Tenía que intentarlo—. Debo decirle...

—No me hables —cortó Ramsgate—. No hay nada que puedas decir que podría salvarte. No hay ningún sitio en el que podrás esconderte.

—Si le mata, le colgarán, también —dijo Marcus—. Y si Hugh vive, lo necesitará.

Ramsgate miró a Marcus como si fuera un idiota.

—¿Crees que lo haría yo mismo? Es algo fácil contratar a un asesino. El precio de una vida es bajo la verdad. —Movi6 la cabeza hacia Daniel—. Incluso la suya.

—Debería irme —dijo el doctor. Y huy6.

—Recuerda eso, Winstead —dijo Lord Ramsgate, sus ojos aterrizando en los de Daniel con desd6n venenoso—. Puedes correr, y puedes intentar esconderte, pero mis hombres te encontrar6n. Y no sabr6s quienes son. As6 que nunca los ver6s venir.

\* \* \*

Esas fueron las palabras que persiguieron a Daniel durante los siguientes tres a6os. Desde Inglaterra a Francia, de Francia a Prusia, y de Prusia a



Italia. Los oía en su sueño, en el susurro de los árboles, y en cada paso que venía por detrás. Aprendió a mantener su espalda en las paredes, a no confiar en nadie, ni siquiera en las mujeres con las que de vez en cuando se tomaba su placer. Y aceptó el hecho de que jamás volvería a poner un pie en suelo inglés o ver a su familia, hasta que un día, para su gran sorpresa, Hugh Prentice vino cojeando hacia él en un pequeño pueblo de Italia.

Sabía que Hugh había vivido. Recibía una carta ocasional desde casa. Pero no había esperado verlo otra vez, ciertamente no aquí, con el sol Mediterráneo cociendo la antigua plaza de la ciudad y gritos de *arrivederci* y *buon giorno* cantando por el aire.

—Te he encontrado —dijo Hugh. Extendió su mano—. Lo siento.

Y luego pronunció las palabras que Daniel nunca pensó que escucharía:

—Puedes venir a casa ahora. Te lo prometo.



# Capítulo 1

*Traducido por AariS*

*Corregido por Marina012*

**P**ara una dama que había pasado los últimos ocho años tratando de *no* ser notada, Anne Wynter estaba en una incómoda posición.

En aproximadamente un minuto, se vería obligada a caminar hasta un escenario improvisado, hacer una reverencia a al menos ochenta miembros de la *crème de la crème* de la sociedad londinense, sentarse ante un piano, y tocar.

Que fuera a estar compartiendo escenario con otras tres jóvenes era un consuelo. Las demás músicos —miembros del infame cuarteto Smythe-Smith— tocaban todas instrumentos de cuerda y tendrían que hacer frente a la audiencia. Anne, al menos, podía enfocarse en las teclas de marfil y mantener la cabeza gacha. Con un poco de suerte, la audiencia estaría demasiado centrada en lo horrible que era la música para prestar atención a la mujer de cabello oscuro que había sido obligada a intervenir en el último minuto para tomar el lugar de la pianista, que se había puesto (como su madre declaraba a cualquiera que quisiera escuchar) terriblemente —más aún, catastróficamente— enferma.

Anne no creyó ni por un minuto que Lady Sarah Pleinsworth estuviera enferma, pero no había nada que pudiera hacer, no si quería mantener su posición como institutriz de las tres hermanas menores de Lady Sarah.

Pero Lady Sarah *había* convencido a su madre, que había decidido que el espectáculo debía continuar. Y luego, después de la entrega de una



notablemente detallada historia de los diecisiete años de la velada musical Smythe-Smith, había declarado que Anne ocuparía el lugar de su hija.

—Me dijo una vez que había tocado fragmentos del Cuarteto de Piano No. 1 de Mozart —le recordó Lady Pleinsworth.

Anne lamentaba eso ahora, profundamente.

No parecía importar que Anne no hubiera tocado la pieza en cuestión en más de ocho años, o que nunca la hubiera tocado en su totalidad. Lady Pleinsworth no se entretendría con argumentos, y Anne había sido arrastrada hacia la casa de la cuñada de Lady Pleinsworth, donde tendría lugar el concierto, y le habían dado ocho horas para practicar.

Era ridículo.

Lo único que la salvaba era que el resto del cuarteto era tan malo que los errores de Anne apenas eran perceptibles. De hecho, su único objetivo de la noche era *no* ser notable. Porque verdaderamente no lo quería. Ser notada. Por varias razones.

—Es casi la hora —susurró emocionada Daisy Smythe-Smith.

Anne le ofreció una pequeña sonrisa. Daisy no parecía darse cuenta de que hacía una música terrible.

—Qué alegría la mía —llegó la voz plana y miserable de la hermana de Daisy, Iris. Que se daba cuenta.

—Vamos —dijo Honoria Smythe-Smith, su prima—. Esto será maravilloso. Somos una familia.

—Bueno, ella no —señaló Daisy, sacudiendo la cabeza hacia Anne.

—Lo es esta noche —declaró Honoria—. Y de nuevo, gracias, señorita Wynter. Verdaderamente ha salvado el día.

Anne murmuró unas pocas palabras sin sentido, ya que no pudo decidirse completamente a decir que no era problema en absoluto, o que era un





placer. Le agradaba Lady Honoria. A diferencia de Daisy, se *daba* cuenta de lo espantosas que eran, pero a diferencia de Iris, aún deseaba actuar. Se trataba todo de la familia, insistía Honoria. Familia y tradición. Diecisiete conjuntos de primas Smythe-Smith habían pasado antes que ellas, y si Honoria se salía con la suya, diecisiete más las seguirían. No importaba cómo sonara la música.

—Oh, importa —murmuró Iris.

Honoria pinchó a su prima suavemente con el arco de su violín.

—Familia y tradición —le recordó—. *Eso* es lo que importa.

Familia y tradición. A Anne no le habría importado alguna de ellas. Aunque, en realidad, no había ido tan bien para ella la primera vez.

—¿Pueden ver algo? —preguntó Daisy. Estaba saltando de un pie a otro como una urraca frenética, y Anne ya había retrocedido dos veces, solo para conservar los pies.

Honoria, que estaba más cerca del lugar desde donde harían su entrada, asintió.

—Hay algunos asientos vacíos, pero no muchos.

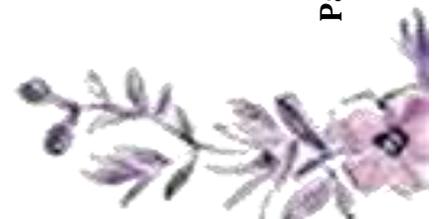
Iris gimió.

—¿Es así todos los años? —Anne no pudo abstenerse de preguntar.

—¿Cómo así? —respondió Honoria.

—Bueno, eh... —Había algunas cosas que una simplemente no podía decir a las sobrinas de su empleadora. Una no hacía, por ejemplo, ningún tipo de comentario explícito acerca de la falta de habilidades musicales de otra joven. O se preguntaría en voz alta si los conciertos eran siempre así de terribles o este año era particularmente malo. Y una definitivamente no preguntaría, *Si los conciertos son siempre tan horrendos, ¿por qué sigue viniendo la gente?*

Justo entonces la quinceañera Harriet Pleinsworth llegó patinando a través de una puerta lateral.





—¡Señorita Wynter!

Anne se dio la vuelta, pero antes de que pudiera decir nada, Harriet anunció:

—Estoy aquí para darle la vuelta a sus páginas.

—Gracias, Harriet. Serás de gran ayuda.

Harriet le sonrió a Daisy, que le ofreció una mirada desdeñosa.

Anne se apartó así nadie la vería poner los ojos en blanco. Aquellas dos nunca se habían llevado bien. Daisy se tomaba a sí misma demasiado en serio, y Harriet no se tomaba nada en serio.

—¡Es la hora! —anunció Honoria.

Hacia el escenario fueron, y después de una breve presentación, comenzaron a tocar.

Anne, por su parte, comenzó a rezar.

Dios querido, nunca había trabajado tan duro en su vida. Sus dedos se desplazaban rápidamente por las teclas, tratando desesperadamente de ir al paso de Daisy, que tocaba el violín como en una carrera.

*Esto es ridículo, ridículo, ridículo*, canturreaba Anne en su mente. Era lo más extraño, pero el único modo de conseguir pasar por ello era seguir hablando consigo misma. Era una pieza musical increíblemente difícil, incluso para intérpretes consumados.

*Ridículo, ridículo ¡Ups!* ¡Do sostenido! Anne extendió el dedo meñique derecho y golpeó la tecla justo a tiempo. Lo que quería decir, dos segundos más tarde de lo que debería haber sido.

Echó una rápida mirada a la audiencia. Una mujer en la primera fila parecía enferma.





*Vuelve al trabajo, vuelve al trabajo.* Dios mío, nota incorrecta. No importa. Nadie lo notaría, ni siquiera Daisy.

Y mientras tocaba, medio se preguntaba si debería simplemente inventarse su parte. No podría hacer que la música fuera peor. Daisy estaba volando a través de su sección, su volumen modulando entre estridente y extremadamente estridente; Honoria era perseverante, cada nota como un paso determinado; e Iris...

Bueno, Iris en realidad era *buena*. No es que importara.

Anne respiró hondo, estirando los dedos durante una breve pausa en la parte de piano. Luego estaba de vuelta a las teclas y...

*Dale la vuelta a la página, Harriet.*

*Dale la vuelta a la página, Harriet.*

—¡Dale la vuelta a la página, Harriet! —siseó.

Harriet le dio la vuelta a la página.

Anne golpeó el primer acorde, entonces se dio cuenta de que Iris y Honoria ya estaban dos franjas por delante. Daisy estaba, bueno, válgame Dios, no tenía ni idea de dónde estaba Daisy.

Anne saltó adelante a donde esperaba que estuvieran el resto de ellas. Por lo menos, estaría en algún lugar en el medio.

—Ha perdido algunas —susurró Harriet.

—No importa.

Y en realidad, no lo hacía.

Y entonces finalmente, oh *por fin*, alcanzaron una sección donde Anne no tenía que tocar durante tres páginas enteras. Se echó hacia atrás, dejó escapar el aliento que había estado conteniendo durante, oh, se sentía como diez minutos, y...





Vio algo.

Se congeló. Alguien estaba observándolas desde la habitación de atrás. La puerta a través de la cual habían entrado al escenario —la que Anne estaba segura que había cerrado con un *clic*— estaba ahora muy levemente entreabierta. Y porque ella era la más cercana a la puerta, por no mencionar la única músico que no tenía que volver de nuevo a ello, podía ver una franja de la cara de un hombre escudriñando a través.

*Pánico.*

Estalló a través de ella, comprimiéndole los pulmones, incendiando su piel. Conocía esta sensación. No venía con frecuencia, gracias a Dios, pero lo suficientemente a menudo. Cada vez que veía a alguien donde alguien no debería estar...

*Para.*

Se obligó a respirar. Estaba en la casa de la Condesa viuda de Winstead. Estaba tan a salvo como podía estar. Lo que necesitaba hacer era...

—¡Señorita Wynter! —siseó Harriet.

Anne saltó a la atención.

—Se perdió su entrada.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Anne frenéticamente.

—No lo sé. No sé leer música.

A pesar de sí misma, Anne miró hacia arriba.

—Pero tocas el violín.

—Lo sé —dijo Harriet miserablemente.

Anne examinó las notas en la página tan rápido como pudo, sus ojos saltando rápidamente de franja en franja.





—Daisy nos está mirando —susurró Harriet.

—Shhh. —Anne necesitaba concentrarse. Pasó la página, hizo su mejor conjetura, y llevó sus dedos abajo a sol menor.

Y luego los deslizó a mayor. Eso estaba mejor.

Siendo *mejor* un término relativo.

Durante el resto de la actuación mantuvo la cabeza baja. No miró hacia arriba, ni a la audiencia, ni al hombre mirándola desde la habitación de atrás. Golpeó a través de las notas con tanta delicadeza como el resto de las Smythe-Smith, y cuando terminaron, se puso de pie e hizo una reverencia con la cabeza aún gacha, murmuró algo a Harriet sobre la necesidad de atenderse a sí misma, y huyó.

\* \* \*

Daniel Smythe-Smith no había planeado volver a Londres en el día de la velada musical anual de su familia, y de hecho, sus oídos estaban deseando fuertemente que no lo hubiera hecho, pero su corazón... bueno, eso era otra historia.

Era bueno estar en casa. Incluso con la cacofonía.

Especialmente con la cacofonía. Nada le decía “hogar” a un varón Smythe-Smith como música mal tocada.

No había querido que nadie lo viera antes del concierto; había estado fuera tres años, y sabía que su vuelta eclipsaría la actuación. La audiencia probablemente se lo habría agradecido, pero lo último que quería era saludar a su familia delante de una multitud de Lords y Ladys, la mayoría de los cuales probablemente pensaban que debería haber permanecido en el exilio.



Pero quería ver a su familia, y tan pronto como había escuchado la música comenzar, se había deslizado silenciosamente en la sala de ensayo, se había acercado de puntillas a la puerta, y la había abierto solo una rendija.

Sonrió. Allí estaba Honoria, sonriendo con esa enorme sonrisa suya mientras atacaba el violín con su arco. No tenía ni idea de que no podía tocar, pobrecita. Sus otras hermanas habían sido iguales. Pero él las amaba por intentarlo.

En el otro violín estaba... cielos, ¿esa era Daisy? ¿No estaba todavía en la escuela? No, suponía que debía tener dieciséis años a estas alturas, todavía no en sociedad, pero ya no era una niña.

Y allí estaba Iris en el chelo, pareciendo miserable. Y en el piano...

Se detuvo. ¿Quién diablos estaba en el piano? Se inclinó un poco más cerca. Su cabeza estaba gacha, y no podía ver mucho de su cara, pero una cosa era segura, definitivamente *no* era su prima.

Bueno, ahora, *esto* era un misterio. Sabía a ciencia cierta (porque su madre se lo había contado, muchas veces) que el cuarteto Smythe-Smith estaba compuesto por señoritas Smythe-Smith solteras, y nadie más. La familia estaba muy orgullosa de esto, de que habían producido tantas primas mujeres con inclinaciones musicales (palabras de su madre, no suyas). Cuando una se casaba, siempre había otra esperando tomar su lugar. Nunca habían necesitado que una desconocida entrara.

Pero más exactamente, ¿qué desconocida *querría* entrar?

Una de sus primas debía haberse puesto enferma. Esa podía ser la única explicación. Intentó recordar quién debería haber estado al piano. ¿Marigold? No, estaba casada ahora. ¿Viola? Creía que había recibido una carta diciendo que se había casado, también. ¿Sarah? Debía haber sido Sarah.

Sacudió la cabeza. Tenía una feroz cantidad de primas mujeres.

Miró a la dama en el piano con cierto interés. Estaba trabajando muy duro para ir al paso. Su cabeza estaba balanceándose arriba y abajo mientras miraba a la música, y de vez en cuando hacía una mueca. Harriet estaba junto a ella, pasando las páginas en todos los momentos equivocados.

Daniel rió entre dientes. Quienquiera que fuera esa pobre chica, esperaba que su familia estuviera pagándole bien.

Y entonces, por fin, ella levantó sus dedos de las teclas y Daisy comenzó su penoso solo de violín. La vio exhalar, extendiendo los dedos, y luego...

Miró hacia arriba.

El tiempo se detuvo. Simplemente se paró. Era la forma más sensiblera y estereotipada de describirlo, pero esos pocos segundos cuando su rostro se levantó hacia él... se estiraron y se arrastraron, fundiéndose en la eternidad.

Era preciosa. Pero eso no lo explicaba. Había visto mujeres bonitas antes. Se había acostado con muchas de ellas, incluso. Pero esta... ella... ella...

Incluso sus pensamientos tenían la lengua trabada.

Su cabello era lustrosamente oscuro y espeso, y no importaba que hubiera sido recogido en un servicial moño. Ella no necesitaba tenacillas rizadoras o lazos de terciopelo. Podía haber descartado su cabello hacia atrás como una bailarina, o haberlo afeitado por completo, y aún sería la más exquisita criatura que jamás había contemplado.

Era su rostro, tenía que serlo. Con forma de corazón y pálido, con las más asombrosas y oscuras cejas aladas. En la luz crepuscular, no podía decir de qué color eran sus ojos, y eso parecía una tragedia. Pero sus labios...

Esperaba profundamente que esta mujer no estuviera casada, porque *iba* a besarla. La única cuestión era cuándo.

Entonces —él supo en el instante en que ocurrió— lo vio. Su rostro se sacudió con un diminuto jadeo, y se congeló, sus ojos agrandándose con alarma.

Él sonrió con ironía, sacudiendo la cabeza. ¿Creía ella que era un loco, entrando a hurtadillas en la casa Winstead para espiar el concierto?

Bueno, suponía que tenía sentido. Había pasado suficiente tiempo siendo cauteloso con los desconocidos para reconocer la característica en otra persona. Ella no sabía quién era, y ciertamente se suponía que no habría nadie en la habitación de atrás durante la actuación.

Lo asombroso fue, que no apartó la mirada. Sus ojos sostuvieron los suyos, y él no se movió, ni siquiera respiró hasta que el momento fue roto por su prima Harriet, golpeando a la mujer de cabello oscuro y supuestamente informándola de que había perdido su entrada.

Nunca volvió a levantar la mirada.

Pero Daniel la observó. La miró a través de cada vuelta de página, de cada acorde *fortissimo*. La miró tan intensamente que, en algún punto, incluso cesó de escuchar la música. Su mente tocaba su propia sinfonía, exuberante y plena, barriendo hacia un perfecto e inevitable clímax.

El cual nunca alcanzó. El hechizo se rompió cuando el cuarteto golpeó sus notas finales y las cuatro damas se pusieron de pie para hacer sus reverencias. La belleza de cabello oscuro le dijo algo a Harriet, que estaba radiante ante el aplauso como si hubiera sido una intérprete, y luego salió tan rápidamente que Daniel se sorprendió de que no dejara marcas en el suelo.

No importaba. La encontraría.

Se movió rápidamente a través del pasillo trasero de la casa Winstead. Se había escabullido muchas veces cuando era joven, sabía exactamente qué ruta tomaría alguien para escapar sin ser detectado. Y, por supuesto, la cortó justo antes de doblar la última curva hacia la entrada del servicio. No lo vio de inmediato, sin embargo, no lo vio hasta que...

—Aquí estás —dijo él, sonriendo como si saludara a un amigo perdido hace mucho tiempo. No había nada como una inesperada sonrisa para poner a alguien fuera de balance.



Ella se sacudió con sorpresa, y un grito entrecortado voló de sus labios.

—Buen Dios —dijo Daniel, fijando una mano sobre su boca—. No hagas *eso*. Alguien te oirá.

La empujó contra él, era el único modo de mantener un firme agarre sobre su boca. Su cuerpo era pequeño y delgado contra el suyo, y tembloroso como una hoja. Estaba aterrorizada.

—No voy a hacerte daño —dijo—. Solo quiero saber qué estás haciendo aquí. —Esperó un momento, luego ajustó su posición así podía ver su cara más directamente. Sus ojos encontraron los suyos, oscuros y alarmados.

—Ahora bien —dijo—, si te dejas ir, ¿estarás callada?

Asintió.

Consideró esto.

—Estás mintiendo.

Puso los ojos en blanco, como diciendo, *qué esperabas*, y él sonrió entre dientes.

—¿Quién eres? —musitó.

Y luego ocurrió la cosa más extraña. Ella se relajó en sus brazos. Un poco, de todos modos. Sintió un poco de la tensión elevarse lejos, sintió su respiración como si suspirara en su mano.

Interesante. No había estado preocupada de que no supiera quién era. Había estado preocupada de que lo supiera.

Lentamente, y con la suficiente deliberación para asegurarse de que ella supiera que podía cambiar de opinión en cualquier momento, levantó la mano de su boca. No quitó el brazo de su cintura, sin embargo. Egoísta de él, lo sabía, pero no podía resignarse a dejarla ir.

—¿Quién eres? —murmuró, inclinando las palabras hacia su oído.



—¿Quién eres *tú*?—le devolvió.

Arqueó una sonrisa.

—Yo te pregunté antes.

—No hablo con extraños.

Se rió ante eso, luego la hizo girar en sus brazos así estaban cara a cara. Sabía que se estaba comportando abominablemente, casi acosándola a la pobre. Ella no tenía entre manos ninguna travesura. Había estado tocando en el cuarteto de su familia, por amor de Dios. *Debería* darle las gracias.

Pero se estaba sintiendo mareado... casi de cuerpo ligero. Algo acerca de esta mujer hizo burbujear la sangre en sus venas, y ya estaba un poco mareado por haber alcanzado finalmente Winstead House después de semanas de viaje.

Estaba en casa. *Casa*. Y había una hermosa mujer en sus brazos la cual estaba bastante seguro que *no* estaba planeando matarlo.

Había pasado algún tiempo desde que había saboreado esa particular sensación.

—Creo... —dijo asombrado—. Creo que podría tener que besarte.

Ella se echó hacia atrás, no pareciendo asustada precisamente, sino más bien perpleja. O tal vez preocupada.

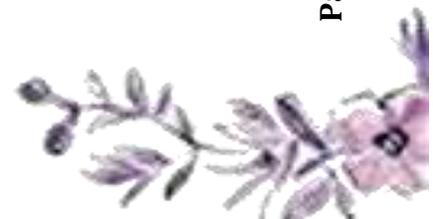
Mujer inteligente. Él sonaba más bien como un loco.

—Solo un poco —le aseguró—. Solo necesito recordarme a mí mismo...

Ella estaba en silencio, y entonces, como si no pudiera evitarlo, preguntó:

—¿Qué?

Sonrió. Le gustaba su voz. Era reconfortante y rotunda, como un buen brandy. O como un día de verano.



—La bondad —dijo, y tocó su barbilla, inclinando su cabeza hacia la de él. Ella se quedó sin aliento, él podía oír el roce del aire corriendo por sus labios, pero ella no luchó. Esperó, solo un momento, porque si luchaba contra él sabía que tendría que dejarla ir. Pero no lo hizo. Sus ojos sostuvieron los suyos, como hipnotizada por el momento como lo estaba él.

Así que la besó. Tentativamente al principio, casi temeroso de que ella desapareciera en sus brazos. Pero no era suficiente. La pasión se arremolinó viva dentro de él y la atrajo más cerca, deleitándose en la suave presión de su cuerpo contra el suyo.

Era menuda, pequeña de esa manera que hace a un hombre querer matar dragones. Pero se sentía como una mujer, cálida y exuberante en todos los lugares correctos. Su mano dolía por cerrarse alrededor de su pecho, o ahuecar la perfecta curva de su trasero. Pero incluso él no sería tan descarado, no con una dama desconocida en la casa de su madre.

Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarla ir. Olía como Inglaterra, a lluvia suave y prados besados por el sol. Y se sentía como la mejor clase de cielo. Quería envolverse a su alrededor, enterrarse dentro de ella, y permanecer allí por todos los tiempos. No había bebido una gota en tres años, pero ahora estaba intoxicado, burbujeando con una ligereza que nunca había pensado volver a sentir.

Era una locura. Tenía que serlo.

—¿Cuál es tu nombre? —susurró. Quería saber. Quería saber de *ella*. Pero no contestó. Podría haberlo hecho; con más tiempo estaba seguro de que podía habérselo sonsacado. Pero ambos oyeron a alguien que bajaba por las escaleras de atrás, justo al otro lado del pasillo del lugar donde estaban encerrados todavía en su abrazo.

Sacudió la cabeza, sus ojos muy abiertos con precaución.

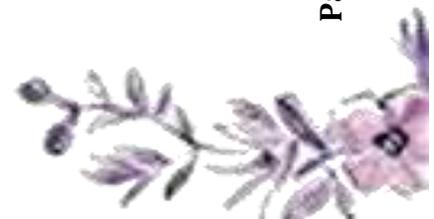
—No puedo ser vista así —susurró con urgencia.





La dejó marchar, pero no porque se lo hubiera pedido. Más bien, vio quién estaba bajando las escaleras —y lo que estaban haciendo— y lo olvidó todo acerca de su Diosa de cabello oscuro.

Un furioso grito se elevó desde su garganta, y salió pasillo abajo como un demente.



# Capítulo 2

*Traducido por Liseth Johanna y Susanauribe*

*Corregido por Mari NC*

**Q**uince minutos después, Anne estaba en el mismo lugar en el cual se había encontrado hacía quince minutos, cuando se había apresurado por el pasillo y lanzado a la primera puerta abierta con la que se había cruzado. Su suerte, como era (espantosa), la había dejado en alguna clase de habitación de almacenamiento oscura y sin ventanas. Una corta y ciega exploración reveló un chelo, tres clarinetes y posiblemente un trombón.

Había algo correcto en esto. Ella había ido a la habitación en donde los instrumentos musicales de las Smythe-Smith iban a morir. Y estaba atrapada aquí, al menos hasta que la locura en el vestíbulo terminara. No tenía idea de qué estaba pasando ahí, excepto que había una gran cantidad de gritos envueltos, además de muchos gruñidos, y unos cuantos sonidos que parecían tremendamente como puños sobre la piel.

No pudo encontrar lugar donde sentarse además del piso, así que se dejó caer en la fría madera sin alfombra, se recostó contra un parche desnudo de pared cerca de la puerta, y se preparó para esperar mientras se llevaba a cabo la trifulca. Lo que fuera que estaba sucediendo, Anne no quería ser parte de ello, pero más importante, no quería estar para nada *cerca* de ello cuando fuesen descubiertos. Que, seguramente, sucedería, dado el ruido que estaban haciendo.

Hombres. Eran idiotas, todos ellos.



Aunque parecía haber una mujer ahí también, ella debía ser la de los gritos. Anne pensó que oyó el nombre Daniel, y luego posiblemente Marcus, quien, se dio cuenta, debía ser el Conde de Chatteris, a quien había conocido antes esa noche. Él estaba bastante enamorado de Lady Honoria...

Ahora que lo pensaba, aquello sí sonaba como Lady Honoria gritando.

Anne sacudió la cabeza. Esto no era asunto suyo. Nadie la culparía por permanecer apartada de ello. Nadie.

Alguien golpeó la pared justo detrás de ella, haciéndola saltar a unos buenos cinco centímetros a través del piso. Gruñó y dejó que su rostro cayera en sus manos. Jamás iba a salir de aquí. Encontrarían su cuerpo seco y sin vida años después, colgado sobre una tuba, dos flautas haciendo la señal de la cruz.

Sacudió la cabeza. Tenía que dejar de leer los melodramas de Harriet antes de la hora de dormir. Su joven carga se creía a sí misma una escritora, y sus historias estaban volviéndose más espantosas con el paso de los días.

Finalmente, el ruido en el corredor se detuvo, y los hombres se deslizaron hacia el piso (ella sintió eso; justo a través de la pared). Uno de ellos estaba directamente detrás de ella; habrían estado espalda contra espalda si no hubiera sido por la pared entre ellos. Ella podía oírlos respirando fuerte, luego hablando como lo hacían los hombres, en oraciones cortas y tersas. Ella no quiso espiar, pero difícilmente podía evitarlo, atrapada como estaba.

Y fue entonces cuando lo descubrió.

El hombre que la había besado, ¡era el hermano mayor de Lady Honoria, el Conde de Winstead! Había visto su retrato antes; debía haberlo reconocido. O quizás no. La pintura había captado lo básico, su cabello marrón y su boca finamente formada, pero no lo captaba realmente a él. Era bastante guapo, no se podía negar eso, pero ninguna pintura o boceto podría expresar la fácil y elegante confianza de un hombre que conocía su lugar en el mundo y lo encontraba bastante satisfactorio.

Oh, cielos, estaba hundida ahora. Había besado al infame Daniel Smythe-Smith. Anne sabía todo de él, todos lo sabían. Se había batido en duelo hacía varios años y había sido perseguido fuera del país por el padre de su oponente. Pero había alcanzado algún tipo de tregua, aparentemente. Lady Pleinsworth había mencionado que el Conde finalmente vendría a casa, y Harriet había puesto a Anne al corriente de todo el chisme.

Harriet era bastante útil de esa manera.

Pero, si Lady Pleinsworth se enteraba de lo que había sucedido esa noche... bueno, ese sería el final de Anne como institutriz, de las niñas Pleinsworth o de cualquiera. Anne había tenido tiempos difíciles consiguiendo esa posición; nadie la contrataría si salía a la luz que se había juntado con un Conde. Las madres ansiosas por lo general no contrataban institutrices de rectitud moral cuestionable.

Y no era su culpa. Esta vez, definitivamente no lo era.

Suspiró. El pasillo se había quedado en silencio. ¿Finalmente se habían ido? Ella había escuchado pasos, pero era difícil decir cuántos pares de pies habían estado incluidos. Esperó unos cuantos minutos más, y entonces, una vez que estuvo segura que nada más que el silencio la saludaría, giró la perilla y cuidadosamente salió hacia el pasillo.

—Ahí estás —dijo él. Por segunda vez esa noche.

Debió haber saltado. No porque Lord Winstead la hubiera sorprendido, aunque así había sido. Sino porque, estaba sorprendida de que él permaneciera en el pasillo por tanto tiempo en semejante silencio. De verdad, ella no había escuchado nada.

Pero eso no fue lo que hizo caer su mandíbula.

—Se ve espantoso —dijo ella antes de poder detenerse. Él estaba solo, sentado en el piso con sus largas piernas estiradas a través del pasillo. Anne no había pensado que una persona pudiera lucir tan desequilibrada estando sentada,



pero estaba bastante segura que el Conde se habría caído de no haber estado recostado contra la pared.

Él levantó una mano en un blando saludo.

—Marcus se ve peor.

Ella miró su ojo, que estaba poniéndose purpura en el perímetro, y su camisa, que estaba manchada con sangre del cielo sabía dónde. O de quién.

—No estoy segura de que eso sea posible.

Lord Winstead dejó salir un suspiro.

—Él estaba besando a mi hermana.

Anne esperó por más, pero él claramente consideraba esta suficiente explicación.

—Ehm... —dejó salir ella, porque no había ningún libro de etiqueta con instrucciones para una noche como esta. Al final, decidió que su mejor opción será preguntar por la conclusión del altercado, más que por lo que fuera que había ocurrido para causarlo—. ¿Todo está resuelto, entonces?

Su barbilla bajó en una magnánima inclinación.

—Las felicitaciones serán dadas muy pronto.

—Oh. Bueno. Eso está muy bien. —Ella sonrió, luego asintió, luego juntó sus manos frente a ella en un intento por mantenerse quieta. Todo esto era terriblemente incómodo. ¿Qué se suponía que hiciera una con un Conde herido? ¿Uno que acababa de regresar de tres años de exilio? Y con una reputación deplorable antes de haber sido perseguido fuera del país.

Por no mencionar todo el asunto del beso hacía unos minutos.

—¿Conoce a mi hermana? —preguntó él, sonando terriblemente cansado—. Oh, por supuesto que la conoce. Estaba tocando con ella.

—¿Su hermana es Lady Honoria? —Parecía prudente verificarlo.





Él asintió.

—Soy Winstead.

—Sí, por supuesto. Había sido informada de su regreso pendiente.

—Esbozó otra incómoda sonrisa, pero aquello no hizo nada por tranquilizarla—. Lady Honoria es de lo más amigable y amable. Estoy muy feliz por ella.

—Es una músico terrible.

—Era la mejor violinista en el escenario —dijo Anne con completa honestidad.

Él rio fuertemente con eso.

—Le iría bien como diplomática, señorita... —Hizo una pausa, esperó, luego señaló—: jamás me dijo su nombre.

Ella dudó, porque siempre dudaba cuando era cuestionada, pero luego se recordó que él era el Conde de Winstead, y además, el sobrino de su empleadora. No tenía nada que temer de él. Al menos no si nadie los veía juntos.

—Soy la señorita Wynter —dijo—. Institutriz de sus primas.

—¿Cuáles? ¿Las Pleinsworth?

Ella asintió.

Él la miró directo a los ojos.

—O, pobre, pobrecita de usted.

—¡Deténgase! ¡Son adorables! —protestó ella. Adoraba a sus tres niñas. Harriet, Elizabeth y Frances podían tener más espíritu que la mayoría de las jovencitas, pero tenían corazones buenos y amables. Y siempre querían hacer el bien.

Las cejas de él se elevaron.

—Adorables, sí. Con buen comportamiento, no tanto.



Había algo de verdad en eso, y Anne no pudo suprimir una pequeña sonrisa.

—Estoy segura que han madurado enormemente desde la última vez que estuvo usted en su compañía —dijo ella remilgadamente.

Él la miró dubitativo, luego preguntó:

—¿Cómo es que terminó tocando el piano?

—Lady Sarah se enfermó.

—Ah. —Había un mundo de significados en ese “ah”—. Trasmite, por favor, mis deseos de una rápida recuperación.

Anne estaba bastante segura que Lady Sarah había empezado a sentirse mejor en el momento que su madre la había excusado del concierto, pero ella apenas asintió y dijo que haría justamente eso. Incluso aunque no lo hiciera. No había forma en que fuera a decirle a nadie que se había encontrado con el Conde de Winstead.

—¿Su familia sabe que ha regresado? —preguntó ella. Lo observó un poco más de cerca. Él realmente se parecía a su hermana. Se preguntó si tenía los mismos ojos remarcables, de un vívido azul pálido, casi lavanda. Era imposible decirlo con seguridad a la sombría luz del pasillo. Por no mencionar que uno de sus ojos estaba hinchándose rápidamente—. Además de Lady Honoria, por supuesto —añadió.

—Todavía no. —Miró hacia el área pública de la casa e hizo una mueca—. Aunque mucho adoro a cada alma en esa audiencia por asistir al concierto, preferiría no tener una bienvenida tan pública. —Miró a su estado desaliñado—. Especialmente no así.

—Por supuesto que no —dijo ella rápidamente. No podía siquiera empezar a imaginarse la conmoción si él caminara hacia la recepción post-musical herido y manchado de sangre.





Él dejó salir un pequeño gruñido mientras cambiaba de posición en el piso, luego murmuró algo bajo su aliento que Anne estaba bastante segura que no debía escuchar.

—Debería irme —espetó ella—. Lo siento mucho, y... ehm...

Se dijo a sí misma que se moviera, realmente lo hizo, cada esquina de su cerebro estaba gritándole que volviera a sus sentidos y saliera de ahí antes de que alguien viniera, pero en todo lo que podía pensar era que él había estado defendiendo a su *hermana*.

¿Cómo podía abandonar a un hombre que hacía eso?

—Déjeme ayudarlo —dijo ella, contra todo su juicio.

Él sonrió débilmente.

—Si no le molesta.

Se agachó para ver mejor sus heridas. Había tratado sus propias cortadas y rasguños, pero nunca nada como esto.

—¿En dónde está herido? —preguntó. Se aclaró la garganta—. Además de en los lugares obvios.

—¿Obvios?

—Bueno... —Señaló cautelosamente hacia su ojo—. Tiene un moretón ahí. Y ahí... —añadió, moviéndose hacia el lado izquierdo de su mandíbula antes de moverse hacia su hombro, que era visible a través de su camisa rasgada y manchada de sangre—. Y ahí.

—Marcus se ve peor —dijo Lord Winstead.

—Sí —respondió Anne, reprimiendo una sonrisa—. Lo había mencionado.

—Es un detalle importante. —Él esbozó una sonrisa sinuosa, luego hizo una mueca y trajo su mano hacia su mejilla.





—¿Sus dientes? —preguntó ella con preocupación.

—Parece que están todos en su lugar —murmuró él. Abrió la boca, como probando el mecanismo, luego la cerró con un gruñido—. Creo.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar? —preguntó ella.

Sus cejas se elevaron.

—¿Desea que alguien sepa que ha estado aquí, a solas, conmigo?

—Oh. Por supuesto que no. No estaba pensando con claridad.

Sonrió de nuevo, esa seca media sonrisa que le hizo sentir temblorosa por dentro.

—Tengo ese efecto en las mujeres.

Cualquier número de respuestas aparecieron en su mente, pero Anne las reprimió todas.

—Puedo ayudarlo a ponerse de pie —sugirió.

Él inclinó su cabeza a un lado.

—O, podría sentarse y hablar conmigo.

Ella lo miró fijamente.

De nuevo, esa media sonrisa.

—Solo era una idea —dijo él.

Una idea enfermiza, pensó ella inmediatamente. Acababa de besarlo, por el amor de Dios. No podía estar cerca de él, ciertamente no junto a él en el piso, donde sería tan fácil volverse hacia él, e inclinar su rostro hacia el suyo...

—Quizás pueda encontrar algo de agua —dejó salir ella, sus palabras escupidas tan rápidamente que casi tuvo que toser—. ¿Tiene un pañuelo? Querrá limpiarse la cara, pienso yo.





Él buscó en su bolsillo y sacó un doblado cuadrado de tela.

—El lino Italiano más fino —apuntó con una voz cansada. Frunció el ceño—. O, al menos, una vez lo fue.

—Estoy segura de que será perfecto —dijo ella, tomándolo de sus manos y doblándolo a su gusto. Estiró su mano y lo pasó por su mejilla—. ¿Esto duele?

Él negó con su cabeza.

—Desearía que tuviera agua. La sangre ya se ha secado. —Frunció el ceño—. ¿Tiene brandy? ¿En una petaca, quizás? —Los caballeros cargaban petacas. Su padre lo hacía. Rara vez se iba de casa sin ella.

Pero Lord Winstead dijo:

—No bebo licores.

Algo sobre su tono la asombró y alzó la mirada. Sus ojos estaban en los suyos, y contuvo el aliento. No se había dado cuenta de cuán cerca se había inclinado.

Sus labios se abrieron. Y ella quería...

Demasiado. Ella siempre quería demasiado.

Ella se movió hacia atrás, perturbada por cuán fácilmente se había movido hacia él. Él era un hombre que sonreía fácilmente y a menudo. No tomaba más que unos cuantos minutos en su compañía para saber esto. Lo cual era el por qué el borde serio y cortante de su voz la había molestado.

—Pero probablemente pueda encontrar un poco al final del pasillo —dijo de repente y el hechizo extraño y cautivador se rompió—. La tercera puerta a la derecha. Solía ser el estudio de mi padre.

—¿En la parte trasera de la casa? —Parecía un lugar improbable.





—Hay dos entradas. La otra está al otro lado del pasillo. No debería haber nadie allí pero querrá ser cuidadosa cuando entre.

Anne se puso de pie y siguió sus instrucciones hacia el estudio. Luz de luna se filtraba por la ventana y fácilmente encontró el decantador. Lo llevó completo consigo, cuidadosamente cerrando la puerta tras ella.

—¿En el armario cerca a la ventana? —murmuró Lord Winstead.

—Sí.

Él sonrió un poco.

—Algunas cosas nunca cambian.

Anne sacó el tapón y puso el pañuelo en la apertura de la vasija, derramando una sana dosis de brandy en el trapo. La esencia de este fue instantánea y permeante.

—¿Eso le molesta? —preguntó con una repentina preocupación—. ¿El olor? —En su último puesto, justo antes de venir a trabajar con los Pleinsworth, su joven tío había bebido demasiado y luego se había detenido. Había sido monstruosamente difícil estar cerca a él. Su temperamento era incluso peor sin el alcohol y si lo olía un poco, casi se volvía loco.

Anne había tenido que irse. Por eso y por otras razones.

Pero Lord Winstead solo negó con su cabeza.

—No es que no *pueda* beber licores. Prefiero no hacerlo. —Su confusión debe haberse mostrado en su rostro, porque añadió—: no tengo deseo por él, solo desdén.

—Ya veo —murmuró. Él tenía sus propios secretos, aparentemente—. Esto probablemente arderá —le advirtió.

—*Definitivamente* arder... ¡ah!





—Lo siento —murmuró, frotando el pañuelo ligeramente contra su herida.

—Espero que *viertan* la condenada cosa en Marcus —murmuró él.

—Bueno, él se ve peor que usted —remarcó.

Él alzó la mirada, confundido y luego una lenta sonrisa cruzó su rostro.

—Obviamente sí.

Ella se movió a los arañazos en sus nudillos, murmurando:

—Lo tengo en la mejor autoridad.

Él se rió con eso pero ella no alzó la mirada. Había algo tan íntimo sobre esto, inclinándose sobre su mano, limpiando sus heridas. No conocía a este hombre, no en verdad y sin embargo estaba triste al dejar atrás este momento. No era porque era *él*, se dijo a sí misma. Era solo que... había pasado tanto tiempo...

Estaba sola. Sabía eso. No era una gran sorpresa.

Señaló la cortada en su hombro y extendió el pañuelo. Sus manos y rostro eran una cosa, pero ella posiblemente no podía tocar su *cuerpo*.

—Quizás usted debería...

—Oh, no, no me deje detenerla. Estoy disfrutando sus gentiles cuidados.

Ella lo miró.

—El sarcasmo no es lo suyo.

—No —dijo con una sonrisa de asombro—. Nunca lo fue. —Él la observó verter más brandy en el pañuelo—. Y de todos modos, no estaba siendo sarcástico.

Esa era una declaración que no podía permitirse examinar, así que presionó el trapo mojado contra su hombro y dijo secamente:





—Este definitivamente arderá.

—Aaaaah-aaaaaaah —gritó y ella tuvo que reírse. Sonaba como un pésimo cantante de ópera o uno de esos bufones en un show de Punch-and-Judy.

—Deberías hacer eso más a menudo —dijo él—. Reír, quiero decir.

—Lo sé. —Pero eso sonó triste y ella no quería sonar así, así que añadió—. No a menudo puedo torturar hombres adultos, sin embargo.

—¿En verdad? —murmuró—. Pensaría que lo hace todo el tiempo.

Ella lo miró.

—Cuando entras a una habitación —dijo suavemente—, el aire cambia.

Sus manos se quedaron quietas, detenidas a dos centímetros de su piel. Ella miró su rostro —no pudo evitarlo— y vio el deseo en sus ojos. La deseaba. Él quería inclinarse y tocar sus labios con los suyos. Sería tan fácil; ella solo necesitaba seguir la corriente. Se podía decir a sí misma que no había querido hacerlo. Que había perdido su equilibrio, eso era todo.

Pero lo sabía mejor. Este no era su momento. Y no era su mundo. Él era un Conde y ella era... bueno, era quien se había hecho a sí misma ser, y eso era alguien que no fraternizaba con Condes, especialmente con esos cuyos pasados estaban marcados con escándalo.

Una cubeta de atención estaba a punto de caer sobre él y Anne no quería estar cerca suyo cuando eso sucediera.

—En verdad me tengo que ir ahora —le dijo.

—¿Ir a dónde?

—A casa. —Y luego porque parecía que debía decir algo más, añadió—: Estoy un poco cansada. Ha sido un largo día.

—Te acompañaré —le dijo.





—Eso no es necesario.

Él la miró y se empujó contra la pared, haciendo muecas mientras se ponía de pie.

—¿Cómo pretende irse?

¿Era esto una inquisición?

—Caminaré.

—¿A la casa Plainsworth?

—No está lejos.

Él le frunció el ceño.

—Está demasiado lejos para que una dama vaya sola.

—Soy una *institutriz*.

Esto pareció asombrarlo.

—¿Una institutriz no es una dama?

Dejó escapar una exhalación exasperada.

—Estaré perfectamente a salvo —le aseguró—. Está bien iluminado el camino de regreso. Probablemente habrá carruajes en toda la ruta.

—Y sin embargo eso no me hace sentir mejor.

Oh, pero él era terco.

—Fue un honor conocerlo —dijo firmemente—. Estoy segura de que su familia está más que emocionada de verlo de nuevo.

Sus manos se cerraron alrededor de la muñeca de ella.

—No puedo permitirle que camine a casa sola.



Los labios de Anne se abrieron. Su piel estaba caliente y ahora lo estaba la de ella donde la tocó. Algo extraño y vagamente familiar burbujeó dentro de ella y con un sentimiento de shock se dio cuenta de que era emoción.

—Seguramente usted entiende —murmuró, y ella casi se rindió. Quería hacerlo; la chica que solía ser lo quería desesperadamente, y había pasado mucho tiempo desde que había abierto lo suficiente su corazón para dejar salir a esa chica.

—No puede ir a ninguna parte, viéndose como lo hace —dijo ella. Era cierto. Parecía como si se hubiera escapado de prisión. O posiblemente el infierno.

Él se encogió de hombros.

—Mejor ir siendo irreconocible.

—Milord...

—Daniel —la corrigió.

Sus ojos se ampliaron con asombro.

—¿Qué?

—Mi nombre es Daniel.

—*Lo sé.* Pero no voy a usarlo.

—Bueno, eso es una lástima. Sin embargo, valía la pena intentarlo. Vamos ahora... —Extendió su brazo, el cual ella no tomó—. ¿Deberíamos partir?

—No voy a ir con usted.

Él sonrió. Incluso con un costado de su boca hinchado y rojo, lucía como el demonio.

—¿Eso significa que se va a *quedar* conmigo?

—Fue golpeado en la cabeza —dijo ella—. Es la única explicación.



Él se rió por eso, luego lo evadió completamente.

—¿Tiene un abrigo?

—Sí, pero lo dejé en la sala de ensayo. Yo... ¡no intente cambiar el tema!

—¿Hmmm?

—Me voy —declaró, alzando una mano—. Usted se queda.

Pero él la bloqueó. Su brazo se estiró en una rígida línea horizontal, su mano conectando contra la pared.

—Tal vez no me he expresado claramente —dijo y en ese momento ella se dio cuenta de que lo había subestimado. Podría ser feliz y extrovertido, pero no era todo lo que era, y en este momento, estaba hablando seriamente. Su voz baja y definida, dijo—: Hay pocas cosas sobre las que yo no me desentendería. La seguridad de una dama es una de ellas.

Y eso fue todo. Él no debía ser molestado. Así que con una advertencia de que deberían permanecer en las sombras y callejones donde no serían vistos, le permitió escoltarla hacia la entrada de los sirvientes de la Casa Pleinsworth. Él besó su mano, y ella trató de pretender que no disfrutó del gesto.

Pudo haberlo engañado. Ciertamente ella no se engañó.

—La visitaré mañana —dijo él, todavía sosteniendo su mano.

—¿Qué? ¡No! —Anne alejó su mano—. No puede.

—¿No puedo?

—No. Soy una institutriz. No puedo tener hombres visitándome. Perderé mi puesto.

Él sonrió como si la solución no pudiera ser más fácil.

—Visitaré a mis primas entones.





¿Era completamente ignorante del comportamiento adecuado? ¿O simplemente egoísta?

—No estaré en casa —respondió, su voz firme.

—Visitaré de nuevo.

—No estaré en casa de nuevo.

—Tanta ausencia. ¿Quién instruirá a mis primas?

—No *yo*, si usted está alrededor. Su tía terminará conmigo, de seguro.

—¿Terminar? —Se rió—. Suena tan horrible.

—*Lo es*.

Cielos, ella tenía que hacerlo entender. No importaba quién fuera él o cómo la hacía sentir. La emoción de la noche... el beso que habían compartido... esas fueron cosas fugaces.

Lo que importaba era tener un techo sobre su cabeza. Y comida. Pan, queso, mantequilla, azúcar y todas esas adorables cosas que tuvo cada día en su niñez. Ahora las tenía, con los Pleinsworth, junto con estabilidad y un trabajo y auto respeto.

Ella no tomaba esas cosas por sentado.

Miró a Lord Winstead. Él la estaba mirando de cerca como si pensara que podía ver en su alma.

Pero no la conocía. Nadie lo hacía. Y así, usando la formalidad como un manto, Anne retiró su mano e hizo una reverencia.

—Gracias por su escolta, milord. Aprecio su preocupación por mi seguridad. —Ella le dio la espalda y se dejó entrar por la puerta trasera.

Le tomó un tiempo superar las cosas una vez estuvo dentro. Los Pleinsworth regresaron solo unos minutos después que ella, así que necesitaba elaborar una disculpa, con lápiz en mano explicó que había estado a punto de





enviar una nota explicando su partida del musical. Harriet no pudo dejar de hablar sobre la emoción de la noche, aparentemente, Lord Chatteris y Lady Honoria se habían comprometido, en la manera más emocionante posible y luego Elizabeth y Frances vinieron corriendo hacia abajo, porque no era como si alguna de ellas se hubiera dormido en primer lugar.

Debieron haber sido dos horas antes de que Anne finalmente entrara en su propia habitación, se cambió por su camisón y se subió a la cama. Y debieron haber sido dos horas más antes de que siquiera pudiera intentar dormirse. Todo lo que podía hacer era mirar el techo y pensar, preguntarse y suspirar.

—Annelise Sophronia Shawcross —finalmente se dijo a sí misma—, ¿en qué te metiste?





## Capítulo 3

*Traducido por rihano*

*Corregido por Mari NC*

La tarde siguiente, a pesar de la insistencia de la Condesa Viuda de Winstead de que ella no quería dejar a su recién regresado hijo fuera de su vista, Daniel se dirigió a la casa Pleinsworth. No le dijo a su madre a dónde iba; ella seguramente habría insistido en acompañarlo. En cambio, él le dijo que tenía asuntos legales que atender, lo cual era cierto. Un caballero no podía regresar de un viaje de tres años en el extranjero sin tener que visitar al menos a un abogado. Pero ocurría que la Oficina de Abogados de Streatham y Ponce estaba a *solo* poco más de dos kilómetros en la dirección opuesta de la casa Pleinsworth. Una bagatela, de verdad, y ¿quién podría decir que de repente no se atrevería a visitar a sus jóvenes primas? Era una idea que podría ocurrírsele a un hombre con la misma facilidad conduciendo un carruaje por la ciudad como en cualquier otro lugar.

La entrada trasera de los Pleinsworth, por ejemplo.

O todo el tiempo que había caminado a casa.

O en la cama. Había permanecido despierto, la mitad de la noche, pensando en la misteriosa señorita Wynter: la curva de su mejilla, el aroma de su piel. Estaba hechizado, libremente lo admitió, y se dijo que era porque estaba tan feliz de estar en casa. Tenía perfecto sentido que se hubiera encontrado encantado por tal precioso ejemplo de la feminidad inglesa.

Y así, después de una agotadora cita de dos horas con los señores Streatham, Ponce y Beaufort-Graves (quien al parecer no había logrado bastante





para conseguir poner su nombre en la puerta aún), Daniel dirigió a su conductor a la casa Pleinsworth. Él quería ver a sus primas.

Él solo quería ver más a su institutriz.

Su tía no estaba en casa, pero estaba su prima Sarah, y ella lo saludó con un grito encantado y un cálido abrazo.

—¿Por qué nadie me dijo que habías regresado? —exigió. Ella se echó hacia atrás, parpadeando mientras conseguía una buena mirada a su rostro—. ¿Y qué te *pasó*?

Abrió su boca para responder, pero ella lo cortó con:

—Y no me digas que fuiste atacado por bandoleros, porque escuché todo sobre los ojos ennegrecidos de Marcus anoche.

—Él se ve peor que yo —confirmó Daniel—. Y en cuanto a por qué tu familia no te dijo que estaba de vuelta, ellos no lo sabían. Yo no quería que mi llegada interrumpiera el concierto.

—Muy amable de tu parte —dijo ella con ironía.

Él la miró con afecto. Era de la misma edad que su hermana, y mientras crecía, a menudo había parecido que había pasado tanto tiempo en su casa como en la suya.

—De hecho —murmuró él—, yo observaba desde la sala de ensayo. Imagina mi sorpresa al ver a una extraña en el piano.

Ella puso una mano sobre su corazón.

—Yo estaba enferma.

—Me siento aliviado de ver que has tenido una rápida recuperación de la puerta de la muerte.

—Apenas podía mantenerte en pie ayer —insistió.

—Realmente.





—Oh, en verdad. El vértigo, ya sabes. —Ella sacudió su mano en el aire, como si agitara sus palabras—. Es una carga terrible.

—Estoy seguro de que la gente que lo sufre así lo cree.

Sus labios se apretaron por un momento, luego dijo:

—Pero basta de mí. Supongo que escuchaste las espléndidas noticias sobre Honoria?

La siguió hasta el salón y tomó asiento.

—¿Que pronto será Lady Chatteris? Así es.

—Bueno, estoy feliz por ella, incluso si tú no lo estás —dijo Sarah con un resoplido—. Y no me digas que lo estás, porque tus prejuicios dicen lo contrario.

—Estoy muy contento por los dos —dijo él con firmeza—. Esto —hizo girar su mano delante de su cara—, no fue más que un malentendido.

Ella le dirigió una mirada dubitativa, pero lo único que dijo fue:

—¿Té?

—Estaría encantado. —Se puso de pie mientras ella se levantaba para avisar que lo trajeran—. Dime, ¿están tus hermanas en casa?

—Arriba en el aula. ¿Quieres verlas?

—Por supuesto —dijo él de inmediato—. Han crecido tanto en mi ausencia.

—Van a bajar pronto —dijo Sarah, volviendo al sofá—. Harriet tiene espías por toda la casa. Alguien les avisará de tu llegada, estoy segura.

—Dime —dijo, sentado de nuevo en una posición casual—, ¿quién era esa en el piano anoche?

Ella lo miró con curiosidad.





—En tu lugar —añadió innecesariamente—, debido a que estabas enferma.

—Esa era la señorita Wynter —contestó ella. Sus ojos se entrecerraron con suspicacia—. Es la institutriz de mis hermanas.

—Qué casualidad que pudiera tocar.

—Una feliz casualidad, en realidad —dijo Sarah—. Yo había temido que el concierto sería cancelado.

—Tus primas habrían estado tan decepcionadas —murmuró él—. Pero esto... ¿cuál era su nombre? ¿Señorita Wynter?

—Sí.

—¿Conocía la pieza?

Sarah dirigió una mirada franca en su dirección.

—Parece que sí.

Él asintió con la cabeza.

—Yo pensaría que la familia le debe a la talentosa señorita Wynter una emocionada ronda de gracias.

—Ella ha ganado, sin duda, la gratitud de mi madre.

—¿Ha sido institutriz de tus hermanas durante mucho tiempo?

—Alrededor de un año. ¿Por qué lo preguntas?

—Ninguna razón. Solo curiosidad.

—Es curioso —dijo ella lentamente—, nunca has tenido curiosidad por mis hermanas antes.

—Eso no es cierto. —Él trató de medir qué tan ofendido debía parecer ante su comentario—. Ellas son mis primas.





—Tienes una gran cantidad de primas.

—A las cuales extrañé en el extranjero. La ausencia, en efecto, hace crecer el cariño.

—Oh, para —dijo Sarah finalmente, viéndose como si quisiera lanzar sus manos al aire con disgusto—. No estás engañando a nadie.

—¿Perdón? —murmuró Daniel, a pesar de que tenía la sensación de que estaba descubierto.

Sarah puso los ojos en blanco.

—¿Crees que eres la primera persona en notar que nuestra institutriz es absurdamente hermosa?

Él estaba a punto de pensar en una réplica un poco seca, pero podía ver que Sarah estaba a punto de decir: “*Y no digas que no has notado...*”, por lo que en lugar de eso dijo, con toda claridad:

—No.

Porque, en realidad, no había ninguna razón para decir lo contrario. La señorita Wynter tenía la clase de belleza que detenía a los hombres en sus caminos. No era del tipo tranquilo de cosas, como su hermana, o Sarah, para el caso. Las dos eran perfectamente encantadoras, pero nadie notaba realmente cuánto hasta que llegabas a conocerlas. La señorita Wynter, por otro lado...

Un hombre tendría que estar muerto para no fijarse en ella. Más que muerto, si tal cosa fuera posible.

Sarah suspiró a partes iguales con exasperación y resignación.

—Sería muy aburrido si ella no fuera tan agradable.

—La belleza no tiene que ir acompañada de un mal carácter.

Ella soltó un bufido.





—Alguien se ha vuelto bastante filosófico mientras estaba en el continente.

—Bueno, ya sabes, esos griegos y romanos. Son contagiosos.

Sarah se echó a reír.

—Oh, Daniel, ¿quieres preguntarme sobre la señorita Wynter? Porque si es así, solo dilo.

Él se inclinó hacia delante.

—Háblame de la señorita Wynter.

—Bueno. —Sarah se inclinó hacia delante—. No hay mucho que contar.

—Podría estrangularte —dijo él suavemente.

—No, es verdad. Sé muy poco sobre ella. No es *mi* institutriz, después de todo. Creo que puede ser de algún lugar del norte. Vino con una referencia de una familia en Shropshire. Y otra de la Isla de Man.

—¿La Isla de Man? —preguntó él con incredulidad. No creía que conociera a alguien que hubiera *visto* a la Isla de Man. Era un lugar diabólicamente remoto, difícil de encontrar y con muy mal tiempo. O eso es lo que le habían dicho.

—Le pregunté sobre esto una vez —dijo Sarah con un encogimiento de hombros—. Ella me dijo que era bastante desolador.

—Me imagino.

—No habla de su familia, aunque creo que la oí hablar de una hermana, una vez.

—¿Recibe correspondencia?

Sarah negó con la cabeza.





—No que yo sepa. Y si envía alguna, no lo hace desde aquí.

Él la miró con un poco de sorpresa.

—Bueno, me habría dado cuenta en algún momento —dijo ella a la defensiva—. De todos modos, no permitiré que molestes a la señorita Wynter.

—Yo no voy a molestarla.

—Oh, lo harás. Lo veo en tus ojos.

Se inclinó hacia delante.

—Eres muy dramática para alguien que evita el escenario.

Sus ojos se entrecerraron con suspicacia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Simplemente que eres la imagen de la salud.

Ella dejó escapar un bufido propio de una dama.

—¿Crees que vas a chantajearme? Te deseo suerte con eso. Nadie cree que estaba enferma, de todos modos.

—¿Incluso tu madre?

Sarah se echó hacia atrás.

*Jaque mate.*

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

Daniel hizo una pausa, lo mejor para sacar esto. Los dientes de Sarah estaban apretados *espléndidamente*, y más bien pensaba que si esperaba lo suficiente, el vapor podría salir por sus oídos.

—Daniel... —dijo entre dientes.

Él inclinó su cabeza como si ponderara el punto.





—La tía Charlotte estaría tan decepcionada al pensar que su hija estaba eludiendo sus obligaciones musicales.

—Ya te pregunté, qué... Oh, no importa. —Ella rodó los ojos y sacudió la cabeza como si fuera a pacificar a un niño de tres años—. Podría haber escuchado a la señorita Wynter esta mañana, planeando llevar a Harriet, Elizabeth, y Frances a dar un paseo por Hyde Park.

Él sonrió.

—¿Te he dicho últimamente que eres una de mis primas favoritas?

—Lo somos ahora mismo —le advirtió ella—. Si le dices una palabra a mi madre...

—No se me ocurriría.

—Ella ya me amenazó con llevarme al campo por una semana. Para descanso y recuperación.

Él se tragó una risa.

—Está preocupada por ti.

—Supongo que podría ser peor —dijo Sarah con un suspiro—. Yo realmente prefiero el campo, pero ella dice que tenemos que recorrer todo el camino hasta Dorset. Voy a pasar todo el tiempo en el coche, y luego *estaré* realmente enferma.

A Sarah no le sentaba bien viajar. Nunca lo había hecho.

—¿Cuál es el nombre de pila de la señorita Wynter? —preguntó Daniel. Pareció notable que él no lo supiera.

—Puedes descubrir eso por ti mismo —replicó Sarah.

Decidió permitirle su punto, pero antes de que pudiera decir nada, Sarah volvió la cabeza bruscamente hacia la puerta.





—Ah, el momento perfecto —dijo ella, cortando sus palabras—. Creo que oigo a alguien bajar por las escaleras. Quién podría ser, posiblemente, me pregunto.

Daniel se levantó.

—Mis queridas primas jóvenes, estoy seguro. —Él esperó hasta que vio a una de ellas galopar pasando por la puerta abierta, y luego gritó—: ¡Oh, Harriet! ¡Elizabeth! ¡Frances!

—No te olvides de la señorita Wynter —murmuró Sarah.

Había una que había pasado por delante, retrocedido y asomado. Era Frances, pero ella no lo reconoció.

Daniel sintió una punzada en el pecho. No había esperado esto. Y si lo hubiera hecho, no habría pensado que haría que se sintiera tan melancólico.

Pero Harriet era mayor. Ella había tenido doce años cuando él había salido para el continente, y cuando asomó la cabeza en la sala, gritó su nombre y salió corriendo.

—¡Daniel! —dijo ella de nuevo—. ¡Has vuelto! Oh, has vuelto, has vuelto, has vuelto.

—Estoy de vuelta —confirmó él.

—Oh, es tan encantador verte. Frances, es el primo Daniel. Te acuerdas de él.

Frances, que parecía tener unos diez años ahora, dejó escapar una señal de reconocimiento.

—Ooooooh. Te ves muy diferente.

—No, no lo hace —comentó Elizabeth, que había entrado en la habitación detrás de ellas.





—Estoy tratando de ser amable —dijo Frances por la comisura de su boca.

Daniel se echó a reír.

—Bueno, tú te ves diferente, eso es seguro. —Él se inclinó y le dio un palmadita cariñosa en la barbilla—. Estás un poco crecida.

—Oh, bueno, yo no diría eso —dijo Frances con modestia.

—Ella dirá todo lo demás, sin embargo —dijo Elizabeth.

Frances volteó su cabeza enseguida.

—¡Deja de hacer eso!

—¿Qué le pasó a tu cara? —preguntó Harriet.

—Fue un malentendido —dijo Daniel suavemente, preguntándose cuánto tiempo podría tomar para que sus heridas sanaran. No creía que él fuera particularmente vanidoso, pero las preguntas se iban volviendo cansonas.

—¿Un malentendido? —repitió Elizabeth—. ¿Con un yunque?

—Oh, detente —le amonestó Harriet—. Creo que se ve muy arrojado.

—Como si se arrojó sobre un yunque.

—No le prestes atención —le dijo Harriet a él—. Le falta imaginación.

—¿Dónde está la señorita Wynter? —preguntó Sarah en voz alta.

Daniel le regaló una sonrisa. La buena de Sarah.

—No lo sé —dijo Harriet, mirando primero sobre un hombro y luego por el otro—. Estaba justo detrás de nosotras bajando las escaleras.

—Una de ustedes debe buscarla —dijo Sarah—. Va a querer saber por qué se han estado retrasando.

—Vamos, Frances —dijo Elizabeth.



—¿Por qué tengo que ir?

—Porque *sí*.

Frances zapateó, gruñendo fuertemente.

—Quiero escuchar todo acerca de Italia —dijo Harriet, sus ojos brillando de entusiasmo juvenil—. ¿Fue terriblemente romántico? ¿Viste esa torre que todo el mundo dice que se va a caer?

Él sonrió.

—No, no la vi, pero me dijeron que es más estable de lo que parece.

—¿Y Francia? ¿Estuviste en París? —Harriet dejó salir un suspiro soñador—. Me encantaría ver París.

—Me encantaría ir de compras en París —dijo Elizabeth.

—Oh, sí. —Harriet se veía como si pudiera desmayarse ante la perspectiva—. *Los vestidos*.

—Yo no estuve en París —les dijo. No necesitaba añadir que él no *podía* haber ido a París. Lord Ramsgate tenía muchos amigos allí.

—Tal vez no tengamos que dar nuestro paseo ahora —dijo Harriet con esperanza—. Preferiría quedarme aquí con el primo Daniel.

—Ah, pero yo preferiría disfrutar del sol —dijo él—. Tal vez las acompañaré hasta el parque.

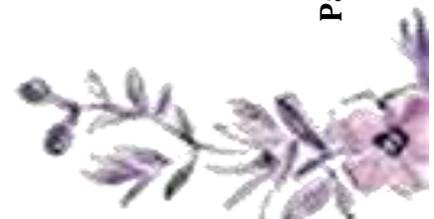
Sarah resopló.

Él la miró.

—¿Algo en tu garganta, Sarah?

Sus ojos eran puro sarcasmo.

—Estoy segura de que está relacionado con lo que fuera que me sucedió ayer.





—La señorita Wynter dice que va a esperar por nosotras en las caballerizas —anunció Frances, trotando de vuelta a la habitación.

—¿Las caballerizas? —se hizo eco Elizabeth—. No vamos a montar a caballo.

Frances se encogió de hombros.

—Ella dijo que las caballerizas.

Harriet dejó escapar un encantado grito de asombro.

—Tal vez ella ha desarrollado una *atracción* por uno de los mozos de cuadra.

—Oh, por el amor de Dios —se burló Elizabeth—. ¿Uno de los mozos de cuadra? En serio.

—Bueno, debes reconocerlo, sería muy interesante si la tuviera.

—¿Para quién? No para ella. Yo no creo que ninguno de ellos sepa siquiera leer.

—El amor es ciego —bromeó Harriet.

—Pero no analfabeta —replicó Elizabeth.

Daniel ahogó una carcajada a pesar de sí mismo.

—¿Vamos afuera? —preguntó él, ofreciéndole a las niñas una reverencia cortés. Extendió el brazo para Frances, que lo tomó con una mirada maliciosa dirigida a sus hermanas.

—¡Que tengan un rato *feliz!* —dijo Sarah. Con poca sinceridad.

—¿Qué pasa con *ella?* —le preguntó Elizabeth a Harriet mientras se dirigían a las caballerizas.



—Creo que todavía está molesta por haberse perdido el concierto —dijo Harriet. Ella miró a Daniel—. ¿Te has enterado de que Sarah se perdió la velada musical?

—Sí —aseguró él—. Vértigo, ¿verdad?

—Pensé que era un resfriado —dijo Frances.

—Dolencia estomacal —dijo Harriet con certeza—. Pero no importó. La señorita Wynter... —ella se volvió hacia Daniel—... esa es nuestra institutriz —añadió, meneando su cabeza de nuevo hacia sus hermanas—, estuvo brillante.

—Ella tomó la parte de Sarah —dijo Frances.

—Yo no creo que ella quisiera —agregó Elizabeth—. Madre tuvo que ser muy dura.

—Tonterías —cortó Harriet—. La señorita Wynter fue valiente desde el principio. Y ella hizo un trabajo muy bueno. Perdió una de sus entradas, pero aparte de eso, fue excelente.

¿Excelente? Daniel se permitió un suspiro mental. Hay muchos adjetivos para describir los conocimientos de piano de la señorita Wynter, pero *excelente* no era uno de ellos. Y si Harriet pensaba así...

Bueno, ella iba a encajar perfectamente cuando le llegara el momento de tocar en el cuarteto.

—¿Me pregunto lo que está haciendo en las caballerizas? —dijo Harriet cuando salieron por detrás de la casa—. Ve a buscarla, Frances.

Frances dejó escapar un indignado resoplido.

—¿Por qué tengo que hacerlo?

—Porque *sí*.

Daniel soltó el brazo de Frances. Él no iba a discutir con Harriet; no estaba seguro de que pudiera hablar lo suficientemente rápido para ganar.





—Voy a esperar aquí, Frances —le dijo.

Frances pisó fuerte, solo para regresar un minuto después. Sola.

Daniel frunció el ceño. Esto no funcionaría.

—Ella dijo que estaría con nosotros en un momento —les informó Frances.

—¿Le dijiste que el primo Daniel va a unirse a nosotros? —le preguntó Harriet.

—No, se me olvidó. —Ella se encogió de hombros—. A ella no le importa.

Daniel no estaba tan seguro de eso. Estaba casi seguro de que la señorita Wynter sabía que él estaba en el salón (de ahí su vuelo rápido a las caballerizas), pero no creía que ella se diera cuenta de que tenía la intención de acompañarlas al parque.

Iba a ser una excursión encantadora. Alegre, incluso.

—¿Qué crees que le esté tomando tanto tiempo? —preguntó Elizabeth.

—Ha sido solo un minuto —replicó Harriet.

—Bueno, ahora, eso no es cierto. Ella estuvo allí por lo menos cinco minutos antes de que llegáramos.

—Diez —precisó Frances.

—¿Diez? —se hizo eco Daniel. Ellas lo estaban haciendo marear.

—Minutos —explicó Frances.

—No fueron diez.

Él no estaba seguro de quien había hablado esa vez.

—Bueno, no fueron cinco.





O esa vez.

—Podemos conformarnos con ocho, pero creo que es incorrecto.

—¿Por qué hablan tan rápido? —tuvo que preguntar Daniel.

Ellas se detuvieron, las tres, y lo miraron con similares expresiones sorprendidas.

—No estamos hablando rápido —dijo Elizabeth.

Harriet añadió:

—Siempre hablamos de esta manera.

Y, entonces finalmente, Frances le informó:

—Todo el mundo nos entiende.

Era notable, pensó Daniel, cómo tres jovencitas podían reducirlo a la mudez.

—Me pregunto qué le está tomando tanto tiempo a la señorita Wynter —reflexionó Harriet.

—Voy a traerla esta vez —declaró Elizabeth, lanzándole una mirada a Frances que le dijo que ella la encontraba ineficaz en extremo.

Frances solo se encogió de hombros.

Pero justo cuando Elizabeth llegó a la entrada de las caballerizas, dio un paso fuera la dama en cuestión, pareciéndose mucho a una institutriz con su práctico vestido de día, gris paloma, y tocado a juego. Estaba poniéndose los guantes, frunciendo el ceño ante lo que Daniel solo podía imaginar era un agujero en la costura.

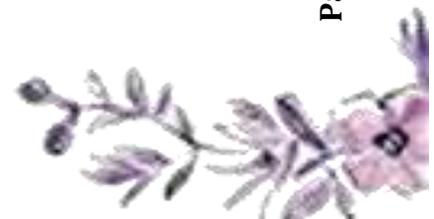
—Esta debe ser la señorita Wynter —dijo él en voz alta, antes de que ella lo viera.

Ella levantó la vista, pero rápidamente ocultó su alarma.





—He oído cosas tan maravillosas acerca de usted —dijo con una voz magnífica, dando un paso adelante para ofrecerle el brazo. Cuando ella lo tomó, de mala gana estaba seguro, se inclinó y murmuró, solo para que ella pudiera oír—: ¿Sorprendida?



# Capítulo 4

*Traducido por kris sc15 y Lizzie (SOS)*

*Corregido por Liseth Johanna*

Ella no estaba sorprendida.

¿Por qué debería estar sorprendida? Él le había dicho que estaría aquí, ni siquiera cuando había dicho que no estaría en casa cuando llamara. Él le había dicho que estaría allí de nuevo, incluso cuando ella le había dicho *de nuevo* que no iba a estar en casa.

Una vez más.

Él era el Conde de Winstead. Los hombres de su posición hacían lo que les placía. Cuando se trataba de mujeres, pensó con irritación, los hombres *por debajo* de su posición hacían lo que les placía.

Él no era un hombre malicioso, ni siquiera realmente egoísta. A Anne le gustaba pensar que ella se había convertido en una buena juez de carácter en los últimos años, sin duda mejor de lo que había sido a los dieciséis años. Lord Winstead no iba a seducir a alguien que no sabía lo que estaba haciendo, y él no iba a arruinar, amenazar o chantajear, o cualquiera de esas cosas, al menos no a propósito.

Si ella encontraba su vida patas arriba por este hombre no sería porque él hubiera querido hacerlo. Eso pasaría simplemente porque él fantaseaba con ella y quería que ella fantaseara con él. Y nunca se le ocurrió que no debía permitirse perseguirla.

Se le permitía hacer cualquier otra cosa. ¿Por qué no esto?



—No debería haber venido —dijo en voz baja mientras caminaban hacia el parque, las tres hijas Pleinsworth varios metros por delante de ellos.

—Quería ver a mis primas —respondió él, todo inocencia.

Ella lo miró de reojo.

—Entonces, ¿por qué se está rezagando conmigo?

—Mírelas —dijo, haciendo un gesto con la mano—. ¿Quiere que empuje a una de ellas a la calle?

Era cierto. Harriet, Elizabeth, y Frances estaban caminando las tres a lo largo de la acera, la más antigua a más joven, la manera en que su madre le gustaba que pasearan. Anne no podía creer que habían elegido este día para finalmente seguir instrucciones.

—¿Cómo está su ojo? —preguntó. Se veía peor en la dura luz del día, casi como si el moretón se derritiera por el puente de la nariz. Pero al menos ahora sabía de qué color tenía los ojos a la luz, azul brillante. Era casi absurdo lo mucho que se había preguntado sobre eso.

—No es tan malo, siempre y cuando no me toque —le dijo—. Si no tratara de lanzar piedras contra mi cara, estaría muy agradecido.

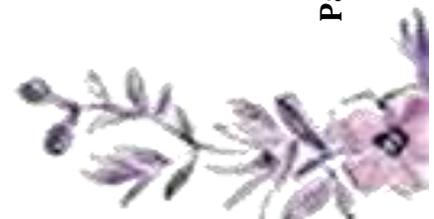
—Todos mis planes para la tarde —bromeó—, arruinados. Justo así.

Él se rió entre dientes, y Anne fue asaltada por el recuerdo. No por nada específico, sino de sí misma, y lo encantador que se había sentido coquetear, y reír, y disfrutar de las atenciones de un caballero.

El coqueteo había sido encantador. Pero no las consecuencias. Ella todavía estaba pagando por ellas.

—El clima está bien —dijo después de un momento.

—¿Ya nos quedamos sin cosas que decir?



Su voz fue ligera y burlona, y cuando ella se giró para robar un vistazo de su rostro, estaba mirando al frente, una pequeña sonrisa secreta tocando sus labios.

—El clima es *muy* agradable. —Se corrigió.

Su sonrisa se profundizó. Así mismo la de ella.

—¿Vamos a ir al Serpentine? —gritó Harriet desde adelante.

—Cualquier lugar que desees —dijo Daniel con indulgencia.

—Rotten Row —corrigió Anne. Cuando él la miró con las cejas levantadas, dijo—: Aún estoy a cargo de ellas, ¿o no?

Él la saludó con una inclinación de cabeza, y luego gritó:

—Dondequiera que desee la señorita Wynter.

—¿No vamos a hacer matemáticas otra vez? —se lamentó Harriet.

Lord Winstead miró con curiosidad no disimulada a Anne.

—¿Matemáticas? ¿En Rotten Row?

—Hemos estado estudiando las medidas —le informó—. Ellas ya han medido la longitud media de sus pasos. Ahora van a contar sus pasos y calcular la longitud de la trayectoria.

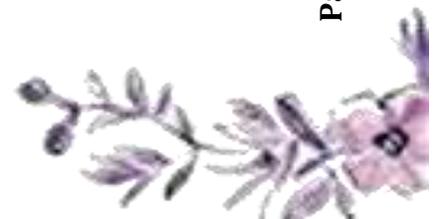
—Muy bien —dijo con aprobación—. Y las mantiene ocupadas y tranquilas, mientras cuenta.

—No las ha oído contar —le dijo Anne.

Se volvió hacia ella con cierta alarma.

—¿No me diga que no saben cómo?

—Por supuesto que no. —Sonrió, ella no pudo evitarlo. Se veía tan ridículo con su único ojo sorprendido. El otro estaba todavía demasiado hinchado





para registrar la mayor parte de cualquier emoción—. Sus primas hacen todo con gran talento —le dijo—, incluso contar.

Él consideró esto.

—Así que lo que usted está diciendo es que, ¿en cinco años más o menos, cuando las Pleinsworth se hayan hecho cargo del cuarteto Smythe-Smith, debo tratar de estar muy, muy lejos?

—Yo nunca diría una cosa así —respondió ella—. Pero le diré esto: Frances ha decidido romper con la tradición y ha asumido el contrafagot.

Él hizo una mueca.

—Así es.

Y luego se echó a reír, los dos lo hicieron. Juntos.

Era un sonido maravilloso.

—¡Oh, chicas! —gritó Anne, porque no pudo resistirse—. Lord Winstead va a reunirse con ustedes

—¿Lo haré?

—Así es —confirmó Anne, mientras las chicas se acercaban trotando—. Él mismo me dijo que es el más interesado en sus estudios.

—Mentirosa —murmuró.

Ella ignoró la burla, pero cuando se permitió una media sonrisa socarrona, se aseguró que el lado elevado de su boca estuviera frente a él.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo—: Se medirá la longitud de la ruta como ya comentamos, multiplicando el número de sus avances por la longitud.

—Pero el primo Daniel no conoce la longitud de su zancada.





—Precisamente. Eso es lo que hace que la lección sea mucho mejor. Una vez que hayan determinado la longitud de la ruta, deben volver a hacerlo de nuevo para determinar la longitud de su zancada.

—*¿En nuestras cabezas?*

Ella podría también haber dicho que deberían aprender a pelear con un pulpo.

—Es la única manera de aprender cómo hacerlo —les dijo.

—Yo mismo tengo un gran amor por la pluma y el papel —comentó Lord Winstead.

—No le hagan caso, chicas. Es muy útil ser capaz de hacer sumas y multiplicaciones en la cabeza. Basta pensar en las aplicaciones.

Se limitaron a mirarla, los cuatro. Las aplicaciones, al parecer, no estaban saltando a la mente.

—Compras —dijo Anne, con la esperanza de atraer a las chicas—. Las matemáticas son de gran ayuda cuando se va de compras. No van a llevar lápiz y papel con ustedes cuando vayan a la modista, ¿verdad?

Aun así, se quedaron mirándola. Anne tuvo la sensación de que nunca se habían siquiera preguntado por el precio en casa de la modista, o cualquier establecimiento, para el caso.

—¿Qué pasa con los juegos? —trató ella—. Si mejoran sus habilidades aritméticas, no saben lo que pueden lograr en un juego de naipes.

—No tienen ni idea —murmuró Lord Winstead.

—No creo que mi madre quiera que nos enseñes a jugar —dijo Elizabeth.

Anne oyó al Conde riéndose con regocijo a su lado.

—¿Cómo piensas verificar nuestros resultados? —Quiso saber Harriet.



—Esa es una buena pregunta —respondió Anne—, y una que responderé mañana. —Se detuvo precisamente un segundo—. Cuando haya descubierto cómo voy a hacerlo.

Las tres chicas se rieron, lo que había sido su intención. No había nada como un poco de humor autocrítico para recuperar el control de la conversación.

—Tendré que regresar por los resultados —comentó Lord Winstead.

—No hay necesidad de eso —dijo Anne rápidamente—. Podemos enviarlos con un lacayo.

—O podríamos caminar —sugirió Frances. Se volvió a Lord Winstead con ojos esperanzados—. No está muy lejos Winstead House, y la señorita Wynter ama hacernos salir a caminar.

—Caminar es saludable para el cuerpo y la mente —dijo Anne remilgadamente.

—Pero mucho más agradable cuando se tiene compañía —dijo Lord Winstead.

Anne tomó aire, el mejor para contener una réplica, y se volvió hacia las niñas.

—Vamos a empezar —dijo enérgicamente, orientándolos hacia la parte superior de la ruta—. Empiecen por ahí y luego vayan hacia abajo. Voy a esperar allí mismo, en aquel banco.

—¿No vienes? —exigió Frances. Dio a Anne la clase de mirada que normalmente se reservaba para las personas declaradas culpables de alta traición.

—No me gustaría estar en su camino —protestó Anne.

—Oh, pero usted no *estaría* en el camino, señorita Wynter —dijo Lord Winstead—. El camino es muy amplio.

—Sin embargo....

—¿Sin embargo? —Hizo eco él.

Ella asintió secamente.

—Apenas una réplica digna de la mejor institutriz londinense.

—Un elogio encantador seguramente —respondió ella—, pero poco probable que me impulse a la batalla.

Dio un paso hacia ella, murmurando:

—Cobarde.

—Difícilmente —replicó, llegando a responder sin siquiera mover los labios. Y luego, con una sonrisa—: Vamos, chicas, vamos a empezar. Yo me quedaré aquí un momento para ayudarles a empezar.

—Yo no necesito ayuda —se quejó Frances—. Solo necesito no tener que *hacerlo*.

Anne se limitó a sonreír. Sabía que Frances se vanagloriaría de sus pasos y cálculos más tarde esa noche.

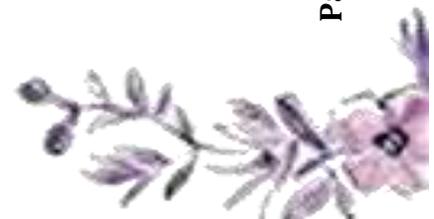
—Usted también, Lord Winstead. —Anne lo miró con su expresión más benigna. Las chicas ya estaban avanzando, por desgracia, a diferentes velocidades, lo que significaba que una cacofonía de números llenaba el aire.

—Oh, pero no puedo —dijo. Una de sus manos revoloteó hasta descansar sobre su corazón.

—¿Por qué no? —preguntó Harriet, en el mismo momento en que Anne dijo:

—Por supuesto que puede.

—Me siento mareado —dijo, y era tan obvio que Anne no pudo evitar rodar los ojos—. Es cierto —insistió—. Tengo el. . . oh, lo que fue que le sucedió a la pobre Sarah... el vértigo.





—Fue una dolencia estomacal —corrigió Harriet, y dio un discreto paso atrás.

—No parecía mareado antes —dijo Frances.

—Bueno, eso fue porque no estaba cerrando mi ojo.

*Eso* las silenció a todas.

Y finalmente:

—¿Disculpe? —dijo Anne, que realmente quería saber lo que el cierre de su ojo tenía que ver con nada.

—Siempre cierro el ojo cuando cuento —le dijo. Con una cara totalmente seria.

—Siempre... Espere un momento —dijo Anne con suspicacia—. ¿Cierra *uno* de sus ojos cuando cuenta?

—Bueno, no podría cerrar los dos.

—¿Por qué no? —preguntó Frances.

—No sería capaz de ver —dijo, como si la respuesta fuera clara como el día.

—No se necesita ser capaz de *ver* para contar —dijo Frances.

—Yo sí.

Él estaba mintiendo. Anne no podía creer que las chicas no estuvieran aullando en señal de protesta. Pero no lo estaban. De hecho, Elizabeth parecía completamente fascinada.

—¿Qué ojo? —preguntó.

Se aclaró la garganta, y Anne estaba bastante segura de verlo parpadear con cada uno de sus ojos, como si quisiera recordar cuál era la parte lesionada.

—El de la derecha. —Finalmente decidió.





—Por supuesto —dijo Harriet.

Anne la miró.

—¿Qué?

—Bueno, él es diestro, ¿no es cierto? —Harriet miró a su primo—. ¿No es así?

—Lo soy —confirmó.

Anne miró de Harriet a Lord Winstead y viceversa.

—¿Y esto es relevante porque...?

Lord Winstead le dio un pequeño encogimiento de hombros, salvado de tener que responder por Harriet, quien dijo:

—Simplemente lo es.

—Estoy seguro de que podría asumir el reto la próxima semana —dijo Lord Winstead—, una vez que el ojo haya sanado. No sé por qué no se me ocurrió que iba a perder mi sentido del equilibrio solo mirando con el ojo hinchado.

Los ojos de Anne, ambos, se estrecharon.

—Creí que el equilibrio se veía afectado por la audición.

Frances se quedó sin aliento.

—¿No me digas que se está quedando *sordo*?

—Él no se está quedando sordo —replicó Anne—. A pesar de que *yo* podría, si gritan así de nuevo. Ahora, pónganse en marcha, ustedes tres, y continúen con su trabajo. Me voy a sentar.

—Como yo —dijo Lord Winstead con garbo—. Pero voy a estar con ustedes tres en espíritu.



Las chicas volvieron a su conteo, y Anne se acercó a la banca. Lord Winstead estaba detrás de ella, y cuando se sentaron ella dijo:

—No puedo creer que ellas creyeran esas tonterías sobre su ojo.

—Oh, no lo creyeron —dijo con indiferencia—. Yo les dije antes, que les daría una libra a cada una si se esforzaban para darnos unos momentos a solas.

—¿Qué? —gritó Anne.

Él se dobló de la risa.

—Por supuesto que no lo hice. Dios mío, ¿cree que soy un completo bruto? No, no responda a eso.

Ella sacudió la cabeza, molesta consigo misma por haber sido un blanco fácil. Sin embargo, no podía estar enojada, y su risa era de un muy buen humor.

—Me sorprende que nadie haya venido a darle la bienvenida —dijo. El parque no estaba más concurrido de lo habitual para esta época del día, pero ellos eran apenas las únicas personas dando un paseo. Anne sabía que Lord Winstead había sido un caballero muy popular cuando había vivido en Londres, era difícil de creer que nadie se hubiera dado cuenta de su presencia en Hyde Park.

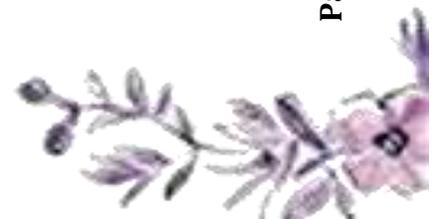
—No creo que fuera de conocimiento común que planeaba regresar —dijo—. La gente ve lo que espera ver, y nadie en el parque espera verme. —Él le dio una media sonrisa triste y miró hacia arriba y a la izquierda, como una seña hacia su ojo hinchado—. Especialmente en esta condición.

—Y no conmigo —agregó ella.

—¿Quién *es*, me pregunto?

Se volvió bruscamente.

—Esa es una reacción tan básica para una pregunta —murmuró él.





—Soy Anne Wynter —dijo de manera uniforme—. La Institutriz de sus primas.

—Anne —dijo en voz baja, y se dio cuenta de que estaba saboreando su nombre como un premio. Incluyó la cabeza hacia un lado—. ¿Es Wynter con *i* o *y*?

—*Y*. ¿Por qué? —Y entonces ella no pudo evitar reírse ante lo que acababa de decir.

—No hay razón —respondió—. Solo mi curiosidad natural. —Se quedó en silencio durante un rato más, y luego dijo—: No le sienta bien.

—¿Cómo dice?

—Su nombre. Wynter. No le sienta bien. Incluso con la *y*.

—Nosotros rara vez recibimos la elección de nuestros nombres —señaló.

—Es cierto, pero aun así, muchas veces he encontrado interesante lo bien que algunos de nosotros somos adecuados para ellos.

Ella no pudo ocultar una sonrisa pícaro.

—Entonces, ¿qué significa ser un Smythe-Smith?

Suspiró, con tal vez *demasiado* drama.

—Supongo que estábamos condenados a realizar la misma velada musical una y otra y otra vez. . .

Se veía tan abatido que tuvo que reírse.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es un poco repetitivo, ¿no le parece?

—¿El Smythe-Smith? Creo que hay algo amigable al respecto.



—No lo creo. Uno pensaría que si un Smythe se casaba con una Smith, podría ser capaz de resolver sus diferencias y elegir un nombre en lugar de cargar al resto de nosotros con los dos.

Anne se echó a reír.

—¿Hace cuánto tiempo fue unido?

—Varios cientos de años. —Se volvió, y por un momento se olvidó de sus raspaduras y magulladuras. Ella solo lo vio a él, mirándola como si ella fuera la única mujer en el mundo.

Tosió, usándolo para enmascarar su minúsculo movimiento lejos de él en el banquillo. Él era peligroso, este hombre. Incluso cuando estaban sentados en un parque público, hablando de nada de gran importancia, ella lo sentía.

Algo dentro de ella se había despertado, y necesitaba desesperadamente cerrarse de nuevo inmediatamente.

—He oído historias conflictivas —dijo, aparentemente ajeno a su confusión—. Los Smythe tenían el dinero y los Smith tenían la posición. O la versión romántica: Los Smythe tenían el dinero y la posición pero los Smith tenían la hermosa hija.

—¿Con el cabello de oro hilado y los ojos de azul cerúleo? Suena más bien como una leyenda del rey Arturo.

—No lo creo. La hermosa hija resultó ser una arpía. —Él inclinó la cabeza hacia ella con una sonrisa seca—. Quién no envejeció bien.

Anne se echó a reír, a pesar de sí misma.

—¿Por qué la familia no desechó el nombre, entonces, y volvieron a ser Smythe?

—No tengo ni idea. Tal vez firmaron un contrato. O alguien pensó que sonaba más digna con una sílaba extra. De todos modos, yo no sé si la historia es verdadera.



Ella se rió de nuevo, mirando hacia el parque para ver que las chicas. Harriet y Elizabeth estaban discutiendo sobre algo, probablemente no era más que una brizna de hierba, y Frances estaba encendida, dando pasos de gigante que iban a arruinar sus resultados. Anne sabía que tenía que ir a corregirla pero era tan agradable sentarse en el banco con el Conde.

—¿Le gusta ser una institutriz? —preguntó.

—¿Me gusta? —Lo miró con el ceño fruncido—. Qué pregunta tan extraña.

—No puedo pensar en algo menos extraño, teniendo en cuenta su profesión.

Lo que demostró lo mucho que sabía acerca de tener un trabajo.

—Nadie le pregunta a una institutriz si a ella le gusta ser una —dijo—. Nadie le pregunta eso a nadie.

Ella había pensado que sería el final de eso, pero cuando volvió a mirarlo a la cara, la estaba mirando con una curiosidad verdadera y honesta.

—¿Alguna vez le preguntó a un lacayo si quiere ser uno? —señaló—. ¿O a una criada?

—Una institutriz no es un lacayo o una criada.

—Estamos más cerca de lo que piensa. Nos pagan un salario, vivimos en casa de otra persona, siempre un paso en falso y seremos arrojados lejos a la calle. —Y mientras él estaba pensando en eso, ella cambió las tornas y le preguntó—: ¿Le *gusta* ser un Conde?

Pensó por un momento.

—No tengo idea. —Ante su mirada de sorpresa, añadió—: No he tenido mucha oportunidad de saber lo que significa. Yo tenía el título apenas un año antes de salir de Inglaterra, y me da vergüenza decir que no hice mucho con él durante ese tiempo. Si el condado está prosperando, se debe a la excelente



dirección de mi padre, y su previsión en el nombramiento de varios gerentes capaces.

Sin embargo, ella insistió.

—Pero todavía *era* el Conde. No importaba que estuviera sobre la tierra. Cuando se hacía conocer usted decía: “Yo soy Winstead”, no “Yo soy el señor Winstead”.

Él la miró con franqueza.

—Hice muy pocos conocidos, mientras estuve en el extranjero.

—Oh. —Fue una declaración muy extraña, y ella no supo cómo responder. No dijo nada más, y no creía que pudiera soportar el toque de melancolía que los había empañado, así que dijo—: Me *gusta* ser una institutriz. De ellas, por lo menos —aclaró, sonriendo y saludando a las chicas.

—Supongo que esta no es su primera posición —conjeturó.

—No. Mi tercera. Y también he servido como acompañante. —Ella no estaba segura de por qué le estaba diciendo todo esto. Era más de lo que normalmente compartía. Pero no era algo que él no pudiera descubrir por interrogar a su tía. Todas sus posiciones anteriores habían sido reveladas cuando Anne había aplicado a enseñar a las hijas Pleinsworth, incluso la que no había terminado bien. Anne se esforzaba por ser honesta siempre que fuera posible, probablemente debido a que a menudo *no era* posible. Y ella estaba muy agradecida de que Lady Pleinsworth no hubiera pensado mal de ella por haber salido de una posición donde todos los días había terminado con la necesidad de una barricada en la puerta contra el padre de sus alumnos.

Lord Winstead la miró con una mirada extrañamente penetrante, y finalmente dijo:

—Todavía no creo que sea una Wynter —dijo.

Qué extraño que pareciera tan atrapado en la idea. Sin embargo, ella se encogió de hombros.

—No hay mucho que yo haga al respecto. A menos que me case.  
—Que, como ambos sabían, era una perspectiva poco probable. Las institutrices rara vez tenían la oportunidad de conocer a caballeros elegibles de su propia posición social. Y Anne no quería casarse, en cualquier caso. Era difícil imaginar dándole el completo control sobre su vida y su cuerpo a cualquier hombre.

—Mire a esa mujer, por ejemplo —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia una mujer que estaba esquivando con desdén a Frances y Elizabeth mientras saltaba al otro lado de la ruta—. Parece una Wynter<sup>1</sup>. Rubia helada, fría de carácter.

—¿Cómo se puede juzgar su carácter?

—Algunos disimulos de mi parte —admitió—. La conozco.

Anne no quería ni pensar lo que eso significaba.

—Creo que es un otoño —reflexionó.

—Prefiero ser primavera —dijo en voz baja. Para ella, en realidad.

No preguntó por qué. Ni siquiera pensó en su silencio hasta más tarde, cuando se encontraba en su pequeña habitación, recordando los detalles de la jornada. Era el tipo de declaración que pedía una explicación, pero él no la había pedido. Había sabido no hacerlo.

Ella deseaba que él la *hubiera* pedido. Ella no le habría gustado tanto si él lo hubiera hecho.

Y tenía la sensación de que el hecho de que le gustara Daniel Smythe-Smith, ambas partes del famoso e infame Conde de Winstead, solo podría conducir a la caída.

---

<sup>1</sup> **Wynter:** Juego de palabras, le pregunta si su nombre se escribe con “y” o “i”, porque Winter significa invierno, y va comparándola con las otras estaciones del año.



\* \* \*

Mientras Daniel caminaba a casa esa noche, después de haber parado por casa de Marcus para transmitir su felicitación oficial, se dio cuenta de que no podía recordar la última vez que había disfrutado de una tarde.

Supuso que no era un logro tan difícil: había pasado los últimos tres años de su vida en el exilio, después de todo, a menudo huyendo de los matones a sueldo de Lord Ramsgate. No era una existencia que se prestara a paseos perezosos y conversación agradable, sin rumbo.

Pero eso era lo que su tarde había resultado ser. Mientras las chicas contaban sus pasos a lo largo de Rotten Row, él y la señorita Wynter se habían sentado y charlado, hablando muy poco, en particular. Y todo el tiempo no podía dejar de pensar en lo mucho que había querido tomar su mano.

Eso era todo. Solo la mano.

Él la traería a sus labios, y agacharía la cabeza en señal de saludo lícito. Y él habría sabido que ese simple beso, caballeroso, sería el comienzo de algo increíble.

Por eso habría sido suficiente. Porque habría sido una promesa.

Ahora que estaba a solas con sus pensamientos, su mente vagaba por todo lo que la promesa podía deparar. La curva de su cuello, en la intimidad de su exuberante cabello deshecho. No recordaba querer a una mujer así. Iba más allá de un mero deseo. Su necesidad de ella iba más allá de su cuerpo. Quería adorarla, para...

El golpe vino de la nada, recortando por debajo de su oído, enviándolo a caer hacia atrás contra un poste de luz.

—¿Qué diablos? —gruñó, mirando hacia arriba justo a tiempo para ver a dos hombres lanzándose hacia él.



—Sí, este es un buen chico —dijo uno de ellos, y mientras se movía, como una serpiente en el aire brumoso, Daniel vio el destello de un cuchillo, el parpadeo en la luz de la lámpara.

*Ramsgate.*

Estos eran sus hombres. Tenían que serlo.

Maldita sea, Hugh le había prometido que era seguro regresar. ¿Daniel había sido un tonto por creerle, tan desesperado por volver a casa, que no había sido capaz de decidirse a ver la verdad?

Daniel había aprendido a pelear sucio y ruin los últimos tres años, y mientras que el primero de sus atacantes yacía acurrucado en el suelo de una patada en la ingle, el otro se vio obligado a luchar por el control del cuchillo.

—¿Quién te ha enviado? —gruñó Daniel. Estaban cara a cara, casi nariz con nariz, con los brazos estirados en alto, ya que ambos tiraban por el arma.

—Yo solo quería una moneda —dijo el rufián. Él sonrió, y sus ojos tenían un brillo resplandeciente de crueldad—. Dame dinero, y todos nos iremos.

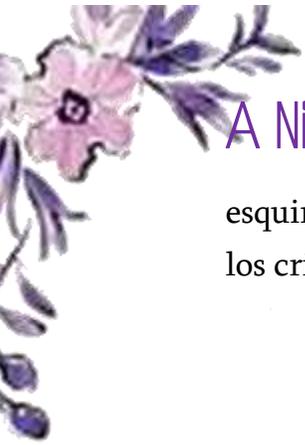
Él estaba mintiendo. Daniel lo sabía tan bien como sabía cómo respirar. Si soltaba las muñecas del hombre, aunque fuera por un momento, el cuchillo se hundiría entre sus costillas. Así las cosas, solo tenía momentos antes de que el hombre en el suelo recuperara su equilibrio.

—¡Oigan ya! ¿Qué está pasando aquí?

Daniel movió sus ojos a través de la calle el tiempo suficiente para ver a dos hombres corriendo de una casa pública. Su atacante los vio, también, y con un movimiento de sus muñecas, arrojó el cuchillo en la calle. Torciéndose y a empujones, se liberó de las garras de Daniel y se echó a correr, su amigo luchando detrás de él.

Daniel corrió tras ellos, decidido a capturar al menos a uno. Sería la única manera de que pudiera obtener alguna respuesta. Pero antes de llegar a la





esquina, uno de los hombres de la taberna lo abordó, confundiéndolo con uno de los criminales.

—Maldita sea —gruñó Daniel. Pero no sirvió de nada maldecir al hombre que lo había golpeado en la calle. Sabía que bien podría estar muerto de no ser por su intervención.

Si quería respuestas, iba a tener que encontrar a Hugh Prentice.

Ahora.



# Capítulo 5

*Traducido por Shadowy*

*Corregido por Liseth Johanna*

**H**ugh vivía en un pequeño conjunto de apartamentos en The Albany, un elegante edificio que atendía a los caballeros excepcionales de nacimiento y con medios modestos. Hugh ciertamente podría haber permanecido en la enorme casa parroquial de su padre, y de hecho Lord Ramsgate había intentado todo menos el chantaje para obligarlo a que se quedara, pero como Hugh le había dicho a Daniel en el largo viaje de regreso de Italia, ya no hablaba con su padre.

Su padre, por desgracia, todavía le hablaba.

Hugh no estaba en casa cuando Daniel llegó, pero estaba su ayuda de cámara, y le mostró a Daniel la sala de estar, asegurándole que se esperaba que Hugh volviera en breve.

Durante casi una hora Daniel paseó por la habitación, repasando cada detalle del ataque. No había sido la mejor iluminada de las calles de Londres, pero, sin duda, no era considerada una de las más peligrosas. Por otra parte, si un ladrón quería capturar un bolso pesado, tendría que aventurarse más allá de las colonias de St. Giles y Old Nichols. Daniel no habría sido el primer caballero en ser robado tan cerca de Mayfair y St. James.

Podría haber sido un simple robo. ¿No? Ellos habían dicho que querían su dinero. Podría haber sido la verdad.



Pero Daniel había pasado demasiado tiempo mirando sobre su hombro para aceptar la simple explicación para todo. Y así, cuando Hugh finalmente entró en su habitación, Daniel le estaba esperando.

—Winstead —dijo Hugh inmediatamente. Él no parecía sorprendido, pero, de nuevo, Daniel no pensaba que hubiera visto jamás a Hugh parecer sorprendido. Siempre había tenido la cara más notablemente inexpresiva. Era una de las razones por las que había sido tan imbatible en las cartas. Eso y su monstruosa capacidad para los números.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Hugh. Cerró la puerta tras de sí y fue cojeando, apoyándose pesadamente en su bastón. Daniel se obligó a observar su progreso. Cuando se habían encontrado de nuevo por primera vez, de vuelta en Italia, había sido difícil para Daniel ver la penosa marcha de Hugh, sabiendo que él era la causa de la misma. Ahora daba testimonio como una especie de penitencia, aunque después de lo que le había ocurrido esa misma noche, no estaba seguro de que era un castigo que se mereciera.

—Fui atacado —dijo Daniel secamente.

Hugh se quedó inmóvil. Lentamente, se volvió, sus ojos cuidadosamente deslizándose de la cara de Daniel, a sus pies, y viceversa.

—Siéntate —dijo bruscamente, e hizo un gesto hacia una silla.

La sangre de Daniel estaba corriendo demasiado rápido para tomar asiento.

—Preferiría estar de pie.

—Discúlpame, entonces, si yo me siento —dijo Hugh con un toque autocrítico de sus labios. Se abrió paso a una silla, torpemente, y luego se dejó caer. Cuando finalmente quitó su peso de su pierna mala, suspiró con alivio audible.

Esto, no estaba fingiéndolo. Él podría estar mintiendo sobre otras cosas, pero no esto. Daniel había visto la pierna de Hugh. Estaba retorcida y

arrugada, su mera existencia una hazaña improbable de la medicina. Que él pudiera poner cualquier peso en ella en absoluto era un milagro.

—¿Te importa si tengo una bebida? —preguntó Hugh. Apoyó su bastón sobre la mesa y comenzó a amasar los músculos en su pierna. No se molestó en ocultar su dolor de su rostro—. Está ahí. —Hizo una mueca, señalando con la cabeza hacia un armario.

Daniel cruzó la habitación y extrajo una botella de brandy.

—¿Dos dedos? —preguntó.

—Tres. Por favor. Ha sido un largo día.

Daniel sirvió la bebida y se la llevó. No había tocado el alcohol desde aquella fatídica noche de borrachera, pero de nuevo, él no tenía una pierna rota que necesitara adormecer.

—Gracias —dijo Hugh, su voz algo entre un gruñido y un susurro. Tomó un largo trago, y luego otro, cerrando los ojos mientras el fuego bajaba por su garganta—. Listo —dijo, una vez que había recuperado su compostura. Dejó el vaso y miró hacia arriba—. Me dijeron que tus lesiones vinieron a manos del Lord Chatteris.

—Eso fue algo más —dijo Daniel despectivamente—. Fui atacado por dos hombres mientras caminaba a casa esta noche.

Hugh se enderezó, sus ojos afilándose.

—¿Te dijeron algo?

—Pidieron dinero.

—Pero, ¿sabían tu nombre?

Daniel negó con la cabeza.

—No lo dijeron.

Hugh se quedó en silencio durante un largo rato, luego dijo:



—Es posible que fueran asaltantes de caminos ordinarios.

Daniel se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—Te dije que extraje una promesa de mi padre —dijo Hugh en voz baja—. Él no te tocará.

Daniel quería creerle. De hecho, le creía. Hugh nunca había sido un mentiroso. Tampoco poseía una naturaleza vengativa. Pero, ¿era posible que Hugh hubiera sido engañado?

—¿Cómo sé que se puede confiar en tu padre? —preguntó Daniel—. Él ha pasado los últimos tres años en la búsqueda de mi muerte.

—Y yo he pasado los últimos tres años convenciéndole de que esto —Hugh frunció sus labios y movió su mano sobre su pierna arruinada—, fue tanto mi culpa como la tuya.

—Él nunca creería eso.

—No. —Estuvo de acuerdo Hugh—. Es un imbécil terco. Siempre lo ha sido.

No era la primera vez que Daniel había oído a Hugh referirse a su padre en tales términos, pero aun así, se sorprendió. Había algo en la sencillez del tono de Hugh que era inquietante.

—¿Cómo puedo saber que estaré seguro? —exigió Daniel—. Regresé a Inglaterra en la fuerza de tu palabra, en tu creencia de que tu padre honraría su promesa. Si algo me pasa, o si, Dios te ayude, a cualquier miembro de mi familia, te perseguiré hasta los confines de la tierra.

Hugh no tenía que señalar que si Daniel fuera asesinado, no habría caza por hacer.

—Mi padre firmó un contrato —dijo Hugh—. Tú lo has visto.



Daniel incluso poseía una copia. También lo hacían Hugh y Lord Ramsgate, y el abogado de Hugh, quien estaba bajo órdenes estrictas de mantenerlo bajo llave. Pero aun así...

—Él no sería el primer hombre en hacer caso omiso de un documento firmado —dijo Daniel en voz baja.

—Así es. —El rostro de Hugh estaba contraído, y había una mirada de larga data en las sombras bajo sus ojos—. Pero no haré caso omiso de esto. Me he asegurado de ello.

Daniel pensó en su familia, en su hermana y madre, y sus joviales y risueñas primas Pleinsworth, a las que estaba empezando a conocer otra vez. Y pensó en la señorita Wynter, su cara saltando a la vanguardia de su mente. Si algo le sucediera a él antes de que tuviera la oportunidad de conocerla...

Si algo le sucediera a *ella*...

—Necesito saber cómo puedes estar tan seguro —dijo Daniel, su voz cayendo en un silencio furioso.

—Bueno... —Hugh llevó la copa a sus labios y tomó algo más profundo que un sorbo—. Si debes saberlo, le dije que si algo te sucede a ti, me suicidaría.

Si Daniel hubiera estado sosteniendo algo, cualquier cosa en absoluto, se habría estrellado contra el suelo. Era algo notable que *él* no se estrellara contra el suelo.

—Mi padre me conoce lo suficientemente bien como para saber que yo no digo tal cosa a la ligera —dijo Hugh, ligeramente.

Daniel no podía hablar.

—Así que si pudieras... —Hugh tomó otro trago, esta vez apenas tocando sus labios con el líquido—. Apreciaría si no te empeñaras en hacer que te maten en un accidente desgraciado. Estoy seguro de echarle la culpa a mi padre, y sinceramente, preferiría no verme fuera innecesariamente.

—Estás loco —susurró Daniel.

Hugh se encogió de hombros.

—A veces creo que sí. Mi padre seguramente estaría de acuerdo.

—¿Por qué harías tal cosa? —Daniel no podía imaginar a nadie más, ni siquiera a Marcus, que era verdaderamente un hermano para él, haciendo el mismo tipo de amenaza.

Hugh se quedó en silencio por un tiempo muy largo, la mirada desenfocada en sus ojos rota solo por el parpadeo ocasional. Finalmente, justo cuando Daniel estaba seguro de que nunca volvería a responder, se volvió y dijo:

—Fui un estúpido cuando te llamé un tramposo. Estaba borracho. Y creo que tú estabas borracho, también, y no creía que tuvieras la habilidad de ganarme.

—No la tenía —dijo Daniel—. Todo lo que tuve fue suerte.

—Sí. —Estuvo de acuerdo Hugh—. Pero yo no creo en la suerte. Nunca lo he hecho. Creo en la habilidad, y aún más en el juicio, pero no tenía juicio esa noche. No con las cartas, y no con las personas.

Hugh miró su vaso, que estaba vacío. Daniel pensó en ofrecer rellenarlo, luego decidió que Hugh lo pediría si eso era lo que quería.

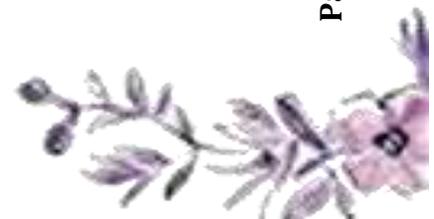
—Fue mi culpa que tuvieras que abandonar el país —dijo Hugh, dejando su vaso sobre la mesa junto a él—. No podía vivir más conmigo mismo, sabiendo que yo había arruinado tu vida.

—Pero yo también he arruinado la tuya —dijo Daniel en voz baja.

Hugh sonrió, pero solo tocó un lado de su boca, y ninguno de sus ojos.

—Es solo una pierna.

Pero Daniel no le creyó. No creía que Hugh se creyera tampoco.





—Veré a mi padre —dijo Hugh, trayendo un dinamismo a su tono que indicaba que su entrevista llegaba a su fin—. No creo que fuera suficientemente tonto para haber sido responsable de lo que te pasó esta noche, pero por si acaso, voy a recordarle mi amenaza.

—¿Me informarás de los resultados de la reunión?

—Por supuesto.

Daniel se dirigió a la puerta, y cuando se volvió para despedirse, vio que Hugh estaba luchando por ponerse en pie. Su lengua tocó la parte superior de su boca, lista para decir: *No*, pero contuvo la palabra. Todo hombre necesitaba su orgullo.

Hugh extendió la mano y agarró su bastón, y luego hizo dolorosamente lento su progreso a través de la habitación para ver a Daniel salir.

—Gracias por venir esta noche —dijo Hugh. Le tendió la mano, y Daniel la tomó.

—Me siento orgulloso de llamarte mi amigo —dijo Daniel. Se fue entonces, pero no antes de ver a Hugh girar velozmente, sus ojos húmedos con lágrimas.

\* \* \*

La tarde siguiente, después de pasar la mañana en Hyde Park haciendo tres nuevas mediciones de Rotten Row, Anne se sentó en un escritorio en la sala de estar de los Pleinsworth, haciéndole cosquillas a su barbilla con la pluma de su péndola mientras consideraba cuál de los elementos poner en su lista de tareas. Era su tarde libre, y había estado ansiando toda la semana hacer mandados y compras. No es que alguna vez tuviera mucho que comprar, pero disfrutaba



bastante hurgando en las tiendas. Era encantador tener unos momentos durante los cuales tenía responsabilidad por nadie más que sí misma.

Sus preparativos, sin embargo, fueron interrumpidos por la llegada de Lady Pleinsworth, que llegó navegando a la habitación en un chasquido de muselina verde pálido.

—¡Nos vamos mañana! —anunció.

Anne levantó la vista, completamente confundida, luego se levantó.

—¿Disculpe?

—No podemos permanecer en Londres —dijo Lady Pleinsworth—. Los rumores están volando.

¿Lo estaban? ¿Sobre qué?

—Margaret me dijo que ha escuchado rumores de que Sarah no estaba realmente enferma en la noche de la velada musical y estaba en su lugar tratando de estropear el concierto.

Anne no sabía quién era Margaret, pero no se podía negar que la señora estaba bien informada.

—Como si Sarah *hiciera* tal cosa —continuó Lady Pleinsworth—. Ella es una músico superior. Y una hija obediente. Ansía la velada musical durante todo el año.

No había comentarios que Anne pudiera hacer sobre eso, pero afortunadamente para ella, Lady Pleinsworth no parecía requerir una respuesta.

—Solo hay una manera de combatir estas mentiras maliciosas —continuó—, y eso es dejar la ciudad.

—¿Salir de la ciudad? —Hizo eco Anne. Parecía extremo. La temporada estaba recién comenzando, y ella había pensado que su objetivo principal era encontrar un esposo para Lady Sarah. Lo cual no era probable que

hicieran de vuelta en Dorset, donde las Pleinsworth habían vivido durante siete generaciones.

—Así es. —Lady Pleinsworth dejó escapar un suspiro brusco—. Sé que Sarah *se ve* como si su salud hubiera mejorado, y tal vez lo ha hecho. Pero hasta donde al resto del mundo concierne, ella debe estar al borde de la muerte.

Anne parpadeó, tratando de seguir la lógica de la Condesa.

—¿No requeriría eso los servicios de un médico?

Lady Pleinsworth despidió esto con una mano.

—No, solo aire de campo saludable. Todo el mundo sabe que no se puede convalecer apropiadamente en la ciudad.

Anne asintió, secretamente aliviada. Ella prefería la vida en el campo. No tenía conexiones en el suroeste de Inglaterra, y le gustaba de esa manera. Además, existía la complicación de su enamoramiento con Lord Winstead. Le correspondía a ella cortar eso de lleno en el brote, y doscientos kilómetros de campo entre los dos parecía ser la mejor manera de hacerlo. Dejando su pluma, le preguntó a Lady Pleinsworth:

—¿Cuándo vamos a estar en Dorset?

—Oh, no vamos a Dorset. Y gracias a los cielos por eso. Es un viaje tan agotador. Tendríamos que quedarnos al menos dos semanas para que alguien piense que Sarah ha conseguido lo más mínimo de descanso y respiro.

—Entonces, ¿a dón...?

—Vamos a Whipple Hill —anunció Lady Pleinsworth—. Solo cerca de Windsor. Ni siquiera será necesario un día entero para llegar allí.

¿Whipple Hill? ¿Por qué eso sonaba familiar?

—Lord Winstead lo sugirió.

Anne de repente empezó a toser.



Lady Pleinsworth la miró con cierta preocupación.

—¿Está completamente bien, señorita Wynter?

—Solo... ehm... algo de... ehm... ehm... polvo en mi garganta. Creo.

—Bueno, siéntese, si piensa que le ayudará. No hay necesidad de levantarse en ceremonia conmigo, al menos no por el momento.

Anne asintió agradecida y retomó su asiento. Lord Winstead. Ella debería haberlo sabido.

—Es una solución ideal para todos nosotros —continuó Lady Pleinsworth—. Lord Winstead quiere salir de Londres, también. La notoriedad, ya sabes. El rumor de que él ha vuelto está rondando, y estará inundado con llamadas. ¿Quién puede culpar al hombre por desear una reunión tranquila con su familia?

—¿Entonces él nos estará acompañando? —preguntó Anne cuidadosamente.

—Por supuesto. Es su propiedad. Parecería extraño si viajamos allí sin él, incluso si yo soy su tía favorita. Creo que su hermana y su madre vendrán también, aunque no estoy segura. —Lady Pleinsworth hizo una pausa para respirar, pareciendo completamente satisfecha con el reciente giro de los acontecimientos—. La nana Flanders supervisará el embalaje para las chicas, ya que es su tarde libre. Pero si usted le echara una ojeada a todo cuando vuelva, estaría muy agradecida. Ella es un encanto, pero se está haciendo mayor.

—Por supuesto —murmuró Anne. La adoraba, pero se había vuelto hace mucho un poco sorda. Anne siempre había admirado a Lady Pleinsworth por dejarla en el puesto, pero de nuevo, ella había estado cuidando a Lady Pleinsworth como una niña, y a la madre de Lady Pleinsworth.

—Nos iremos por una semana —continuó Lady Pleinsworth—. Por favor, asegúrese de empaclar lecciones suficientes para mantener a las niñas ocupadas.



¿Una semana? ¿En la casa de Lord Winstead? ¿Con Lord Winstead en la residencia?

El corazón de Anne se hundió y se disparó al mismo tiempo.

—¿Está segura de que estás bien? —preguntó Lady Pleinsworth—. Se ve terriblemente pálida. Espero que no haya pescado la querella de Sarah.

—No, no —le aseguró Anne—. Eso habría sido imposible.

Lady Pleinsworth la miró.

—Lo que quiero decir es, que no he estado en contacto con Lady Sarah —dijo Anne rápidamente—. Estoy perfectamente bien. Solo necesito un poco de aire fresco. Es como usted dijo. Lo cura todo.

Si Lady Pleinsworth encontró esa corriente de balbuceo fuera de carácter, no lo dijo.

—Bueno, entonces, es un buen momento que tenga la tarde para usted misma. ¿Tiene planeado salir?

—Sí, gracias. —Anne se puso de pie y se apresuró hacia la puerta—. Tendría mejor que estar en mi camino. Tengo muchas diligencias que atender. —Hizo una reverencia rápida, luego corrió de vuelta a su habitación para recoger sus cosas, un ligero chal, en caso de que el aire se volviera frío, su bolso con un poco de dinero sujeto, y, abrió su cajón y deslizó su mano bajo su pobre pila de ropa, ahí estaba. Cuidadosamente sellado y listo para ser publicado. Anne había adjuntado una media corona en su última carta, por estaba segura de que Charlotte sería capaz de pagar los gastos de envío cuando ésta llegara. El único truco era asegurarse de que nadie más se diera cuenta de quién en realidad había enviado la carta.

Anne tragó, sorprendida por el nudo en su garganta. Uno podría pensar que estaría acostumbrada a ello por ahora, teniendo que firmar un nombre falso en sus cartas a su hermana, pero era la única manera. Doblemente falso, en



realidad. Ella ni siquiera las firmaba Anne Wynter, el que se suponía era tanto su nombre como Annelise Shawcross lo había sido.

Con cuidado, colocó la carta en su bolso y se dirigió escaleras abajo. Se preguntó si el resto de su familia había visto alguna vez sus misivas, y de ser así, quién pensaban que era Mary Philpott. Charlotte habría tenido que haber salido con una buena historia para eso.

Era un buen día de primavera, con apenas suficiente brisa para hacerla desear que su sombrero fuera más bien sujeto. Se dirigió más allá de Berkeley Square hacia Piccadilly, donde había una casa de recepción junto a la carretera principal, donde le gustaba dejar sus cartas. No era el punto más cercano a la Pleinsworth House, pero la zona estaba más ocupada, y prefería la capa más profunda de anonimato que ofrecía. Además, le gustaba caminar, y era siempre un placer hacerlo a su propio ritmo.

Piccadilly estaba tan lleno como siempre, y dio la vuelta hacia el este, pasando por varias tiendas antes de levantar el dobladillo de su falda unos centímetros para poder cruzar la calle. Una media docena de carruajes pasaron, pero ninguno rápidamente, y fácilmente se abrió paso a través de los adoquines, se subió a la acera, y...

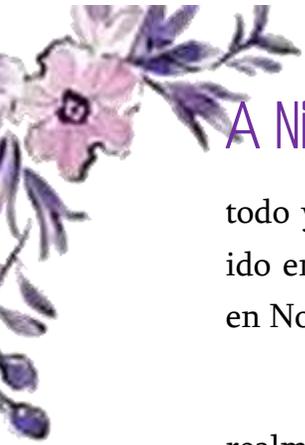
*Oh, querido Dios.*

¿Era...? No, no podía ser. Él nunca venía a Londres. O al menos no lo hacía. Eso era decir que, no lo hacía, y...

El corazón de Anne golpeaba en su pecho, y por un momento sintió que los bordes de su visión comenzaban a oscurecerse y enrollarse. Forzó aire en sus pulmones. *Piensa.* Tenía que pensar.

El mismo cabello rubio cobrizo, el mismo perfil devastadoramente guapo. Su aspecto había sido siempre único; era difícil imaginar que tuviera un gemelo desconocido en la capital, paseándose cerca en Piccadilly.

Anne sintió lágrimas, calientes y furiosas, ardiendo en sus ojos. Esto no era justo. Había hecho todo lo que se esperaba de ella. Había cortado los lazos con



todo y todos los que había conocido. Ella había cambiado su nombre, y se había ido en servicio, y prometió que nunca, nunca hablaría de lo que había sucedido en Northumberland hace mucho tiempo.

Pero George Chervil no había cumplido su parte del trato. Y si ese era realmente él, de pie fuera de la Mercería de Burnell...

Ella no podía estar allí como un objetivo y esperar para averiguarlo. Con un grito ahogado de frustración, se giró sobre sus talones y corrió... hacia la primera tienda que encontró.





# Capítulo 6

*Traducido por Liseth Johanna*

*Corregido por Akanet*

## *Ocho años atrás...*



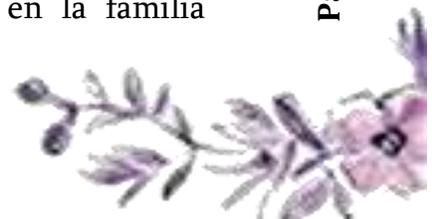
*Esta noche*, pensó Annelise llenándose de emoción. Esta noche sería la noche.

Sería más o menos escandaloso, el que ella se comprometiera antes que cualquiera de sus hermanas mayores, pero no sería del todo inesperado. Charlotte jamás había mostrado mayor interés en su sociedad local, y Marabeth siempre se veía tan contraída y enojada que era difícil imaginarse que alguien quisiera casarse con ella.

Marabeth tendría un ataque, sin embargo, y sus padres seguramente la consolarían, pero por una vez no forzarían a su hija más joven a renunciar a un premio por el bien de las mayores. Cuando Annelise se casara con George Chervil, los Shawcross quedarían conectados por siempre con la familia más importante en la zona de Northumberland. Incluso Marabeth se daría cuenta con el tiempo que el golpe maestro de Annelise estaba muy a su favor.

Una oleada en realidad levantaba a todos los botes, incluso a los enojadizos llamados Marabeth.

—Te ves como un gato en la crema —dijo Charlotte, observando a Annelise mientras se examinaba en el espejo, probando un conjunto de aretes con otro. Eran de pasta, por supuesto; las únicas joyas de verdad en la familia



Shawcross pertenecían a su madre, y todo lo que ella tenía además de su anillo de compromiso era un pequeño broche, con tres diminutos diamantes y un gran topacio. Ni siquiera era muy bonito.

—Creo que George me va a pedir que me case con él —susurró Annelise. Jamás podía guardarle secretos a su hermana. Al menos no hasta los últimos meses. Charlotte sabía la mayoría de los detalles del largo y secreto cortejo de Annelise, no *todos*.

—¡Nunca lo digas! —jadeó Charlotte con deleite y agarró ambas manos de su hermana en las suyas—. ¡Estoy tan feliz por ti!

—Lo sé, lo sé —Annelise no pudo evitar sonreír ampliamente. Sus mejillas dolerían al final de la noche, estaba segura. Pero estaba tan feliz. George era todo lo que siempre había querido en un marido. Él era todo lo que *cualquier* chica hubiera querido... guapo, atlético, elegante. Por no mencionar increíblemente bien conectado. Como la Sra. George Chervil, Annelise viviría en la casa más fina en muchos kilómetros. Sus invitaciones serían codiciadas, su amistad deseada. Quizá incluso irían a Londres para la temporada. Annelise sabía que dichos viajes eran caros, pero George sería baronet un día. En algún punto él necesitaría tomar su lugar en la sociedad, ¿no es así?

—¿Ha estado lanzando pistas? —Quiso saber Charlotte—. ¿Te ha dado regalos?

Annelise inclinó su cabeza a un lado. Le gustaba la forma en que se veía cuando la luz golpeaba su pálida piel justo así.

—No ha hecho nada obvio. Pero hay tanta historia tras el Baile de Pleno Verano. ¿Sabías que sus padres se comprometieron en el mismo evento? Y ahora que George ha cumplido veinticinco... —Se volvió hacia su hermana con amplios y emocionados ojos—. Escuché a escondidas a su padre decir que ya era hora de casarse.

—Oh, Annie —suspiró Charlotte—. Es tan romántico. —El Baile de Pleno Verano de la familia Chervil era *el* evento del año, cada año. Si alguna vez

había un momento cuando el soltero más elegible de la villa anunciara su compromiso, este era.

—¿Cuáles? —preguntó Annelise, sosteniendo ambos pares de aretes.

—Oh, los azules, definitivamente —dijo Charlotte antes de sonreír—. Porque yo debo tener los verdes para que combinen con mis ojos.

Annelise se rió y la abrazó.

—Estoy tan feliz ahora mismo —dijo. Apretó sus ojos con fuerza, como si no pudiera mantener sus sentimientos contenidos. Su felicidad se sentía como una cosa viviente, rebotando dentro de ella. Había conocido a George por años, y como toda chica que conocía, había deseado en secreto que él le prestara especial atención. ¡Y lo había hecho! Esa primavera ella lo había atrapado mirándola de manera diferente, y para el inicio del verano, había estado cortejándola en secreto. Abriendo sus ojos, miró a su hermana y sonrió de oreja a oreja.

—No creí que fuera posible ser tan feliz.

—Y nada más mejorará —predijo Charlotte. Se pusieron de pie, las manos unidas, y caminaron hacia la puerta—. Una vez que George te pida matrimonio, tu felicidad no conocerá límites.

Annelise rio mientras atravesaban la puerta. Su futuro la esperaba, y no podía esperar para alcanzarlo.

\* \* \*

Annelise vio a George en el instante en que llegó. Él era la clase de hombre que uno no perdía de vista, brillantemente guapo con una sonrisa que derretía a una chica desde adentro hacia afuera. Toda chica estaba enamorada de él. Toda chica siempre había estado enamorada de él.



Annelise sonrió con su sonrisa de secreto mientras flotaba hacia el salón de baile. Las otras chicas podían estar enamoradas de él, pero *ella* era la que había sido amada en respuesta.

Él se lo había dicho.

Pero después de una hora de observarlo saludar a los invitados de su familia, estaba poniéndose impaciente. Había bailado con tres caballeros más —dos de ellos bastante elegibles— y George no había intentado entrometerse ni una vez. No que ella lo hubiera hecho para darle celos, bueno, quizá un poco. Pero siempre aceptaba invitaciones para bailar, de cualquiera.

Sabía que era hermosa. Habría sido imposible crecer con tantas personas diciéndolo, cada día, y no saberlo. Annelise era alguna clase de retroceso, decía la gente, sus facciones brillantes y oscuras el resultado de un antiguo invasor galés. El cabello de su padre había sido oscuro, también, cuando tenía cabello, pero todos decían que no había sido como el de ella, con el brillo, movimiento y rizado tan delicado.

Marabeth siempre había estado celosa. Marabeth, quien de hecho se parecía bastante a Annelise, pero simplemente... no tanto. Su piel no era tan pálida, sus ojos no tan azules. Marabeth siempre estaba señalando a Annelise que era una malcriada arpía, y quizá era por esa razón que Annelise decidió, en su primera incursión en la sociedad local, que bailaría con cada hombre que se lo pidiera. Nadie la acusaría de aspirar más allá de su posición; ella sería la bella de buen corazón, la chica que todos amaban amar.

Ahora, por supuesto, cada hombre preguntaba, porque ¿qué hombre no quería bailar con la chica más bella del baile? Especialmente sin ningún riesgo de rechazo.

Esto debía ser por lo que George no estaba mostrando señales de celos, decidió Annelise. Él sabía que ella tenía un corazón noble, sabía que sus bailes con los otros caballeros no significaban nada para ella. Nadie podría alguna vez tocar su corazón de la manera que él lo había hecho.



—¿Por qué no me ha pedido que baile? —le susurró a Charlotte—. Pereceré por la anticipación, sabes que lo haré.

—Es el baile de sus padres —dijo Charlotte tranquilizadamente—. Tiene responsabilidades como anfitrión.

—Lo sé. Lo sé. Solo... *¡lo amo tanto!*

Annelise tosió, sintiendo sus mejillas calentarse con mortificación. Eso había salido más alto de lo que había pretendido, pero afortunadamente nadie pareció haberlo notado.

—Ven —dijo Charlotte con la enérgica determinación de alguien que acaba de idear un plan—. Demos una vuelta alrededor de la sala. Debemos caminar tan cerca del Sr. Chervil que caducará por querer estirarse y tomar tu mano.

Annelise rio y enlazó su brazo con el de Charlotte.

—Eres la mejor de las hermanas —dijo, muy en serio.

Charlotte nada más le dio un golpecito en la mano.

—Sonríe ahora —susurró—. Puede verte.

Annelise levantó la mirada y, en definitiva, la estaba mirando fijamente, sus ojos verde grisáceos ardiendo con anhelo.

—Oh, cielos —dijo Charlotte—. Solo mira cómo te observa.

—Me hace estremecer —admitió Annelise.

—Deberíamos ir más cerca —decidió Charlotte, y lo hicieron, hasta que no había forma de que no pudieran ser notadas por George y sus padres.

—Buenas noches —dijo su padre jovialmente—. Si no son más que la adorable señorita Shawcross. Y otra adorable Sñorita Shawcross. —Les dio a cada una una pequeña inclinación de su cabeza y ellas hicieron una reverencia en respuesta.





—Sir Charles —murmuró Annelise, ansiosa porque él la viera como una cortés y diligente jovencita que sería una excelente nuera. Se volvió hacia la madre de George con la misma deferencia—. Lady Chervil.

—¿En dónde está la *otra* adorable señorita Shawcross? —preguntó Sir Charles.

—No he visto a Marabeth en algún tiempo —respondió Charlotte, justo cuando George decía:

—Creo que está por allá, cerca de las puertas que dan al jardín. —Lo que le dio a Annelise la perfecta entrada para hacerle una reverencia y decir:

—Sr. Chervil. —Él tomó su mano y la besó, y ella no pensó que fuera su imaginación que él permaneciera más tiempo de lo que era necesario.

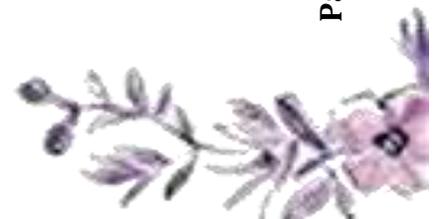
—Está tan encantadora como siempre, señorita Shawcross —Liberó su mano, luego se enderezó—. Estoy hechizado.

Annelise intentó hablar, pero estaba abrumada. Se sentía caliente, temblorosa, y sus pulmones se sentían raros, como si no hubiera suficiente aire en el mundo para llenarlos.

—Lady Chervil —dijo Charlotte—, estoy tan enamorada de estas decoraciones. Dígame, ¿cómo encontraron usted y Sir Charles el color correcto de amarillo para representar el verano?

Era la más vana de las preguntas, pero Annelise la adoró por eso. Los padres de George se lanzaron de inmediato a una conversación con Charlotte, y ella y George pudieron alejarse de ellos muy ligeramente.

—No te he visto en toda la noche —dijo Annelise sin aliento. El solo estar cerca de él la hacía estremecer con anticipación. Cuando se habían visto hacía tres noches él la había besado con mucha pasión. Aquello había quemado en su memoria, dejándola ansiosa por más.



Lo que él había hecho después del beso no había sido tan disfrutable, pero aún así había sido emocionante. El saber que ella lo afectaba tan profundamente, que podía hacerlo perder el control...

Era embriagante. Jamás había conocido tal poder.

—He estado muy ocupado con mis padres —dijo George, pero sus ojos le decían que prefería estar con ella.

—Te extraño —dijo ella audazmente. Su comportamiento era escandaloso, pero se *sentía* escandalosa, como si pudiera tomar las riendas de su vida y trazar su propio destino. Qué gran cosa era ser jóvenes y estar enamorados. El mundo sería de ellos. Solo tenían que estirarse y agarrarlo.

Los ojos de George destellaron con deseo, y él miró furtivamente sobre su hombro.

—La sala de estar de mi madre. ¿Sabes dónde está?

Annelise asintió.

—Nos vemos ahí en un cuarto de hora. No dejes que te vean.

Él se fue a pedirle a otra chica que bailara, lo mejor para desviar cualquier especulación sobre su silenciosa conversación. Annelise encontró a Charlotte, que finalmente había terminado su discusión acerca de todas las cosas amarillas, verdes y doradas.

—Lo veré en diez minutos —susurró ella—. ¿Puedes asegurarte de que nadie se pregunte en dónde estoy?

Charlotte asintió, le dio un apretón en la mano como muestra de apoyo y luego gesticuló con la cabeza hacia la puerta. Nadie estaba observando. Era el momento perfecto para irse.

Tomó más tiempo del que Annelise esperaba alcanzar la sala de estar de Lady Chervil. Era clara a través de la construcción; probablemente el por qué George la había escogido. Y ella había tenido que tomar una ruta enrevesada para



evadir a otros fiesteros que también habían escogido hacer privadas sus celebraciones. Para cuando se deslizó en la habitación oscurecida, George ya estaba ahí, esperándola.

Estuvo sobre ella antes de que pudiera siquiera hablar, besándola con locura, sus manos alcanzando su trasero y apretándolo con intimidad exclusiva.

—Oh, Annie —gruñó él—, eres fabulosa. Viniendo aquí justo en medio de la fiesta. Tan traviesa.

—George —murmuró ella. Sus besos eran adorables, y era emocionante que él la deseara con tal desesperación, pero no estaba segura de que le gustara ser llamada traviesa. No era eso lo que era, ¿o sí?

—¿George? —dijo de nuevo, esta vez como pregunta.

Pero él no respondió. Estaba respirando con fuerza, tratando de levantar su falda incluso mientras la conducía hacia un diván cercano.

—¡George! —Era difícil, porque ella también estaba emocionada, pero acuñó sus manos entre ambos y lo apartó.

—¿Qué? —demandó él, mirándola con sospecha. Y algo más. ¿Rabia?

—No vine aquí para esto —dijo ella.

Él dejó salir una risa.

—¿Qué creíste que iba a pasar? —Caminó hacia ella de nuevo, sus ojos fieros y predadores—. He estado duro por ti por días.

Ella se sonrojó furiosamente, porque sabía lo que eso significaba. Y mientras que era excitante que él la deseara tan desesperadamente, había algo incómodo en ello también. No estaba segura de qué, o por qué, pero ya no estaba tan segura de que quisiera estar aquí con él, en tal oscura y recóndita habitación.

Él agarró su mano y la llevó hacia él con suficiente fuerza como para hacerla tropezar contra él.



—Tengamos algo de ello, Annie —murmuró—. Sabes que lo quieres.

—No, yo... solo... —Intentó apartarse, pero no la dejó ir—. Es el Baile de Pleno Verano. Pensé... —Su voz se desvaneció. No podía decirlo. No podía decirlo porque una mirada a su rostro le dijo que él nunca había pretendido pedirle que se casara con él. La había besado, luego seducido, tomando la única cosa que debía haber sido guardada para su marido y, ¿pensaba que podía tomarla de nuevo?

—Oh, Dios mío —dijo él, luciendo como si fuera a reírse—. Pensaste que me casaría contigo. —Y luego sí se rio, y Annelise estuvo segura de que algo dentro de ella, murió.

—Eres hermosa —dijo él burlonamente—, te concederé eso. Y la pasé de *maravilla* entre tus muslos, pero vamos, Annie. No tienes dinero, y tu familia ciertamente no aumentará el mío.

Ella quería decir algo. Quería golpearlo. Pero solo podía quedarse ahí con iniciado horror, incapaz de creer las palabras que salían de sus labios.

—Además —dijo, con una cruel sonrisa—. Ya tengo una prometida.

Las rodillas de Annelise amenazaron con colapsar debajo de ella, y agarró el costado del escritorio para apoyarse.

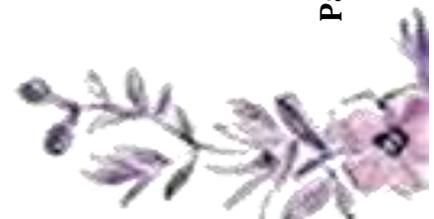
—¿Quién? —Se las arregló para susurrar.

—Fiona Beckwith —le dijo él—. La hija de Lord Hanley. Se lo pedí anoche.

—¿Ella aceptó? —susurró Annelise.

Él rio. Fuertemente.

—Por supuesto que aceptó. Y su padre, el *vizconde*, se declaró encantado. Ella es la menor, pero su favorita, y no tengo duda de que nos proveerá muy bien.



Annelise tragó. Estaba volviéndose difícil respirar. Necesitaba salir de esta habitación, de esta casa.

—Es bastante atractiva también —dijo George, paseando más cerca de ella. Sonrió, y aquello dio vueltas a su estómago al ver que era la misma sonrisa que él había usado cuando la había seducido antes. Era un guapo bastardo, y lo sabía—. Pero dudo —murmuró, dejando que uno de sus dedos se deslizara por la longitud de su mejilla—, que ella sea tan juguetona como *tú* lo eres.

—No. —Intentó decir, pero su boca estaba sobre la suya de nuevo, y sus manos en todas partes. Ella intentó luchar, pero aquello solo pareció maravillarlo.

—Oh, te gusta duro, ¿verdad? —dijo con una risa. La pellizcó entonces, duro, pero Annelise dio la bienvenida al dolor. La despertó del estupor al que había descendido, y desde el centro de su ser, rugió, empujándolo lejos de ella.

—¡Aléjate de mí! —gritó, pero él solo se rio. Desesperada, agarró la única arma que pudo encontrar, un antiguo abrecartas, que yacía desenfundado en el escritorio de Lady Chervil. Balanceándolo en el aire, advirtió—: No te me acerques. ¡Te lo advierto!

—Oh, Annie —dijo él condescendentemente, y dio un paso adelante justo mientras ella lo balanceaba salvajemente en el aire—. ¡Perra! —gritó él, agarrándose la mejilla—. Me cortaste.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. No quise hacerlo. —El arma cayó de sus manos mientras retrocedía, todo el camino hasta la pared, casi como si estuviera intentando alejarse de sí misma—. No quise hacerlo —dijo de nuevo.

Quizá si lo había querido.

—Te mataré —siseó él. La sangre filtrándose por sus dedos, manchando la fresca blancura de su camisa—. ¿Me escuchas? —gritó—. ¡Te veré en el infierno!



Annelise lo empujó para pasar y corrió.

\* \* \*

Tres días después, Annelise estaba de pie ante su padre, y el padre de George, y los escuchaba concordar en oh-tantos puntos.

Ella era una ramera.

Podría haber arruinado la vida de George.

Podía todavía arruinar las vidas de sus hermanas.

Si resultaba estar embarazada era su única maldita culpa y mejor que no pensara que George tenía alguna obligación de casarse con ella.

Como si tuviera que casarse con la chica que le había dejado una cicatriz de por vida.

Annelise todavía se sentía enferma por eso. No por defenderse a sí misma. Nadie parecía concordar con ella en eso, sin embargo. Todos parecían sentir que si ella se había entregado a él una vez, él tenía razón en creer que lo haría de nuevo.

Pero todavía podía sentir lo horroroso de aquello, la húmeda y sustanciosa resistencia cuando la hoja se había hundido en su piel. Ella no había estado esperándolo. Solo había querido balancear la cosa en el aire, para asustarlo.

—Está arreglado —cortó su padre—, y deberías ponerte de rodillas para agradecerle a Sir Charles que haya sido tan generoso.

—Dejará este pueblo —dijo rápidamente Sir Charles—, y jamás regresará. No tendrá contacto con mi hijo o cualquier miembro de mi familia. No tendrá contacto con su familia. Será como si nunca hubiera existido. ¿Entiende?



Ella sacudió la cabeza con lenta incredulidad. No entendía. Jamás entendería esto. Sir Charles, quizás, ¿pero su propia familia? ¿Repudiarla por completo?

—Te hemos encontrado una posición —dijo su padre, su voz seca y baja, con desdén—. La hermana de la esposa de tu primo necesita una compañera.

¿Quién? Annelise sacudió la cabeza, desesperadamente intento seguir el ritmo de la conversación. ¿De quién estaba hablando él?

—Vive en el Isle de Man.

—¿Qué? ¡No! —Annelise tropezó hacia adelante, intentando tomar las manos de su padre—. Está tan lejos. No quiero ir.

—¡Silencio! —rugió él, y la palma de su mano fue con fuerza a través de su mejilla. Annelise retrocedió torpemente, la sorpresa de su ataque de lejos más aguda que el dolor. Su padre la había golpeado. Él la había *golpeado*. En todos sus dieciséis años, jamás le había puesto una mano encima, y ahora...

—Ya estás arruinada a los ojos de todos los que conoces —siseó él sin piedad—. Si no haces lo que decimos, traerás más vergüenza sobre tu familia y destruirás cualquier oportunidad para tus hermanas de casarse.

Annelise pensó en Charlotte, a quien adoraba más que a nadie en el mundo. Y en Marabeth, de quién jamás había sido cercana... pero aún así, todavía era su hermana. Nada podría haber sido más importante.

—Iré —susurró ella. Se tocó la mejilla. Todavía ardía por la bofetada de su padre.

—Deberás irte en dos días —le dijo él—. Tenemos...

—¿En dónde está ella?

Annelise jadeó mientras George irrumpía en la habitación. Sus ojos eran salvajes, y su piel estaba cubierta con rastro de sudor. Estaba respirando con



fuerza; debía haber corrido a través de la casa cuando escuchó que ella estaba ahí. Un lado de su cara estaba cubierto con vendajes, pero los bordes habían empezado a marchitarse y caer. Annelise estaba aterrada de que simplemente se cayeran. No quería ver lo que yacía debajo.

—Te mataré —rugió él, gritándole.

Ella retrocedió de un salto, instintivamente corriendo hacia su padre por protección. Y él debió haber tenido algún rastro de amor por ella en su corazón, porque se puso de pie delante de ella, sosteniendo arriba un brazo para bloquear a George mientras éste avanzaba, hasta que Sir Charles retuvo a su hijo.

—Pagarás por esto —clamó George—. Mira lo que me has hecho. ¡Míralo! —Rompió los vendajes de su cara, y Annelise se estremeció al ver su herida, un corte rojo, largo y diagonal desde el pómulo hasta la barbilla.

No sanaría limpiamente. Incluso ella podía verlo.

—Detente —ordenó Sir Charles—. Contrólate.

Pero George no escuchó.

—Serás colgada por esto. ¿Me escuchas? Convocaré al magistrado y...

—*Cállate* —espetó su padre—. No harás tal cosa. Si la llevas con el magistrado, la historia saldrá a la luz y la chica Hanley se retirará más rápido de lo que puedas decir por favor.

—Oh —gruñó George, meneando su mano frente a su rostro en un gesto de gran disgusto—, ¿y no crees que la historia saldrá a la luz cuando la gente vea *esto*?

—Habrán rumores. Especialmente cuando esta deje el pueblo. —Sir Charles lanzó otra mordaz mirada hacia Annelise—. Pero solo serán rumores. Trae un magistrado y bien podrías poner toda una catástrofe sobre la mesa.

Por varios momentos Annelise pensó que George no desistiría. Pero luego, finalmente apartó su mirada, moviendo su cabeza tan rápido que su herida





empezó a sangrar de nuevo. Se tocó la mejilla, luego retuvo la sangre en sus dedos.

—Pagarás por esto —dijo, caminando lentamente hacia Annelise—. Quizá no hoy, pero lo pagarás.

Tocó la mejilla de ella con sus dedos, lentamente dibujando un corte de sangre en una diagonal, desde el pómulo hasta la barbilla.

—Te encontraré —dijo, y en ese momento sonó casi feliz—, y será un gran día cuando lo haga.





# Capítulo 7

*Traducido por Elenp y Mari NC*

*Corregido por Akanet*

**D**aniel no se consideraba alguien que se preocupara principalmente por su apariencia física, pero tenía que decirlo, no había nada como un par de botas bien hechas.

El correo de la tarde trajo una misiva de Hugh.

*Winstead:*

*Según lo prometido, visité a mi padre esta mañana. Es mi opinión que él estaba realmente sorprendido, tanto de verme, no hablamos, y también cuando fue informado de tu infortunio ayer en la tarde. En resumen, no creo que él sea responsable de tu ataque.*

*Concluí la entrevista con una reiteración de mi amenaza. Siempre es bueno recordar las consecuencias de las acciones que tomamos, pero tal vez más pertinente fue mi alegría al ver como la sangre abandonaba su rostro.*

*Tuyo y, etc...*

*H. Prentice, vivo todo el tiempo que tu lo estés.*

Y así, sintiéndose tan tranquilo por su seguridad, como se supone que lo estaría siempre, Daniel se dirigió a donde el Hoby de St. James, donde le





midieron el pie y la pierna con una precisión que habría impresionado a Galileo mismo.

—No se mueva —exigió el Sr. Hoby.

—No me estoy moviendo.

—De hecho lo está haciendo.

Daniel miró hacia abajo a su pie con calcetín, que no se estaba moviendo.

El rostro del Sr. Hoby contraído con desdén.

—Su Gracia el Duque de Wellington puede esperar durante horas sin mover ni un músculo.

—Él respira, ¿sin embargo? —murmuró Daniel.

El Sr. Hoby no se molestó en mirar hacia arriba.

—No nos entretenemos.

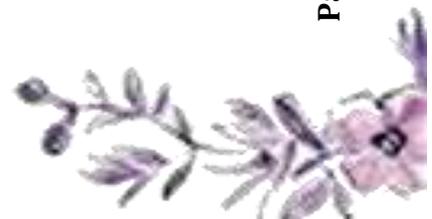
Daniel no podía dejar de preguntarse si "nosotros" se refería al Sr. Hoby y el Duque o si el famoso zapatero autoestimado se había expandido por fin en la medida en que se vio obligado a hablar de sí mismo en plural.

—Necesitamos que se quede quieto —gruñó el Sr. Hoby.

Este último, entonces. Una mala costumbre, no importa cuán altanero el personaje, pero Daniel estaba dispuesto a tolerarlo, dada la perfección de las botas del Sr. Hoby.

—Voy a esforzarme en hacer su voluntad —dijo Daniel en su voz más alegre.

El Sr. Hoby no mostró signos de diversión, en lugar de eso, ladró a uno de sus asistentes para que le dieran un lápiz con el cual trazar el pie de Lord Winstead.



Daniel se quedó en reposo absoluto, superando incluso al Duque de Wellington, quien estaba muy seguro qué respiraba mientras le estaban midiendo, pero antes de que el Sr. Hoby pudiera terminar sus trazos, la puerta de la tienda se abrió de golpe, golpeando la pared detrás de él con suficiente fuerza para sacudir el cristal. Daniel saltó, el Sr. Hoby maldijo, el asistente del Sr. Hoby se encogió, y cuando Daniel bajó la vista, el contorno de su pie lucía el dedo pequeño sobresaliendo hacia adelante como una garra reptil.

Impresionante.

El ruido del portazo había atraído suficiente atención, pero luego se hizo evidente que se trataba de una *mujer* que había entrado al establecimiento del zapatero, una mujer que parecía estar en peligro, una mujer que...

—*¿Señorita Wynter?*

No podía ser otra persona, no con ese cabello negro asomándose de su sombrero, o el barrido increíblemente largo de pestañas. Pero más que eso... Era extraño, pero Daniel pensó que él la había reconocido por su forma de moverse.

Ella saltó un pie, probablemente más, sorprendida por su voz por lo que tropezó con los estantes de la exhibición detrás de ella, la cascada subsiguiente de calzado detenido únicamente por el pensamiento rápido del asistente atribulado del Sr. Hoby, que saltó por delante de ella para salvar el día.

—Señorita Wynter —dijo Daniel de nuevo, dando zancadas para llegar a su lado—. Vamos, ¿cuál es el problema? Se ve como si hubiera visto un fantasma.

Ella negó con la cabeza, pero el movimiento fue demasiado brusco, y demasiado rápido.

—No es nada —dijo—. Yo... ah... Había... —Ella parpadeó y miró a su alrededor, como si solo justo en ese momento se diera cuenta de que se había metido en una tienda de caballeros.

—Oh —dijo ella, respirando la palabra más que otra cosa—. Lo siento mucho. P- parece que he entrado en la tienda equivocada. Ehm... Si me disculpan, simplemente... —Se asomó por la ventana de la tienda antes de poner la mano en el pomo de la puerta—. Me voy a ir ahora. —Ella finalmente terminó la frase.

Hizo girar el pomo de la puerta entonces, pero en realidad no abrió la puerta. La tienda se quedó en silencio, y todo el mundo parecía estar esperando a que se fuera, o que hablara de nuevo, o hiciera *algo*. Pero solo se quedó allí, no tanto congelada como paralizada.

Con cuidado, Daniel la tomó del brazo y la apartó de la ventana.

—¿Puedo ser de ayuda?

Ella se dio la vuelta y él se dio cuenta que era la primera vez que lo miraba a los ojos desde que había entrado. Pero la conexión fue fugaz, ella rápidamente volvió a concentrarse en la ventana de la tienda, mientras su cuerpo parecía encogerse instintivamente lejos de ella.

—Vamos a tener que continuar en otro momento —le dijo en voz alta al Sr. Hoby—. Voy a asegurarme que la señorita Wynter llegue a casa...

—Había una rata —espetó ella. En voz bastante alta.

—¿Una *rata*? —Uno de los otros clientes casi gritó. Daniel no podía recordar su nombre, pero era un cliente quisquilloso, vestido con un chaleco de brocado rosa a juego con las hebillas de sus zapatos.

—Fuera de la tienda —dijo la señorita Wynter, extendiendo su brazo hacia la puerta principal. Su dedo índice se movió y sacudió, como si el fantasma del roedor fuera tan grotesco que no se atrevía a identificarlo directamente.

Daniel encontró esto curioso, pero nadie parecía darse cuenta de que su historia había cambiado. ¿Cómo era que se había ido a la tienda equivocada si había estado tratando de escapar de una rata?

—Pasó por encima de mi zapato —agregó ella, y esto fue suficiente para que el hombre de la hebilla color rosa se balanceara sobre sus pies.



—Permítame transportarla a casa —dijo Daniel, y luego en voz más alta, ya que todo el mundo los miraba, de todos modos—. La pobre mujer ha tenido un susto. —Consideró que era una explicación suficiente, sobre todo cuando añadió que ella estaba al servicio de su tía. Rápidamente se puso las botas con las que había llegado, luego trató de llevar a la señorita Wynter fuera de la tienda. Sin embargo, sus pies parecían arrastrarse, y cuando llegaron a la puerta, se inclinó y dijo en voz baja, para que nadie pudiera oír:

—¿Está todo bien?

Ella tragó saliva, su hermoso rostro preocupado y tenso.

—¿Tiene un carruaje?

Él asintió con la cabeza.

—Está justo al final de la calle.

—¿Es cerrado?

Qué pregunta tan extraña. No llovía, no estaba ni siquiera en lo más mínimo nublado.

—Puede serlo.

—¿Podría hacerlo traer aquí? No estoy segura de que pueda caminar.

Ella todavía parecía tener las piernas temblorosas. Daniel asintió de nuevo, a continuación, envió a uno de los asistentes de Hoby a que fuera a buscar su carruaje. Unos minutos más tarde, estaban instalados en su carruaje, el dosel levantado firmemente. Él le dio un momento para recobrar la compostura, y luego preguntó en voz baja:

—¿Qué pasó en realidad?

Ella levantó la mirada, y sus ojos, un remarcable tono oscuro de azul, tenían un toque de sorpresa.





—Esa debe haber sido una verdadera rata —murmuró—. Casi del tamaño de Australia, diría yo.

Él no había estado tratando de hacerla sonreír, pero ella lo hizo de todas formas, la más mínima inclinación de sus labios. Su propio corazón dio un vuelco, y era difícil entender cómo un pequeño cambio de expresión en ella podría causar una gran explosión de emociones en él.

No le había gustado verla tan alterada. Él solo se estaba dando cuenta ahora de cuánto.

Vio cómo ella trató de decidir qué hacer. No estaba segura de si podía confiar en él, pudo verlo en su rostro. Se asomó por la ventana, pero solo brevemente, y luego se acomodó en su asiento, aún mirando hacia adelante. Sus labios temblaban, y por último, con una voz tan baja y vacilante que casi le rompió el corazón, dijo:

—Hay alguien... que no deseo ver.

Nada más. Sin explicación, sin elaboración, nada más que una oración de seis palabras que trajo un millar de nuevas preguntas. Sin embargo no le preguntó ninguna de ellas, lo *haría*, pero no todavía. De todas maneras ella no le habría respondido. Estaba asombrado de que le había dicho tanto como le había dicho.

—Vamos a salir de la zona, entonces —dijo él, y ella asintió con gratitud. Se dirigieron hacia el este en Piccadilly, absolutamente en la dirección equivocada, pero de nuevo, precisamente las instrucciones que Daniel le había dado al conductor. La señorita Wynter necesitaba tiempo para calmarse antes de regresar a Pleinsworth House.

Y él todavía no estaba listo para renunciar a su compañía.

Anne miró por la ventana mientras los minutos rodaban. No estaba segura de dónde estaban, y honestamente, realmente no le importaba. Lord Winstead podría llevarla a Dover y a ella no le importaría, con tal de que estuvieran lejos, muy lejos de Piccadilly.



Piccadilly y el hombre que podría haber sido George Chervil.

Sir George Chervil, supuso que era ahora. Las cartas de Charlotte no llegaban con la regularidad que Anne ansiaba, pero eran vivaces y noticiosas y el único enlace de Anne con su vida anterior. El padre de George había muerto el año anterior, Charlotte había escrito, y George había heredado el título de baronet. La noticia había hecho que la sangre de Anne se helará. Ella había despreciado al difunto Sir Charles, pero también lo había necesitado. Él había sido lo único que mantenía la naturaleza vengativa de su hijo bajo control. Sin Sir Charles, no había nadie que lo hiciera entrar en razón. Incluso Charlotte había expresado su preocupación, al parecer, George había hecho un llamado a los Shawcros el día después del funeral de su padre. Había tratado de hacerlo parecer como una llamada para una tarde de vecindad, pero Charlotte pensaba que él había hecho demasiadas preguntas acerca de Anne.

*Annelise.*

A veces tenía que recordarse a sí misma la persona que una vez había sido.

Ella había sabido que había la posibilidad de que George podría estar en Londres. Cuando había tomado el trabajo con los Pleinsworth, había estado bajo la suposición de que se quedaría en Dorset alrededor de un año. Lady Pleinsworth llevaría a Sarah a la ciudad para la temporada, y las tres chicas más jóvenes pasarían el verano en el campo con su institutriz y enfermera. Y el padre, por supuesto. Lord Pleinsworth nunca abandonaba el campo. Estaba mucho más interesado en sus perros de caza de lo que jamás había estado en la gente, lo cual le venía muy bien a Anne. Si no estaba ausente, estaba distraído, y era casi como si estuviera trabajando en un hogar solo con mujeres. Lo que era una *maravilla*.

Pero entonces Lady Pleinsworth había decidido que no podía prescindir de todas sus hijas, y mientras Lord Pleinsworth reflexionaba sus perros y sangre, la familia hizo las maletas y se fue a Londres. Anne se había pasado todo el viaje asegurándose que aunque George viniera a la ciudad nunca se cruzarían. Era una ciudad grande. La más grande de Europa. Tal vez del mundo. George

podría haberse casado con la hija de un vizconde, pero los Chervil no se movían en los mismos círculos nobles que los Pleinsworth o Smythe-Smith. E incluso si se encontraban en el mismo evento, Anne ciertamente no estaría presente. No era más que la institutriz. La institutriz con suerte invisible.

Sin embargo, era un peligro. Si los chismes de Charlotte eran ciertos, George recibió una generosa asignación del padre de su esposa. Tenía más que suficiente dinero para pagar por una temporada en la ciudad. Tal vez incluso suficiente para comprar su entrada en algunos de los círculos sociales más importantes.

Siempre había dicho que le gustaba la emoción de la ciudad. Recordaba eso de él. Había conseguido olvidar muchas cosas, pero esa la recordaba. Eso, junto con el sueño de una chica de pasarse en Hyde Park del brazo de su marido guapo.

Suspiró, lamentándose por la chica, pero *no* por su tonto sueño. Qué idiota había sido. ¡Qué pésimo juicio de carácter!

—¿Hay algo que pueda hacer para que se sienta más cómoda?  
—preguntó en voz baja Lord Winstead. No había hablado durante algún tiempo. A ella le gustaba eso de él. Él era un hombre afable, sencillo en la conversación, que parecía saber cuándo no hablar.

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo del todo. No estaba tratando de evitarlo. Bueno, no a *él* específicamente. Habría evitado a cualquier persona en ese momento. Pero entonces él se movió. Fue solo un poco, de verdad, pero ella sintió el cojín del asiento ajustándose debajo de ellos, y fue suficiente para recordarle que él la había rescatado esta tarde. Él había visto su aflicción y la salvó, sin ni siquiera una pregunta hasta que habían llegado al carruaje.

Se merecía su agradecimiento. No importaba si sus manos aún estaban temblando o su mente estaba todavía corriendo con todas las terribles posibilidades. Lord Winstead nunca sabría lo mucho que la había ayudado, o incluso lo mucho que lo apreciaba, pero podía, al menos, darle las gracias.

Pero cuando se volvió para mirarlo, algo completamente distinto salió de su boca. Ella había querido decir, *Gracias*. Pero en su lugar...

—¿Ese es un moretón nuevo?

Lo era. Estaba segura de ello. Justo allí en su mejilla. Un poco rosáceo, no tan oscuro como los más cercanos a su ojo.

—Se ha hecho daño —dijo—. ¿Qué pasó?

Él parpadeó, luciendo más bien confuso, y una de sus manos se acercó a tocarse la cara.

—El otro lado —dijo, y aunque sabía que era terriblemente subido de tono, alargó la mano con los dedos extendidos y tocó suavemente su mejilla—. No estaba ayer.

—Se ha dado cuenta —murmuró él, dándole una sonrisa ensayada.

—No es un cumplido —le dijo ella, tratando de no pensar en lo que podría significar que su rostro se había vuelto tan familiar para ella que notó una mancha nueva en medio de las secuelas de su pelea con Lord Chatteris. Era ridículo, la verdad. Se *veía* ridículo.

—Sin embargo, no puedo evitar sentirme halagado de que notara la última adición a mi colección —dijo.

Ella rodó sus ojos.

—Debido a que las lesiones personales son una cosa tan digna de coleccionar.

—¿Son todas las institutrices tan sarcásticas?

Viniendo de alguien más, ella lo habría tomado como una repulsa, un recordatorio para recordarle su lugar. Pero eso no era lo que él pretendía. Y estaba sonriendo mientras lo decía.

Ella le lanzó una mirada mordaz.





—Está evitando la pregunta.

Ella pensó que podría haber lucido un poco avergonzado. Era difícil de decir, cualquier rubor que podría haber tocado sus mejillas estaba oscurecido por el actual tema de conversación, es decir, los moretones.

Él se encogió de hombros.

—Dos rufianes intentaron hacerse anoche con mi cartera.

—¡Oh, no! —exclamó ella, sorprendiéndose completamente a sí misma con la fuerza de su reacción—. ¿Qué pasó? ¿Está usted bien?

—No fue tan malo como podría haber sido —objetó él—. Marcus hizo más daño la noche de la velada musical.

—¡Pero eran delincuentes comunes! Podría haber sido asesinado.

Él se inclinó hacia ella. Solo un poco.

—¿Me habría echado de menos?

Ella sintió a sus mejillas calentarse, y le tomó unos momentos reunir una apropiada expresión severa.

—Podría haber sido extrañado por muchas personas —dijo con firmeza.

Incluida ella.

—¿Dónde estaba caminando? —preguntó. *Detalles*, se recordó. Los detalles eran importantes. Los detalles eran frescos y secos y no tenían nada que ver con las emociones o extrañar a alguien ni preocuparse o cuidar o cualquier tipo de... eso excepto conocer los hechos—. ¿Fue en Mayfair? Yo no habría pensado que era tan peligroso.

—No fue en Mayfair —le dijo—. Pero no muy lejos de allí. Estaba caminando a casa desde la casa de Chatteris. Ya era tarde. No estaba prestando atención.





Anne no sabía dónde vivía el Conde de Chatteris, pero no podría haber estado demasiado lejos de Winstead House. Todas las familias nobles vivían en proximidad relativa entre sí. E incluso si Lord Chatteris vivía en el borde de las zonas de moda, Lord Winstead difícilmente habría tenido que caminar a través de barrios marginales para llegar a casa.

—No me di cuenta de que la ciudad se había vuelto tan peligrosa —dijo ella. Tragó saliva y se preguntó si el ataque a Lord Winstead podría haber tenido algo que ver con ella viendo a George Chervil en Piccadilly. No, ¿cómo podría? Ella y Lord Winstead habían sido vistos juntos en público una sola vez, el día anterior en Hyde Park, y habría sido evidente para cualquier espectador que había estado allí como institutriz de sus primas pequeñas.

—Supongo que debería darle las gracias por insistir en llevarme a casa la otra noche —dijo.

Se dio la vuelta, y la intensidad de sus ojos la dejó sin aliento.

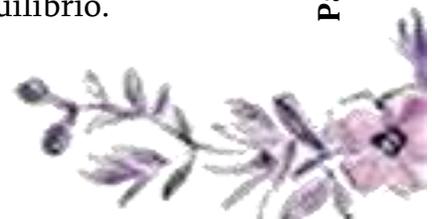
—No le permitiría caminar dos pasos sola por la noche, y mucho menos un kilómetro y medio.

Sus labios se separaron, y ella pensó que debía de haber querido hablar, pero lo único que podía hacer era mirar. Sus ojos se fijaron en los suyos, y era admirable, porque ella no notó el color de ellos, ese increíblemente brillante azul claro. Vio más allá, hasta las profundidades de... algo. O tal vez no era eso en absoluto. Tal vez era ella la que había sido expuesta. Tal vez él vio todos sus secretos, sus miedos.

Sus deseos.

Respiró entonces, por fin, y arrancó su mirada de la suya. ¿Qué fue eso? O mejor dicho, ¿quién era *ella*? Porque no conocía a la mujer que lo había mirado a él como si mirara dentro de su propio futuro. Ella no era caprichosa. No creía en el destino. Y *nunca* había creído que los ojos fueran las ventanas del alma. No después de la manera en que George Chervil la había mirado una vez.

Tragó saliva, tomando un momento para recuperar su equilibrio.





—Lo dice como si el sentimiento fuera especial para mí —dijo ella, satisfecha con la relativa normalidad de su voz—, pero sé que insistiría en hacer lo mismo por cualquier dama.

Él le dirigió una sonrisa tan coqueta que ella tuvo que preguntarse si se había imaginado la intensidad de sus ojos tan solo unos minutos antes.

—La mayoría de las damas pretenderían estar halagadas.

—Creo que aquí es donde debo decir que no soy como la mayoría de las damas —dijo secamente.

—Sin duda alguna fluye bien, estábamos en el escenario.

—Tendré que informar a Harriet —dijo Anne con una sonrisa—. Ella se imagina como un dramaturgo.

—¿Lo hace ahora?

Anne asintió.

—Creo que ha iniciado una nueva obra. Suena terriblemente deprimente. Algo sobre Enrique VIII.

Él hizo una mueca.

—Eso *es* deprimente.

—Está tratando de convencerme para tomar el papel de Ana Bolena.

Él ahogó una risa.

—No hay forma en que mi tía le esté pagando lo suficiente.

Anne no quiso hacer comentarios al respecto, en su lugar dijo:

—Agradezco su preocupación la otra noche. Pero en cuanto a estar halagada, estoy mucho más impresionada por un caballero que valora la seguridad y la protección de *todas* las mujeres.





Él se tomó un momento para reflexionar eso, y luego asintió, su cabeza sacudiéndose un poco a un lado mientras lo hacía. Se sentía incómodo, Anne se dio cuenta con sorpresa. No estaba acostumbrado a ser felicitado por esas cosas.

Sonrió para sus adentros. Había algo bastante atractivo en verlo moverse en su asiento. Ella supuso que estaba acostumbrado a ser alabado por su encanto y su atractivo físico.

¿Pero por su buen comportamiento? Tenía la sensación de que fue hace mucho tiempo.

—¿Le duele? —preguntó.

—¿Mi mejilla? —Él negó con la cabeza, luego se contradijo—. Bueno, un poco.

—¿Pero los ladrones se ven peor que usted? —dijo con una sonrisa.

—Oh, mucho peor —dijo—. Mucho, mucho peor.

—¿Es ese el punto de luchar? ¿Asegurarse de que el oponente resulte en un estado peor que uno mismo?

—Sabe, creo que podría ser. Tonto, ¿no le parece? —La miró con una expresión extraña y pesada—. Es lo que me envió fuera del país.

Ella no sabía todos los detalles de su duelo, pero...

—¿Qué? —preguntó. Porque, en realidad, incluso los hombres jóvenes no podían ser tan tontos.

—Bueno, no exactamente —dijo—, pero es el mismo tipo de inanidad. Alguien me llamó tramposo. Y casi lo maté por eso. —Él se volvió hacia ella, sus ojos penetrantes—. ¿Por qué? ¿Por qué haría eso?

Ella no respondió.

—No es que *tratara* de matarlo. —Se sentó de nuevo en su asiento, el movimiento extrañamente fuerte y repentino—. Fue un accidente. —Se quedó





en silencio por un momento, y Anne miró a su cara. Él no la miró cuando añadió—: Pensé que debería saberlo.

Ella lo sabía. Él nunca podría ser el tipo de hombre que mataría tan trivialmente. Pero podría decir que no quiso decir nada más al respecto. Así que en vez de eso le preguntó:

—¿A dónde vamos?

Él no respondió inmediatamente. Parpadeó, luego miró por la ventana, y luego admitió:

—No lo sé. Le dije al cochero que condujera sin rumbo hasta que reciba nuevas instrucciones. Pensé que tal vez necesitaba unos minutos extra antes de volver a la Pleinsworth House.

Ella asintió con la cabeza.

—Es mi tarde libre. No me esperan pronto.

—¿Tiene algunas diligencias que necesite ver terminadas?

—No, yo... ¡sí! —exclamó. Santo cielo, ¿cómo lo había olvidado?—. Sí, las tengo.

Su cabeza se inclinó hacia ella.

—Sería feliz de llevarla a donde necesita ir.

Ella se aferró a su bolso, encontrando consuelo en el tranquilo sonido de arrugar del papel en su interior.

—No es nada, solo una carta que debe ser enviada.

—¿Debería franquearla? Nunca me las arreglé para tomar mi asiento en la Cámara de los Lores, pero asumo que poseo privilegios de franqueo. Mi padre seguramente utilizó los suyos.



—No —dijo ella rápidamente, aunque esto le habría ahorrado un viaje a una casa de recepción. Por no mencionar el gasto de Charlotte. Pero si sus padres veían la carta, franqueada por el Conde de Winstead...

Su curiosidad no conocería límites.

—Eso es muy amable de su parte —dijo Anne—, pero no podría posiblemente aceptar su generosidad.

—No es mi generosidad. Puede agradecerle al Correo Real.

—Aún así, no podría abusar de su privilegio de franqueo de tal manera. Si solo me llevara a una casa receptora... —Ella miró por la ventana para determinar su paradero exacto—. Creo que hay una en Tottenham Court Road. O si no es allí, entonces... Oh, no me había dado cuenta de que estábamos tan lejos al este. Debemos ir a High Holborn en su lugar. Justo antes de Kingsway.

Hubo una pausa.

—Tiene un conocimiento bastante exhaustivo de las casas receptoras de Londres —dijo.

—Oh. Bueno. En realidad no. —Ella se dio una rápida patada mental y sacudió su cerebro en busca de una excusa apropiada—. Es solo que estoy fascinada por el sistema postal. Es realmente maravilloso.

Él la miró con curiosidad, y ella no sabía si le creyó. Por suerte para ella, era la verdad, incluso si lo hubiera dicho para cubrir una mentira. *Encontraba* el Correo Real bastante interesante. Era increíble lo rápido que podía llegar un mensaje a través del país. Tres días de Londres a Northumberland. Parecía realmente un milagro.

—Me gustaría seguir una carta un día —dijo ella—, solo para ver a dónde va.

—A la dirección que aparece en su frente, me imagino —dijo.

Ella apretó los labios para reconocer su pequeña burla y luego dijo:

—¿Pero *cómo*? Ese es el milagro.

Él sonrió un poco.

—Debo confesar que no había pensado en el sistema postal en términos bíblicos, pero siempre estoy feliz de ser educado.

—Es difícil imaginar una carta viajando más rápido de lo que lo hace en la actualidad —dijo alegremente—, a menos que aprendamos cómo volar.

—Siempre hay palomas —dijo.

Ella se echó a reír.

—¿Puede imaginarse una bandada entera, levantándose al cielo para entregar nuestro correo?

—Es una perspectiva aterradora. Especialmente para aquellos caminando debajo.

Eso trajo otra risita. Anne no podía recordar la última vez que se había sentido tan feliz.

—Para High Holborn entonces —dijo él—, ya que nunca le permitiría confiar su misiva a las palomas de Londres. —Se inclinó hacia delante para abrir la tapa en la parte superior del carruaje, le dio las instrucciones al conductor, y luego se sentó de nuevo—. ¿Hay algo más con lo que podría ayudarle, señorita Wynter? Estoy a su entera disposición.

—No, gracias. Si usted simplemente me regresara a Pleinsworth House...

—¿Tan temprano en la tarde? ¿En su día libre?

—Hay mucho que hacer esta noche —le dijo—. Vamos a... Oh, pero por supuesto usted lo sabe. Nos vamos mañana a Berkshire, a...

—Whipple Hill —suministró él.

—Sí. Por su sugerencia, creo.



—Parece más sensato que ustedes viajando hasta llegar a Dorset.

—¿Pero usted...? —Se interrumpió, y luego desvió la mirada—. No importa.

—¿Está usted preguntando si ya había tenido la intención de irme? —Esperó un momento y luego dijo—: No la tenía.

La punta de su lengua salió para humedecer sus labios, pero aún así, ella no lo miró. Sería demasiado peligroso. No debería desear las cosas que estaban fuera de su alcance. No *podía*. Lo había intentado una vez, y había estado pagando por ello desde entonces.

Y Lord Winstead era posiblemente el sueño más imposible de todos. Si se permitía desearlo, eso lo destruiría.

Pero, oh, cómo quería quererle.

—¿Señorita Wynter? —Su voz se filtró a través de ella como una brisa cálida.

—Eso es... —Se aclaró la garganta, tratando de encontrar su voz, la que en realidad sonaba como ella—. Eso es muy amable de su parte, ajustar su horario por su tía.

—No lo hice por mi tía —dijo en voz baja—. Pero esperaba que lo supiera.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja. Sabía que no tendría que explicar la pregunta, él sabría lo que quería decir.

No por qué lo hizo. ¿Por qué *ella*?

Pero él no respondió. Por lo menos no de inmediato. Y entonces, por fin, justo cuando pensaba que podría tener que levantar la mirada hacia su rostro, dijo:

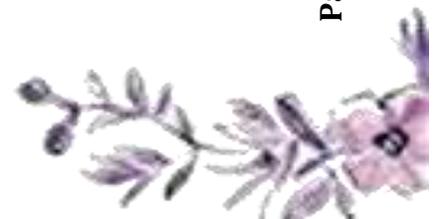
—No lo sé.





Ella lo vio entonces. Su respuesta había sido tan franca e inesperada que ella no podía *dejar* de mirar. Volvió la cara hacia él, y cuando lo hizo, fue presa del más extraño y más intenso anhelo de simplemente estirar su mano y tocar con su mano la de él. Para *conectarse* de algún modo.

Pero no lo hizo. No podía. Y sabía eso, aunque él no hiciera.



# Capítulo 8

*Traducido por Sheilita Belikov*

*Corregido por La BoHeMiK*

La siguiente tarde, Anne bajó del carruaje de viaje de los Pleinsworth y levantó la mirada, recibiendo su primer vistazo de Whipple Hill. Era una casa preciosa, sólida y majestuosa, situada en medio de colinas suavemente onduladas que descendían hasta un gran estanque bordeado de árboles. Había algo muy hogareño en ello, pensó Anne, lo cual le pareció interesante ya que era la propiedad ancestral de los Condes de Winstead. No es que estuviera extremadamente familiarizada con las grandes casas de la aristocracia, pero las que había visto siempre habían sido terriblemente ornamentadas e imperiosas.

El sol ya se había puesto, pero el resplandor naranja del crepúsculo aún flotaba en el aire, dándole un toque de calidez a la noche que se acercaba rápidamente. Anne estaba ansiosa por encontrar su habitación y tal vez tener un plato de sopa caliente para la cena, pero la noche antes de su partida, la nana Flanders había enfermado de una dolencia estomacal. Con ella quedándose en Londres, Anne había sido obligada a un deber doble, sirviendo como niñera e institutriz, lo que significaba que sería necesario que ella instalara a las chicas en su habitación antes de que pudiera atender cualquiera de sus propias necesidades. Lady Pleinsworth le había prometido una tarde libre adicional mientras estuvieran en el campo, pero no había sido específica en cuanto a cuándo y Anne temía que se le olvidara por completo.

—Vamos, chicas —dijo enérgicamente. Harriet había corrido hacia uno de los otros carruajes que estaba adelante (el de Sarah y Lady Pleinsworth)





Elizabeth había ido hacia el otro de atrás. A pesar de que Anne no podía imaginar sobre que estaba hablando con las doncellas.

—Yo estoy aquí —dijo Frances resueltamente.

—Sí, lo estás —respondió Anne—. Estrella de oro para ti.

—Es realmente una lástima que no tenga estrellas de oro reales. Yo no tendría que escatimar mi dinero cada semana.

—Si tuviera estrellas de oro reales —replicó Anne con un gesto de su ceja—. No tendría que ser tu institutriz.

—Touché —dijo Frances con admiración.

Anne le dio un guiño. Había algo bastante satisfactorio en ganar el respeto de una niña de diez años.

—¿Dónde están tus hermanas? —murmuró, entonces llamó—: ¡Harriet! ¡Elizabeth!

Harriet volvió saltando.

—Mamá dice que voy a comer con los adultos mientras estamos aquí.

—Ooooh, Elizabeth no va a estar feliz con eso —predijo Frances.

—¿No estar feliz acerca de qué? —preguntó Elizabeth—. Y no creerán lo que Peggy me acaba de decir.

Peggy era la doncella de Sarah. A Anne le agradaba bastante, aunque era una terrible chismosa.

—¿Qué te dijo? —preguntó Frances—. Y Harriet va a comer con los adultos mientras estamos aquí.

Elizabeth jadeó con justa indignación.



—Esto es claramente injusto. Y Peggy comentó que Sarah le dijo, por indicaciones de Daniel, que la señorita Wynter también va a comer con la familia.

—Eso no va a suceder —dijo Anne con firmeza. Sería muy fuera de lo común, generalmente una institutriz solo se unía a la familia cuando era necesaria para reforzar los números, pero más allá de eso, ella tenía trabajo que hacer. Puso la mano ligeramente sobre la cabeza de Frances—. Voy a comer con ustedes.

Con la inesperada bendición de la nana Flanders habiéndose puesto enferma. Anne no podía imaginar qué había estado pensando Lord Winstead solicitando que se uniera a la familia para la cena. Si alguna vez hubo un movimiento diseñado para ponerla en una posición incómoda, era ese. ¿El señor de la casa pidiendo cenar con la institutriz? Bien podría simplemente aparecer y decir que estaba tratando de meterla en su cama.

Lo que tenía la sensación de que estaba haciendo. No sería la primera vez que había tenido que defenderse de los avances no deseados de sus patrones.

Pero sería la primera vez que una parte de ella había querido entregarse.

—¡Buenas noches! —Era Lord Winstead, saliendo al pórtico a recibirlas.

—¡Daniel! —gritó Frances. Dio un giro de ciento ochenta grados, pateando el polvo sobre sus hermanas, y corrió hacia él, prácticamente derribándolo cuando se lanzó a sus brazos.

—¡Frances! — la regañó Lady Pleinsworth—. Eres demasiado mayor para saltar sobre tu primo.

—No me importa —dijo Lord Winstead con una sonrisa. Despeinó el cabello de Frances, lo que le ganó una amplia sonrisa.

Frances giró la cabeza hacia atrás para preguntarle a su madre:

—Si soy demasiado mayor para saltar sobre Daniel, ¿significa que soy lo suficientemente mayor para comer con los adultos?

—Ni siquiera cerca de ello —replicó Lady Pleinsworth descaradamente.

—Pero Harriet...

—...es cinco años mayor que tú.

—Nosotras tendremos un gran momento en el cuarto de los niños —anunció Anne, acercándose para apartar la responsabilidad de Lord Winstead. Él se volvió hacia ella, sus ojos resplandecientes con una familiaridad que hizo que su piel se calentara. Se dio cuenta que él estaba a punto de decir algo acerca de ella uniéndose a la familia para la cena, así que se apresuró a añadir, con una voz que todos pudieran oír—: Normalmente tomo la cena en mi habitación, pero con la nana Flanders enferma, estoy más que feliz de tomar su lugar con Elizabeth y Frances en el cuarto de los niños.

—Una vez más, es nuestra salvadora, señorita Wynter —intervino Lady Pleinsworth—. No sé lo que haría sin usted.

—Primero la velada musical y ahora esto —dijo Lord Winstead con aprobación.

Anne lo miró, tratando de discernir su motivo para decir tal cosa, pero él ya había vuelto su atención a Frances.

—Tal vez organicemos un concierto mientras estamos aquí —sugirió Elizabeth—. Sería muy divertido.

Era difícil decir en el crepúsculo, pero Anne pensó que podría haber visto a Lord Winstead palidecer.

—No he traído tu viola —dijo ella rápidamente—. Ni el violín de Harriet.

—¿Y...?





—Y tampoco tu contrafagot —Anne le dijo a Frances antes de que pudiera siquiera preguntar.

—Ah, pero esto es Whipple Hill —dijo Lady Pleinsworth—. Ninguna casa Smythe-Smith estaría completa sin un generoso surtido de instrumentos musicales.

—¿Incluso un contrafagot? —preguntó Frances esperanzada.

Lord Winstead pareció dudoso, pero dijo:

—Supongo que puedes buscar.

—¡Lo haré! Señorita Wynter, ¿me ayudará?

—Por supuesto —murmuró Anne. Parecía tan buen trabajo como cualquier otro que la mantuviera fuera del camino de la familia.

—Con Sarah sintiéndose mucho mejor, no tendrá que tocar el piano esta vez —señaló Elizabeth.

Era bueno que Lady Sarah ya hubiera entrado en la casa, pensó Anne, porque habría tenido que escenificar una recaída elaborada en ese mismo momento.

—Entremos todos —dijo Lord Winstead—. No hay necesidad de cambiarse la ropa de viaje. La señora Barnaby ha arreglado una cena informal, en la que todos pueden participar, Elizabeth y Frances incluidas.

*Y usted también, señorita Wynter.*

No lo dijo. Ni siquiera la miró, pero sin embargo, Anne percibió las palabras.

—Si van a cenar *en familia* —le dijo Anne a Lady Pleinsworth—, estaría más que agradecida de retirarme a mi habitación. Me encuentro cansada por el viaje.





—Por supuesto, querida. Tendrá que reservar su energía para esta semana. Me temo que la haremos trabajar en exceso. Pobre nana.

—¿No querrás decir pobre señorita Wynter? —preguntó Frances.

Anne sonrió a su responsabilidad. En efecto.

—No tenga miedo, señorita Wynter —dijo Elizabeth—. No seremos duras con usted.

—Oh, no lo serán, ¿verdad?

Elizabeth asumió un semblante inocente.

—Estoy dispuesta a privarme de todas las matemáticas mientras tanto.

Lord Winstead se rio entre dientes y luego se volvió hacia Anne.

—¿Debo hacer que alguien le muestre su habitación?

—Gracias, milord.

—Venga conmigo. Me ocuparé de ello. —Se volvió hacia su tía y primas—. El resto de ustedes, vayan a la sala del desayuno. La señora Barnaby hizo que los lacayos establecieran la cena allí, ya que estamos tan informales esta noche.

Anne no tuvo más remedio que seguirlo a través del pasillo principal y luego a una larga galería de retratos. Parecía estar en el lado antiguo de la misma, pensó, a juzgar por el adorno isabelino del hombre bastante corpulento que la observaba fijamente. Miró a su alrededor en busca de una doncella, un lacayo, o quien fuera que él planeaba que le mostrara su habitación, pero estaban completamente solos.

A excepción de dos docenas de Winstead de años pasados.

Se detuvo y cruzó las manos remilgadamente en frente de ella.

—Estoy segura de que desea unirse a su familia. Tal vez una doncella...





—¿Qué clase de anfitrión sería? —preguntó con suavidad—.  
Entregándola como si fuera equipaje.

—¿Cómo dice? —murmuró Anne con cierta alarma. Seguramente no  
podía querer decir...

Él sonrió. Como un lobo.

—Yo la acompañaré a su habitación.

\* \* \*

Daniel no sabía qué clase de demonio se había apoderado de él, pero, la  
señorita Wynter había lucido tan insoportablemente atractiva mientras ella  
miraba hacia el tercer Conde de Winstead (demasiadas piernas de pavo  
compartidas con Henry VIII, eso estaba claro). Había planeado llamar a una  
doncella que le mostrara su habitación, realmente lo había hecho, pero al parecer  
no pudo resistir la delicada arruga de su nariz.

—Lord Winstead —comenzó ella—, seguramente reconoce lo  
impropio de tal... tal...

—Oh, no se preocupe —dijo, feliz de salvarla de sus dificultades de  
articulación—. Su virtud está a salvo conmigo.

—¡Pero no mi reputación!

Ella tenía razón en eso.

—Seré tan rápido como un... —Hizo una pausa—. Bueno, cualquier  
cosa que sea rápida y no tan poco atractiva.

Ella lo miró como si le hubieran brotado cuernos. Cuernos poco  
atractivos.





Él sonrió animosamente.

—Estaré en la cena tan rápido que nadie siquiera se dará cuenta de que fui con usted.

—Ese no es el punto.

—¿No lo es? Dijo que estaba preocupada por su reputación.

—Lo estoy, pero...

—Tan rápido —interrumpió él, poniendo fin a cualquier clase de protesta en la que había estado trabajando—, que apenas tendría tiempo para violarla incluso si esa fuera mi intención.

Ella jadeó.

—¡Lord Winstead!

Lo incorrecto a decir. Pero tan terriblemente entretenido.

—Bromeo —le dijo.

Ella lo miró fijamente.

—El decirlo es la broma —explicó rápidamente—. No el sentimiento.

Sin embargo, ella no dijo nada. Y luego:

—Creo que se ha vuelto loco.

—Sin duda, es una posibilidad —dijo amablemente. Hizo un gesto hacia el pasillo que conducía a la escalera oeste—. Por aquí, en esta dirección. —Esperó un momento y luego añadió—: No es como si tuviera opción.

Ella se puso rígida y él se dio cuenta que había dicho algo terriblemente malo. Malo por algo que había ocurrido en su pasado, en otro momento cuando ella no había tenido opciones.

Pero quizás también malo simplemente porque no estaba bien, sin importar cuál fuera su historia. Él no pellizcaba a las doncellas o arrinconaba a las





jóvenes en las fiestas. Siempre había intentado tratar a las mujeres con respeto. No había ninguna justificación para ofrecer a la señorita Wynter algo menos.

—Le pido perdón —dijo, inclinando la cabeza con respeto—. Me he comportado mal.

Sus labios se separaron, y parpadeó varias veces en rápida sucesión. Ella no sabía si creerle, y él se dio cuenta en silencio anonadado que su indecisión estaba desgarrándolo.

—Mi disculpa es genuina —dijo.

—Por supuesto —respondió ella rápidamente, y él pensó que lo decía en serio, esperaba que lo hiciera. Habría dicho lo mismo incluso si no lo hiciera, para guardar las formas.

—Sin embargo, explicaré —le dijo—, que dije que no tenía opción no debido a su posición al servicio de mi tía, sino porque simplemente no conoce el camino alrededor de la casa.

—Por supuesto —dijo ella de nuevo.

Pero él se sintió obligado a decir más, porque... porque... Porque no podía soportar la idea de que pensara mal de él.

—Cualquier visitante habría estado en la misma posición —dijo, esperando no sonar a la defensiva.

Ella empezó a decir algo, pero se interrumpió a sí misma, probablemente debido a que habría sido otro “Por supuesto”. Él esperó pacientemente, ella seguía de pie junto a la pintura del tercer Conde, contento de solo verla, hasta que finalmente dijo:

—Gracias.

Él asintió con la cabeza. Fue un movimiento lleno de gracia, elegante y cortés, el mismo tipo de reconocimiento que había hecho miles de veces. Pero





por dentro casi había sido arrollado por un torrente de alivio en forma de cascada. Era humillante. O, mejor dicho, desconcertante.

—Usted no es el tipo de hombre que se aprovecha —dijo, y en ese momento lo supo.

Alguien la había lastimado. Anne Wynter sabía lo que significaba estar a merced de alguien más fuerte y más poderoso.

Daniel sintió que algo dentro de él se endurecía con furia. O tal vez tristeza. O arrepentimiento.

No sabía lo que sentía. Por primera vez en la vida, sus pensamientos eran un caos, dando vueltas y escribiéndose uno sobre otro como una historia interminablemente editada. Lo único cierto era que estaba requiriendo cada pizca de su fuerza para no cerrar la diferencia entre ellos y atraerla contra él. Su cuerpo la recordaba, su olor y curvas, incluso la temperatura exacta de su piel contra la suya.

Él la quería. La quería complemente.

Pero su familia le estaba esperando en la cena, y sus antepasados lo miraban desde los marcos de sus retratos, y ella (la mujer en cuestión) lo miraba con una cautela que le rompió el corazón.

—Si espera aquí —dijo en voz baja—, iré a buscar una doncella que le muestre su habitación.

—Gracias —dijo ella, e hizo una pequeña reverencia.

Comenzó a caminar hacia el otro extremo de la galería, pero a los pocos pasos se detuvo. Cuando se volvió, ella estaba de pie exactamente donde la había dejado.

—¿Algo está mal? —preguntó ella.

—Solo quiero que sepa —dijo bruscamente.



¿Qué? ¿Qué quería que supiera? Ni siquiera sabía por qué había hablado.

Era un tonto. Pero eso ya lo sabía. Había sido un tonto desde el momento en que la había conocido.

—¿Lord Winstead? —preguntó, después de que había pasado un minuto sin que hubiera terminado su declaración.

—No es nada —murmuró, y se volvió de nuevo, esperando enteramente que sus pies lo llevaran fuera de la galería. Pero no lo hicieron. Se quedó inmóvil y sin aliento, de espaldas a ella mientras su mente le gritaba que simplemente se... moviera. Diera un paso. *¡Se fuera!*

Pero en lugar de eso se volvió, una parte traidora de él todavía desesperada por darle una última mirada.

—Como quiera —dijo ella en voz baja.

Y entonces, antes de que tuviera la oportunidad de considerar sus acciones, se encontró caminando hacia ella.

—Precisamente —dijo.

—¿Perdón? —Sus ojos se nublaron con confusión. Confusión hermanada con inquietud.

—“Como quiera” —repitió—. Eso es lo que dijo.

—Lord Winstead, no creo...

Él se detuvo a un metro de ella. Más allá de la longitud de sus brazos. Confiaba en sí mismo, pero no completamente.

—No debería hacer esto —susurró ella.

Pero había ido demasiado lejos.

—Quiero besarla. Eso es lo que quería que supiera. Porque si no lo voy a hacer, y parece que no lo haré, porque no es lo que usted quiere, al menos no en



este momento... pero si no voy a hacerlo, necesita saber que quería. —Hizo una pausa, mirando su boca, sus labios, gruesos y temblorosos—. Todavía quiero.

Él oyó una ráfaga de aire saliendo a través de sus labios, pero cuando la miró a los ojos, su azul tan medianoche que bien podría haber sido negro, él sabía que ella lo quería. La había escandalizado, eso era obvio, pero aun así, lo quería.

No iba a besarla ahora; ya se había dado cuenta que no era el momento adecuado. Pero tenía que hacérselo saber. Ella debía de saber qué era lo que él quería.

Lo que también ella quería, si solo se permitía verlo.

—Este beso —dijo, con la voz ardiente de deseo firmemente contenido—. Este beso... Lo quiero con un fervor que estremece mi alma. No tengo idea de por qué lo quiero, solo que lo sentí en el momento en que la vi en el piano, y se ha intensificado en los días desde entonces.

Ella tragó saliva, y la luz de las velas bailó en su delicado cuello. Pero no dijo nada. Eso estaba bien; no había esperado que lo hiciera.

—Quiero el beso —dijo con voz ronca—, y luego quiero más. Quiero cosas que ni siquiera puede saber.

Se quedaron en silencio con los ojos fijos.

—Pero más que nada —susurró—, quiero besarla.

Y entonces, con una voz tan suave que apenas era más que una exhalación, ella dijo:

—Yo también lo quiero.





## Capítulo 9

*Traducido por Lizzie, Vero y rihano*

*Corregido por La BoHeMiK*

*Y*

*o también lo quiero.*

Ella estaba loca.

No podía haber otra explicación. Había pasado los últimos dos días diciéndose a sí misma todas las razones por las que no podía permitirse querer a este hombre, y ahora, en el primer momento en que estaban verdaderamente solos y aislados, ¿ella decía eso?

Se llevó la mano hacia arriba para cubrirse la boca, y ella no tenía idea si era por la conmoción o porque sus dedos tenían más sentido que el resto de ella y trataban de impedirle cometer un enorme, enorme error.

—Anne —susurró él, mirándola con ardiente intimidad.

No señorita Wynter. *Anne*. Él se estaba tomando libertades, ella no le había dado permiso para usar su nombre de pila. Pero no podía invocar el ultraje que sabía que debería sentir. Porque cuando él la llamaba Anne, era la primera vez que se sentía como si el nombre fuera verdaderamente suyo. Durante ocho años se había llamado a sí misma Anne Wynter, pero para al resto del mundo, siempre era la señorita Wynter. No había nadie en su vida para llamarla Anne. Ni una sola persona.

Ella no estaba segura de que incluso se hubiera dado cuenta hasta este mismo momento.



Siempre había pensado que quería ser Annelise nuevamente, para volver a una vida en la que su mayor preocupación era qué vestido ponerse cada mañana, pero ahora, cuando escuchó a Lord Winstead susurrar su nombre, se dio cuenta que le gustaba la mujer en que se había convertido. A ella podrían no haberle gustado los acontecimientos que la habían llevado a este punto, o el aún presente miedo de que George Chervil algún día pudiera encontrarla y tratar de destruirla, pero ella se gustaba a si misma.

Era una idea increíble.

—¿Puede besarme solo una vez? —susurró. Porque ella lo quería. Deseaba una probada de la perfección, aunque sabía que podía perseguirla al más allá—. ¿Me puede besar una vez, y luego no hacerlo de nuevo?

Sus ojos se nublaron, y por un momento pensó que no podría hablar. Se estaba sosteniendo con tanta fuerza que su mandíbula tembló, y el único ruido era el sonido de su trabajosa respiración.

Decepción corría a través de ella. No sabía que había estado pensando, para hacer una cosa así. ¿Un beso, y después nada más? ¿Un beso, cuando también sabía que quería mucho más? Ella estaba...

—No lo sé —él dijo bruscamente.

Sus ojos, a los cuales ella les había permitido desviarse hacia abajo a sus pies, volaron de regreso a su cara. Él seguía observándola con constante intensidad, mirándola como si ella pudiera ser su salvación. Su rostro no estaba curado, con cortes, rasguños en la piel, y moretones negros azulados alrededor de sus ojos; pero en ese momento él era la cosa más hermosa que había visto nunca.

—No creo que una vez sea suficiente —dijo.

Sus palabras fueron emocionantes. ¿A qué mujer no le gustaría ser tan deseada? Pero la parte cuidadosa de ella, la parte sensible, se dio cuenta que estaba pisando un camino peligroso. Lo había hecho una vez antes, se dejó caer por un hombre que nunca se casaría con ella. La única diferencia era que esta vez comprendía esto. Lord Winstead era un Conde, recientemente caído en



desgracia, es cierto, pero todavía un Conde, con su apariencia y encanto, la sociedad no tardaría en volver a abrirle sus brazos.

Y ella era... ¿qué? ¿Una institutriz? Una falsa institutriz cuya historia de vida comenzó en 1816 cuando ella se bajó del ferry, mareada, petrificada, y puso sus pies en el suelo rocoso de la Isla de Man.

Anne Wynter había nacido ese día, y Annelise Shawcross... Ella había desaparecido. Quedado atrás en una nube como el rocío del océano a su alrededor.

Pero en realidad, no importaba quién era. Anne Wynter... Annelise Shawcross... Ninguna de las dos era un buen partido para Daniel Smythe-Smith, Conde de Winstead, Vizconde Streathermore y Barón Touchton de Stoke.

Él tenía más nombres que ella. Era casi divertido.

Pero en realidad no. Los suyos eran todos verdaderos. Él tiene que mantenerlos todos. Y eran una insignia de su posición, de todas las razones por las que ella no debería estar aquí con él, inclinando el rostro hacia el suyo.

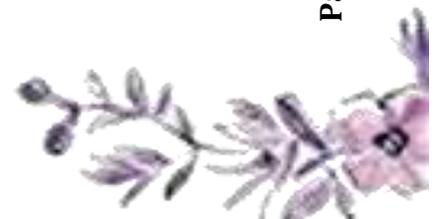
Pero aun así, ella quería este momento. Quería besarlo, sentir sus brazos alrededor de ella y perderse en ellos, para perderse en la noche que les rodeaba. Suave y misterioso, el dolor con la promesa...

¿Qué había en una noche como ésta?

Él extendió la mano y tomó la suya, ella se lo permitió. Sus dedos envueltos en los de ella, y aunque no la tiró hacia él, sintió el tirón, caliente y palpitante, atrayéndola más cerca. Su cuerpo sabía qué hacer. Sabía lo que quería.

Hubiera sido tan fácil negarlo si no hubiera sido lo que su corazón deseaba.

—No puedo hacer esa promesa —dijo en voz baja—, pero voy a decirte esto. Incluso si no te beso ahora, si doy la vuelta, me alejo, voy cenar y finjo que nada de esto ha pasado, yo no puedo prometer que nunca te besaré otra vez.



Él levantó la mano hasta su boca. Se había quitado los guantes en el coche y su piel desnuda se erizó y bailó con el deseo donde sus labios la tocaron.

Ella tragó saliva. No sabía qué decir.

—Puedo besarte ahora —dijo—, sin la promesa. O podemos hacer nada, también sin la promesa. Es tu elección.

Si hubiera sonado demasiado confiado, habría encontrado la fuerza para alejarse. Si su postura hubiera tenido arrogancia, o si hubiera habido algo en su voz que hablara de la seducción, habría sido diferente.

Pero él no estaba haciendo amenazas. Ni siquiera estaba haciendo promesas. Él simplemente estaba diciendo la verdad. Y dándole una elección.

Ella tomó una respiración. Inclino su rostro hacia el suyo. Y susurró.

—Bésemme.

Ella se arrepentiría de este día. O tal vez no lo haría. Pero en este momento no le importaba. El espacio entre ellos se desvaneció; sus brazos, tan fuertes y seguros, se envolvieron alrededor. Cuando sus labios tocaron los de ella, le pareció oír que decía su nombre otra vez.

—Anne.

Era un suspiro. Una súplica. Una bendición.

Sin dudarle, ella extendió la mano para tocarlo, sus dedos hundiéndose suavemente en el oscuro cabello. Ahora que lo había hecho, le había pedido que en realidad la besara, quería todo. Quería tomar el control de su vida, o por lo menos de este momento.

—Di mi nombre —él murmuró, sus labios se movían a lo largo de la mejilla hasta el lóbulo de la oreja. Su voz era cálida contra su oído, penetrando en su piel como un bálsamo.

Pero no podía. Era demasiado íntimo. ¿Por qué esto podría ser así?, no tenía ni idea, ya que ella se había emocionado con el sonido de su nombre en sus



labios, y más aún, estaba envuelta en sus brazos y desesperadamente quería quedarse allí para siempre.

Pero ella no estaba lista para llamarlo Daniel.

En su lugar, dejó escapar un pequeño suspiro, o tal vez fue un pequeño gemido, y se permitió apoyarse pesadamente en él. Su cuerpo estaba caliente, y ella estaba tan caliente que pensó que podrían estallar en llamas.

Sus manos se deslizaron por su espalda, un asentamiento en la parte baja de la misma, la otra llegaba hasta ahuecar su trasero. Sintió que se levantaba, apretándose con fuerza contra él, con fuerza contra la evidencia de su necesidad de ella. Y aunque sabía que debería estar en shock, o por lo menos recordar que ella no debería estar aquí con él, solo podía temblar de placer.

Era tan maravilloso ser tan deseada. Tener a alguien que la desea tan desesperadamente. A ella. No a una bonita y pequeña institutriz a la cual podría apoyar en una esquina y pagarle. No la acompañante de una señora cuyo sobrino pensaba que debía estar agradecida por la atención.

Ni siquiera una chica joven que era en realidad solo un blanco fácil.

Lord Winstead la deseaba. Él la había deseado antes de que incluso hubiera sabido quién era. Esa noche en Winstead House, cuando la había besado... Por todo lo que había sabido ella era la hija de un duque, con quien estaría moralmente obligado a casarse solo por estar a solas con ella en un pasillo oscuro. Y tal vez eso no era tan significativo, porque no era como si hubieran compartido más de un par de frases, pero él todavía la deseaba, y ella no creía que fuera solo porque pensaba que podría aprovecharse de ella.

Pero al final la cordura se estableció en ella, o tal vez era simplemente el espectro de la realidad, y se obligó a separarse de su beso.

—Necesita volver —dijo, deseando que su voz fuera un poco más estable—. Van a estar esperándolo.



Él asintió con la cabeza, y sus ojos parecían un poco salvajes, como si él no supiera muy bien lo que había sucedido en su interior.

Anne lo entendía. Se sentía precisamente de la misma manera.

—Quédate aquí —dijo finalmente—. Voy a enviar a una doncella que te muestre tu habitación.

Ella asintió, mirándolo mientras se dirigía al otro lado de la galería, su andar no tan decidido como el que estaba acostumbrada a ver en él.

—Pero... —dijo, girando con un brazo extendido—, esto no ha terminado.

Luego, con una voz que sostenía deseo, determinación, y más que un poco de desconcierto, añadió:

—No puede haber terminado.

Esta vez no asintió. Uno de ellos tenía que ser sensible. Encima era la única cosa que podría ser.

\* \* \*

El tiempo inglés no tenía mucho a su favor, pero cuando el sol y el aire eran correctos, no había lugar más perfecto, especialmente en la mañana, cuando la luz estaba todavía inclinada y rosa. El pasto cubierto de rocío brillaba en la brisa.

Daniel se sentía especialmente bien cuando se dirigía a desayunar. El sol de la mañana entraba por todas las ventanas, bañando la casa con un resplandor celestial, el aroma celestial del tocino flotaba más allá de su nariz y (sin que hubiera habido mucho de una segunda intención para esto) la noche



anterior había sugerido que Elizabeth y Frances tomaran su desayuno con el resto de la familia, en lugar de arriba en el cuarto de los niños.

Era tonto para ellos comer separados en las mañanas. Era un trabajo extra para todos los involucrados, y por supuesto él no quería ser privado de su compañía. Acababa de regresar al país después de tres largos años lejos. Esto, les dijo, era el momento para estar con su familia, especialmente sus primas jóvenes que habían cambiado tanto en su ausencia.

Sarah podría haberle dado una mirada sarcástica cuando dijo eso, y su tía podría haber preguntado en voz alta por qué entonces no estaba con su madre y su hermana. Pero él era excelente ignorando las relaciones femeninas cuando le convenía, y además, difícilmente podría haber respondido con los gritos de alegría y vítores provenientes de las dos Pleinsworth más jóvenes.

Así que estaba resuelto. Elizabeth y Frances no tomarían el desayuno en el cuarto de niños y en su lugar vendrían abajo con el resto de la familia. Y si las muchachas estaban abajo, entonces la señorita Wynter también estaría allí, y por cierto, el desayuno sería estupendo.

Con un rebote ciertamente torpe en su andar, se abrió paso a través de la sala principal a la sala del desayuno, deteniéndose solo para mirar a través del cuarto de estar al ventanal, que algunos emprendedores lacayos habían abierto para dejar entrar el cálido aire de primavera. ¡Qué día, qué día! Los pájaros estaban cantando, el cielo estaba azul, el pasto era verde (como siempre, pero aun así era una cosa excelente), y él había besado a la señorita Wynter.

Casi dio saltos justo sobre sus pies solo de pensarlo.

Había sido espléndido. Maravilloso. Un beso para negar todos los besos anteriores. Realmente, no sabía lo que había estado haciendo con todas esas otras mujeres, porque cualquier cosa que había sucedido cuando sus labios habían tocado los de ella, esos no habían sido besos.

No como anoche.



Cuando llegó a la sala del desayuno, estaba encantado de ver a la señorita Wynter de pie al lado del aparador. Pero cualquier pensamiento de coqueteo fue truncado cuando también espío a Frances, que estaba dirigida a poner más comida en su plato.

—Pero no me gustan los arenques —dijo Frances.

—No tienes que comerlos —replicó la señorita Wynter con gran paciencia—. Pero no sobrevivirás hasta la cena con solo un trozo de tocino en tu plato. Toma algunos huevos.

—No me gustan de esa manera.

—¿Desde cuándo? —preguntó la señorita Wynter, sonando bastante sospechosa. O tal vez simplemente exasperada.

Frances arrugó la nariz y se inclinó sobre el plato.

—Se ven muy aguados.

—Lo qué puede ser rectificado de inmediato —anunció Daniel, decidiendo que era un momento tan bueno como cualquier otro para hacer notar su presencia.

—Daniel —exclamó Frances, sus ojos iluminándose de alegría.

Robó una mirada a la señorita Wynter, él todavía no estaba tranquilo pensando en ella como Anne, excepto, al parecer, cuando la tenía en sus brazos. Su reacción no fue tan efusiva, pero sus mejillas se tornaron en una sombra extremadamente atractiva de color rosa.

—Voy a pedirle al cocinero que te prepare una nueva porción —le dijo a Frances, estirándose para alborotar su cabello.

—No hará tal cosa —dijo la señorita Wynter severamente—. Estos huevos son perfectamente aceptables. Sería un desperdicio terrible de alimentos preparar más.





Bajó la mirada a Frances, dándole un simpático encogimiento de hombros.

—Me temo que no habrá ninguna intersección con la señorita Wynter. ¿Por qué no buscas algo más de tu gusto?

—No soy partidaria de los arenques.

Miró hacia el plato ofensivo e hizo una mueca.

—No lo soy, tampoco. No conozco a nadie que lo sea, francamente, a excepción de mi hermana, y diré que, termina con olor a pescado durante el resto del día.

Frances jadeó con alegre horror.

Daniel miró a la señorita Wynter.

—¿Le gustan los arenques?

Ella le devolvió la mirada.

—Mucho.

—Lástima. —Él suspiró y se volvió hacia Frances—. Tendré que avisarle a Lord Chatteris al respecto ahora que él y Honoria se van a casar. No puedo imaginarme que él querrá estar besando a alguien con arenques en el aliento.

Frances se llevó una mano a la boca y soltó una risita extasiada. La señorita Wynter le dio una mirada extremadamente severa y dijo:

—Esta es difícilmente una conversación apropiada para los niños.

A lo que él simplemente tuvo que decir:

—¿Pero sí lo es para los adultos?

Ella casi sonrió. Él podía decir que quería. Pero dijo:

—No.





Él hizo un gesto triste.

—Lástima.

—Tomaré tostadas —anunció Frances—. Con montones y montones de mermelada.

—Un solo montón, por favor —instruyó la señorita Wynter.

—La nana Flanders me permite tener dos montones.

—No soy la nana Flanders.

—Escucha, escucha —señaló Daniel en voz baja.

La señorita Wynter le lanzó una mirada.

—Delante de las niñas. En serio —él le reprendió, murmurando las palabras mientras rozaba su lado para que Frances no escuchara—. ¿Dónde está todo el mundo? —preguntó en voz alta, tomando un plato y dirigiéndose directamente hacia el tocino. Todo era mejor con tocino.

La vida era mejor con tocino.

—Elizabeth y Harriet estarán abajo en breve —respondió la señorita Wynter—. No sé sobre Lady Pleinsworth y Lady Sarah. No estamos en cualquier lugar cerca de sus habitaciones.

—Sarah odia levantarse por la mañana —dijo Frances, mirando a la señorita Wynter mientras servía su mermelada.

La señorita Wynter miró su espalda, y Frances se detuvo en una cucharada, luciendo un poco desanimada mientras tomaba asiento.

—Su tía no es tampoco una madrugadora —dijo la señorita Wynter a Daniel, cuidadosamente llenando su plato. Tocino, huevos, tostadas, mermelada, un pastel de Cornualles... Observo que ella era bastante fanática del desayuno.

Una cucharada grande de mantequilla, una porción más moderada de mermelada de naranja, y luego...





*No los arenques.*

Los arenques. Por lo menos tres veces más de lo que un ser humano normal debe consumir.

—¿Arenques? —preguntó él—. ¿Usted debe...?

—Le dije que me gustaban.

O más concretamente, él le había dicho lo bien que sirven como armadura contra un beso.

—Son prácticamente la comida nacional de la Isla de Man —dijo ella, dejando un último pescado un poco viscoso en el plato por si acaso.

—Hemos estado estudiando la Isla de Man en geografía —dijo Frances con tristeza—. Las personas son Manx. Hay gatos que son Manx. Esa es la única cosa buena al respecto. La palabra *Manx*.

Daniel no podía ni siquiera pensar en un comentario.

—Termina en una *x* —explicó Frances, no es que eso aclaraba alguna cosa.

Daniel se aclaró la garganta, decidiendo no seguir adelante con el camino de la conversación estilo *x*. Siguió a la señorita Wynter de regreso a la mesa.

—No es una isla muy grande —comentó—. No habría pensado que hubiera mucho que estudiar.

—Por el contrario —remarcó, tomando asiento en diagonal a Frances—. La isla es muy rica en historia.

—Y peces, al parecer.

—Lo es —admitió la señorita Wynter, pinchando un arenque con el tenedor—, la única cosa que echo de menos de mi tiempo allí.





Daniel la miró con curiosidad mientras se sentaba a su lado, tomando el asiento justo enfrente de Frances. Era una declaración extraña, viniendo de una mujer tan hermética sobre su pasado.

Pero Frances interpretó el comentario de una manera completamente diferente. Con su mitad comida, de la triangular tostada colgando de sus dedos, ella se quedó inmóvil, mirando fijamente a su institutriz con total asombro.

—¿Entonces por qué —finalmente demandó—: está usted haciéndonos estudiarla?

La señorita Wynter la miró con impresionante ecuanimidad.

—Bueno, difícilmente podría planear una lección acerca de la Isla de Wight. —Se volvió hacia Daniel y dijo—: Honestamente, no sé nada al respecto.

—Ella tiene un muy buen punto —él dijo a Frances—. Apenas puede enseñar lo que no sabe.

—Pero no sirve de nada —protestó Frances—. Por lo menos la Isla de Wight está cerca. Podríamos algún día realmente ir allí. La Isla de Man está en el medio de la nada.

—En el mar de Irlanda, en realidad —expuso Daniel.

—Uno nunca sabe dónde le llevará la vida —dijo la señorita Wynter en voz baja—. Te puedo asegurar que cuando yo tenía tu edad, estaba bastante segura de que nunca pondría un pie en la Isla de Man.

Había algo en su voz que era llamativamente solemne, ni Daniel ni Frances dijeron una palabra. Por último, la señorita Wynter se encogió levemente de hombros, se volvió hacia su comida, pinchó otro arenque ahumado, y dijo:

—Yo ni siquiera sabía que podría haberla localizado en un mapa.

Hubo otro silencio, esta vez más incómodo que el anterior. Daniel decidió que era hora de hacer frente a la brecha auditiva y dijo:





—Bueno —lo cual, como de costumbre, le daba tiempo suficiente para pensar en algo ligeramente más inteligente que decir—, tengo pastillas de menta en mi oficina.

La señorita Wynter se giró. Luego parpadeó. Entonces dijo:

—¿Disculpe?

—¡Brillante! —expuso Frances, la Isla de Man olvidada por completo—. Me encantan las pastillas de menta.

—¿Y a usted, señorita Wynter? —él le preguntó.

—Le gustan —dijo Frances.

—Tal vez podamos caminar hasta el pueblo —dijo Daniel—, para comprar algunas.

—Pensé que habías dicho que tenías algunas — le recordó Frances.

—Así es. —Miró por encima de los arenques de la señorita Wynter, sus cejas subiendo en alarma—. Pero tengo la sensación de que no tengo suficientes.

—Por favor —dijo la señorita Wynter, lanzando otro pescadito con su tenedor y dejándolo temblar en el aire—. No es por mi culpa.

—Oh, yo creo que puede ser a causa de todos.

Frances miró de él a la institutriz y de vuelta, frunciendo el ceño con fuerza.

—No entiendo de lo que estás hablando —anunció ella.

Daniel sonrió plácidamente hacia la señorita Wynter, quien optó por no responder.

—Hoy vamos a tener nuestras clases afuera —le dijo Frances—. ¿Te gustaría acompañarnos?





—Frances —dijo la señorita Wynter rápidamente—. Estoy segura que su señoría...

—Me encantaría acompañarte —dijo Daniel con gran donaire—. Estaba pensando en que es un día maravilloso hay afuera. Tan soleado y cálido.

—¿No era soleado y cálido en Italia? —preguntó Frances.

—Lo era, pero no era lo mismo.

Él tomó un gran bocado de su tocino, lo cual tampoco había sido el mismo en Italia. Todo lo demás que se podía comer había sido mejor pero no el tocino.

—¿Cómo? —preguntó Frances.

Él pensó en eso por un momento.

—La respuesta obvia sería que a menudo era simplemente demasiado caliente para divertirse.

—¿Y la respuesta menos obvia? —preguntó la señorita Wynter.

Él sonrió, absurdamente feliz de que ella había elegido entrar en la conversación.

—Me temo que es menos obvia para mí también, pero si tuviera que ponerla en palabras, yo diría que tenía algo que ver con la sensación de pertenencia. O, supongo que no.

Frances asintió sabiamente.

—Podría ser un día hermoso —continuó Daniel—. La perfección, en verdad, pero nunca podría ser lo mismo que un día precioso en Inglaterra. Los olores eran diferentes, y el aire era seco. El paisaje era precioso, por supuesto, sobre todo junto al mar, pero...

—Estamos junto al mar —interrumpió Frances—. ¿A cuánto estamos, a dieciséis kilómetros de aquí a la colina de Whipple?





—A una buena distancia más que esa —dijo Daniel—, pero no puedes comparar el Canal Inglés al mar Tirreno. Uno es de color verde gris y salvaje; el otro azul de vidrio esmerilado.

—Me encantaría ver un mar de vidrio azul esmerilado —dijo la señorita Wynter con un suspiro melancólico.

—Es espectacular —admitió él—. Pero no es el hogar.

—Ah, pero piense en cómo sería de celestial —continuó ella—, estar en el agua y no estar gravemente enfermo.

Él se rio a pesar de sí mismo.

—¿Entonces es usted propensa a los mareos?

—Terriblemente.

—Nunca me mareo —dijo Frances.

—Nunca has estado en el agua —señaló la señorita Wynter impertinentemente.

—Es decir, nunca me mareo —dijo Frances triunfante—. O tal vez debería decir que nunca he estado mareada.

—Ciertamente sería más preciso.

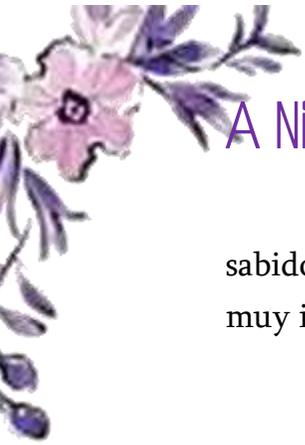
—Es una institutriz —dijo Daniel afectuosamente.

Sin embargo, su rostro adquirió una expresión extraña, como si tal vez ella no quería ser recordada de este hecho. Fue una clara señal para cambiar de tema, así que él dijo:

—Yo ni siquiera puedo recordar cómo llegamos a estar discutiendo del Mar Tirreno. Yo iba...

—Fue porque estaba preguntando por Italia —dijo Frances amablemente.





—...a decir —dijo él con suavidad, ya que, por supuesto, él había sabido exactamente cómo habían llegado a discutir del mar Tirreno—, que estoy muy ilusionado de unirme para su lección en plein air<sup>2</sup>.

—Eso significa fuera de casa —dijo Frances a la señorita Wynter.

—Lo sé —murmuró ella.

—Yo sé que usted lo sabe —dijo Frances—. Solo quería asegurarme de que usted sabía que yo lo sabía.

Elizabeth llegó entonces, y mientras Frances estaba determinando si ella conocía la traducción de en plein air, Daniel se volvió hacia la señorita Wynter y dijo:

—Confío en que yo no voy a interferir esta tarde si la acompaño durante las clases.

Él sabía muy bien que ella no podía decir otra cosa que "Por supuesto que no." (Lo cual fue precisamente lo que ella dijo). Pero parecía tan buena como cualquier otra frase para comenzar una conversación.

Esperó hasta que ella hubiera comido sus huevos, y luego añadió:

—Yo estaría feliz de ayudar de cualquier manera.

Ella acercó la servilleta delicadamente a su boca y dijo:

—Estoy segura de que a las chicas les resultaría mucho más gratificante si usted tomara parte en las lecciones.

—¿Y usted? —Sonrió él cálidamente.

—También lo encontraría gratificante —dijo con un dejo de picardía.

—Entonces eso es lo que haré —contestó grandiosamente. Luego frunció el ceño—. Usted no planea hacer algún examen esta tarde, ¿verdad?

---

<sup>2</sup> **Plein Air:** El original, en francés.



—Llevamos a cabo la investigación solo en mi salón de clases —dijo ella, con una cara notablemente seria.

Él se rio en voz lo suficientemente alta para que Frances, Elizabeth y Harriet, quienes también habían llegado, se volvieran en su dirección. Era notable, porque las tres realmente no se parecían demasiado entre sí, pero en ese momento, con sus rostros moldeados con la misma exacta expresión de curiosidad, se veían idénticas.

—Lord Winstead estaba preguntando acerca de nuestro plan de lección para el día —explicó la señorita Wynter.

Hubo un silencio. Entonces deben de haber decidido que era una asignación más a la que le faltaba emoción, y se dieron la vuelta de regreso a sus alimentos.

—¿Que estamos estudiando esta tarde? —preguntó Daniel.

—¿Esta tarde? —Se hizo eco la señorita Wynter—. Espero total asistencia a las diez y media.

—Esta mañana, entonces —corrigió él, debidamente castigado.

—Primero Geografía... no la Isla de Man —dijo en voz alta, cuando tres jóvenes cabezas giraron hacia ella con enojo—. Luego, algo de aritmética, y finalmente nos centraremos en literatura.

—¡Mi favorita! —dijo Harriet con entusiasmo, tomando el asiento junto a Frances.

—Lo sé —contestó la señorita Wynter, dándole una sonrisa indulgente—. Es por eso que estamos guardándola para el final. Es la única manera en que puedo garantizar mantener tu atención a través de todo el día.

Harriet sonrió tímidamente, y luego se iluminó de repente.

—¿Podemos leer de una de mis obras?





—Ustedes saben que estamos estudiando historias de Shakespeare —dijo la señorita Wynter disculpándose—, y...

Bastante pronto, ella se detuvo en seco.

—¿Y qué? —preguntó Frances.

La señorita Wynter consideró a Harriet. Entonces miró a Daniel. Y luego, cuando él empezó a sentirse como un cordero al matadero, ella se volvió hacia Harriet y le preguntó:

—¿Trajiste tus obras contigo?

—Por supuesto. Nunca voy a ninguna parte sin ellas.

—¿Tú nunca sabes cuándo puedes tener la oportunidad de montar una escena? —dijo Elizabeth, algo mezquinamente.

—Bueno, hay algo de eso —respondió Harriet, haciendo caso omiso de la ironía de su hermana o (y Daniel pensó que era más probable) simplemente no lo notó—. Pero el gran temor —continuó ella—, es el fuego.

Él sabía que no debía preguntar, pero no pudo contenerse.

—¿Fuego?

—En casa —confirmó ella—. ¿Y si Pleinsworth House es reducida a cenizas, mientras estamos aquí en Berkshire? El trabajo de mi vida, perdido.

Elizabeth soltó un bufido.

—Si la Pleinsworth House se quema hasta los cimientos, te aseguro que vamos a tener preocupaciones mucho mayores que la pérdida de tus garabatos.

—Temo que me preocupan —anunció Frances—. Y las langostas.

—¿Ha leído alguna vez una de las obras de su prima? —preguntó la señorita Wynter inocentemente.



Daniel negó con la cabeza.

—Son un poco como esta conversación, en realidad —dijo ella, y luego, mientras él estaba absorbiendo eso, ella se volvió hacia sus pupilas y anunció—: ¡Buenas noticias para todas! Hoy, en lugar de Julio César, estudiaremos una de las obras de Harriet.

—¿Estudiar? —preguntó Elizabeth, toda horrorizada.

—Leer —corrigió la señorita Wynter. Se volvió hacia Harriet—. Puedes elegir cuál de ellas.

—Oh, mi Dios, eso será difícil —Harriet bajó su tenedor y colocó una mano sobre su corazón mientras pensaba, sus dedos se extendieron como una estrella de mar desigual.

—No el que tiene la rana —dijo Frances con fuerza—. Porque sabes que voy a tener que ser la rana.

—Eres una rana muy buena —dijo la señorita Wynter en apoyo.

Daniel guardó silencio, mirando el intercambio con interés. Y terror.

—Sin embargo —dijo Frances con un resoplido.

—No te preocupes, Frances —dijo Harriet, dándole una palmadita en la mano—, no vamos a realizar *El Pantano de las Ranas*. Escribí eso hace años. Mi trabajo reciente es mucho más matizado.

—¿Qué tanto has avanzado con el de Enrique VIII? —preguntó la señorita Wynter.

—¿Un yen para tener su cabeza cortada? —murmuró Daniel—. Ella quería proponerla como Ana Bolena, ¿verdad?

—No es fácil —dijo Harriet—. Tengo que revisar el primer acto.

—Le dije que necesita un unicornio —dijo Frances.





Daniel mantuvo los ojos en las niñas, pero se inclinó hacia la señorita Wynter.

—¿Voy a tener que ser un unicornio?

—Si tiene suerte.

Él giró la cabeza para mirarla.

—¿Qué significa es...?

—¡Harriet! —dijo ella en voz alta—. Realmente debes elegir una obra.

—Muy bien —dijo Harriet, sentándose excepcionalmente recta en su asiento—. Creo que debemos realizar...





# Capítulo 10

Traducido por Susanauribe

Corregido por La BoHeMiK

iiiiiiL

*a Extraña y Triste  
Tragedia de Lord  
Finstead?????*

La reacción de  
Daniel se podía

resumir en dos palabras: “Oh” y “no”.

—El final es verdaderamente casi esperanzador —le dijo Harriet.

Su expresión, de la cual estaba bastante seguro se cernía entre asombrado y espantado, añadió también dudoso a su repertorio.

—Tiene la palabra tragedia en el título.

Harriet frunció el ceño.

—Tendré que cambiar eso.

—No creo que le vaya bien el nombre de *La Extraña y Triste Comedia*  
—dijo Frances.

—No, no —musitó Harriet—. Tendré que parafrasearla  
completamente.

—Pero Finstead —persistió Daniel—. ¿En serio?

Harriet lo miró.





—¿Crees que suena muy extraño?

Cualquier alegría que la Srta. Wynter había estado conteniendo salió en una rociada de huevos y tocino.

—¡Oh! —exclamó ella y en verdad, fue difícil emplear un poco de simpatía por su apuro—. Lo siento, oh, eso fue grosero. Pero... —Podría haber querido decir más. Daniel no podía saberlo; su risa la atrapó de nuevo, cortando cualquier discurso legible.

—Es bueno que estés vistiendo de color amarillo —le dijo Elizabeth a Frances.

Francés miró su corpiño, se encogió de hombros y luego ligeramente se limpió con su servilleta.

—Muy mal que la tela no tenga pequeñas ramitas de flores rojas —añadió Elizabeth—. Tú sabes, el tocino.

Ella se volteó en dirección a Daniel por una clase de confirmación, pero él no quería ser parte de cualquier conversación que incluyera tocino digerido, así que se volteó hacia la señorita Wynter y dijo:

—Ayúdeme. ¿Por favor?

Ella le dirigió un asentimiento avergonzando (pero no tan avergonzado como debería) y se volteó hacia Harriet.

—Creo que Lord Winstead se refiere a las cualidades de rima del título.

Harriet pestañeó unas cuantas veces.

—No rima.

—Oh, por amor del cielo —explotó Elizabeth—. ¿Finstead Winstead?

El jadeo de Harriet casi agota el aire de la habitación.

—¡Nunca lo había notado! —exclamó.





—Obviamente — pronunció lentamente su hermana.

—Debí haber estado pensando en ti cuando escribí la obra —le dijo Harriet a Daniel. Por su expresión, se suponía que debía estar halagado, así que él trató de sonreír.

—Ha estado mucho en sus pensamientos —le dijo la Srta. Wynter.

—Tendremos que cambiar el nombre —dijo Harriet con un suspiro de cansancio—. Va a ser mucho trabajo. Tendré que volver a copiar toda la obra. Lord Finstead está en casi todas las escenas, tú sabes. —Se volteó hacia Daniel—. Él es el protagonista.

—Lo supuse —él dijo secamente.

—Tendrás que hacer su papel.

Él se volteó hacia la Srta. Wynter.

—No hay forma de salir de esto, ¿verdad?

Parecía extremadamente sorprendido por la joven traidora.

—Me temo que no.

—¿Hay un unicornio? —preguntó Frances—. Yo sería un excelente unicornio.

—Creo que yo preferiría ser el unicornio —dijo él tristemente.

—¡No tiene sentido! —dijo la señorita Wynter—. Debe ser nuestro héroe.

A lo cual Frances respondió:

—Los unicornios pueden ser héroes.

—¡Suficiente con los unicornios! —explotó Elizabeth.

Francés sacó su lengua.





—Harriet —dijo la Srta. Wynter—. Ya que Lord Winstead todavía no está listo para tu obra, tal vez deberías contarle sobre su personaje.

Harriet se volteó hacia él con un deleite sin aliento.

—Oh, amarás ser Lord Finstead. Él solía ser muy hermoso.

Daniel se aclaró la garganta:

—¿Solía serlo?

—Hubo un incendio —explicó Harriet, su pequeña frase terminando con una especie de suspiro triste que Daniel asumió que estaba reservado para las víctimas de fuegos verdaderos.

—Espera un momento —dijo él, volteándose hacia la señorita Wynter con una alarma creciente—. El incendio no ocurre en el escenario, ¿cierto?

—Oh, no —respondió Harriet—. Lord Finstead ya está gravemente desfigurado cuando inicia la obra. —Y luego, en un destello de prudencia que fue tranquilizador y sorprendente, añadió—: Sería muy peligroso tener un incendio en el escenario.

—Bueno, eso es...

—Además —cortó Harriet—, sería innecesario para ayudarte con el papel. Tú ya... —Ella señaló su propio rostro con su mano, moviéndola en un círculo.

Él no tenía idea de que estaba haciendo ella.

—Tus moretones —dijo Frances en un susurro muy bajo.

—Ah, sí —dijo Daniel—. Sí, por supuesto. Tristemente, sé un poco sobre desfiguramiento facial en el presente.

—Al menos no necesitarás maquillaje —dijo Elizabeth.

Daniel le estaba agradeciendo a Dios por los pequeños favores, pero luego Harriet dijo:





—Bueno, excepto por la verruga.

La gratitud de Daniel fue suavemente retractada.

—Harriet —dijo, buscando en sus ojos como haría con un adulto—. En verdad debo decírtelo, nunca he sido un actor dramático.

Harriet hizo con su mano como si fuera un mosquito.

—Eso es lo tan asombroso de mis obras. Todos la pueden disfrutar.

—No lo sé —dijo Frances—. No me gustó ser esa rana. Mis piernas me dolían al día siguiente.

—Tal vez deberíamos escoger el *La Ciénaga de las Ranas* —dijo inocentemente la Srta. Wynter—. El verde botella es el furor de la ropa masculina este año. Seguramente Lord Winstead tendrá algo de ese color en su guardarropa.

—No voy a actuar como una rana. —Sus ojos se entrecerraron retorcidamente—. A menos de que usted también lo sea.

—Solo hay una rana en la obra —dijo Harriet alegremente.

—¿Pero el nombre no es *La Ciénaga de las Ranas*? —preguntó, aunque debería haberlo sabido mejor—. ¿Plural? —Buen Dios, toda la conversación lo estaba mareando.

—Esa es la ironía —dijo Harriet y Daniel se las arregló para detenerse antes de preguntarle que quería decir con eso. Porque no completaba la definición de ironía que él había escuchado.

Su cerebro dolía.

—Creo que sería mejor que el primo Daniel leyera la obra —dijo Harriet y lo miró—. Traeré las páginas después del desayuno. Puedes leerla mientras tenemos clases de geografía y matemáticas.





Él tenía el presentimiento de que preferiría tener clases. Y ni siquiera le gustaba la geografía. O las matemáticas.

—Tendré que pensar en un nombre para Lord Finstead —continuó Harriet—. Sino todos asumirán que él en verdad eres tú, Daniel. El cual no eres por supuesto. A menos que... —Su voz se apagó, posiblemente para un efecto dramático.

—¿A menos que qué? —preguntó él, aunque estaba bastante seguro de que no quería oír su respuesta.

—Bueno, nunca has montando un caballo al revés ¿verdad?

Su boca se abrió, pero no salió ningún sonido. Seguramente sería disculpado por tal déficit, porque, en verdad. ¿Un caballo? ¿Al revés?

—¿Daniel? —presionó Elizabeth.

—No —finalmente se las arregló para decir—. No, no lo he hecho.

Harriet negó con su cabeza avergonzada.

—Eso pensaba.

Y Daniel se quedó sintiéndose como si de alguna manera no diera la talla. Lo cual era absurdo. Y mortificante.

—Estoy casi seguro —dijo él—, que no hay hombre en la tierra que pueda montar un caballo al revés.

—Bueno, pensaría yo que eso depende —dijo la Srta. Wynter.

Daniel no podía creer que ella estuviera alentando esto.

—No me puedo imaginar de que depende.

Una de sus manos hizo un pequeño giro en el aire hasta que las palmas estaban hacia arriba como si esperara que una respuesta cayera del cielo.





—¿El hombre está sentado hacia atrás o el caballo en verdad está moviéndose hacia atrás?

—Ambos —respondió Harriet.

—Bueno, entonces no creo que pueda hacerse —respondió ella y Daniel casi pensó que se estaba tomando la conversación en serio. En el último momento se volteó y él vio el delator endurecimiento en las esquinas de su boca mientras trataba de no reírse. La desgraciada, se estaba burlando de él.

Oh pero ella había escogido el oponente equivocado. Él era un hombre con seis hermanas. Ella no tenía oportunidad.

Él se volteó hacia Harriet.

—¿Qué papel ocupará la señorita Wynter? —preguntó.

—Oh, no tendré ningún papel —dijo la Srta. Wynter—. Nunca actúo.

—¿Y eso por qué?

—Superviso.

—Oh, no, no puede —dijo Elizabeth, con la velocidad y vehemencia de una hermana mayor.

—Si alguien va a supervisar, debería ser yo —dijo Harriet—. Escribí la obra.

Daniel descansó un codo en la mesa, luego la barbilla en su mano y miró seriamente a la señorita Wynter estudiándola con cuidado, manteniendo su posición lo suficiente para hacerla moverse incómodamente en su asiento.

Finalmente, incapaz de seguir con su escrutinio, ella estalló:

—¿Qué pasa?

—Oh, en verdad nada —suspiró él—. Simplemente estaba pensando que no la consideraba una cobarde.



Las tres hijas Pleinsworth dejaron escapar jadeos idénticos y sus ojos, amplios como platos, pasaron de Daniel a la señorita Wynter, como si estuvieran viendo un partido de tenis.

Lo cual supuso él que estaban haciendo. Y definitivamente era el turno de la señorita Wynter para golpear.

—No es cobardía —devolvió—. Lady Pleinsworth me contrató para guiar a estas tres jovencitas hacia la adultez, así puedan unirse a la compañía de mujeres educadas. —Y mientras Daniel estaba tratando de seguir ese golpe de sin sentido, ella añadió—: Y meramente estoy haciendo el trabajo por el cual mis servicios fueron contratados.

Los tres pares de ojos se quedaron en la Srta. Wynter por un segundo más, luego se devolvieron hacia Daniel.

—Una tarea noble de seguro —continuó—, pero seguramente su aprendizaje solo puede aumentar al ver su fino ejemplo.

Y los ojos estaban de regreso en la Srta. Wynter.

—Ah —dijo ella y él estaba bastante seguro de que estaba buscando tiempo—, pero en mis muchos años como institutriz, he aprendido que mi talento no está en las búsquedas teatrales. Desearía no polucionar sus mentes con un talento tan triste como el mío.

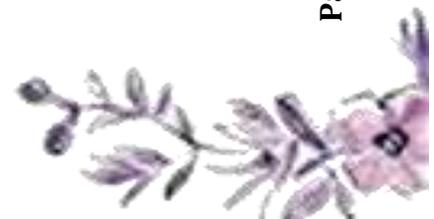
—Sus talentos dramáticos difícilmente podrían ser peores que los míos.

Sus ojos se entrecerraron.

—Eso tal vez es cierto, pero no es su institutriz.

Los ojos de él se entrecerraron.

—Eso es ciertamente correcto pero difícilmente relevante.



—Au contraire<sup>3</sup> —dijo ella, con un notable deleite—. Como su primo masculino, no es esperado que establezca un ejemplo de comportamiento femenino.

Él se inclinó hacia adelante.

—¿Estás disfrutando, verdad?

Ella sonrió. Tal vez un poco.

—Muchísimo.

—Creo que esto puede ser mejor que la obra de Harriet —dijo Frances, sus ojos pasando de Daniel a los de su hermana.

—Lo estoy escribiendo —dijo Harriet.

Daniel la miró. No pudo evitarlo. Sabía de hecho que el único utensilio que ella estaba sosteniendo era un tenedor.

—Bueno, estoy grabando esto en mis recuerdos para que lo pueda escribir en un futuro —admitió.

Daniel se volteó de nuevo hacia la señorita Wynter. Ella parecía terriblemente correcta, sentada en su silla con su postura perfecta. Su cabello oscuro estaba hacia atrás recogido en su moño requerido, cada mechón sujetado meticulosamente en su lugar. No había nada respecto a ella que estuviera remotamente fuera de lo ordinario y sin embargo... Estaba radiante.

Al menos, a sus ojos. Probablemente para cada hombre en Inglaterra. Si Harriet, Elizabeth y Frances no podían verlo, era porque eran, bueno, chicas. Y unas jóvenes en eso, que no sabrían verla como rival. Sin trabas por sus celos o prejuicios, la verían de la manera que él pensaba que ella preferiría ser vista; leal, inteligente con un humor feroz e ingenioso. Y linda, por supuesto. Era lo más extraño y él no tenía idea de dónde había salido esa noción pero tenía el

---

<sup>3</sup> **Au contraire:** Al contrario.





presentimiento de que a la Srta. Wynter le gustaba ser linda tanto como odiaba ser hermosa.

Y la encontraba más fascinante por eso.

—Dígame, señorita Wynter —dijo finalmente, escogiendo sus palabras con deliberación medida—, ¿alguna vez ha intentado actuar en una de las obras de Harriet?

Presionó sus labios. Había sido arrinconada con una pregunta de sí o no, y no estaba feliz al respecto.

—No —respondió finalmente.

—¿No cree que es tiempo?

—No, en verdad no.

Él posó sus ojos firmemente en los de ella.

—Si estoy en la obra, usted está en la obra.

—Sería útil —dijo Harriet—. Hay veinte papeles señorita Wynter, y sin usted, cada uno tendría que ser cinco.

—Si se une —añadió Frances—. Solo tendremos que hacer cuatro.

—Lo cual —Elizabeth concluyó de manera triunfante—, ¡es una reducción del veinte por ciento!

Daniel todavía tenía su barbilla apoyada en su mano, así que inclinó su cabeza ligeramente para dar la impresión de una consideración incrementada.

—¿No hay halagos por la excelente aplicación de sus habilidades matemáticas, señorita Wynter?

Ella parecía casi lista para explotar, no es que él la pudiera culpar con todos conspirando en su contra. Pero la institutriz dentro de ella era bastante incapaz de resistirse a señalarlo.





—Les dije que resultaría útil poder hacer sumas y restas en sus cabezas.

Los ojos de Harriet brillaron con emoción.

—¿Entonces, eso significa que te nos unirás?

Daniel no estaba seguro de cómo ella había llegado a esa interpretación, pero él no era el que iba a dejar pasar la oportunidad, así que inmediatamente dio su apoyo con:

—Bien hecho, señorita Wynter. Todos ocasionalmente debemos aventurarnos a salir de nuestras zonas de comodidad. Estoy tan terriblemente orgulloso de usted.

La mirada que le dirigió decía claramente, *te destriparé, malnacido pomposo*. Pero por supuesto, ella nunca podría decir tal cosa frente a las niñas, lo cual significaba que podría observar felizmente mientras ella estaba furiosa.

*¡Jaque mate!*

—Señorita Wynter, creo que usted debería ser la bruja malvada —dijo Harriet.

—¿Hay una bruja malvada? —repitió Daniel. Con obvio deleite.

—Por supuesto —respondió Harriet—. En todas las buenas obras hay una bruja malvada.

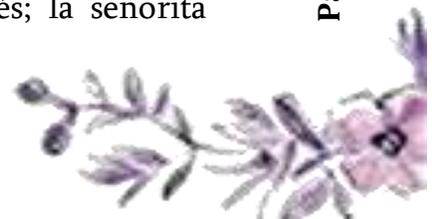
Frances en verdad alzó su mano:

—Y un uni...

—No lo digas —gruñó Elizabeth.

Frances entrecerró sus ojos, puso su cuchillo en la frente semejando un cuerno y relinchó.

—Está cuadrado, entonces —dijo Harriet decisivamente—. Daniel debería ser Lord Finstead —alzó una mano a manera de restricción—, que no será Lord Finstead sino otro nombre en el cual pensaré después; la señorita





Wynter será la bruja malvada, Elizabeth será... —Entrecerró sus ojos y observó a su hermana, quien le devolvió la mirada con sospecha—. Elizabeth será la hermosa princesa —finalmente dijo, para la sorpresa de Elizabeth.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Frances.

—El mayordomo —respondió ella sin siquiera un segundo de vacilación.

La boca de Frances inmediatamente se abrió para protestar.

—No, no —dijo Harriet—. Es el mejor papel, lo prometo. Haces todo.

—Excepto ser un unicornio —murmuró Daniel.

Frances inclinó su cabeza a un lado con una expresión de resignación.

—En la próxima obra —Harriet finalmente se rindió—. Encontraré una forma de incluir un unicornio en la que estoy trabajando actualmente.

Frances movió sus puños en el aire.

—¡Hurraaa!

—Pero solo si dejas de hablar de unicornios en este momento.

—Secundo la moción —dijo Elizabeth, a nadie en particular.

—Muy bien —accedió Frances—. No más unicornios. Al menos no donde puedan escucharme.

Harriet y Elizabeth parecían como si fueran a discutir, pero la Srta. Wynter intercedió diciendo:

—Creo que es más que justo. Apenas pueden detenerla de hablar sobre eso todo el tiempo.

—Entonces está arreglado —dijo Harriet—. Debemos trabajar en los roles pequeños más tarde.

—¿Qué hay de ti? —demandó Elizabeth.





—Oh, voy a ser la diosa del sol y la luna.

—Esta historia se pone más y más extraña —dijo Daniel.

—Solo espere hasta el acto siete —le dijo la Srta. Wynter.

—¿Siete? —Su cabeza se alzó—. ¿Hay siete actos?

—Doce —corrigió Harret—, pero no te preocupes, solo estás en once. Entonces, señorita Wynter ¿cuándo propone que empecemos nuestros ensayos? ¿Y lo debemos hacer afuera? Hay un claro por el mirador que sería ideal.

La Srta. Wynter se volteó hacia Daniel por confirmación. Él simplemente se encogió de hombros y dijo:

—Harriet es la dramaturga.

Ella asintió y se volteó hacia las chicas.

—Iba a decir que podríamos comenzar luego del receso de nuestras lecciones, pero dado que hay doce actos, concederé un día de vacaciones de la matemática y geografía.

Hubo una oleada de gritos animados por parte de las niñas e incluso Daniel se dejó llevar con la alegría general.

—Bueno —le dijo a la señorita Wynter—, no todos los días se logra ser extraño y triste.

—O malvado.

Él se rio.

—O malvado. —Luego pensó de nuevo. Un pensamiento triste y extraño—. No muero al final, ¿cierto?

Ella negó con su cabeza.

—Debo decirlo, eso es un alivio. Sería un terrible cadáver.





Ella se rio con eso, o más bien, mantuvo sus labios juntos mientras trataba de no reírse. Las chicas estaban hablando locamente hasta que dieron la última mordida de su desayuno y salieron de la habitación, luego él se quedó sentado con la Srta. Wynter, solo los dos y sus platos de desayuno, el cálido sol de la mañana filtrándose por las ventanas.

—Me pregunto —dijo en voz alta—, ¿tenemos que ser retorcidos?

Su tenedor sonó contra el plato.

—¿Disculpe?

—Triste, extraño y malvado están muy bien, pero me gustaría ser retorcido. ¿A ti no?

Sus labios se separaron y él escuchó la diminuta entrada de aire en su jadeo. El sonido hizo su piel cosquillar, haciendo que quisiera besarla.

Pero todo parecía hacer que quisiera besarla. Se sentía como un joven de nuevo, perpetuamente libidinoso, excepto que esto era más específico. De vuelta en la universidad él había flirteado con toda mujer que conocía, robando besos o, más exactamente, aceptándolos cuando se le habían dado libremente.

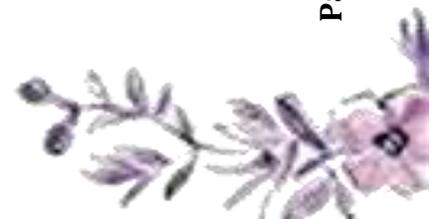
Esto era diferente. Él no quería una mujer. La quería a ella. Y se suponía que si tenía que pasar la tarde siendo raro, triste y desfigurado, para simplemente estar en su compañía, valdría la pena.

Luego recordó la verruga.

Se volteó hacia ella y dijo firmemente:

—No voy a dejar que me hagan una verruga.

En verdad, un hombre tenía que trazar una línea en algún lugar.





# Capítulo 11

*Traducido por Aria25, Lalaemk (SOS) y ateh (SOS)*

*Corregido por La BoHeMiK*



Las horas después, mientras Anne se ajustaba el cinturón negro que estaba destinado a denotarla como la reina malvada, tuvo que admitir que no podía recordar una tarde más divertida.

Ridícula, sí. Completamente sin valor académico, absolutamente. Pero aun así, completa y totalmente divertida.

Se había divertido.

Diversión. No podía recordar la última vez.

Habían estado ensayando todo el día (no era que tuvieran previsto representar *La Extraña y Triste Tragedia del Lord que no era Finstead* frente a una audiencia), y no podía empezar a contar el número de veces que había tenido que parar doblándose de risa.

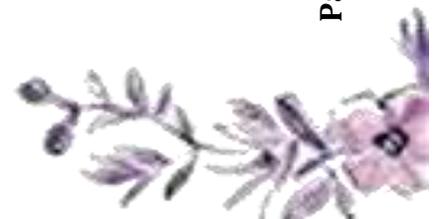
—¡Nunca habéis de herir a mi hija! —entonó, agitando un palo en el aire.

Elizabeth se agachó.

—¡Oh! —Se estremeció Anne—. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le aseguró Elizabeth—. Yo...

—Señorita Wynter, está rompiendo el personaje otra vez —se lamentó Harriet.





—Casi le pego a Elizabeth —explicó Anne.

—No me importa.

Elizabeth exhaló una bocanada de indignación.

—A mí me importa.

—¿Tal vez no deberías usar un palo? —dijo Frances.

Harriet le dio a su hermana una mirada de desdén antes de volverse hacia el resto de ellos.

—¿Podemos volver al guion? —dijo con una voz tan remilgada que giró directamente hacia el sarcasmo.

—Por supuesto —dijo Anne, mirando hacia su guion—. ¿Dónde estábamos? Oh, sí, no hieras a mi hija y todo eso.

—Señorita Wynter.

—Oh, no, no estaba diciendo la línea. Solo la estaba buscando —aclaró su garganta y agitó su palo en el aire, eludiendo a Elizabeth—. ¡Nunca habéis de herir a mi hija!

Como se las arregló para decir eso sin reír nunca lo sabría.

—No quiero hierla —dijo Lord Winstead, con suficiente drama para que un público de Drury Lane<sup>4</sup> llorara—. Quiero casarme con ella.

—Nunca.

—¡No, no, no señorita Wynter! —exclamó Harriet—. ¡No suena molesta en absoluto!

—Bueno, no lo estoy —admitió Anne—. La hija es un poco tonta. Yo diría que la reina malvada estaría encantada de quitársela de encima.

---

<sup>4</sup> **Drury Lane:** Teatro muy conocido en Londres.





Harriet suspiró, el quejido de un muy largo sufrimiento.

—Pero sea como sea, la reina malvada no cree que su hija es una tonta.

—Yo creo que es una tonta —intervino Elizabeth.

—Pero tú eres la hija —dijo Harriet.

—¡Lo sé! He estado leyendo sus líneas todo el día. Es una idiota.

Mientras discutían, Lord Winstead se acercó a Anne y le dijo:

—Me siento un poco como un viejo lascivo, intentando casarme con Elizabeth.

Ella se rio.

—Supongo que no considerarías intercambiar los papeles.

—¿Con usted?

Él frunció el ceño.

—Con Elizabeth.

—¿Después de que dijera que hice una reina malvada perfecta? Creo que no.

Se inclinó un poco más cerca.

—No es por ser demasiado minucioso, pero creo que dije que harías una reina perfectamente malvada.

—Oh, sí. Eso es mucho mejor. —Anne frunció el ceño—. ¿Ha visto a Frances?

Él inclinó la cabeza hacia la derecha.

—Creo que está echando raíces en los arbustos.

Anne siguió su mirada inquietamente.





—¿Echando raíces?

—Me dijo que estaba practicando para su próxima obra..

Anne parpadeó hacia él, sin seguirle.

—Para cuando consiga ser un unicornio.

—Oh, por supuesto —se rio—. Ella es bastante tenaz.

Lord Winstead sonrió, y el estómago de Anne dio una pequeña voltereta. Tenía una sonrisa encantadora. Perversamente traviesa, pero con... oh, Anne no tenía ni idea de cómo describirlo excepto que era un buen hombre, un hombre honorable que distinguía el bien del mal, y sin importar lo traviesas que fueran sus sonrisas... Sabía que no le haría daño.

Incluso su propio padre no había resultado tan confiable.

—Pareces muy seria de repente —dijo Lord Winstead.

Anne parpadeó fuera de su ensoñación.

—Oh, no es nada —dijo rápidamente, esperando que no estuviera sonrojándose.

A veces tenía que recordarse que él no podía mirar directamente en sus pensamientos. Miró a Harriet y Elizabeth, quienes seguían discutiendo, aunque para ahora habían cambiado del tema de la inteligencia (o la falta de ella) de la bella princesa y habían empezado con... Buen Dios, ¿estaban discutiendo sobre los jabalíes?

—Creo que necesitamos hacer un descanso —dijo.

—Te diré una cosa —dijo Lord Winstead—. Yo no voy a hacer de jabalí.

—No creo que tenga que preocuparse por ese aspecto —dijo Anne—. Frances seguramente le arrebatará ese.





Él miró hacia ella. Ella miró hacia él. Y juntos se echaron a reír, con tanta fuerza que incluso Harriet y Elizabeth dejaron de atacarse.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Harriet.

Seguido del extremadamente sospechoso:

—¿Se están riendo de mí? —De Elizabeth.

—Nos estamos riendo de todos —dijo Lord Winstead, limpiando lágrimas de sus ojos—. Incluso de nosotros mismo.

—Tengo hambre —anunció Frances, emergiendo de los arbustos. Había unas pocas hojas pegadas a su vestido y una pequeña rama que sobresalía de un lado de su cabeza. Anne no pensó que estuviera destinado a ser un cuerno de unicornio, pero, no obstante, el efecto era bastante encantador.

—Yo también tengo hambre —dijo Harriet con un suspiro.

—¿Por qué una de ustedes no vuelve corriendo a la casa y pide en la cocina una cesta de picnic? —sugirió Anne—. A todos nos vendría bien un poco de sustento.

—Yo iré —ofreció Frances.

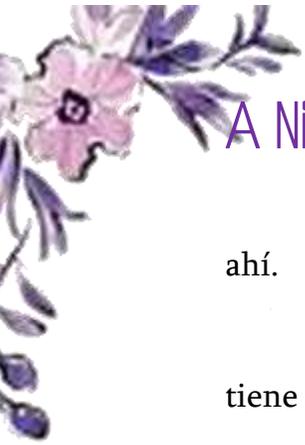
—Iré contigo —le dijo Harriet—. Hago algunas ideas mejores mientras estoy caminando.

Elizabeth miró a sus hermanas, luego a los adultos.

—Bueno, no voy a quedarme aquí yo sola —dijo, los adultos no parecían contar como compañía apropiada, y las tres niñas se marcharon a la casa, su ritmo rápidamente pasó de caminar a paso ligero a una absoluta carrera.

Anne las observó mientras desaparecían por la subida. Probablemente no debería estar aquí sola con Lord Winstead, pero era difícil reunir una objeción. Era mediodía, y estaban fuera, más concretamente, se había divertido tanto esa tarde que no creía que pudiera reunir una objeción a nada en ese momento.





Tenía una sonrisa en su cara, y estaba bastante contenta de mantenerla ahí.

—Creo que podrías quitarte tu cinto —sugirió Lord Winstead—. Nadie tiene que ser malvado todo el tiempo.

Anne rio, sus dedos se deslizaron a lo largo de la longitud de la cinta negra.

—No sé. Me parece que estoy disfrutando bastante ser malvada.

—También debes. Debo confesar que estoy bastante celoso de tus fechorías. Pobre Lord Finstead, o como sea que resulte llamarse, podría utilizar un poco más de malevolencia. Es un tipo bastante desgraciado.

—Ah, pero al final se gana la princesa —le recordó Anne—. Y la reina malvada tiene que vivir el resto de su vida en un ático.

—Lo que plantea la pregunta —dijo, volviéndose hacia ella con el ceño fruncido—: ¿por qué es triste el cuento de Lord Finstead? El momento extraño está muy claro, pero si la reina malvada termina en el ático...

—Es su ático —interrumpió Anne.

—Oh. —Se veía como si estuviera intentando no reírse—. Bueno, eso lo cambia todo.

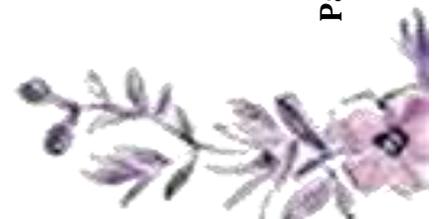
Y luego sí que rieron. Ambos. Juntos. Otra vez.

—Oh, yo también tengo hambre —dijo Anne, una vez que su alegría se había derretido hasta una sonrisa—. Espero que las chicas no tarden mucho.

Y luego sintió que la mano de Lord Winstead tomaba la suya.

—Espero que tarden lo suficiente —murmuró. La tiró hacia él, y ella le dejó, demasiado feliz en el momento para recordar todas las maneras en las que él seguramente le rompería el corazón.

—Te dije que iba a besarte otra vez —susurró.



—Me dijo que lo intentaría.

Sus labios tocaron los de ella.

—Sabía que tendría éxito.

La besó otra vez, y ella se alejó, pero solo un centímetro más o menos.

—Está bastante seguro de sí mismo.

—Umm hmm. —Sus labios encontraron la comisura de su boca, y luego flotaron suavemente por su piel hasta que no pudo evitarlo y su cabeza cayó hacia atrás para permitirle el acceso a la curva de su cuello.

Su chaqueta se escabulló, dejando al descubierto más de su piel al fresco aire de la tarde, y él la besó, justo en el borde de su corpiño, antes de volver a su boca.

—Querido Dios, te deseo tanto —él le dijo, su voz nada más que un chirrido. La abrazó con más fuerza, sus dos manos ahuecando su trasero y tirándola hacia delante... arriba... hasta que fue capturada por un deseo loco de envolver sus piernas alrededor de él. Era lo que él quería, y que Dios la ayudara, era lo que ella quería, también.

Gracias al cielo por su falda, que era posiblemente la única cosa que la detenía de comportarse con absoluto atrevimiento. Pero aun así, cuando metió una de sus manos en su corpiño, ella no se negó. Y cuando su palma rozó suavemente su pezón, todo lo que hizo fue gemir.

Esto tenía que parar. Pero todavía no.

—Soñé contigo anoche —susurró contra su piel—. ¿Quieres saber lo que era?

Negó con la cabeza, aunque lo quería, desesperadamente. Pero conocía sus límites. Podía ir por este camino solo hasta cierto punto. Si escuchaba sus sueños, escuchaba las palabras de su boca mientras llovían suavemente contra ella, lo querría, todo lo que él dijera.





Y dolía demasiado querer algo que nunca podría tener.

—¿Sobre qué soñaste tú? —preguntó.

—Yo no sueño —respondió ella.

Él se quedó inmóvil, luego se apartó para que pudiera mirarla a los ojos. Sus ojos, esos sorprendentemente azul claro, estaban llenos de curiosidad. Y tal vez un toque de tristeza.

—Yo no sueño —dijo ella otra vez—. No lo he hecho durante años.

Lo dijo con un encogimiento de hombros. Era una cosa tan normal para ella ahora; no se le había ocurrido hasta ese momento lo extraño que podía parecer a los demás.

—¿Pero lo hacías cuando eras una niña? —preguntó.

Ella asintió. En realidad no había pensado en eso antes, o tal vez solo no había querido pensar en ello. Pero si había soñado desde que había salido de Northumberland ocho años antes, no lo recordaba. Todas las mañanas, antes de que abriera los ojos, no había nada más que el negro de la noche. Un espacio perfectamente vacío, lleno de absoluto vacío. Sin esperanza. Sin sueños.

Pero también sin pesadillas.

Parecía un pequeño precio a pagar. Gastaba suficiente de su tiempo despierta preocupándose por George Chervil y su loca búsqueda de venganza.

—¿No encuentras eso extraño? —preguntó.

—¿Qué no tenga sueños? —Ella sabía lo que él había querido decir, pero por alguna razón, ella necesitaba decirlo en voz alta.

Él asintió.

—No. —Su voz salió plana. Pero con certeza. Tal vez era extraño, pero también era seguro.





Él no dijo nada, pero sus ojos buscaron los de ella con una intensidad penetrante hasta que tuvo que apartar la mirada. Él estaba viendo demasiado de ella. En menos de una semana este hombre había descubierto más de ella de lo que había revelado a alguien en los últimos ocho años. Era inquietante.

Era peligroso.

De mala gana ella salió de su abrazo, dando un paso lo suficientemente lejos para que él no pudiera llegar a ella. Se agachó para recoger su chaqueta de donde yacía en el pasto, y sin hablar la puso rápidamente sobre sus hombros.

—Las chicas van a regresar pronto —dijo, aunque sabía que no lo harían. Faltaría por lo menos un cuarto de hora antes de su regreso, probablemente más.

—Entonces, vamos a dar un paseo —sugirió él, ofreciéndole su brazo.

Ella lo miró con recelo.

—No todo lo que hago es con intención lasciva —dijo él entre risas—. Pensé que podría mostrarte uno de mis lugares favoritos aquí en Whipple Hill. —Mientras ella ponía su mano en su brazo, añadió—: Estamos a solo un medio kilómetro o algo así para llegar al lago.

—¿Está lleno? —preguntó ella. No podía recordar la última vez que había ido a pescar, pero oh, cómo lo había disfrutado mientras era una niña. Ella y Charlotte había sido la perdición de su madre, que había querido que realizaran actividades más femeninas. Que eventualmente habían hecho. Pero incluso después de que Anne se había obsesionado con vestidos, trajes, y manteniéndolos con escrutinio cada vez que un caballero elegible observaba a una respetable joven dama...

A ella todavía le encantaba ir a pescar. Incluso había estado dispuesta a hacer el eviscerado y la limpieza. Y por supuesto la comida. Uno no podía subestimar la satisfacción que se encuentra en la captura del propio alimento.





—Debe estar abastecido —dijo Lord Winstead—. Siempre lo estaba antes de que me fuera, y no me gustaría pensar que mi mayordomo habría tenido motivos para cambiar la directiva. —Sus ojos debieron haber estado brillando de alegría, porque él sonrió con indulgencia y le preguntó—: ¿Entonces, te gusta pescar?

—Oh, mucho —dijo ella con un suspiro melancólico—. Cuando era una niña... —Pero no terminó la frase. Se le había olvidado que no hablaba de su infancia.

Pero si él tenía curiosidad, y ella estaba muy segura de que él debía tenerla, no lo demostró. Mientras caminaban por la suave pendiente hacia un soporte de hojas de árboles, él se limitó a decir:

—También me encantaba pescar cuando era niño. Venía todo el tiempo con Marcus, Lord Chatteris —añadió, ya que por supuesto ella no estaba al tanto del nombre de pila del Conde.

Anne observó el paisaje a su alrededor. Era un glorioso día de primavera, y parecía que había un centenar de diferentes tonos de verde ondeando a lo largo de las hojas y la hierba. El mundo se sentía terriblemente nuevo, y lleno de esperanza engañosa.

—¿Lord Chatteris lo visitaba a menudo mientras era niño? —preguntó, ansiosa por mantener la conversación sobre asuntos benignos.

—Constantemente —contestó Lord Winstead—. O por lo menos cada día de fiesta de la escuela. Para el momento en que teníamos trece años, no sé si alguna vez llegaba a casa sin él.

Caminaron un poco más, y luego alargó la mano para tomar una hoja de baja altura. Él la miró, frunció el ceño y finalmente la puso en el aire con un movimiento pequeño de sus dedos. Hizo una espiral en el aire, y algo sobre el movimiento oscilante debió haber sido fascinante, porque los dos se detuvieron a mirar mientras hacía su camino de regreso a la hierba.



Y entonces, como si el momento no hubiera ocurrido nunca, Lord Winstead silenciosamente retomó la conversación donde se había quedado.

—Marcus no tiene familia de que hablar. No tiene hermanos, y su madre murió cuando él era muy joven.

—¿Qué hay de su padre?

—Oh, él difícilmente hablaba con él —contestó Lord Winstead.

Pero lo dijo con tal indiferencia, como si no hubiera nada absolutamente peculiar sobre un padre y un hijo que no se hablaran. Era bastante diferente de él, pensó Anne. No era indiferencia, precisamente, pero... bueno, no sabía lo que era, excepto que la sorprendió. Y entonces ella se asombró de que lo conociera lo suficientemente bien como para notar una cosa así.

Asombrada y tal vez un poco alarmada, porque ella no debería conocerlo tan bien. No era su lugar, y este tipo de conexión solo podía llevar a la desolación. Ella lo sabía, y él también debería.

—¿Estaban separados? —preguntó ella, todavía curiosa sobre Lord Chatteris. Solo había visto una vez al conde, y brevemente, pero parecía que tenían algo en común.

Lord Winstead negó.

—No. Creo más bien que el anciano Lord Chatteris simplemente no tenía nada que decir.

—¿A su propio hijo?

Él se encogió de hombros.

—No es tan raro, la verdad. La mitad de mis compañeros de la escuela probablemente no podrían decirte el color de los ojos de sus padres.

—Azules —susurró Anne, de repente invadida por una ola enorme que batía con nostalgia—. Y verdes.



Los ojos de sus hermanas también eran azules y verdes, pero recuperó la compostura antes de que también soltara eso.

Él inclinó la cabeza hacia ella, pero no le hizo ninguna pregunta, por lo cual estaba desesperadamente agradecida. En lugar de eso, dijo:

—Mi padre tenía los ojos exactamente como los míos.

—¿Y su madre? —Anne había conocido a su madre, pero no había tenido ningún motivo para tomar nota de sus ojos. Y quería mantener la conversación centrada en él. Todo era más fácil así.

Por no hablar de que era un tema en el que ella parecía tener gran interés.

—Los ojos de mi madre también son azules —dijo—, pero de un tono más oscuro. No tan oscuro como el tuyo... —Volvió la cabeza y la miró muy fijamente—. Pero tengo que decir, no sé qué tienen pero jamás he visto unos ojos como los tuyos. Casi parecen violetas. —Su cabeza se inclinó un poquito a un lado—. Pero no lo son. Siguen siendo azules.

Anne sonrió y miró hacia otro lado. Siempre se había sentido orgullosa de sus ojos. Era la única vanidad que todavía se permitía.

—De lejos se ven marrones —ella le dijo.

—Una razón más para apreciar el tiempo que uno pasa muy cerca —murmuró.

Ella se quedó sin aliento y le echó una mirada, pero él ya no la estaba mirando. En lugar de eso hacía señas adelante con el brazo libre, diciendo:

—¿Puedes ver el lago? Justo a través de los árboles.

Anne estiró el cuello lo suficiente para atrapar un destello plateado asomándose entre los troncos de los árboles.

—En invierno se puede ver bastante bien, pero una vez que brotan las hojas, está oculto.



—Es hermoso —dijo Anne con sinceridad. Incluso ahora, incapaz de ver la mayor parte del agua, era idílico—. ¿Está lo suficientemente caliente para nadar?

—No es a propósito, pero cada miembro de mi familia ha logrado ser sumergido en un momento u otro.

Anne sintió una risa cosquillearle los labios.

—Oh, querido.

—Algunos de nosotros más de una vez —dijo Lord Winstead tímidamente.

Ella lo miró, y parecía tan adorablemente infantil que simplemente se quedó sin aliento. ¿Cómo sería su vida si lo hubiera conocido en lugar de a George Chervil cuando tenía dieciséis? O si no él (ya que, incluso como Annelise Shawcross, ella nunca podría haberse casado con un Conde), entonces alguien como él. Alguien llamado Daniel Smythe, o Daniel Smith. Pero hubiera sido Daniel. Su Daniel.

Él habría sido el heredero de una baronía, o heredero de nada en absoluto, solo un escudero común del país con un hogar cómodo y confortable, diez hectáreas de tierra, y una jauría de perezosos perros.

Y a ella le habría encantado. Pasando cada momento mundano.

¿Alguna vez había realmente ansiado emoción? A los dieciséis había pensado que quería venir a Londres e ir al teatro, la ópera, y a cada fiesta por la que fuese emitida una invitación. Una apuesta joven matrona... es lo que le había dicho a Charlotte que quería ser.

Pero eso había sido la locura de la juventud. Seguramente, aunque se hubiera casado con un hombre que la llevara a la capital y la sumergiera en su resplandeciente vida de la alta sociedad... Probablemente se habría cansado de todo y querría volver a Northumberland, donde los relojes parecían marcar más lentamente, y el aire se volvía gris con niebla en lugar de hollín.





Todas las cosas que había aprendido, las había aprendido demasiado tarde.

—¿Vamos a pescar esta semana? —preguntó él cuándo llegaron a la orilla del lago.

—Oh, me encantaría por sobre todas las cosas. —Las palabras se precipitaron de sus labios en una feliz ráfaga—. Vamos a tener que traer a las chicas, por supuesto.

—Por supuesto —murmuró el perfecto caballero.

Se quedaron en silencio por algún tiempo. Anne se podría haber quedado allí todo el día, mirando el agua quieta y suave. De vez en cuando un pez se abriría a la superficie y la rompería, enviando pequeñas ondulaciones hacia fuera como anillos de un ojo de buey.

—Si yo fuera un niño —dijo Daniel, igual de paralizado por el agua que ella—, habría de arrojar una piedra. Tendría que hacerlo.

*Daniel.* ¿Cuándo había empezado a pensar en él como tal?

—Si yo fuera una niña —dijo ella—, tendría que quitarme los zapatos y las medias.

Él asintió con la cabeza, y luego con una media sonrisa divertida, admitió:

—Probablemente te empujaría adentro.

Ella mantuvo los ojos en el agua.

—Oh, yo le llevaría conmigo.

Él se rio entre dientes. Luego cayó de nuevo el silencio, feliz de ver el agua, los peces, y pedazos de pelusa de diente de león que se pegaban a la superficie cerca de la orilla.

—Este ha sido un día perfecto —dijo Anne en voz baja.





—Casi —susurró Daniel, y entonces ella estaba en sus brazos.

Él la besó, pero fue diferente esta vez. Menos urgente. Menos de fuego. El roce de sus labios era dolorosamente suave, y tal vez no la hacía enloquecer, como si quisiera presionarse contra él y llevarlo en su interior. Tal vez en su lugar la hacía sentir ingrávida, como si pudiera tomar su mano y alejarse flotando, con tal de que nunca dejara de besarla. Todo su cuerpo se estremeció, y ella se puso de puntillas, casi esperando el momento en que salieran de la tierra.

Y entonces él rompió el beso, tirando hacia atrás lo suficiente para descansar su frente contra la de ella.

—No —dijo, sosteniendo su rostro entre las manos—. Ahora es un día perfecto.



# Capítulo 12

*Traducido por kris sc15 y nanami27*

*Corregido por Marina012*



asi exactamente un día después, Daniel estaba sentado en la biblioteca de paneles de madera en Whipple Hill, preguntándose cómo había llegado a pasar que *este* día fuera tan absolutamente menos perfecto que el anterior.

Después de que él había besado a la señorita Wynter junto al lago, habían caminado de nuevo hasta el claro donde el pobre Lord Finstead había estado cortejando a su princesa hermosa, pero débil de ingenio, llegando a solo unos minutos antes de que Harriet, Elizabeth y Frances lo hicieran, acompañado por dos lacayos con cestas de picnic. Después del plato fuerte, ellos habían leído *La extraña y triste tragedia de Lord Finstead* por muchas horas, hasta que Daniel había rogado por misericordia, clamando que sus costados dolían de tanta risa.

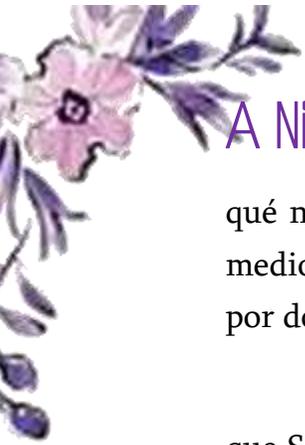
Incluso Harriet, que seguía tratando de recordarles que su obra maestra no era una comedia, no se ofendió.

Volvieron a la casa de la que se habían ido, solo para descubrir que la madre de Daniel y su hermana habían llegado. Y mientras todo el mundo estaba saludando a todos lo demás como si no los hubiesen visto tan solo dos días antes, la señorita Wynter se escabulló y se retiró a su habitación.

No la había visto desde entonces.

No en la cena, que ella había tenido que tomar en el cuarto de los niños con Elizabeth y Frances, y no en el desayuno, que... bueno, él no sabía por





qué no había bajado a desayunar. Todo lo que sabía era que era bien pasado del mediodía y todavía estaba incómodamente lleno de haber permanecido a la mesa por dos horas, esperando por un vistazo de ella.

Él había estado en su segundo desayuno completo en el momento en que Sarah había aparecido para informarle que Lady Pleinsworth había dado a la señorita Wynter gran parte del día libre. Era un beneficio, al parecer, por todo el trabajo extra que había estado llevando a cabo. En primer lugar la velada musical, y ahora su doble función como institutriz y niñera. La señorita Wynter había mencionado que quería ir al pueblo, Sarah le había dicho a él, y con el sol una vez más mirando a través de las nubes, parecía un día ideal para su salida.

Y entonces Daniel había salido a hacer todas esas cosas que un lord de un feudo se suponía que hacía cuando no estaba locamente encaprichado de la institutriz. Se reunió con el mayordomo. Miró por encima de los libros de cuentas de los últimos tres años, recordando tardíamente que no le gusta especialmente la adición de cantidades y que, de todos modos, nunca había sido bueno en eso.

Debería tener mil cosas por hacer, y estaba seguro de que tenía, pero cada vez que se sentaba a completar una tarea, su mente vagaba hacia *ella*. Su sonrisa. Su boca cuando se estaba riendo, sus ojos cuando estaban tristes.

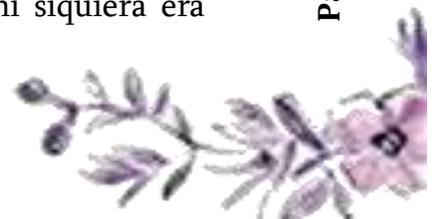
*Anne.*

Le gustaba su nombre. Se adaptaba a ella, simple y directo. Leal hasta el hueso. Los que no la conocían bien podrían pensar que por su belleza requeriría algo más dramático, tal vez Esmeralda o Melissande.

Pero *él* la conocía. No conocía su pasado, y no sabía sus secretos, pero *él* la conocía. Y ella era una Anne hasta la médula.

Una Anne que estaba actualmente en algún lugar donde él no estaba.

Por Dios, esto era ridículo. Él era un hombre hecho y derecho, y aquí estaba lamentándose sobre su, aunque grande, casa, y todo porque echaba de menos la compañía de la institutriz. No podía quedarse quieto, ni siquiera era





capaz de sentarse derecho. Incluso tuvo que cambiar las sillas en el salón sur porque estaba frente a un espejo, y cuando vio su reflejo, se veía tan avergonzado y patético que no podía tolerarlo.

Finalmente se fue a buscar a alguien que quisiera participar en un juego de cartas. A Honoria le gustaba jugar, a Sarah, también. Y si la miseria no amaba a la compañía, por lo menos podría ser distraído por ella. Pero cuando llegó a la sala azul, todas sus relaciones femeninas (incluso las niñas), estaban apiñadas alrededor de una mesa, discutiendo profundamente sobre la próxima boda de Honoria.

Daniel comenzó tranquilamente su retiro a la puerta.

—Oh, Daniel —exclamó su madre, atrapándolo antes de que pudiera escapar—, ven y únete a nosotros. Estamos tratando de decidir si Honoria debe casarse en lavanda azul o azul lavanda.

Abrió la boca para preguntar la diferencia, pero luego decidió no hacerlo.

—Azul lavanda —dijo con firmeza, sin tener la menor idea de lo que estaba hablando.

—¿Eso crees? —respondió su madre, frunciendo el ceño—. Realmente creo que lavanda azul sería mejor.

La pregunta obvia hubiera sido por qué le había pedido su opinión, en primer lugar, pero una vez más, decidió que un hombre sabio no hacía ese tipo de preguntas. En su lugar, dio a las damas una cortés reverencia y les informó de que iba a salir y a catalogar de las recientes incorporaciones a la biblioteca.

—¿La biblioteca? —se preguntó Honoria—. ¿En serio?

—Me gusta leer —dijo.

—A mí también, pero ¿qué tiene eso que ver con la catalogación?

Se inclinó y murmuró en su oído:



—¿Es aquí donde se supone que debo decir en voz alta que estoy tratando de escapar de una manada de mujeres?

Ella sonrió y esperó hasta que él se enderezó, y respondió:

—Creo que aquí es donde dices que ha sido demasiado tiempo desde que has leído un libro en inglés.

—Así es. —Y se fue.

Pero después de cinco minutos en la biblioteca, no podía soportarlo más. No era un hombre al que le gustaba estar deprimido, por lo que finalmente, después de darse cuenta de que había estado descansando su frente contra la mesa durante al menos un minuto, se sentó considerando todas las razones por las que podría tener que bajar al pueblo (esto tomó alrededor de medio segundo), y decidió dirigirse a éste.

Él era el Conde de Winstead. Esta era su casa, y había estado ausente durante tres años. Tenía el deber moral de visitar el pueblo. Ellos eran su gente.

Se recordó a sí mismo no volver a pronunciar esas palabras en voz alta, no sea que Honoria y Sarah se empezarán a partir de la risa, y se puso el abrigo y salió a los establos. El clima no era tan bueno como el del día anterior, con más nubes por encima de cielo. Daniel no pensaba que fuera a llover, por lo menos no en el futuro inmediato, por lo que tuvo su tílburí<sup>5</sup> preparado para el viaje de tres kilómetros. Un carruaje era demasiado ostentoso para un viaje a la aldea, y no parecía haber ninguna razón para que no condujera él. Además, le gustaba bastante el toque del viento en la cara.

Y se había perdido conduciendo su carruaje. Era un cochecito rápido, no corría como un faetón,<sup>6</sup> pero tampoco era tan inestable. Y él solo lo había tenido durante solo dos meses, cuando se había visto obligado a abandonar el

---

<sup>5</sup> **Tílburí:** Carruaje de dos ruedas y dos asientos que puede llevar capota, aunque lo normal es que no lo haga

<sup>6</sup> **Faetón:** Carruaje de cuatro ruedas que se puede cubrir a voluntad con capota.

país. Ni que decir que los pequeños carruajes elegantes no eran abundantes para los pequeños jóvenes ingleses exiliados.

Cuando llegó a la aldea, le entregó las riendas al chico de la casa de postas y se fue a hacer sus tareas. Tendría que visitar cada establecimiento, no sea que alguien se sintiera menospreciado, por lo que comenzó al final de la calle principal en Chandler y avanzó. La noticia de su aparición en el pueblo se extendió rápidamente, y para cuando Daniel entró a Finos Sombreros y Gorros de Percy (solo su tercera visita del día), el señor y la señora Percy estaban esperando en frente de su tienda con una ancha sonrisa idéntica en sus rostros.

—Milord —dijo la Sra. Percy, dejándose caer lo más profundo de una reverencia tanto como su forma bastante grande le permitía—. ¿Puedo ser una de los primeros en darle la bienvenida a casa? Los dos estamos muy honrados de volver a verle.

Ella se aclaró la garganta, y su esposo dijo:

—Así es.

Daniel dio a ambos un gesto lleno de gracia, mirando subrepticamente sobre el establecimiento por otros clientes. O más bien, otro cliente. Específicamente.

—Gracias, Sra. Percy y Sr. Percy —dijo—. Estoy muy contento de estar en casa.

La Sra. Percy asintió con entusiasmo.

—Nunca creímos nada de lo que dicen acerca de usted. Nada.

Lo que llevó a Daniel a preguntarse qué tipo de cosas había dicho. Por lo que sabía, todos los cuentos que se había extendido sobre él habían sido ciertos. *Se había* batido en duelo con Hugh Prentice, y él le había disparado en la pierna. En cuanto a su huida del país, Daniel no sabía qué clase de adorno podría haber adquirido la historia; prefirió pensar que las vociferaciones de venganza de Lord Ramsgate habrían sido suficiente excitación.



Pero si Daniel no quería debatir los méritos de lavanda azul y azul lavanda con su madre, *definitivamente* no quería hablar de sí mismo con la Sra. Percy.

*El Triste y Extraño cuento de Lord Winstead.* Eso es lo que sería.

Así que se limitó a decir “Gracias”, y se trasladó rápidamente a un exhibidor de sombreros, con la esperanza de que su interés en la mercancía pudiera eclipsar el interés de la Sra. Percy en su vida.

Lo que lo hizo. Ella inmediatamente se lanzó a una lista de las cualidades de su más reciente y superior diseño de sombreros, que, le aseguró, se podría hacer para adaptarse a la cabeza con precisión.

El Sr. Percy dijo:

—Así es.

—¿Le importaría probar uno, milord? —preguntó la Sra. Percy—. Creo que usted encontrará que la curva del ala es la más favorecedora.

Le hacía falta un sombrero nuevo, así que se acercó para tomarlo de sus manos, pero antes de que pudiera ponerlo sobre su cabeza, la puerta de la tienda se abrió y tiró sobre una pequeña campana que sonó alegremente por el aire. Daniel se volvió, pero él no tenía la necesidad de verla antes de saberlo.

*Anne.*

El aire cambió cuando entró en la habitación.

—Señorita Wynter —dijo—. Qué agradable sorpresa.

Ella lo miró sorprendida, pero solo por un momento, y mientras la Sra. Percy la miraba con curiosidad obvia, ella hizo una reverencia y le dijo:

—Lord Winstead.

—La Srta. Wynter es institutriz de mis primas pequeñas —dijo a la Sra. Percy—. Ellas están de visita por un corto período de tiempo.





La Sra. Percy expresó su placer en hacerse del conocimiento, el Sr. Percy dijo “Así es”, y Anne fue llevada a la sección de damas de la tienda, donde la Sra. Percy tenía un sombrero azul oscuro con cintas a rayas que le quedaría *perfectamente*. Daniel deambuló a lo largo de ellas, todavía sosteniendo el sombrero de copa negro en sus manos.

—Oh, su Señoría —exclamó la Sra. Percy, una vez se dio cuenta de que él las había seguido—. ¿No le dirá a la Srta. Wynter lo encantadora que se ve?

La prefería sin un sombrero, con el sol brillando sobre su cabello, pero cuando levantó la mirada hacia él, el barrido negro como hollín de sus pestañas enmarcando el azul oscuro de sus ojos, él no pensó que hubiera un hombre en Christendom que hubiera estado en desacuerdo con él cuando dijo:

—Más que encantadora, de hecho.

—Ahí, ya ve —le dijo la Sra. Percy a Anne con una sonrisa alentadora—. Parece una visión.

—Me gusta —dijo Anne con nostalgia—. Mucho. Pero es terriblemente caro. —Desató las cintas con dedos renuentes, sacándolo de su cabeza, entonces lo miró con evidente anhelo.

—Tal obra le costaría el doble como mucho en Londres —le recordó la Sra. Percy.

—Lo sé —dijo Anne con una sonrisa triste—, pero a las institutrices no se les paga el doble que en Londres. Así que raramente tengo algo que quede para sombreros, incluso para aquellos tan hermosos como los suyos.

Daniel se sintió de repente un poco canalla, de pie allí con el sombrero de copa en la mano, un sombrero de copa que todos sabían él había podido comprar y vender miles de veces sin siquiera sentir un pellizco en el bolsillo.

—Disculpe —dijo, aclarándose la garganta con torpeza. Se metió de nuevo en la sección para varones de la tienda, le entregó el gorro al Sr. Percy,





quien dijo “Así es”. Y luego regresó donde las damas, que aún estaban mirando al sombrero azul.

—Aquí tiene —dijo la Srta. Wynter, finalmente devolviéndoselo a la Sra. Percy—. Ciertamente le diré a la Sra. Pleinsworth los encantadores que son sus sombreros. Estoy segura de que querrá llevar a sus hijas de compras mientras está de visita.

—¿Hijas? —repitió la Sra. Percy, animándose ante la perspectiva.

—Cuatro de ellas —le dijo Daniel amablemente—. Y mi madre y hermana están en Whipple Hill también.

Mientras la Sra. Percy se abanicaba, enrojecida por la emoción de tener siete damas aristócratas en la residencia tan cerca de su tienda de sombreros, Daniel tomó la oportunidad para ofrecer su brazo a Anne.

—¿Puedo escoltarla a su próximo encargo? —le preguntó, sabiendo muy bien lo difícil que sería para ella negarse en frente de la Sra. Percy.

—Estoy casi lista —le dijo—. Solo tengo que comprar un poco de lacre.

—Por suerte para usted, sé exactamente dónde puede comprarlo.

—La papelería, me imagino.

Dios mío, ella estaba haciendo esto difícil.

—Sí, pero yo sé dónde *está* la papelería —dijo.

Ella hizo un gesto con el dedo en algún lugar vagamente hacia el oeste.

—Al otro lado de la calle, creo, y subiendo la colina.

Él cambió de posición para que el Sr. y la Sra. Percy no pudieran ver fácilmente su conversación. En voz baja dijo:

—¿Dejarás de ser tan difícil y me dejarás escoltarte para comprar tu lacre?





Su boca se presionaba cerrada, lo que significaba que el pequeño bufar de risa que había escuchado debía haber llegado a través de su nariz. De todos modos, ella todavía se veía bastante digna cuando dijo:

—Bueno, si lo pone de esa manera, no veo cómo podría negarme.

Él pensó en varias respuestas, pero tenía la sensación de que ninguna sería tan ingeniosa desde sus labios como lo eran en su cabeza, así que, en su lugar asintió en reconocimiento y extendió su brazo, que ella tomó con una sonrisa.

Una vez que salieron, sin embargo, Anne se volvió hacia él con ojos entrecerrados y preguntó sin rodeos.

—¿Está siguiéndome?

Él tosió.

—Bueno, yo no diría *siguiendo*, exactamente.

—¿No exactamente? —Sus labios estaban haciendo un muy buen trabajo para no sonreír, pero sus ojos no.

—Bueno —dijo él, adoptando su más inocente expresión—, yo *estaba* en la tienda de sombreros antes de que entraras. Algunos incluso podrían haber dicho que me estabas siguiendo.

—Algunos podrían. —Estuvo de acuerdo—. Pero no yo. O usted.

—No —dijo él, reprimiendo una sonrisa—. Definitivamente no.

Comenzaron a caminar cuesta arriba hacia la tienda de papelería, y aunque ella no había presionado el asunto más lejos, él estaba disfrutando la conversación demasiado como para dejarlo pasar, así que dijo:

—Si quieres saberlo, yo había tenido conocimiento de tu posible presencia en el pueblo.

—Claramente, debería saberlo —murmuró.

—Y como también era necesario que hiciera algunos recados...



—¿Usted? —interrumpió ella—. ¿Necesario?

Decidió ignorar eso.

—Y ya que parecía como si fuera a llover, pensé que como era mi deber de caballero haría un viaje al pueblo hoy, para que no quedaras atrapada en las inclemencias del tiempo sin un adecuado transporte a casa.

Ella guardó silencio durante el tiempo suficiente para nivelar una mirada dudosa en su dirección, entonces dijo (no preguntó, *dijo*):

—En serio.

—No —admitió con una sonrisa—. En mayor parte estaba buscándote. Pero, tengo que visitar a todos los dependientes eventualmente, y yo... —Se detuvo, miró hacia arriba—. Está lloviendo.

Anne tendió la mano, y por supuesto, una gota gruesa aterrizó cerca de sus dedos.

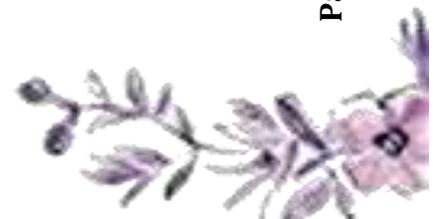
—Bueno, supongo que no debería estar sorprendida. Las nubes se han estado acumulando durante todo el día.

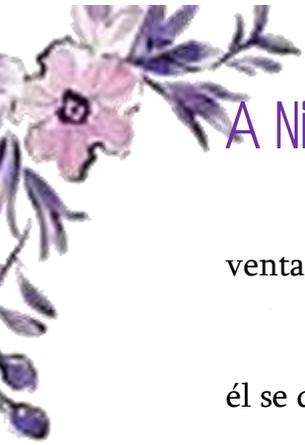
—¿Vamos a ver tu lacre y nos vamos, entonces? Vine en mi tílburí y estoy más que feliz de acompañarte a casa.

—¿Su tílburí? —preguntó, con las cejas levantadas.

—Todavía te mojarás —admitió—, pero te verás muy elegante mientras lo haces. —En respuesta a su sonrisa, él añadió—: Y regresarás a Whipple Hill más rápido.

En el momento en que se hicieron cargo del lacre, eligiendo una profundo azul oscuro del mismo color del sombrero que ella había dejado atrás, la lluvia caía ligeramente pero constante. Daniel se ofreció a esperar con ella en el pueblo hasta que amainara, pero ella le dijo que esperaba regresar para la hora del té, y además, ¿quién diría que amainaría? Las nubes cubrían el cielo como una manta gruesa; bien podía llover hasta el próximo martes.





—Y no está lloviendo *tan* fuerte —dijo ella, frunciendo el ceño por la ventana de la papelería.

Era cierto, pero cuando llegaron a Finos Sombreros y Gorros de Percy, él se detuvo y le preguntó:

—¿Recuerdas si vendían paraguas?

—Creo que sí.

Levantó un dedo, señalando que ella esperara, y estuvo de vuelta con un paraguas en no más tiempo de lo que le tomó dirigirse a enviar la factura a Whipple Hill y al Sr. Percy decir: “Así es”.

—Milady —dijo Daniel, con valentía suficiente para hacerla sonreír. Abrió el paraguas y lo sostuvo por encima de ella mientras se abrían camino a la casa de postas.

—Debería sostenerlo sobre usted también —dijo ella, pasando cuidadosamente sobre los charcos. El dobladillo de su vestido se estaba mojando, incluso mientras trataba de levantarlo del suelo con las manos.

—Lo estoy —mintió. Pero no le importaba mojarse. Su sombrero de copa resistiría la lluvia mucho mejor que el sombrero de ella, en cualquier caso.

La posada no estaba demasiado lejos, pero cuando llegaron, la lluvia estaba cayendo con un poco más de fuerza, así que Daniel sugirió una vez más esperar a que la lluvia cediera.

—La comida es bastante buena aquí —le dijo—. No hay arenques ahumados a esta hora del día, pero estoy seguro de que podemos encontrar algo de tu gusto.

Ella se rió entre dientes, y para su gran sorpresa, dijo:

—Estoy un poco hambrienta.

Él miró al cielo.





—No creo que estés en casa para la hora del té.

—Está bien. No puedo imaginar que nadie esperaría que regrese a casa con esto.

—Voy a ser completamente honesto —le dijo—. Estaban en una profunda discusión sobre la próxima boda. Sinceramente dudo que alguien haya notado que te has ido.

Ella sonrió mientras se dirigían hacia el interior del comedor.

—Así es como debe ser. Su hermana debe tener la boda de sus sueños.

¿Y qué hay de *tus* sueños?

La pregunta llegó a la punta de su lengua, pero la contuvo. Eso la haría sentir incómoda y arruinaría la encantadora y sencilla camaradería que se había establecido entre ellos.

Y dudaba que le respondiera.

Estaba desarrollando un atesoramiento de cada diminuta gota de su pasado que deslizaba por sus labios. Los colores de los ojos de sus padres, el hecho de que tenía una hermana, y ambas amaban pescar... Estas eran las pequeñas cosas que revelaba, y si ella lo hacía por accidente o a propósito, no podía estar seguro.

Pero quería más. Cuando miraba en sus ojos, quería entenderlo todo, cada momento que la había traído a *este* momento. No quería llamarlo obsesión... eso parecía demasiado oscuro para lo que sentía.

Un loco enamoramiento, eso era. Un extraño y vertiginoso vuelo de fantasía. Seguramente no era el primer hombre que había sido tan rápidamente encantado por una hermosa mujer.

Pero mientras se acomodaban en sus asientos en el comedor de la posada, él la miró a través de la mesa y no era su belleza lo que veía. Era su



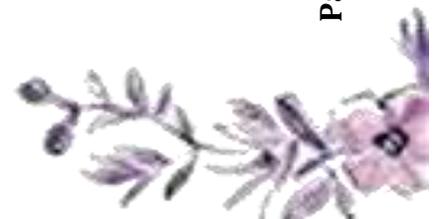


A Night Like This

Smythe-Smith Quartet

Julia Quinn

corazón. Y su alma. Y tenía una sensación de hundimiento de que su vida nunca sería la misma.





# Capítulo 13

*Traducido por Maru Belikov, carmen170796 y MaryLuna*

*Corregido por Marina012*



ios mío —dijo Anne, permitiéndose un pequeño escalofrío mientras se sentaba. Había estado llevando su abrigo, pero los puños no ajustaban bien, y la lluvia se había deslizado por sus mangas. Ahora ella estaba empapada hasta los codos y congelándose, además—. Es difícil imaginar que es casi mayo.

—¿Té? —preguntó Daniel, haciendo señas al posadero.

—Por favor. O cualquier cosa que sea caliente. —Ella se quitó sus guantes, haciendo una pausa para fruncir el ceño hacia un pequeño agujero que estaba creciendo en la punta de su dedo índice derecho. Eso no haría nada. Ella necesitaba toda la dignidad que podía reunir en ese dedo. Dios sabía que lo sacudía a las chicas a menudo.

—¿Está algo mal? —preguntó Daniel.

—¿Qué? —Ella miró hacia arriba y parpadeó. Oh, él debió haberla visto mirando su guante—. Es solo mi guante. —Ella lo sostuvo en alto—. Un pequeño agujero en la costura. Tendré que arreglarlo esta noche. —Ella le dio una inspección de cerca antes de colocarlo sobre la mesa al lado de ella. Un guante solo podía soportar unos cuantos arreglos, y sospechaba que el de ella estaba cerca del final de no aguantar más.



Daniel le pidió al posadero dos tazas de té, y se giró de regreso a ella.

—Con el riesgo de revelarme a mí mismo como un completo ignorante de las realidades de la vida de servicio, debo decir que encuentro difícil de creer que mi tía no te pague lo suficiente como para comprar un par de guantes.

Anne estaba bastante segura que él, ciertamente, era completamente ignorante de las realidades de la vida de servicio, pero apreciaba que él al menos reconocía el déficit. También sospechaba que era completamente ignorante del *costo* de un par de guantes, o solo con respecto a cualquier cosa, para el caso. Ella había ido de compras lo suficientemente a menudo con la clase alta para saber que ellos nunca se molestaban en preguntarse el precio de algo. Si les gustaba, lo compraban y enviaban la cuenta a sus casas, donde alguien más se aseguraría de que fuera pagado.

—Lo hace —le dijo ella a él—. Me paga lo suficiente, así es. Pero hay una virtud en ahorrar, ¿no crees?

—No si significa que tus dedos se están congelando.

Ella sonrió, quizás con un poco de condescendencia.

—Difícilmente llega a eso. Estos guantes tienen al menos uno o dos arreglos restantes.

Él frunció el ceño.

—¿Cuántas veces ya lo ha arreglado?

—Oh, Dios mío, no lo sé. ¿Cinco? ¿Seis?

Su expresión se volvió en una de leve indignación.

—Eso es completamente inaceptable. Informaré a mi tía Charlotte que debe proporcionarte un adecuado guardarropa.

—No hará semejante cosa —dijo ella con rapidez. Dios bendito, ¿estaba molesto? Un acto más de interés exagerado por él, y Anne estaría en la calle. Era lo suficientemente malo que ella estuviera sentada con él enfrente de





todo el pueblo en la casa de postas, pero al menos tenía la excusa del inclemente clima. Difícilmente sería culpada por haber tomado refugio por la lluvia.

—Se lo aseguro —dijo ella, señalando a los guantes—, estos están en mejor condición que los de la mayoría de las personas. —Sus ojos cayeron en la mesa, donde los guantes de él, hechos de lujoso cuero forrado, se encontraban amontonados despreocupadamente. Ella aclaró su garganta—. Excluyendo la compañía presente.

Él se movió muy ligeramente en su asiento.

—Por supuesto es bastante posible que sus guantes hayan sido arreglados y remendados también —agregó ella sin pensar—. La única diferencia es que sus ayudantes los sacuden fuera de su vista antes de que se dé cuenta que necesitan atención.

Él no dijo nada, y ella instantáneamente se sintió avergonzada por su comentario. Esnobismo inverso no era casi tan malo como la cosa real, pero aun así, ella tenía que ser mejor que eso.

—Le pido me perdone —dijo.

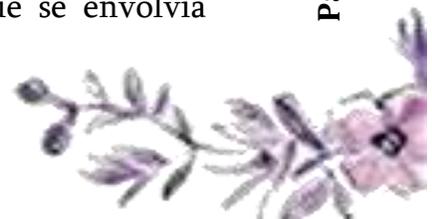
Él se le quedó mirando por un largo tiempo, y luego preguntó:

—¿Por qué estamos hablando sobre guantes?

—No tengo ni idea. —Pero eso no era completamente cierto. Él quizás habría sido quien lo trajo a colación, pero ella no tenía necesidad de continuar con ello. Quería recordarle la diferencia de su posición, se dio cuenta. O quizás quería recordárselo a sí misma.

—Suficiente de eso —dijo ella rápidamente, dando a la discusión sobre guantes una palmadita. Miró arriba otra vez hacia él, a punto de decir algo completamente benévolo sobre el clima, pero él estaba sonriendo hacia ella de una manera que hacia sus ojos arrugarse, y...

—Creo que está sanando —se escuchó a sí misma decir. No se había dado cuenta de cuán hinchado había estado con el moretón que se envolvía



alrededor de su ojo, pero ahora que se había ido, su sonrisa era diferente. Quizás incluso más alegre.

Él toco su rostro.

—¿Mi mejilla?

—No, su ojo. Todavía está un poco descolorido, pero ya no luce hinchado. —Ella le dio un tipo de mirada arrepentida—. Sus mejillas lucen muy iguales.

—¿En serio?

—Bueno, en realidad peor, lamento decirlo, pero eso es lo que se espera. Estas cosas usualmente lucen peor antes de mejorar.

Sus cejas se levantaron.

—¿Y cómo es que has llegado a ser tal experta en raspaduras y moretones?

—Soy una institutriz —dijo ella. Porque realmente, debía ser suficiente explicación.

—Sí, pero le enseñas a tres niñas...

Ella se rió ante eso, cortándolo a mitad de oración.

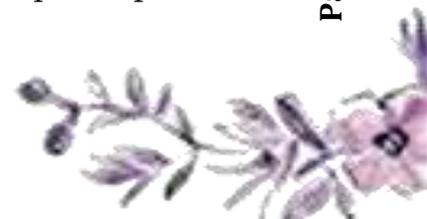
—¿Cree que las niñas nunca hacen travesuras?

—Oh, sé que lo hacen. —Él colocó una mano contra su corazón—. Cinco hermanas. ¿Entiendes? Cinco.

—¿Está destinado eso a invocar lástima?

—Definitivamente *debería* —dijo él—. Pero aun así, no las recuerdo irse a los golpes.

—La mitad del tiempo Frances cree que es un unicornio —dijo Anne sencillamente—. Confíe en mí cuando digo que ella adquiere más que su parte





justa de golpes y moretones. Y además, también he enseñado a niños pequeños. Alguien debe darles instrucciones antes de que vayan a la escuela.

—Supongo —dijo él con un pequeño encogimiento de hombros de concesión. Entonces, con un descarado movimiento de cejas, se inclinó hacia adelante y murmuró—: ¿Sería inapropiado de mí parte admitir que estoy desmesuradamente halagado por tu atención en los detalles de mi rostro?

Anne dejó salir una risa.

—Inapropiado y ridículo.

—Es cierto que nunca me he sentido tan colorido —dijo él, con un claramente fingido suspiro.

—Usted es un verdadero arcoíris —concordó ella—. Veo rojo... bueno, no naranja y amarillo, pero ciertamente verde, azul y violeta.

—Olvidaste índigo.

—No lo hice —dijo ella, con su mejor voz de institutriz—. Siempre me pareció ser una tonta adición al espectro. ¿Ha *visto* realmente un arcoíris?

—Uno o dos —replico él, luciendo bastante entretenido por su diatriba.

—Es suficientemente difícil notar la diferencia entre el azul y violeta, mucho menos encontrar el índigo entre ellos.

Él se detuvo por un momento, entonces, con los labios apretándose con humor, dijo:

—Le has dado a esto bastantes vueltas.

Anne presionó sus propios labios juntos, tratando de no sonreír de regreso.

—Ciertamente —dijo finalmente, y luego estalló en risas. Era la más ridícula conversación, y tan perfectamente encantadora al mismo tiempo.





Daniel se rió con ella, y ambos se sentaron derechos mientras una criada venía con dos humeantes tazas de té. Anne instantáneamente colocó sus manos alrededor de la de ella y suspiró con placer mientras el calor corría a través de su piel.

Daniel tomó un trago, temblando mientras el líquido caliente bajaba por su garganta, luego tomó otra vez.

—Creo que luzco bastante galante —dijo él—, todo moteado y magullado. Quizás debería empezar a inventar historias de cómo fui lastimado. Pelear con Marcus carece de toda emoción.

—No olvide los asaltantes —le recordó.

—Y eso —replicó él con voz seca—, carece de toda dignidad.

Ella sonrió a eso. Era extraño cuando un hombre podía sacar diversión de él mismo.

—¿Qué piensas? —preguntó él, volviéndose como si tuviera que pavonearse—. ¿Debería decir que luché con un jabalí? O quizás, ¿qué peleé con piratas con un machete?

—Bueno, eso depende —respondió ella—. ¿Tenía usted el machete o los piratas?

—Oh, los piratas, me parece. Es mucho más impresionante si los contuve con mis manos vacías. —Él las movió como si estuviera practicando alguna antigua técnica oriental.

—Alto —dijo ella, riéndose—. Todos están mirándolo.

Él se encogió de hombros.

—Ellos me mirarían, sin importar qué. No he estado aquí en tres años.

—Sí, pero pensarán que está demente.





—Ah, pero se me permite ser excéntrico. —Él le dio una media sonrisa gallarda y dejó que sus cejas subieran y bajaran—. Es uno de los beneficios del título.

—¿No lo son el dinero y el poder?

—Bueno, esos también —admitió—. Pero ahora mismo estoy disfrutando más la excentricidad. Los moretones ayudan, ¿no cree?

Ella rodó sus ojos, tomando otro sorbo de su té.

—Tal vez una cicatriz —reflexionó él, volteándose para mostrarle su mejilla—. ¿Qué piensas? Justo aquí. Yo podría...

Pero Anne no escuchó el resto de sus palabras. Ella solo vio su mano cortando el aire desde su frente a su barbilla. Una larga y colérica diagonal, justo como...

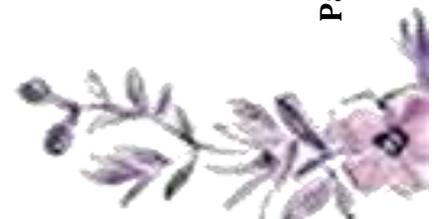
Ella lo vio... la cara de George mientras rasgaba los vendajes de su piel en el estudio de su padre.

Y lo sintió, el horrible clavado del cuchillo cuando había atravesado su piel.

Ella se alejó rápidamente, tratando de respirar. Pero no podía. Era como una tenaza alrededor de sus pulmones, un enorme peso asentado en su pecho. Se estaba ahogando y asfixiando al mismo tiempo, desesperada por aire. Oh, querido Dios, ¿por qué estaba pasando esto ahora? Habían pasado años desde que había sentido esta clase terror espontáneo. Había pensado que lo había superado.

—Anne —dijo Daniel urgentemente, estirándose a través de la mesa para tomar su mano—. ¿Qué está mal?

Era como si su toque rompiera algún tipo de banda constrictiva, porque su cuerpo entero repentinamente tuvo un ataque con una inhalación profunda y convulsiva. Los bordes negros que habían estado reduciendo su visión





titilaron y desaparecieron, y muy lentamente, sintió que su cuerpo volvía a la normalidad.

—Anne —dijo de nuevo, pero ella no lo miró. No quería ver la preocupación en su cara. Él había estado bromeando, sabía eso perfectamente bien. ¿Cómo demonios explicaría una reacción tan exagerada?

—El té —dijo, esperando que él no recordase que ya había dejado su taza cuando había hecho su comentario—. Creo. —Tosió, y no lo estaba fingiendo—. Creo que bajó de manera incorrecta.

Él la observo intensamente.

—¿Estás segura?

—O tal vez estaba demasiado caliente —dijo, sus hombros temblando en un nervioso y pequeño encogimiento de hombros—. Pero casi estoy recuperada ahora, se lo aseguro. —Sonrió, o al menos lo intentó—. Es muy vergonzoso, en serio.

—¿Te puedo ayudar de alguna manera?

—No, por supuesto que no. —Ella se abanicó—. Mi Dios, de repente hace mucho calor. ¿Lo siente?

Él sacudió su cabeza, sus ojos nunca dejando su cara.

—El té —dijo, tratando de sonar alegre y positiva—. Como dije, está bastante caliente

—Lo está.

Ella tragó, él veía más allá de su acto, estaba segura. No sabía cuál era la verdad, solo que ella no estaba siendo honesta. Y por primera vez desde que había dejado su casa ocho años atrás, sintió remordimiento por su silencio. Ella no tenía ninguna obligación de compartir sus secretos con este hombre y, aun así, allí estaba, sintiéndose evasiva y culpable.





—¿Piensas que el clima ha mejorado? —preguntó, volteando hacia la ventana. Era difícil saberlo; el vidrio era antiguo y ondulado, y el largo saliente de la posada la protegía de la directa arremetida de la lluvia.

—No, todavía no —respondió él.

Ella se volteó, murmurando:

—No, por supuesto que no. —Ella fijó una sonrisa en su cara—. Debería terminar mi té, de cualquier manera.

Él la miró curiosamente.

—¿Ya no estás tan acalorada?

Ella pestañeó, tomándose un momento para recordar que se había estado abanicando un momento antes.

—No —dijo—. Qué gracioso. —Sonrió de nuevo y llevó la taza a sus labios. Pero se salvó de tener que pensar en cómo volver la conversación a su previo y tranquilo curso por el fuerte ruido de algo estrellándose afuera del comedor.

—¿Qué puede ser eso? —preguntó Anne, pero Daniel ya estaba de pie.

—Quédate aquí —ordenó, y anduvo a zancadas rápidamente hacia la puerta. Él parecía tenso, y Anne vio algo familiar en su actitud. Algo que ella había visto en sí misma, una y otra vez. Era casi como si él estuviese esperando problemas. Pero no tenía sentido. Ella había escuchado que el hombre que lo había llevado fuera del país había cesado su búsqueda de venganza.

Pero ella supuso que los viejos hábitos eran persistentes. Si George Chervil repentinamente se asfixiaba con un hueso de pollo o se mudaba a Indonesia, ¿cuánto le tomaría dejar de cuidarse las espaldas?

—No era nada —dijo Daniel, volviendo a la mesa—. Solo un borracho que se las arregló para sembrar el caos desde la posada a los establos y de regreso. —Él agarró su taza de té, tomó un largo sorbo, después agregó—: Pero la lluvia





está disminuyendo. Todavía esta lloviendo, pero creo que nos deberíamos ir pronto.

—Por supuesto —dijo Anne, poniéndose de pie.

—Ya les he pedido que traigan el carruaje —dijo, acompañándola a la puerta.

Ella asintió mientras salía. El fresco aire era vigorizante, y no le importaba el frío. Había una purificadora cualidad en la niebla fría, y la hacía sentir más como sí misma.

Y entonces, en ese momento, no era una persona mala para ser.

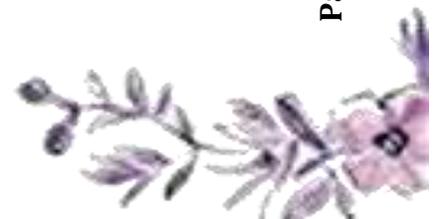
\* \* \*

Daniel todavía no tenía idea de lo que le había pasado a Anne en el comedor. Suponía que podía haber sido lo que ella había dicho, que se había ahogado con un poco de su té. Le había pasado antes, y era ciertamente suficiente para provocar tos, especialmente cuando el té estaba hirviendo.

Pero ella había estado muy pálida, y sus ojos —en ese segundo antes de que se hubiera alejado— se habían visto atormentados. Asustados.

Le había recordado esa vez que la había visto en Londres, cuando había tropezado dentro del establecimiento del Sr. Hoby, asustada sin saber qué hacer. Ella había dicho que había visto a alguien. O más bien, había dicho que había alguien que no quería ver.

Pero eso fue en Londres. Esto era Berkshire, y es más, ellos habían estado sentados en una posada llena de aldeanos que había conocido desde su nacimiento. No había habido una alma en ese cuarto que le hubiese tocado siquiera un cabello de su cabeza.





Tal vez *fue* el té. Tal vez había imaginado todo lo demás. Anne ciertamente parecía normal ahora, sonriéndole mientras la ayudaba a entrar al tálburi. La mitad del toldo había sido levantado contra la lluvia, pero aun si el clima se mantenía, ambos estarían completamente congelados para cuando llegaran a Whipple Hill.

Baños calientes para ambos. Él los pediría cuando llegaran.

Aunque tristemente, no compartirían.

—Nunca he montado en un tálburi —dijo Anne, sonriendo mientras acomodaba las cintas en su sombrero.

—¿No? —Él no sabía porque esto lo sorprendía. Ciertamente una institutriz no tendría razón para hacerlo, pero todo acerca de ella denotaba haber nacido en noble cuna. En algún momento de su vida debía haber sido una joven elegible; él no podía imaginar que ella no había tenido decenas de caballeros rogando por su compañía en sus tálburis y faetones.

—Bueno, he estado en cabriolé.<sup>7</sup> Mi antigua patrona tenía uno, y tuve que aprender a conducirlo. Ella era bastante mayor, y nadie confiaba en ella en las riendas.

—¿Esto sucedió en la Isla de Man? —preguntó, manteniendo su voz deliberadamente suave. Era muy raro que ella ofreciera pedazos de su pasado. Temía que ella se volviera a cerrar si hacia muchas preguntas.

Pero ella no parecía desalentada por su pregunta.

—Sí —confirmó—. Solo había conducido una carreta hasta entonces. Mi padre nunca habría tenido un carruaje que solo llevaba dos personas. Nunca fue un hombre que le gustase lo poco práctico.

—¿Cabalgas? —preguntó.

—No —dijo simplemente.

---

<sup>7</sup> **Cabriolé:** Carruaje de dos ruedas tirado solo por un caballo.



Otra pista. Si sus padres hubiesen tenido títulos, ella habría aprendido a cabalgar antes de que pudiera leer.

—¿Cuánto tiempo viviste ahí? —preguntó en un tono familiar—. ¿En la Isla de Man?

Ella no respondió en seguida, y él pensó que no lo haría, pero entonces, con una suave voz, llena de recuerdos, dijo:

—Tres años. Tres años y cuatro meses.

Manteniendo sus ojos escrupulosamente en el camino, dijo:

—No suena como si tuvieras buenos recuerdos.

—No. —Ella estuvo en silencio de nuevo, por lo menos durante diez segundos y luego dijo—: No fue terrible. Era solo... no lo sé. Era joven. Y no estaba en casa.

Casa. Algo que casi nunca mencionaba. Algo que sabía no debía preguntar, así que en su lugar dijo:

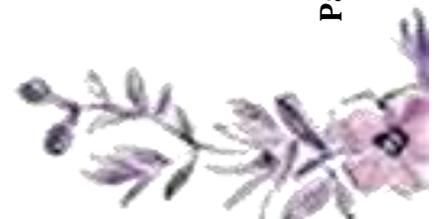
—¿Eras acompañante de una dama?

Ella asintió con la cabeza. Apenas lo vio por el rabillo del ojo, parecía haber olvidado que él estaba viendo a los caballos y no a ella.

—No fue una posición pesada —dijo—. A ella le gustaba que le leyeran, así que hice mucho de eso. Costura. Escribí toda su correspondencia, también. Sus manos temblaban un poco.

—Te fuiste cuando murió, supongo.

—Sí. Fui bastante afortunada de que ella tuviera una sobrina-nieta cerca de Birmingham que necesitaba una institutriz. Creo que sabía que su tiempo estaba cerca, e hizo los arreglos para un nuevo puesto antes de morir. —Anne se quedó callada por un momento, entonces la sintió enderezarse a su lado, casi como si estuviera sacudiendo el manto brumoso del recuerdo—. Y he sido una institutriz desde entonces.





—Parece que se adapta a ti.

—La mayoría de las veces, sí.

—Debo pensar... —Él se interrumpió bruscamente. Algo andaba mal con los caballos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anne.

Negó con la cabeza. No podía hablar ahora. Necesitaba concentrarse. El grupo estaba tirando a la derecha, lo que no tenía sentido. Algo se quebró, y los caballos despegaron a una velocidad vertiginosa, tirando del tílburí junto con ellos hasta que...

—Querido Dios del cielo —respiró Daniel. Mientras miraba con horror, todavía luchando para controlar al grupo, el arnés se separó del eje y los caballos despegaron a la izquierda.

Sin el carruaje.

Anne dejó escapar un pequeño grito de terror sorprendida mientras el tílburí iba a toda velocidad cuesta abajo, inclinándose salvajemente sobre sus dos ruedas.

—¡Inclínate hacia adelante! —gritó Daniel. Si pudieran mantener el carruaje equilibrado, podrían cabalgar la colina hasta que bajara de velocidad. Pero el dosel añadía peso a la parte trasera, y baches y roderas en el camino tantas veces transitado hacía casi imposible mantener sus posiciones inclinadas hacia adelante.

Y entonces Daniel recordó la vuelta. A medio camino de la colina la carretera giraba bruscamente a la izquierda. Si continuaban recto, serían lanzados hacia abajo de la colina, en un bosque espeso.

—Escúchame —le dijo a Anne con urgencia—. Cuando llegemos a la parte inferior de la colina, inclínate a la izquierda. Con todo lo que tienes, inclínate a la izquierda.



Ella asintió con la cabeza frenética. Sus ojos estaban aterrorizados, pero no estaba histérica. Haría lo que tenía que hacer. Tan pronto como...

—¡Ahora! —gritó.

Ambos se lanzaron a la izquierda, Anne aterrizó medio encima de él. El tílburí se alzó sobre una de las ruedas, los radios de madera protestando con un chillido horrible por la carga extra.

—¡Adelante! —gritó Daniel, y ellos mismos se lanzaron hacia delante, haciendo que el carruaje girara a la izquierda, pasando muy cerca del borde de la carretera.

Pero a medida que se volvieron, su rueda izquierda —la única que estaba en contacto con el suelo— se quedó atrapada en algo, y el tílburí cayó hacia delante, rebotando en el aire antes de aterrizar de nuevo en su rueda con un crujido repugnante. Daniel se sostuvo para salvar su vida y pensó que Anne estaba haciendo lo mismo, pero mientras observaba con terror impotente, el tílburí la lanzó fuera, y la rueda... Oh, Dios mío, ¡la rueda! Si pasaba por encima de ella...

Daniel no se detuvo a pensar. Se lanzó a la derecha, derribando el tílburí antes de que pudiera golpear a Anne, que estaba en algún lugar de la tierra, en algún lugar a la izquierda.

El tílburí golpeó contra la tierra, derrapando por varios metros antes de llegar a detenerse en el barro. Por un momento, Daniel no pudo moverse. Le habían dado un puñetazo antes, había caído de caballos; infiernos, incluso había recibido un disparo. Pero nunca el aire había sido tan completamente arrancado de su cuerpo como cuando el tílburí cayó al suelo.

*Anne.* Tenía que llegar a ella. Pero tenía que respirar primero, y sus pulmones se sentían como si hubieran entrado en un espasmo. Finalmente, todavía jadeando por aire, se arrastró fuera del carruaje volcado.



—Anne —trató de gritar, pero todo lo que podía hacer era jadear su nombre. Sus manos chapoteaban en el lodo, y luego sus rodillas, y luego, usó la parte astillada del tálburi como apoyo, y logró tambalearse en sus pies.

—Anne —llamó de nuevo, esta vez con más volumen—. ¡Señorita Wynter!

No hubo respuesta. Ningún sonido en absoluto, salvo por la lluvia, golpeando contra el suelo empapado.

Todavía apenas capaz de estar de pie, Daniel buscó frenéticamente desde su lugar junto al tálburi, girando en círculos mientras se sostenía en busca de apoyo, en busca de cualquier signo de Anne. ¿Qué había estado usando? Marrón. Ella había usado marrón, un tono medio de este, perfecto para mezclarse con el barro.

Debía estar detrás de él. El tálburi había rodado y derrapó por alguna distancia después de que había sido expulsada. Daniel trató de hacer su camino a la parte trasera del carruaje, sus botas encontrando poca tracción en el barro profundo. Se deslizó, perdiendo el equilibrio y cayó hacia delante, sus manos agitándose para cualquier cosa que pudiera mantenerlo en posición vertical. En el último momento, se cerraron alrededor de una tira delgada de cuero.

El arnés.

Daniel miró hacia abajo al cuero en sus manos. Era la correa, destinada a conectar el caballo al eje del carruaje. Pero había sido cortada. Solo al final se veía muy desgastado, como si hubiera quedado colgando de un hilo, listo para romperse a la menor presión.

Ramsgate.

Su cuerpo se llenó de ira, y Daniel finalmente encontró la energía para moverse más allá del tálburi roto y buscar a Anne. Por Dios, si algo le había pasado a ella... Si resultaba gravemente herida...

Mataría a Lord Ramsgate. Lo iba a destripar con sus propias manos.



—Anne —gritó, girando locamente en el barro mientras la buscaba. Y entonces... ¿esa era una bota? Se precipitó hacia adelante, tambaleándose bajo la lluvia hasta que la vio con claridad, arrugada en el suelo, a mitad de la carretera, a mitad del bosque.

—Querido Dios —susurró Daniel, y corrió hacia adelante, terror acaparando en su corazón—. Anne —dijo frenéticamente, llegando a su lado y sintiendo el pulso—. Respóndeme. Dios ayúdame, respóndeme ahora.

Ella no respondió, pero el pulso firme en su muñeca fue suficiente para darle esperanzas. Estaban solo aproximadamente a ochocientos metros de Whipple Hill. Podía cargarla tan lejos. Estaba temblando, y con moretones y probablemente sangrado, pero podría hacer esto.

Cuidadosamente, la levantó en sus brazos y comenzó el traicionero camino a casa. El barro hizo de cada paso un acto de equilibrio, y apenas podía ver a través de su cabello, pegado sobre sus ojos por la lluvia. Pero siguió su camino, su cuerpo exhausto encontrando la fuerza a través del terror.

Y la furia.

Ramsgate pagaría por esto. Ramsgate pagaría, y quizás Hugh pagaría, también, y por Dios, el mundo entero pagaría si los ojos de Anne nunca se abrían de nuevo.

Un pie delante del otro. Eso es lo que hizo, hasta que Whipple Hill apareció a la vista. Y entonces estaba en la entrada y en el círculo, y finalmente, justo cuando sus músculos estaban gritando y temblando, y sus rodillas amenazaron con doblarse, logró llegar hasta los tres escalones de la gran entrada principal y pateó la puerta, duro.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y una y otra vez y otra vez hasta que escuchó pasos apresurándose hacia él.





La puerta se abrió y allí estaba el mayordomo, que dejó escapar un sonoro “¡Milord!”. Y entonces, mientras tres lacayos se apresuraron a aliviar la carga de Daniel, se dejó caer al suelo, agotado y aterrorizado.

—Cuida de ella —dijo con voz entrecortada—. Consigue que se caliente.

—Ahora mismo, milord —le aseguró el mayordomo—, pero usted...

—¡No! —ordenó Daniel—. Encárgate de ella primero.

—Por supuesto, milord. —El mayordomo se apresuró hacia el lacayo aterrorizado que estaba sosteniendo a Anne, ajeno a los ríos de agua corriendo por sus mangas—. ¡Vayan! —ordenó—. ¡Muévanse! Llévenla arriba, y tú —señaló con la cabeza hacia una doncella que había entrado en la sala torpemente—, comienza a calentar agua para un baño. ¡Ahora!

Daniel cerró los ojos, tranquilizado por el frenesí de actividad desarrollándose a su alrededor. Él había hecho lo que tenía que hacer. Había hecho todo lo que podía hacer.

Por ahora.





# Capítulo 14

*Traducido por LizC Y Vero*

*Corregido por Mari NC*



uando Anne finalmente despertó, su mente poco a poco pasó de negro implacable a remolinos de nubes grises, lo primero que sintió fueron manos, empujando y empujando, tratando de quitarle la ropa.

Ella quería gritar. Trató de hacerlo, pero su voz no le obedecía. Estaba temblando incontrolablemente, sus músculos estaban doloridos y agotados, y no estaba segura de que pudiera abrir la boca, mucho menos hacer un sonido.

Había sido arrinconada antes, por jóvenes con exceso de confianza quienes veían a la institutriz como un simple juego, por el señor de una casa que pensó que estaba pagando su salario, de todos modos. Incluso por George Chervil, quien había puesto su vida por este camino en primer lugar.

Pero siempre había sido capaz de defenderse. Había tenido su fuerza y su ingenio, y con George incluso un arma. Ahora no tenía ninguna de esas cosas. Ni siquiera podía abrir los ojos.

—No —gimió, retorciéndose y moviéndose en lo que parecía ser un frío suelo de madera.

—Shhh —vino una voz desconocida. Sin embargo, era una mujer, lo cual Anne encontró tranquilizador—. Déjenos ayudarle, señorita Wynter.

Ellos sabían su nombre. Anne no podía decidir si eso era bueno o no.



—Pobrecita —dijo la mujer—. Su piel está como el hielo. Vamos a ponerla en un baño caliente.

Un baño. Un baño sonaba como el paraíso. Estaba tan fría... no podía recordar alguna vez estar tan fría antes. Todo se sentía pesado... brazos, piernas, incluso su corazón.

—Aquí estamos, cariño —dijo la voz de la mujer de nuevo—. Solo déjeme llegar a estos botones.

Anne luchó una vez más para abrir sus ojos. Sentía como si alguien hubiera colocado pesas en sus párpados, o sumergido en algún tipo de sustancia pegajosa de la que no podía escapar.

—Ahora está a salvo —dijo la mujer. Su voz era amable, y parecía querer ayudar.

—¿Dónde estoy? —susurró Anne, tratando de forzar los ojos para abrirlos.

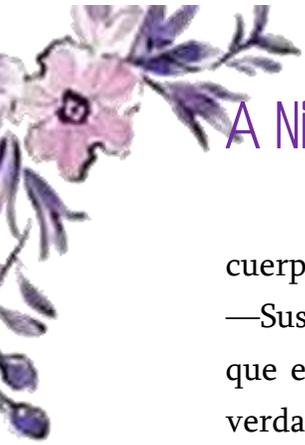
—Ha vuelto a Whipple Hill. Lord Winstead la cargó de vuelta a través de la lluvia.

—Lord Winstead... Él... —jadeó, y sus ojos finalmente se abrieron para revelar un cuarto de baño, mucho más elegante y ornamentado de aquel al que estaba asignada en el cuarto de los niños. Había dos doncellas con ella, una añadiendo agua a una bañera humeante, y la otra intentando quitar su ropa empapada.

—¿Está él bien? —preguntó Anne frenéticamente—. ¿Lord Winstead? —Destellos de memoria se abalanzaron sobre ella. La lluvia. Los caballos liberándose. El sonido horrible de madera astillada. Y luego el carruaje, lanzándose hacia delante en una sola rueda. Y entonces... nada. Anne no podía recordar nada. Deben haberse estrellado, ¿por qué no iba a recordarlo?

Querido Dios, ¿qué había pasado con ellos?





—Su Señoría está bien —le aseguró la doncella—. Agotado como un cuerpo puede estar, pero no es nada que un poco de descanso no pueda curar. —Sus ojos brillaban con orgullo mientras ajustaba a Anne en una posición para que ella pudiera quitarle las mangas de los brazos—. Él es un héroe, lo es. Un verdadero héroe.

Anne se frotó la cara con la mano.

—No puedo recordar lo que pasó. Algunos pedazos y piezas, pero eso es todo.

—Su Señoría nos dijo que fue arrojada del carruaje —dijo la doncella, yendo a trabajar en la otra manga—. Lady Winstead dijo que probablemente se golpeó la cabeza.

—¿Lady Winstead? —¿Cuándo había visto a Lady Winstead?

—La madre de su Señoría —explicó la criada, malinterpretando la duda de Anne—. Ella sabe un poco acerca de lesiones y curación, así es. Ella le examinó allí mismo, en el suelo del vestíbulo.

—Oh, Dios mío. —Anne no sabía por qué esto era tan mortificante, pero lo era.

—Su Señoría ha dicho que tiene un bulto, justo por aquí. —La doncella le tocó la cabeza, un par de centímetros por encima de la oreja izquierda.

La mano de Anne, todavía frotándose la sien, se movió hacia arriba a través de su cabello. Ella encontró el golpe al instante, prominente y sensible.

—Ay —dijo, apartando sus dedos. Miró su mano. No había sangre. O tal vez había habido, y la lluvia la había arrastrado.

—Lady Winstead dijo que pensó que le gustaría algo de privacidad —continuó la doncella, deslizando el vestido de Anne de su cuerpo—. Estamos aquí para que se caliente y lave y luego ponerle en la cama. Envió a buscar un médico.





—Oh, estoy segura de que no tengo necesidad de un médico —dijo Anne rápidamente. Todavía se sentía horrible, dolorida y fría, y con un bulto como explicación para su dolor de cabeza ardiente. Pero eran las clases de dolencias temporales, el tipo que uno instintivamente sabía que solamente necesitaba una cama blanda y sopa caliente.

Pero la doncella se encogió de hombros.

—Ya ha enviado por uno, así que no creo que tenga muchas opciones.

Anne asintió.

—Todo el mundo está bien preocupado por usted. La pequeña Lady Frances estaba llorando, y...

—¿Frances? —la interrumpió Anne—. Pero ella nunca llora.

—Lo hizo esta vez.

—Oh, por favor —rogó Anne, afligida por la preocupación—. Por favor, que alguien le haga saber que estoy bien.

—Un sirviente será enviado con más cubos de agua caliente pronto. Le haremos decir a Lady...

—¿Un sirviente? —exclamó Anne, con las manos instintivamente cubriendo su desnudez. Todavía estaba en camisa, pero húmeda, era prácticamente transparente.

—No se preocupe —dijo la doncella con una sonrisa—. Él lo va a dejar en la puerta. Es solo para que Peggy no tenga que subirlo por las escaleras.

Peggy, quien estaba vertiendo otro cubo de agua en la bañera, se volvió y sonrió.

—Gracias —dijo Anne en voz baja—. Gracias a las dos.

—Soy Bess —dijo la primera doncella—. ¿Cree que puede levantarse? ¿Solo por un minuto? Esta esquina tiene que salir por encima de su cabeza.





Anne asintió, y con la ayuda de Bess se puso de pie, agarrándose al costado de la bañera de porcelana por apoyo. Una vez que la camisa había sido retirada, Bess ayudó a Anne a entrar en la bañera, y se hundió agradecida en el agua. Estaba muy caliente, pero no le importaba. Se sentía tan bien sentir algo más que no fuera insensibilidad.

Se sumergió en la bañera hasta que el agua se tornó tibia, entonces Bess la ayudó a entrar en su camión de lana, el cual Bess había traído del cuarto de Anne en el vivero.

—Aquí estamos —dijo Bess, conduciendo a Anne a través de la alfombra felpuda hacia una cama con dosel hermoso.

—¿Qué habitación es ésta? —preguntó Anne, notando el elegante entorno. Volutas se arremolinaban a lo largo de los techos y las paredes estaban cubiertas de damasco azul plateado de lo más delicado. Era de lejos la habitación más grande en la que alguna vez había dormido.

—El dormitorio de invitados azul —dijo Bess, ahuecando las almohadas—. Es uno de los mejores en Whipple Hill. Justo en el mismo pasillo que la familia.

¿Que la familia? Anne miró con sorpresa.

Bess se encogió de hombros.

—Su Señoría insistió en ello.

—Oh —dijo Anne con un trago, preguntándose qué pensaba el resto de la familia de él sobre eso.

Bess observó como Anne se establecía en virtud de las colchas pesadas, y luego preguntó:

—¿He de decirles a todos que es capaz de recibir visitantes? Sé que querrán verle.



—¿No Lord Winstead? —preguntó Anne con horror. Seguramente no le permitirían entrar en su dormitorio. Bueno, no es *su* dormitorio, pero aún así, un dormitorio. Con ella en el mismo.

—Oh, no —la tranquilizó Bess—. Está en su propia cama, dormido, espero. No creo que lo veamos durante al menos un día. El pobre hombre está agotado. Creo que pesaba un poco más estando mojada que seca. —Bess se rió de su propia broma, y luego salió de la habitación.

Menos de un minuto más tarde, Lady Pleinsworth entró.

—Oh, mi pobre, pobre chica —exclamó—. Nos dio un susto. Pero mi cielo, se ve mucho mejor que hace una hora.

—Gracias —dijo Anne, no muy a gusto con tal efusividad por parte de su empleadora. Lady Pleinsworth siempre había sido amable, pero ella nunca había intentado hacer a Anne sentir como un miembro de la familia. Tampoco que Anne hubiera esperado que lo hiciera. Era la desigualdad de una institutriz: no del todo un sirviente pero definitivamente no de la familia. Su primera empleadora, la vieja mujer en la Isla de Man, le había advertido al respecto. Una institutriz estaba, siempre estancada entre arriba y abajo, y era mejor que se acostumbrara rápidamente.

—Debería haberse visto cuando su Señoría le trajo —dijo Lady Pleinsworth mientras se acomodaba en una silla junto a la cama—. La pobre Frances pensó que estaba muerta.

—Oh, no, ¿está todavía triste? ¿Alguien ha...?

—Está bien —dijo Lady Pleinsworth con un gesto enérgico de la mano—. Ella insiste, sin embargo, verlo por sí misma.

—Eso sería muy agradable —dijo Anne, tratando de ahogar un bostezo—. Me gustaría disfrutar de su compañía.

—Tendrá que descansar primero —dijo Lady Pleinsworth con firmeza.

Anne asintió, hundiéndose un poco más en sus almohadas.



—Estoy segura de que querrá saber cómo está Lord Winstead  
—continúo Lady Pleinsworth.

Anne volvió a asentir. Ella quería saber, desesperadamente, pero se había obligado a no preguntar.

Lady Pleinsworth se inclinó hacia delante, y había algo en su expresión que Anne no pudo interpretar.

—Debería saber que casi se derrumbó después de traerle a casa.

—Lo siento —susurró Anne.

Pero si Lady Pleinsworth la oyó, no dio ninguna indicación.

—En realidad, supongo que una diría que se derrumbó. Dos sirvientes tuvieron que ayudarlo a levantarse y prácticamente lo cargaron a su cuarto. Juro que nunca he visto nada igual.

Anne sintió que las lágrimas le picaban los ojos.

—Oh, lo siento. Lo lamento tanto.

Lady Pleinsworth la miró con una expresión extraña, casi como si se hubiera olvidado con quien había estado hablando.

—No hay necesidad de eso. No es su culpa.

—Lo sé, pero... —Anne negó con la cabeza. Ella no sabía lo que sabía. Ya no sabía nada más.

—Aún así —dijo Lady Pleinsworth con un gesto de la mano—, debería estar muy agradecida. Él la cargó por más de la mitad de un kilómetro, sabe. Y él mismo estaba herido.

—Estoy muy agradecida —dijo Anne en voz baja—. Mucho.

—Las riendas se rompieron —le dijo Lady Pleinsworth—. Debo decir que estoy horrorizada. Es inconcebible que un equipamiento en mal estado como





tal se le permita salir de las caballerizas. Alguien va a perder su posición por esto, estoy segura.

Las riendas, pensó Anne. Eso tenía sentido. Todo había sucedido tan de repente.

—En cualquier caso, dada la gravedad del accidente, tenemos que estar agradecidos de que ninguno de los dos estuvo más gravemente herido —continuó Lady Pleinsworth—. Aunque me han dicho que tenemos que vigilarle más de cerca con ese bulto en la cabeza.

Anne lo tocó otra vez, haciendo una mueca.

—¿Le duele?

—Un poco —admitió Anne.

Lady Pleinsworth parecía no saber qué hacer con esa información. Ella se movió ligeramente en su asiento, luego enderezó los hombros, y finalmente dijo:

—Bueno.

Anne trató de sonreír. Era ridículo, pero casi se sentía como si *ella* se suponía tenía que tratar de hacer que Lady Pleinsworth se sintiera mejor. Era probablemente por todos esos años de servicio, siempre dispuesta a agradar a sus empleadores.

—El doctor estará aquí pronto —continuó finalmente Lady Pleinsworth—, pero mientras tanto, me aseguraré de que alguien le diga a Lord Winstead que ha despertado. Estaba muy preocupado por usted.

—Gracias... —empezó a decir Anne, pero al parecer Lady Pleinsworth no había terminado.

—Es curioso, sin embargo —dijo ella, apretando los labios—. ¿Cómo llegó a estar en su carruaje en primer lugar? La última vez que lo vi, él estaba aquí en Whipple Hill.





Anne tragó duro. Esta no era el tipo de conversación que una quería tratar con cualquier cosa más que el mayor de los cuidados.

—Lo vi en el pueblo —dijo—. Comenzó a llover, y se ofreció a llevarme de vuelta a Whipple Hill. —Ella esperó un momento, pero Lady Pleinsworth no hablaba, por lo que agregó—: Estaba muy agradecida.

Lady Pleinsworth se tomó un momento para considerar su respuesta, y luego dijo:

—Sí, bueno, él es muy generoso de esa manera. Aunque al final resultó que, hubiera hecho mejor en caminar. —Se detuvo bruscamente y dio unas palmaditas en la cama—. Debe descansar ahora. Pero no dormir. Me han dicho que no debe dormir hasta que llegue el médico para que la examine. —Ella frunció el ceño—. Al final creo que *enviaré* a Frances. Por lo menos, ella le mantendrá despierta.

Anne sonrió.

—Tal vez podría leerme. No ha practicado la lectura en voz alta en mucho tiempo, y me gustaría verla trabajar en su dicción.

—Siempre la educadora, ya veo —dijo Lady Pleinsworth—. Pero eso es lo que queremos en una institutriz, ¿no es así?

Anne asintió, no muy segura de si había estado felicitándola o se lo decía para recordarle su lugar.

Lady Pleinsworth se acercó a la puerta y se giró.

—Ah, y en cuanto a esto, no se preocupe por las niñas. Sarah y Honoria van a compartir sus tareas mientras se recupera. Estoy segura de que entre las dos pueden elaborar un plan de lección.

—Matemáticas —dijo Anne con un bostezo—. Necesitan hacer matemáticas.



—Matemáticas será, entonces. —Lady Pleinsworth abrió la puerta y salió al pasillo—. Trate de descansar un poco. Pero no dormir.

Anne asintió y cerró los ojos, aunque sabía que no debía hacerlo. Ella no creía que se durmiera, sin embargo. Su cuerpo estaba exhausto, pero su mente estaba corriendo. Todo el mundo le dijo que Daniel estaba bien, pero todavía estaba preocupada, y lo estaría hasta que lo viera por sí misma. No había nada que pudiera hacer al respecto ahora, sin embargo, no cuando apenas podía caminar.

Y entonces Frances dio un salto dentro, brincó sobre la cama, junto a Anne, y procedió a su parloteo. Era, Anne se dio cuenta más tarde, exactamente lo que necesitaba.

El resto del día transcurrió lo suficientemente pacífico. Frances se quedó hasta que llegó el médico, quien dijo que quería que Anne se mantuviera despierta hasta la noche. Entonces Elizabeth llegó con una bandeja de pasteles y dulces, y, finalmente, Harriet, que llevaba consigo un pequeño manojito de papel, su actual opus: *Henry VIII y el Malvado Unicornio*.

—No estoy segura de que Frances vaya a ser apaciguada por un malvado unicornio —le dijo Anne.

Harriet levantó la mirada con una ceja arqueada.

—Ella no especificó que debía ser un unicornio *bueno*.

Anne hizo una mueca.

—Vas a tener una batalla en tus manos, eso es todo lo que voy a decir sobre el asunto.

Harriet se encogió de hombros y dijo:

—Voy a comenzar en el segundo acto. El primer acto es un completo desastre. He tenido que hacerlo jirones completamente.

—¿Debido al unicornio?





—No —dijo Harriet con una mueca—. Tenía el orden de las esposas equivocado. Era divorciada, decapitada, muerta, divorciada, decapitada, viuda.

—Que alentador.

Harriet le dio una pequeña mirada y luego dijo:

—Cambié uno de los divorcios con una decapitación.

—¿Te puedo dar un consejo? —preguntó Anne.

Harriet miró hacia arriba.

—Nunca dejes que nadie te escuche decir eso fuera de contexto.

Harriet se rió en voz alta a eso, luego le dio una pequeña sacudida a los papeles para indicar que estaba lista para comenzar.

—Segundo acto —leyó con una reverencia—. Y no se preocupe, usted no debería estar demasiado confundida, sobre todo ahora que hemos revisado todos los fallecimientos conyugales.

Pero antes de que Harriet alcanzara el tercer acto, Lady Pleinsworth entró en la habitación, con una expresión grave y urgente.

—Tengo que hablar con la señorita Wynter —le dijo a Harriet—. Por favor, déjanos.

—Pero no hemos ni siquiera...

—*Ahora*, Harriet.

Harriet le dio a Anne una mirada de *qué-puede-ser-esto*, que Anne no reconoció, no con Lady Pleinsworth de pie junto a ella, luciendo como una nube de tormenta.

Harriet recogió sus papeles y se fue. Lady Pleinsworth se acercó a la puerta, escuchó para asegurarse de que Harriet no se había quedado a escuchar, y luego se volvió hacia Anne y le dijo:





—Las riendas fueron cortadas.

Anne se quedó sin aliento.

—¿Qué?

—Las riendas. En el carruaje de Lord Winstead. Habían sido cortadas.

—No. Eso es imposible. ¿Por qué habría... —Pero ella sabía por qué. Y sabía quién.

*George Chervil.*

Anne se sintió palidecer. ¿Cómo la había encontrado aquí? ¿Y cómo podría haberlo sabido...

La posada. Ella y Lord Winstead habían estado dentro por lo menos media hora. Cualquiera que hubiera estado observando se habría dado cuenta de que ella se conduciría a casa en su carruaje.

Anne hacía mucho que había aceptado que el tiempo no atenuaba al fuego de venganza de George Chervil, pero nunca había pensado que sería tan imprudente como para amenazar la vida de otra persona, especialmente alguien de la posición de Daniel. Él era el conde de Winstead, por amor de Dios. La muerte de una institutriz lo más probable es que no se investigaría, ¿pero la de un Conde?

George estaba loco. O por lo menos más de lo que había estado antes. No podía haber otra explicación.

—Los caballos regresaron hace varias horas —continuó Lady Pleinsworth—. Los criados fueron enviados a recuperar el carruaje, y ahí fue cuando lo vieron. Fue un claro acto de sabotaje. El cuero desgastado no se ajusta en una línea recta.

—No —dijo Anne, tratando de procesar todo.

—No creo que usted tenga algún enemigo nefasto en el pasado que haya omitido decirnos —dijo Lady Pleinsworth.



La garganta de Anne se secó. Iba a tener que mentir. No había ninguna otra...

Pero Lady Pleinsworth debió haber estado participando en un poco de humor negro, porque no esperó una respuesta.

—Es Ramsgate —dijo—. *Maldición*, el hombre ha perdido la razón.

Anne solo podía mirar, insegura de si estaba aliviada de que había evitado el pecado de mentir o sorprendida de que Lady Pleinsworth había tomado con tanta furia el nombre del Señor en vano.

Y quizás Lady Pleinsworth tenía razón. Tal vez esto no tenía nada que ver con Anne, y el villano era de hecho el Marqués de Ramsgate. Él había perseguido a Daniel fuera del país durante tres años antes, seguramente estaba dentro de su personaje para intentar asesinarlo ahora. Y ciertamente no le importaría si tomaba la vida de una institutriz en el proceso.

—Él le prometió a Daniel que lo dejaría en paz —rugió Lady Pleinsworth, dando vueltas por la habitación—. Esa es la única razón por la que regresó, sabe. Pensó que estaría a salvo. Lord Hugh fue todo el camino hasta Italia para decirle que su padre había prometido poner fin a toda esta tontería. —Ella dejó escapar un ruido frustrado, sus puños cerrados con fuerza a los costados—. Han pasado tres años. Tres años estuvo en el exilio. ¿No es eso suficiente? Daniel ni siquiera mató a su hijo. Fue solo una herida.

Anne guardó silencio, sin saber si se suponía que debía tomar parte en esta conversación.

Pero entonces Lady Pleinsworth se volvió y la miró directamente.

—Supongo que usted conoce la historia.

—La mayor parte de ella, creo.

—Sí, por supuesto. Las niñas se lo habrían dicho todo. —Cruzó los brazos, y luego los descruzó, y a Anne se le ocurrió que nunca había visto a su empleadora tan angustiada. Lady Pleinsworth le dio una sacudida con la cabeza y



dijo—: No sé cómo Virginia va a afrontarlo. Eso casi la mató antes cuando abandonó el país.

Virginia debe ser Lady Winstead, la madre de Daniel. Anne no conocía su nombre de pila.

—Bueno —dijo Lady Pleinsworth, luego abruptamente agregó—: Supongo que puede dormir ahora. El sol se ha puesto.

—Gracias —dijo Anne—. Por favor dele... —Pero se detuvo allí.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Lady Pleinsworth.

Anne negó con la cabeza. Habría sido inapropiado pedirle a Lady Pleinsworth que le diera sus saludos a Lord Winstead. O si no, entonces imprudente.

Lady Pleinsworth dio un paso hacia la puerta, luego se detuvo.

—Señorita Wynter —dijo.

—¿Sí?

Lady Pleinsworth se volvió lentamente.

—Hay una cosa.

Anne esperó. No era propio de su empleadora dejar tales silencios en el medio de la conversación. No era un buen presagio.

—No escapa a mi conocimiento que mi sobrino... —Una vez más, se detuvo, tal vez buscando la combinación correcta de palabras.

—Por favor —soltó Anne, seguro de que su continuidad en el empleo pendía de un hilo—. Lady Pleinsworth, le aseguro...

—No interrumpa —dijo Lady Pleinsworth, aunque no sin cierta amabilidad. Ella levantó una mano, instruyendo a Anne a esperar mientras reunía sus pensamientos. Finalmente, justo cuando Anne estaba segura de que no podía aguantar más, dijo—: Lord Winstead parece bastante cautivado con usted.





Anne tenía la esperanza de que Lady Pleinsworth no esperara una respuesta.

—Estoy segura de su buen juicio, ¿no? —agregó Lady Pleinsworth.

—Por supuesto, mi ady.

—Hay veces en que una mujer debe exhibir una sensibilidad que los hombres no tienen. Creo que este es uno de esos momentos.

Hizo una pausa y miró a Anne directamente, indicando que en esta ocasión *sí* esperaba una respuesta. Así que Anne dijo:

—Sí, milady. —Y rogó que fuera suficiente.

—La verdad es, señorita Wynter, que sé muy poco acerca de usted.

Los ojos de Anne se ensancharon.

—Sus referencias son impecables, y por supuesto su comportamiento desde que llegó a nuestro hogar ha sido irreprochable. Usted es por lejos la mejor institutriz que alguna vez haya empleado.

—Gracias, milady.

—Pero no sé nada acerca de su familia. No sé quién es su padre, o su madre, o qué tipo de conexiones podría usted poseer. Ha sido bien educada, eso está claro, pero más allá de eso... —Ella levantó las manos. Y entonces miró directamente a los ojos de Anne—. Mi sobrino tiene que casarse con alguien con un estatus claro y sin mancha.

—Me doy cuenta de eso —dijo Anne en voz baja.

—Ella casi seguramente vendrá de una familia noble.

Anne tragó, tratando de no dejar ver ninguna emoción en su rostro.

—No es estrictamente necesario, por supuesto. Es posible que él pudiera casarse con una chica de la alta burguesía. Pero tendría que ser más que excepcional. —Lady Pleinsworth dio un paso hacia ella, y con la cabeza



ligeramente inclinada hacia un lado, como si estuviera tratando de ver directamente dentro de ella—. Usted me gusta, señorita Wynter —dijo lentamente—, pero no la conozco. ¿Entiende?

Anne asintió.

Lady Pleinsworth se acercó a la puerta y puso la mano en el picaporte.

—Sospecho —dijo en voz baja—, que no quiere que la conozca.

Y entonces se fue, dejando a Anne sola con su vela encendida y pensamientos tortuosos.

No se podía interpretar erróneamente el significado de los comentarios de Lady Pleinsworth. Había estado advirtiéndole que se mantuviera alejada de Lord Winstead, o más bien, asegurarse de que *él* se mantuviera alejado de *ella*. Pero había sido agri dulce. Había dejado abierta una pequeña y triste puerta, dando a entender que Anne *podría* ser considerada un buen partido si se conociera más de sus antecedentes.

Pero por supuesto eso era imposible.

¿Podría imaginarlo? ¿Diciéndole a Lady Pleinsworth la verdad sobre su pasado?

*Bueno, la cosa es que yo no soy virgen.*

*Y mi nombre no es realmente Anne Wynter.*

*Ah, y apuñalé a un hombre y ahora está locamente cazándome hasta que muera.*

Una risa desesperada y horrorizada salió de la garganta de Anne. Qué currículum era ese.

—Soy un premio —dijo en la oscuridad, y luego se rió un poco más. O tal vez lloraba. Después de un tiempo, era difícil saber cuál era cuál.



# Capítulo 15

*Traducido por Liseth Johanna*

*Corregido por Lizzie*

**A** la mañana siguiente, antes de que cualquier miembro mujer de su familia pudiera detener lo que, Daniel sabía, era un comportamiento impropio, caminó a zancadas por el pasillo y golpeó bruscamente la puerta de la habitación azul de invitados. Ya estaba vestido para viajar; planeaba irse a Londres dentro de una hora.

No había sonido desde dentro de la habitación, así que Daniel golpeó de nuevo. Esta vez escuchó un susurro, seguido de un adormilado:

—Entre.

Así lo hizo, cerrando la puerta detrás de sí justo a tiempo para escuchar a Anne jadear:

—¡Milord!

—Necesito hablar contigo —dijo él, sucintamente.

Ella asintió, luchando por subir las sábanas hasta su barbilla, lo que él francamente pensó que era ridículo, dado el saco enteramente poco atrayente que ella parecía tener puesto como especie de camisón.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella, parpadeando furiosamente.

Sin preámbulo, él dijo:





—Me voy a Londres esta mañana.

Ella no dijo nada.

—Estoy seguro que ya sabes que el arnés fue cortado.

Ella asintió.

—Fue Lord Ramsgate —dijo él—. Uno de sus hombres. Probablemente el que salió a investigar. El que te dije que era un borracho.

—Dijo que creó el caos de los establos a la posada —susurró ella.

—Así es —dijo él, cada músculo en su cuerpo esforzándose para mantenerse a sí mismo perfectamente quieto mientras hablaba. Si se movía, si dejaba caer la guardia por siquiera un momento, no sabía qué sucedería. Podría gritar. Podría golpear las paredes. Todo lo que sabía era que algo furioso se estaba abriendo paso dentro de él, y cada vez que pensaba que había terminado, que su rabia no podía expandirse más, algo adentro parecía explotar y re-estallar. Su piel se ponía demasiado tensa, y la rabia, la furia... luchaban por encontrar libertad.

Más caliente. Más oscuro. Apretando su alma.

—¿Lord Winstead? —dijo ella calmadamente, y él no pudo imaginar qué vistazo de rabia había mostrado en su cara, porque los ojos de ella se habían abierto ampliamente y estaban alarmados. Y entonces, en el más bajo de los susurros, dijo—: ¿Daniel?

Era la primera vez que ella había dicho su nombre.

Tragó, apretando los dientes mientras luchaba por control.

—Esta no sería la primera vez que hubiera intentado asesinarme —dijo él, finalmente—, pero es la primera vez que ha estado muy cerca de matar a alguien más en el intento.

La observó de cerca. Ella estaba todavía apretando las sábanas bajo su barbilla, sus dedos envueltos alrededor del borde. Su boca se movió, como si quisiera decir algo. Él esperó.



Ella no habló.

Él se quedó quieto, su cuerpo recto, sus manos unidas tras su espalda. Había algo tan insoportablemente formal en el cuadro, a pesar del hecho de que Anne estaba en cama, su cabello desordenado, una única y gruesa trenza descansando en su hombro derecho.

Ellos usualmente no hablaban con tal rigidez. Tal vez deberían haberlo hecho, tal vez eso le habría ahorrado a él tanto capricho, lo que le habría ahorrado a ella el estar en su compañía el día que Ramsgate había decidido hacer su movimiento.

Habría sido mejor para ella si jamás se hubieran conocido, claramente.

—¿Qué harás? —preguntó ella, finalmente.

—¿Cuándo lo encuentre?

Ella dio un pequeño asentimiento.

—No lo sé. Si tiene suerte, no lo estrangularé apenas lo vea. Probablemente estaba detrás del ataque en Londres también. El que todos pensamos que tan solo era mala suerte, un par de insignificantes ladrones en busca en un pesado bolso.

—Puede ser —dijo ella—. No puedes saberlo. La gente es robada todo el tiempo en Londres. Es...

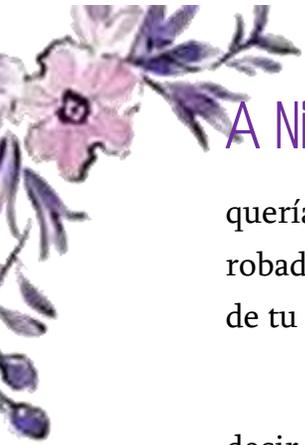
—¿Lo estás defendiendo? —preguntó incrédulamente.

—¡No! Por supuesto que no. Es solo que... bueno... —Ella tragó, el convulsivo movimiento ondeando en su garganta. Cuando habló de nuevo, su voz fue bastante baja—. No tienes toda la información.

Por un momento, él solo se quedó mirándola, sin confiar en sí mismo para hablar.

—Pasé los últimos tres años huyendo de sus hombres en Europa —dijo, finalmente—. ¿Sabías eso? ¿No? Bueno, así fue. Y estoy harto de eso. Si





quería venganza de mí, seguramente la ha obtenido. Tres años de mi vida, robados. ¿Tienes alguna idea de cómo se siente eso? ¿Qué te arrebatan tres años de tu vida?

Sus labios se separaron y, por un momento, él pensó que ella podría decir que sí. Parecía aturdida, casi hipnotizada, y luego, finalmente, dijo:

—Lo siento. Continúa.

—Hablaré con su hijo primero. Puedo confiar en Lord Hugh. O al menos siempre pensé que podía. —Daniel cerró los ojos por un momento y simplemente respiró, intentando mantener el equilibrio que estaba perdiendo—. Ya no sé en quién puedo confiar.

—Puedes... —Ella se detuvo. Tragó. ¿Había estado a punto de decir que él podía confiar en ella? La miró de cerca, pero había apartado la mirada, sus ojos concentrados en la ventana cercana. Las cortinas estaban cerradas, pero ella todavía miraba ahí como si hubiese algo que ver—. Te deseo el más seguro de los viajes —susurró ella.

—Estás enojada conmigo —dijo él.

Su cabeza se movió para enfrentarlo.

—No. No, por supuesto que no. Jamás...

—No habrías sido lastimada de no haber estado en mi carruaje —interrumpió él. Nunca se perdonaría por las heridas que le había causado. Necesitaba que ella supiera eso—. Es mi culpa que tú...

—¡No! —gritó ella, y saltó de la cama, apresurándose hacia él, pero deteniéndose luego abruptamente—. No, no es cierto. Yo... solo... No —dijo, tan firmemente que su barbilla se movió en una aguda puntuación—. No es cierto.

Él la miró fijamente. Ella estaba casi a su alcance. Si se inclinaba adelante, si estiraba su brazo, podría tomarla de la manga. Podría empujarla hacia él y juntos se derretirían, él en ella, ella en él, hasta que no supieran en dónde terminaba uno o empezaba el otro.



—No es tu culpa —dijo ella con una calmada fuerza.

—Soy de quien Lord Ramsgate desea venganza —le recordó él suavemente.

—No somos... —Apartó la mirada, pero no antes de limpiar uno de sus ojos con la palma de la mano—. No somos responsables por las acciones de otros —dijo ella. Su voz se sacudió con emoción, y su mirada no encontró la suya—. Especialmente no por aquellas de hombres locos —finalizó.

—No —dijo él, su voz un raro staccato en el suave aire mañanero—. Pero si tenemos responsabilidad por aquellos a nuestro alrededor. Harriet, Elizabeth y Frances... ¿no querrías que los mantuviera a salvo?

—No —dijo ella, sus cejas uniéndose—. Eso no es lo que quiero decir. Ya sabes que no...

—Soy responsable por cada persona en esta tierra —cortó él—, por ti también, mientras estés aquí. Y mientras sepa que alguien me desea el mal, es mi carga y mi obligación asegurarme que no conduzco a una sola persona hacia mi peligro.

Ella se le quedó mirando con amplios ojos, sin parpadear, y Daniel se preguntó qué veía. A *quién* veía. Las palabras que salieron de su boca no eran familiares. Sonaba como su padre, y su abuelo antes de él. ¿Era esto lo que significaba heredar un antiguo título, el ser confiado con las vidas y sustento de todos los que residían en su tierra? Se había convertido en el conde tan joven, y luego había sido forzado a dejar Inglaterra cerca de un año después.

Esto era lo que significaba, finalmente se dio cuenta. Esto era lo que todo significaba.

—No te veré herida —dijo él, su voz tan baja que casi se sacudió.

Ella cerró los ojos, pero luego la piel en sus sienes se arrugó y se tensó, casi como si estuviera sintiendo dolor.

—Anne —dijo él, dando un paso adelante.

Pero ella sacudió la cabeza, casi violentamente, y un horrible sollozo ahogado estalló de su garganta.

Aquello casi lo partió en dos.

—¿Qué sucede? —dijo, cruzando la distancia entre ellos. Puso sus manos en sus brazos, quizá para sostenerla... quizá para sostenerse a sí mismo. Y luego tuvo que detenerse, para respirar, sencillamente. La urgencia de sostenerla más cerca era arrolladora. Cuando había venido a su habitación esta mañana se había dicho a sí mismo que no la tocaría, no se acercaría lo suficiente como para sentir la forma en que el aire se movía a través de su piel. Pero esto... no podía soportarlo.

—No —dijo ella, su cuerpo retorciéndose, pero no lo suficiente para hacerlo pensar que lo decía en serio—. Por favor. Vete. Solo vete.

—No hasta que me digas...

—No puedo —gritó ella, y luego lo sacudió, retrocediendo hasta que una vez más estuvieron separados por el frío aire de la mañana—. No puedo decirte lo que quieres escuchar. No puedo estar contigo, y ni siquiera puedo verte de nuevo. ¿Lo entiendes?

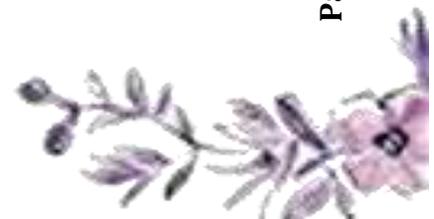
Él no respondió. Porque entendía lo que estaba diciendo. Pero no estaba de acuerdo con ello.

Ella tragó y sus manos fueron a cubrir su rostro, frotando y deslizándose a través de su piso con tanta angustia que él casi se estiró para detenerla.

—No puedo estar contigo —dijo ella, las palabras salieron con tal brusquedad y fuerza que él se preguntó a quién intentaba convencer—. No soy... la persona...

Apartó la mirada.

—No soy una mujer apropiada para ti —dijo ella hacia la ventana—. No soy de tu posición, y no soy...



Él esperó. Ella casi había dicho algo más. Estaba seguro de eso.

Pero cuando ella habló, su voz había cambiado a tenor y sonaba demasiado deliberada.

—Me arruinarás —dijo ella—. No querrás hacerlo, pero lo harás, y yo perderé mi posición y todo lo que tengo.

Ella lo miró a los ojos al decir eso, y él casi se encogió por la frialdad que vio en su rostro.

—Anne —dijo él—, te protegeré.

—No quiero tu protección —gritó ella—. ¿No lo entiendes? He aprendido a cuidar de mí misma, a mantenerme a mí misma... —Se detuvo, luego terminó con—: No puedo ser responsable por ti también.

—No tienes que serlo —respondió él, intentando darle sentido a sus palabras.

Ella se dio la vuelta.

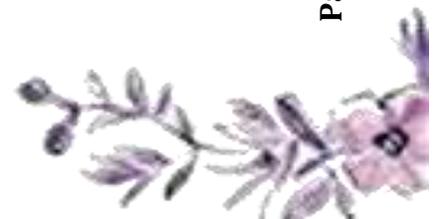
—No lo entiendes.

—No —dijo con dureza—. No, no lo entiendo. —¿Cómo podría? Ella guardaba secretos, los sostenía contra su pecho como diminutos tesoros, dejándolo para que rogara por sus recuerdos como algún perro desgraciado.

—Daniel... —dijo ella suavemente, y ahí estaba de nuevo. Su nombre, y fue como si nunca lo hubiese escuchado antes. Porque cuando ella hablaba, él sentía cada sonido como una caricia. Cada sílaba aterrizaba en su piel como un beso.

—Anne —dijo él, y ni siquiera reconoció su voz. Fue áspera y ronca de necesidad, enlazada con deseo, y.... y...

Y entonces, antes de que tuviera idea de lo que estaba haciendo, la haló bruscamente en sus brazos y estaba besándola como si fuera agua, aire, su



propia salvación. La necesitaba con desesperación que lo habría removido hasta las entrañas si se hubiese dejado pensar en ello.

Pero no estaba pensando. No ahora mismo. Estaba cansado de pensar, cansado de preocuparse. Quería solo sentir. Quería dejar que la pasión controlara sus sentidos, y que sus sentidos controlaran su cuerpo.

Quería que ella lo deseara de la misma manera.

—Anne, Anne —jadeó, sus manos frenéticamente ahuecando la horrible lana de su camión—. Lo que me haces...

Ella lo cortó, no con palabras sino con su cuerpo, presionándolo contra el suyo con una urgencia que encajaba con la suya. Sus manos estaban en su camisa, tirando de ella, abriéndola hasta que él la sintió sobre su piel.

Era más de lo que podía soportar.

Con un gemido gutural, medio la levantó y medio la giró hasta que fueron tropezando a la cama, y finalmente la tuvo exactamente donde la había querido por lo que se sentía como una eternidad. Debajo de él, sus piernas suavemente acunándolo.

—Te deseo —dijo él, incluso aunque aquello difícilmente podía ser puesto en duda—. Te deseo ahora, en cada forma que un hombre puede desear a una mujer.

Sus palabras fueron rudas, pero a él le gustó de esa manera. Esto no era romance, esto era pura necesidad. Ella casi había muerto. Él podría morir mañana. Y si eso pasaba, si el final llegaba y él no había probado el paraíso primero...

Casi rasgó su camión para arrancarlo de su cuerpo.

Y luego... se detuvo.

Se detuvo a respirar, a simplemente mirarla y deleitarse con la gloriosa perfección de su cuerpo. Sus pechos se elevaban y caían con cada respiración, y



con una mano temblorosa, se estiró y ahuecó uno, casi estremeciéndose de placer por aquel simple toque.

—Eres tan hermosa —susurró. Ella debía haber escuchado esas palabras antes, miles de veces, pero él quería que las escuchara de *él*—. Eres tan...

Pero no terminó, porque ella era mucho más que su belleza. Y no había manera en que él pudiera decirlo todo, ninguna manera en que pudiera poner en palabras todas las razones por las que su respiración se debilitaba cada vez que la veía.

Sus manos se elevaron para cubrir algo de su desnudez, y se sonrojó, recordándole que esto debía ser nuevo para ella. Era nuevo para él también. Le había hecho el amor a mujeres antes, probablemente a más de las que admitiría, pero esta era la primera vez... ella era la primera...

Jamás había sido así. Él no podía explicar la diferencia, pero jamás había sido así.

—Bésame —le susurró a él—, por favor.

Lo hizo, quitándose la camisa por sobre la cabeza justo antes de establecer su cuerpo sobre el de ella, piel contra gloriosa piel. La besó profundamente, luego besó su cuello, y el hueco de su clavícula, y luego, finalmente, con un placer que tensaba cada músculo en su cuerpo, besó su pecho. Ella dejó salir un suave chillido y se arqueó debajo de él, lo que tomó como una invitación para moverse al otro lado, besando, chupando y pellizcando hasta que pensó que podría perder el control justo entonces y ahí.

Querido Dios, ella ni siquiera lo había tocado. Todavía tenía sus pantalones completamente apretados y casi se había perdido a sí mismo. Eso no había pasado cuando era un jovencito.

Tenía que entrar en ella. Tenía que entrar en ella ahora. Estaba más allá del deseo. Más allá de la necesidad. Era primitivo, una urgencia que se

elevaba desde muy dentro de él, como si se dijera que su propia vida dependiera de hacerle el amor a esta mujer. Si eso era loco, entonces *él* estaba loco.

Por ella. Estaba loco por ella, y tenía el presentimiento que jamás se desaparecería.

—Anne —gimió, pausando un momento para intentar recuperar su respiración. Su cara descansaba ligeramente en la suave piel de su estómago, e inhaló el aroma de ella incluso mientras luchaba por controlar su cuerpo—. Anne, te necesito. —Levantó la mirada—. *Ahora. ¿Lo entiendes?*

Se levantó sobre sus rodillas, y sus manos fueron a sus pantalones, y luego ella dijo...

—No.

Sus manos se quedaron quietas. *¿No, ella no entendió? ¿No, no ahora? O, ¿No, no...?*

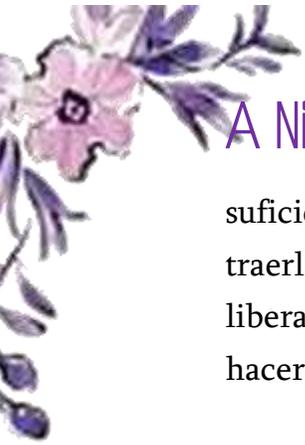
—No puedo —susurró ella, y apretó la sábana en un desesperado intento por cubrirse a sí misma.

Querido Dios, no *ese* no.

—Lo siento —dijo ella, con un agonizado jadeo—. Lo siento tanto. Oh, Dios mío, lo siento tanto. —Con frenéticos movimientos se tambaleó en la cama, intentando tirar de la sábana para cubrir su cuerpo. Pero Daniel estaba presionándola, y ella se tropezó, luego se encontró a sí misma halada de vuelta hacia la cama. Quieta, se sostuvo, apretando y tirando de la sábana una y otra vez, diciendo—: Lo siento.

Daniel solo intentó respirar, grandes bocanadas de aire que rezó para que calmaran la que era ahora una dolorosa erección. Estaba tan lejos que no podía pensar con claridad, incapaz de crear una oración.

—No debí haberlo hecho —dijo ella, todavía tratando de cubrirse a sí misma con la maldita sábana. No podía apartarse del lado de la cama, no si quería mantenerse cubierta. Él podía estirarse por ella; sus brazos eran lo



suficientemente largos. Podría envolver sus manos alrededor de sus hombros y traerla de vuelta, tentarla de vuelta a sus brazos. Podría hacerla retorcerse y liberarse de placer hasta que no pudiera recordar su propio nombre. Sabía cómo hacerlo.

Y aun así, no se movió. Era una maldita y estúpida estatua, ahí en la cama de cuatro postes, sobre sus rodillas, con sus manos apretando el cinturón de sus pantalones.

—Lo siento —dijo ella de nuevo, por lo que tenía que ser la quincuagésima vez—. Lo siento, yo solo... no puedo. Es lo único que tengo. ¿Lo entiendes? Es la única cosa que tengo.

Su virginidad.

Él ni siquiera lo había pensado. ¿Qué clase de hombre era?

—Lo siento —dijo él, y luego casi se rio por lo absurdo de ello. Era una sinfonía de disculpas, incómodas y enteramente discordantes.

—No, no —respondió ella, su cabeza todavía sacudiéndose atrás y adelante—. No debí haberlo hecho. No debí haberte dejado, y no debí haberme dejado. Sé cómo son las cosas. *Sé qué es lo correcto.*

También él.

Con una murmurada maldición se bajó de la cama, olvidando que había estado presionándola en su lugar con la sábana. Ella tropezó y se enredó, tropezándose sobre sus pies hasta que aterrizó en una silla cercana, envuelta como una torpe toga romana retorcida.

Habría sido gracioso si él no hubiera estado tan condenadamente cerca de explotar.

—Lo siento —dijo ella, de nuevo.

—Deja de *decir* eso. —Prácticamente le rogó. Su voz estaba enlazada con exasperación —no, desesperación— y ella debió haberla escuchado también,





porque cerró la boca de sopetón, tragando nerviosamente mientras lo observaba ponerse la camisa.

—Tengo que irme a Londres, de todas maneras —dijo él, no que *eso* lo hubiera detenido si ella no lo hubiera hecho.

Ella asintió.

—Discutiremos esto después —dijo él firmemente. No tenía idea de qué diría, pero ellos *hablarían* de ello. Solo que no ahora mismo, con la casa entera despertándose alrededor de él.

La casa entera. Buen Dios, realmente *había* perdido la cabeza. En su determinación por mostrarle a Anne honor y respeto la noche anterior, había ordenado a las damas que la pusieran en la mejor habitación de invitados, en el mismo pasillo que el resto de la familia. Cualquiera podría haber caminado por la puerta. Su *madre* podría haberlos visto. O peor, una de sus jóvenes primas. No podía imaginarse lo que habrían pensado que estaba haciendo. Al menos su madre habría sabido que no estaba matando a la institutriz.

Anne asintió de nuevo, pero no estaba realmente mirándolo. Alguna pequeña parte de él pensó que eso era curioso, pero otra más grande lo olvidó rápidamente. Estaba demasiado preocupado por los dolorosos resultados del deseo insatisfecho para pensar en el hecho de que ella no lo miraba a los ojos cuando asentía.

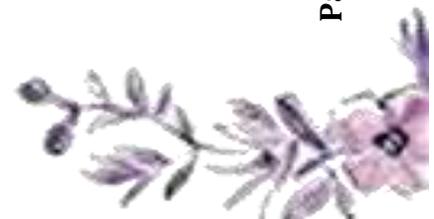
—Llamaré por ti cuando llegues a la ciudad —dijo él.

Ella dijo algo en respuesta, tan suavemente que él no pudo entender las palabras.

—¿Qué fue eso?

—Dije —se aclaró la garganta. Luego lo intentó de nuevo—: dije que no creo que eso sea sensato.

Él la miró. Fuertemente.





—¿Pretendes que visite a mis primas de nuevo?

—No. Yo... yo... —Apartó la mirada, pero él vio sus ojos centellar con angustia, y quizá rabia, y luego, finalmente, resignación. Cuando levantó la mirada, encontró la suya directamente, pero el brillo en su expresión, el que tan a menudo lo atraía a ella... parecía haberse ido.

—Preferiría —dijo ella, su voz tan cuidadosamente equilibrada que casi fue monótona—, que no llames en absoluto.

Se cruzó de brazos.

—¿Así es?

—Sí.

Luchó por un momento, contra sí mismo, finalmente preguntó, de alguna manera beligerante:

—¿Por esto?

Sus ojos cayeron a su hombro, en donde la sábana se había deslizado, revelando un pequeño parche de piel, rosada y blanda a la luz de la mañana. Era apenas un cuadrado de una pulgada, pero en ese momento él lo deseaba tanto que apenas podía hablar.

La deseaba a *ella*.

Ella lo miró, a los ojos, tal firmemente establecidos en un lugar, luego a su hombro desnudo. Con un pequeño jadeo, levantó la sábana de vuelta.

—Yo... —Tragó, tal vez invocando su coraje, luego continuó—. No te mentiría y diría que no quería esto.

—A mí —cortó él malhumoradamente—. Me deseabas a *mí*.

Ella cerró los ojos.

—Sí —finalmente dijo—, te deseaba.





Parte de él quiso interrumpir de nuevo, para recordarle que ella todavía lo deseaba, que no estaba y jamás estaría en el pasado.

—Pero no puedo tenerte —dijo ella calmadamente—, y por ello, *tú* no puedes *tenerme*.

Y entonces, para su completa sorpresa, él preguntó:

—¿Qué si me casara contigo?

\* \* \*

Anne lo miró fijamente en shock. Luego con horror, porque él lucía tan sorprendido como ella se sentía, y estaba de lejos segura que si él hubiese retirado las palabras, así habría sido.

Con prisa.

Pero su pregunta —ella no podía pensar en ello como una propuesta— colgaba en el aire, y ambos se miraban uno al otro, quietos, hasta que finalmente sus pies parecieron reconocer que ese no era un asunto de risas y ella se levantó, saltando hacia atrás hasta que se las había arreglado para poner la silla entre ellos.

—No puedes —soltó ella.

Lo que pareció provocar esa reacción masculina de no-me-lo-digas.

—¿Por qué no? —demandó él.

—Simplemente no puedes —respondió, apretando su sábana, la cual se había enganchado a la esquina de la silla—. Deberías saber eso. Por el amor de Dios, eres un Conde. No puedes casarte con una don nadie. —Especialmente una don nadie con un nombre falsificado.

—Puedo casarme con quien me dé la maldita gana.



Oh, por el amor de Dios. Ahora parecía un niño de tres años al que le habían quitado su juguete. ¿No entendía que ella no podía *hacer* esto? Él podía engañarse a sí mismo, pero ella jamás sería tan ingenua. Especialmente después de su conversación con Lady Pleinsworth la noche anterior.

—Estás siendo un tonto —le dijo, tirando de la maldita sábana de nuevo. Querido Dios, ¿era demasiado querer ser *libre*?—, e impráctico. Y sobre todo, ni siquiera quieres casarte conmigo, solo quieres tenerme en tu cama.

Él retrocedió, visiblemente enojado con su afirmación. Pero no lo contradijo.

Ella dejó salir una respiración impaciente. No había querido insultarlo, y él debió haberse dado cuenta de eso.

—No creo que quieras seducir y abandonar —dijo ella, porque no importaba cuán furiosa la pusiera, ella no podía soportar que él creyera que pensaba en él como un sinvergüenza—. Conozco a ese tipo de hombre, y no eres ese. Pero difícilmente querías proponer matrimonio, y yo ciertamente no te retendré con eso.

Sus ojos se entrecerraron, pero no antes de que ella los viera brillar peligrosamente.

—¿Cuándo viniste a conocer mi mente mejor que yo mismo?

—Cuando dejaste de *pensar*. —Tiró de su sábana de nuevo, esta vez con tal violencia que la silla se tambaleó hacia adelante y casi se derrumbó. Y Anne casi se encontró muy cerca de estar desnuda—. ¡Aaargh! —Dejó salir, tan frustrada que quería golpear algo. Mirando arriba, vio a Daniel de pie ahí, solo mirándola, y casi gritó, estaba tan condenadamente *enojada*. Con él, con George Chervil, con la maldita, condenada sábana que sentía enredando sus piernas—. ¿Te irás? —espetó—. Ahora, antes de que alguien entre.

Él sonrió entonces, pero no fue como ninguna de las sonrisas que ella conocía de él. Fue fría, y burlona, y verla en su cara rasgó hasta su corazón.



—¿Qué pasaría entonces? —murmuró él—. Tú, vestida con nada más que una sábana. Yo, con la ropa arrugada.

—Nadie insistiría en matrimonio —espetó ella—. Eso puedo asegurarlo. Volverías a tu feliz vida y yo sería desterrada sin una referencia.

Él la miró con amargura.

—Supongo que vas a decir que ese era mi plan todo el tiempo. Arruinarte hasta que no tuvieras más opción que convertirte en mi señora.

—No —dijo ella cortantemente, porque no podía mentirle, no sobre ellos. Y entonces, en una voz más suave, agregó—: jamás pensaría eso de ti.

Él se quedó en silencio, sus ojos observándola intensamente. Estaba herido, ella podía ver eso. Él no había propuesto matrimonio, no realmente, pero de todas maneras ella se las había arreglado para rechazarlo. Y ella *odiaba* que él estuviera herido. Odiaba la mirada en su cara, y odiaba la tesa forma en que sus brazos caían a los costados, y sobre todo odiaba que nada fuera a ser igual jamás. No hablarían. No reirían.

No se besarían.

*¿Por qué* lo había detenido? Había estado en sus brazos, piel contra piel, y lo había deseado. Lo había deseado con un fuego que jamás había soñado posible. Había querido llevarlo dentro de sí, y había querido amarlo con su cuerpo mientras que ya lo amaba con su corazón.

Lo amaba.

Querido Dios.

—¿Anne?

Ella no respondió.

El ceño de Daniel se frunció con preocupación.

—Anne, ¿estás bien? te has puesto pálida.





No estaba bien. No estaba segura de haber estado alguna vez bien.

—Estoy bien —dijo ella.

—Anne... —Ahora él lucía preocupado, y estaba caminando hacia ella, y si la tocaba, si siquiera se estiraba por ella, perdería su resolución.

—No. —Prácticamente gritó, odiando la forma en que su voz salió desde lo profundo de su garganta. Hería. La palabra hería. Hería su cuello, hería sus oídos, y lo hería a él también.

Pero ella tenía que hacerlo.

—Por favor, no —dijo ella—. Necesito que me dejes sola. Esta.... Esta... —Luchó por una palabra; no podía soportar llamarlo una cosa—. Este *sentimiento* entre nosotros... —Finalmente se resolvió—. Nada puede salir de ello. Debes entender eso. Y si te importo en absoluto, te irás.

Pero él no se movió.

—Te irás ahora. —Prácticamente gritó, y sonó como un animal herido. Que era lo que era, supuso.

Por varios segundos él se quedó congelado, y luego, finalmente, en una voz tan baja como determinada, dijo:

—Me voy, pero no por ninguna de las razones que has dado. Me voy a Londres para sellar el asunto con Ramsgate, y entonces... y, *entonces* —dijo con una mayor fuerza—, hablaremos.

Silenciosamente, ella sacudió la cabeza. No podía hacer esto de nuevo. Era demasiado doloroso escucharlo lanzar historias de finales felices que jamás serían suyos.

Él caminó hacia la puerta.

—Hablaremos —dijo de nuevo.

No fue hasta que él se había ido que Anne susurró:



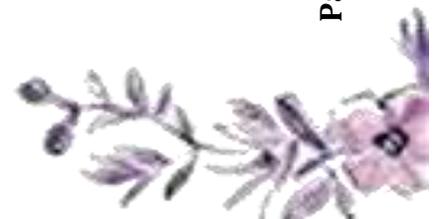


A Night Like This

Smythe-Smith Quartet

Julia Quinn

—No. No hablaremos.





# Capítulo 16

*Traducido por Elenp*

*Corregido por Liseth Johanna*

## *Londres*

### *Una semana más tarde*



lla estaba de vuelta.

Daniel lo había oído de su hermana, quien lo había oído decir a su madre, quien lo había escuchado directamente de su tía.

No podía imaginar una cadena más eficiente de comunicación.

No había esperado que las Pleinsworth permanecieran en Whipple Hill mucho tiempo después de que él se fuera. O, tal vez, mejor dicho, no había pensado en el asunto, no hasta que varios días habían pasado y ellas todavía habían permanecido en el campo.

Pero como resultó, era probablemente lo mejor que ellas (y por ellas, realmente quiso decir Anne) se hubieran quedado fuera de la ciudad. Había sido una semana ocupada y frustrante, y el conocimiento de la presencia de la señorita Wynter a poca distancia habría sido una distracción que no podía permitirse.

Había hablado con Hugh. Otra vez. Y Hugh había hablado con su padre. Una vez más. Y cuando había vuelto, informando a Daniel que todavía no creía que su padre hubiera estado involucrado en los ataques recientes, Daniel



perdió el control. Hugh había hecho lo que Daniel debería haber insistido en hacer semanas antes. Lo llevó a hablar con Lord Ramsgate directamente.

Y ahora Daniel estaba completamente perdido, porque él tampoco creía que Lord Ramsgate hubiera tratado de matarlo. Tal vez era un tonto, tal vez solo quería creer que este terrible capítulo de su vida había terminado, pero la furia no había estado en los ojos de Ramsgate. No como la última vez que se encontraron, justo después de que Hugh hubiera recibido el disparo.

Además, estaba de por medio la amenaza de suicidio de Hugh. Daniel no estaba seguro de si su amigo era loco o brillante, pero, de cualquier manera, cuando reiteró su promesa de suicidarse si algo malo le pasaba a Daniel, había sido escalofriante. Lord Ramsgate estaba visiblemente conmovido, a pesar de que no era la primera vez que escuchaba a su hijo hacer la amenaza. Incluso Daniel se había sentido enfermo, al ser testigo de tal impía promesa.

Y él le creyó. La mirada en los ojos de Hugh... La helada, casi inexpresiva, forma en que había hecho la declaración... Fue aterradora.

Todo esto significó que cuando Lord Ramsgate prácticamente le escupiera a Daniel, jurando que no le haría ningún daño, Daniel le creyera.

Eso había sido hacía dos días, dos días en los que Daniel había tenido poco que hacer, salvo pensar. Sobre quién más podría desear verle muerto. Acerca de lo que Anne podría haber querido decir cuando le había dicho que ella no podía ser responsable por él. Acerca de los secretos que estaba escondiendo, y por qué le había dicho que él no tenía toda la información.

¿Qué demonios había querido decir con eso?

¿Podría el ataque haber estado dirigido a *ella*? No era inconcebible que alguien se hubiera dado cuenta que iría a casa en su carruaje. Desde luego, había estado en la posada el tiempo suficiente para que alguien saboteara el arnés.

Volvió a pensar en el día en que ella había corrido dentro de Hoby's con los ojos desorbitados y aterrorizados. Había dicho que había alguien al que no quería ver.



¿Quién?

¿Y ella no se daba cuenta de que podía ayudarla? Podía haber regresado recientemente del exilio, pero él tenía posición y eso venía con poder, sin duda suficiente para mantenerla a salvo. Sí, había estado prófugo durante tres años, pero había estado en contra del Marqués de Ramsgate.

Daniel era el Conde de Winstead, solo había pocos hombres que lo superaban. Un puñado de Duques, un poco más de Marqueses, y la realeza. Seguramente Anne no había logrado hacer un enemigo de entre esa población.

Pero cuando él se había marchado por las escaleras de la Pleinsworth House para exigir una entrevista, se le había informado que ella no estaba en casa.

Y cuando hubo repetido la petición a la mañana siguiente, se encontró con la misma respuesta.

Ahora, varias horas más tarde, estaba de regreso, y esta vez su tía vino en persona a entregar la denegación.

—Tienes que dejar tranquila a la pobre muchacha —dijo ella afiladamente.

Daniel no estaba de humor para ser sermoneado por su tía Charlotte, así que fue directamente al grano.

—Tengo que hablar con ella.

—Bueno, ella no está aquí.

—Oh, por el amor de Dios, tía, sé que si está...

—Admito que ella estaba arriba cuando llamaste esta mañana — cortó Lady Pleinsworth—, por suerte, la señorita Wynter tiene el sentido de detener este coqueteo, incluso si tú no lo haces. Pero ella no está aquí ahora.

—Tía Charlotte... —advirtió.





—¡Ella no está! —Levantó la barbilla muy ligeramente en el aire—. Es su tarde libre. Ella siempre sale en su tarde libre.

—¿Siempre?

—Por lo que yo sé. —Su tía sacudió la mano con impaciencia por el aire—. Ella tiene diligencias, y . . . Y sea lo que sea lo que ella hace.

*Sea lo que sea que hace.* Qué comunicativa.

—Muy bien —dijo Daniel con voz cortante—. Voy a esperar por ella.

—Oh, no, no lo harás.

—Vas a prohibirme quedarme en tu sala de estar —dijo él, dándole una suave mirada de incredulidad.

Ella se cruzó de brazos.

—Si tengo que hacerlo.

Él cruzó los suyos.

—Yo soy tu sobrino.

—Y, sorprendentemente, la conexión no parece haberte imbuido de sentido común.

Él la miró fijamente.

—Eso fue un insulto —mencionó—, en caso de que estés teniendo dificultades para clasificarlos.

Buen Dios.

—Si te importa algo la señorita Wynter —continuó lady Pleinsworth imperiosamente—, vas a dejarla en paz. Ella es una mujer sensible, y yo la conservo en el empleo porque estoy completamente segura de que eres tú el que la ha perseguido a ella y no al revés.

—¿Has hablado con ella sobre mí? —exigió Daniel—. ¿La amenazaste?





—Por supuesto que no —replicó su tía, pero ella apartó la mirada por un segundo, y Daniel supo que estaba mintiendo—. Como si fuera a amenazarla —continuó en una rabieta—. Y, además, no necesita que se lo digan. Ella sabe cómo funciona el mundo, incluso si tú no lo haces. Lo que sucedió en Whipple Hill puede ser pasado por alto.

—¿Qué pasó? —Hizo eco Daniel, el pánico creciente dentro de él mientras se preguntaba a qué, precisamente, su tía se estaba refiriendo. ¿Se había enterado alguien de su visita a la habitación de Anne? No, eso era imposible. Anne habría sido expulsada de la casa si ese hubiera sido el caso.

—Tu tiempo a solas con ella —aclaró Lady Pleinsworth—. No creas que no estaba al tanto. Por mucho que me gustaría creer que de repente has tomado un interés en Harriet, Elizabeth, y Frances, cualquier tonto puede ver que has estado jadeando detrás de la señorita Wynter como un cachorrito.

—Otro insulto, supongo —soltó.

Ella frunció los labios pero, por lo demás, ignoró su comentario.

—No quiero tener que dejarla ir —dijo ella—, pero si sigues persiguiéndola, no voy a tener más remedio. Y puedes estar seguro de que ninguna familia de buena posición contrataría una institutriz que se asocia con un Conde.

—¿Asocia? —repitió, su voz en algún lugar entre la incredulidad y el disgusto—. No la insultes con tal palabra.

Su tía se echó hacia atrás y lo miró con leve lástima.

—No soy yo quien la insulta. De hecho, aplaudo a la señorita Wynter por poseer buen juicio donde tú no. Me habían advertido de no contratar a una mujer tan joven y atractiva como institutriz pero, a pesar de su aspecto, ella es muy inteligente. Y las chicas la adoran bastante. ¿Harías que discrimine en contra de ella por su belleza?





— No —soltó, listo para subir las paredes con frustración—. ¿Y qué diablos tiene eso que ver con nada? Solo quiero hablar con ella. —Su voz se elevó al final, acercándose peligrosamente a un rugido.

Lady Pleinsworth le dirigió una larga mirada a la cara.

—No —dijo ella.

Daniel casi se mordió la lengua para no espetarle. La única manera de que su tía iba a dejar que viera a Anne era si él le decía que sospechaba que ella había sido el blanco del ataque en Whipple Hill. Pero todo lo que insinuara un pasado escandaloso la haría despedir de inmediato, y él no sería la causa de su pérdida de empleo.

Finalmente, su paciencia se agotó, dejó escapar una exhalación entre los dientes y dijo:

— Tengo que hablar con ella una vez. Solo una vez. Puede ser en tu sala de estar con la puerta entreabierta, pero me gustaría insistir en la privacidad.

Su tía le miró con recelo.

—¿Una vez?

—Una vez. —No era del todo cierto, él deseaba mucho más que eso, pero eso era todo lo que iba a pedir.

—Voy a pensar en ello —resopló ella.

—¡Tía Charlotte!

—Oh, muy bien, solo una vez, y solo porque quiero creer que tu madre crió a un hijo que tiene un poco de sentido del bien y el mal.

—Oh, por el amor de...

—No blasfemes delante de mí —advirtió—, y me hagas reconsiderar mi juicio.





Daniel cerró la boca, apretando los dientes con tanta fuerza que esperaba completamente saborear polvo.

—Puedes llamarla en la mañana —concedió Lady Pleinsworth—. A las once de la mañana. Las chicas planean ir de compras con Sarah y Honoria. Yo preferiría no tenerlas en la casa mientras estés... —Ella parecía no saber cómo describirlo, en su lugar, agitó la mano con disgusto en el aire.

Él asintió con la cabeza, luego se inclinó y se marchó.

Pero, al igual que su tía, él no vio a Anne, observándolos desde una grieta en la puerta de la habitación de al lado, escuchando cada palabra que decían.

\* \* \*

Anne esperó hasta que Daniel salió de la casa, y luego miró a la carta en sus manos. Lady Pleinsworth no había mentido, *había* salido a hacer sus mandados. Pero había regresado por la puerta trasera, como era su práctica habitual cuando no tenía a las chicas con ella. Había estado en camino a su cuarto cuando se dio cuenta de que Daniel estaba en el vestíbulo. No debería haber espiado, pero no pudo evitarlo. No era tanto lo que él decía, ella solo quería escuchar su voz.

Sería la última vez que ella lo oiría.

La carta era de su hermana Charlotte, y estaba un poco fuera de fecha, ya que se había quedado en la casa donde Anne prefería recoger su correo desde mucho antes de que hubiera ido a Whipple Hill. La casa de recepción a la que *no había* ido ese día, cuando había corrido en la tienda del zapatero en estado de pánico. De haber tenido esta carta antes de que hubiera pensado que había visto a George Chervil, no habría estado asustada.



Ella habría estado aterrorizada.

De acuerdo con Charlotte, él había ido a la casa de nuevo, esta vez cuando el Sr. y la Sra. Shawcross estaban fuera. La primera vez había intentado convencerla de revelar el paradero de Anne, entonces él despotricó y gritó hasta que los siervos habían entrado, preocupados por la seguridad de Charlotte. Los había dejado, pero no hasta que él hubiera revelado que sabía que Anne trabajaba como institutriz de una familia aristocrática, y que esta primavera, era probable que estuviera en Londres. Charlotte no creía que supiera cuál era la familia con la que Anne estaba trabajando, si no ¿por qué iba a haber gastado tanta energía tratando de obtener la respuesta de ella? Sin embargo, ella estaba preocupada, y le rogó a Anne tomar precaución.

Anne arrugó la carta en sus manos, y luego miró al fuego quemar en la chimenea. Siempre quemaba las cartas de Charlotte después de que las recibía. Era doloroso cada vez, estas hojas tenues de papel eran su único vínculo con su vida anterior, y más de una vez se había sentado en su pequeño escritorio, parpadeando para contener las lágrimas mientras trazaba los trazos familiares de la escritura de Charlotte con su dedo índice. Pero Anne no se hacía ilusiones de que disfrutara de perfecta intimidad como una empleada, y no tenía ni idea de cómo podría explicarlas si alguna vez eran descubiertas. Esta vez, sin embargo, felizmente arrojó el papel al fuego.

Bueno, no felizmente. No estaba segura de que fuera a hacer algo felizmente, nunca más. Pero disfrutó destruirla, sin embargo triste y furiosa de disfrutarlo.

Cerró los ojos, manteniéndolos bien cerrados contra las lágrimas. Estaba casi segura que iba a tener que dejar a los Pleinsworth. Y estaba muy enojada por eso. Esta era la mejor posición que jamás había tenido. Ella no estaba atrapada en una isla con una señora de edad, atrapada en un círculo sin fin de aburrimiento sin fin. No estaba atornillada a la puerta por la noche contra un viejo hombre tosco que parecía pensar que *él* debía *educarla* mientras sus hijos dormían. Le gustaba vivir con los Pleinsworth. Era lo más cerca que jamás se había sentido a casa. Desde... desde...



Desde que había tenido un hogar.

Se obligó a respirar, luego toscamente se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Pero entonces, justo cuando estaba a punto de dirigirse a la sala principal y subir las escaleras, alguien llamó a la puerta. Probablemente era Daniel, él debía haber olvidado algo.

Ella se lanzó de nuevo a la sala, empujando la puerta, casi cerrándola. Tendría que cerrarla por completo, ella lo sabía, pero este podría muy bien ser su último vistazo de él. Con su ojo a la rendija, vio cómo el mayordomo fue a contestar la llamada. Pero cuando Granby abrió la puerta, no vio a Daniel, pero sí a un hombre al que nunca había visto antes. Era un hombre más bien de aspecto corriente, vestido con ropa que lo marcaba como alguien que trabajaba para ganarse la vida. No un obrero, era muy limpio y ordenado para eso. Pero había algo áspero acerca de él, y cuando habló, su acento áspero tenía la cadencia del Este de Londres.

—Las entregas son en la parte de atrás —dijo Granby inmediatamente.

—No estoy aquí para hacer una entrega —dijo el hombre con una inclinación de cabeza. Su acento podría ser grosero, pero sus modales eran corteses, y el mayordomo no le cerró la puerta en la cara.

—¿Cuál, pues, es su asunto?

—Estoy buscando a una mujer que podría vivir aquí. La señorita Annelise Shawcross.

Anne dejó de respirar.

—No hay nadie aquí con ese nombre —dijo secamente Granby—. Si me disculpa...

—Ella podría llamarse de otra forma —cortó el hombre—. No estoy seguro de qué nombre está utilizando, pero tiene el cabello oscuro, ojos azules, y me han dicho que es muy bonita. —Él se encogió de hombros—. Nunca la he





visto. Podría estar trabajando como sirvienta. Pero ella es de la alta burguesía, no se equivoquen con eso.

El cuerpo de Anne se tensó de inmediato. No había manera de que Granby no la reconociera con esa descripción. Pero Granby dijo:

—Eso no suena como nadie en esta casa. Buenos días, señor.

El rostro del hombre se tensó con determinación, y él metió su pie en la puerta antes de que Granby pudiera cerrarla.

—Si usted cambia de opinión, señor —dijo, sosteniendo algo adelante—, aquí está mi tarjeta.

Los brazos de Granby se mantuvieron rígidamente a los costados.

—Difícilmente es una cuestión de cambiar de opinión.

—Si eso es lo que usted dice. —El hombre colocó la tarjeta de nuevo en el bolsillo del pecho, esperó un momento más, y luego salió de la casa.

Anne puso su mano sobre su corazón y trató de tomar respiraciones profundas y silenciosas. Si había tenido alguna duda de que el ataque en Whipple Hill hubiera sido obra de George Chervil, se habían ido ahora. Y si él estaba dispuesto a arriesgar la vida del Conde de Winstead para llevar a cabo su venganza, no pensaría dos veces antes de dañar a una de las jóvenes Pleinsworth.

Anne había arruinado su propia vida cuando lo dejó seducirla a los dieciséis años, pero estaría condenada antes de que le permitiera dañar a alguien más. Iba a tener que desaparecer. Inmediatamente. George sabía dónde estaba, y él sabía *quién* era ella.

Pero no podía salir de la sala de estar hasta que Granby saliera del salón, y él estaba allí de pie, congelado en su lugar con la mano en el pomo de la puerta. Luego se volvió, y cuando lo hizo... Anne debería haber recordado que a él no se le escapaba nada. Si hubiera sido Daniel en la puerta, no se habría dado cuenta de que la puerta del salón estaba entreabierta, ¿pero Granby? Era como



agitar una bandera roja delante de un toro. La puerta debería estar abierta, o debería estar cerrada. Sin embargo, nunca se dejaba entreabierta.

Y por supuesto que la vio.

Anne no pretendía esconderse. Le debía mucho, después de lo que acababa de hacer por ella. Abrió la puerta y salió al pasillo.

Sus ojos se encontraron, y ella esperó, conteniendo el aliento, pero él solo asintió con la cabeza y dijo:

—Señorita Wynter.

Ella asintió con la cabeza devolviéndole el saludo, luego se sumergió en una pequeña reverencia de respeto.

—Sr. Granby.

—Es un buen día, ¿no es así? —Ella tragó saliva.

—Muy bueno.

—Su tarde libre, ¿verdad?

—Así es, señor.

Él asintió con la cabeza una vez más y luego dijo, como si nada fuera de lo común acababa de ocurrir:

—Adelante.

Adelante.

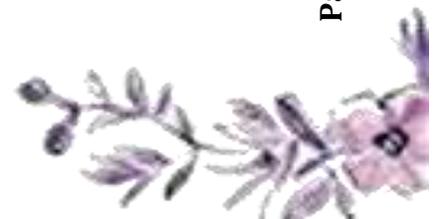
¿No era eso lo que ella siempre hacía? Por tres años en la Isla de Man, nunca viendo a otra persona de su misma edad, excepto por el sobrino de la señora Summerlin, quien pensaba que era un buen deporte perseguirla alrededor de la mesa del comedor. Luego por nueve meses cerca de Birmingham, solo para ser despedida sin una referencia cuando la señora Barraclough atrapó al señor Barraclough golpeando a su puerta. Luego, tres años en Shropshire, que no había sido tan malo. Su empleadora era viuda, y sus hijos estaban más a menudo fuera





en la universidad. Pero entonces las hijas habían tenido el descaro de crecer, y Anne había sido informada de que sus servicios ya no eran necesarios. Pero había seguido adelante. Había obtenido una segunda carta de referencia, que era lo que había necesitado para ganar una posición con la familia Pleinsworth. Y ahora que tenía que dejarla, seguiría adelante otra vez.

A pesar de que, a dónde iría, no tenía ni idea.



# Capítulo 17

*Traducido por Yanli*

*Corregido por Liseth Johanna*

*A* l día siguiente, Daniel llegó a Pleinsworth House precisamente cinco minutos antes de las once. Había preparado en su mente una lista de preguntas que debía hacerle a Anne, pero cuando el mayordomo le dio paso a la casa, se encontró con un gran alboroto. Harriet y Elizabeth estaban gritándose la una a la otra en el extremo de la sala, su madre estaba gritándole a ambas, y en un banco cerca de la puerta de la sala de estar, tres sirvientas estaban sollozando.

—¿Que está sucediendo? —le preguntó a Sarah, quien intentaba guiar a una visiblemente angustiada Frances a la sala de estar.

Sarah le dirigió una mirada impaciente.

—Es la señorita Wynter. Ha desaparecido.

El corazón de Daniel se detuvo.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué pasó?

—No lo sé —replicó Sarah—. Apenas estoy al tanto de sus intenciones. —Ella le dio una mirada irritada antes de volver a Frances, que lloraba tan fuerte que apenas podía respirar.

—Ella se fue antes de las lecciones de esta mañana —sollozó Frances.





Daniel miró a su joven prima. Los ojos de Frances estaban inyectados de sangre y bordeados de rojo, sus mejillas estaban manchadas de lágrimas y su pequeño cuerpo temblaba incontrolablemente. Ella se veía, se dio cuenta, como él se sentía. Forzándose a calmar su terror, se agachó junto a ella para poder mirarla a los ojos.

—¿A qué hora comenzaban las lecciones? —preguntó.

Frances jadeó en busca de aire, y luego lo dejó salir:

—Nueve y media.

Daniel se volvió furiosamente hacia Sarah.

—¿Ella ha desaparecido casi dos horas y nadie me había informado?

—Frances, por favor —rogó Sarah—, debes intentar parar de llorar. Y no —dijo enojada, sacudiendo su cabeza hacia atrás para enfrentarse a Daniel—, nadie te informó. ¿Por qué, dime por favor, lo habríamos hecho?

—No juegues conmigo, Sarah —advirtió.

—¿Me veo como que estoy jugando? —espetó, antes de suavizar su voz para su hermana—. Frances, por favor, cariño, trata de tomar una respiración profunda.

—Debí haber sido informado —dijo Daniel bruscamente. Estaba perdiendo la paciencia. Por todo lo que ninguna de ellas sabían, el enemigo de Anne —y ahora tenía la certeza de que tenía uno— la había arrebatado de su cama. Necesitaba respuestas, no los mojigatos regaños de Sarah—. Ella ha estado desaparecida al menos noventa minutos —le dijo—. Deberías haber...

—¿Qué? —interrumpió Sarah—. ¿Qué deberíamos haber hecho? ¿Perder el valioso tiempo notificándote a *tí*? ¿Tú, quien no tiene conexión o reclamo sobre ella? Tú, cuyas intenciones son...

—Voy a casarme con ella —interrumpió.





Frances dejó de llorar, alzando su rostro hacia él, con los ojos brillando con esperanza. Incluso las criadas, las tres una al lado de la otra en el banco, se quedaron en silencio.

—¿Qué dijiste? —susurró Sarah.

—La amo —dijo, dándose cuenta de la verdad cuando las palabras dejaron sus labios—. Quiero casarme con ella.

—Oh, Daniel —gritó Frances, dejando el lado de Sarah y lanzando sus brazos alrededor de él—. Debes encontrarla. ¡Debes hacerlo!

—¿Qué pasó? —le preguntó a Sarah, quien aún lo estaba mirando con la boca abierta—. Cuéntame todo. ¿Dejó una nota?

Ella asintió.

—Madre la tiene. No dice mucho, sin embargo. Solo que lo sentía, pero que tenía que partir.

—Ella dijo que me enviaba un abrazo —dijo Frances, sus palabras ahogándose en su abrigo.

Daniel le dio unas palmaditas en la espalda mientras mantenía firmemente los ojos en Sarah.

—Dio alguna indicación de que podría no haberse ido por su propia voluntad?

Sarah lo miró boquiabierto.

—¿No creerás que alguien la secuestró?

—No sé qué pensar —admitió.

—Nada estaba fuera de lugar en su habitación —le dijo Sarah—. Todas sus pertenencias habían desaparecido, pero nada más estaba mal. Su cama estaba hecha cuidadosamente.

—Ella siempre hace su cama —sollozó Frances.



—¿Alguien sabe cuándo se fue? —preguntó Daniel.

Sarah sacudió la cabeza.

—Ella no tomó el desayuno. Por lo tanto debe haber sido antes de eso.

Daniel juró en voz baja, luego, cuidadosamente se desenredó del abrazo de Frances. No tenía ni idea de cómo buscar a Anne; incluso no sabía por dónde empezar. Ella había dejado tan pocas pistas en cuanto a sus antecedentes. Eso habría sido cómico si no estuviera tan aterrorizado. Sabía... ¿Qué? ¿El color de los ojos de sus padres? Bueno, ahora, *allí* estaba algo que iba a ayudarle a encontrarla.

No tenía nada. Absolutamente nada.

—¿Milord?

Alzó la mirada. Era Granby, el mayordomo de los Pleinsworth desde hacía mucho tiempo, y lucía extrañamente angustiado.

—¿Podría tener una palabra con usted, señor? —preguntó Granby.

—Por supuesto. —Daniel se alejó de Sarah, que estaba viendo a los dos hombres con curiosidad y confusión, y le hizo un gesto a Granby para que lo siguiera a la sala de estar.

—Le escuché hablar con Lady Sarah —dijo Granby incómodamente—. No tenía la intención de escuchar.

—Por supuesto —dijo Daniel enérgicamente—. Continúa.

—¿Usted... se preocupa por la señorita Wynter?

Daniel consideró al mayordomo cuidadosamente, luego asintió.

—Un hombre vino ayer —dijo Granby—. Debí haberle dicho algo a Lady Pleinsworth, pero no estaba seguro, y no quería contar historias sobre la señorita Wynter si resultaba no ser nada. Pero ahora que parece ser seguro de que ella se ha ido...

—¿Qué pasó? —preguntó Daniel al instante.

El mayordomo tragó nerviosamente.

—Un hombre vino preguntando por una señorita Annelise Shawcross. Le despedí al instante; no hay nadie aquí con ese nombre. Pero él insistió y dijo que la señorita Shawcross podría estar usando un nombre diferente. No me gustó, milord, puedo decirle eso. Él era... —Granby sacudió su cabeza un poco, casi como si tratara de desalojar un mal recuerdo—. No me gusto él —dijo otra vez.

—¿Qué dijo?

—La describió. A esta señorita Shawcross. Dijo que tenía cabello oscuro y ojos azules, y que era muy hermosa.

—La señorita Wynter —dijo Daniel tranquilamente. O mejor dicho, *Annelise Shawcross*. ¿Era ese su verdadero nombre? ¿Por qué se lo había cambiado?

Granby asintió.

—Es exactamente cómo yo podría haberla descrito.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó Daniel, tratando de mantener la urgencia de su voz. Granby se sentía lo suficientemente culpable por no haberse adelantado cuanto antes, podía ver eso.

—Le dije que no teníamos a nadie en la residencia que coincidiera con esa descripción. Como dije, no me gustó su aspecto, y no pondría en peligro el bienestar de la señorita Wynter. —Él hizo una pausa—. Me gusta nuestra señorita Wynter.

—A mí también —dijo Daniel suavemente.

—Es por eso que le digo esto —dijo Granby, su voz finalmente encontrando algo del vigor con el que generalmente se impregnaba—. Usted debe encontrarla.





Daniel respiró hondo, inestable, y bajó la mirada hacia sus manos. Estaban temblando. Esto había sucedido antes, varias veces en Italia, cuando los hombres de Ramsgate se habían acercado especialmente. Algo se había precipitado a través de su cuerpo, una especie de terror en la sangre, y le había llevado horas volver a sentirse normal. Pero este era peor. Su estómago se revolvió y sus pulmones se sentían apretados, y más que nada, quería vomitar.

Conocía el miedo. Esto iba más allá del miedo.

Miró a Granby.

—¿Crees que este hombre se la ha llevado?

—No lo sé. Pero después de que él se fuera, la vi. —Granby se giró y miró a la derecha, y Daniel se preguntó si él estaba recreando la escena en su mente—. Ella se encontraba en la sala de estar —dijo—, justo allí en la puerta. Escuchó todo.

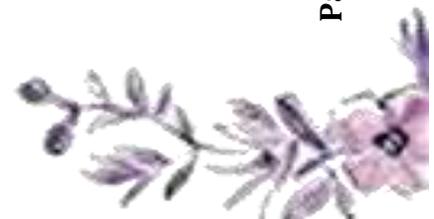
—¿Está seguro? —preguntó Daniel.

—Estaba ahí en sus ojos —dijo Granby en voz baja—. Ella es la mujer que él buscaba. Y ella sabía que yo sabía.

—¿Qué le dijiste a ella?

—Creo que comenté sobre el clima. O algo de igual insignificancia. Y entonces le dije que siguiera adelante. —Granby aclaró su garganta—. Creo que entendió que no tenía la intención de entregarla.

—Estoy seguro que lo hizo —dijo Daniel lúgubrementemente—. Pero ella puede haber sentido que debía irse, no obstante. —No sabía cuánto sabía Granby sobre el accidente del carruaje en Whipple Hill. Como todos los demás, probablemente pensó que había sido obra de Ramsgate. Pero Anne obviamente sospechaba lo contrario, y era evidente que quien había intentado lastimarla no le importaba si alguien más resultaba herido, también. Anne nunca se permitiría a sí misma arriesgar a una de las chicas Pleinsworth. O...





O a él. Cerró sus ojos por un momento. Probablemente pensó que lo estaba protegiendo. Pero si le sucedía algo a ella...

Nada más lo destruiría completamente.

—Voy a encontrarla —le dijo a Granby—. Puede estar seguro de eso.

\* \* \*

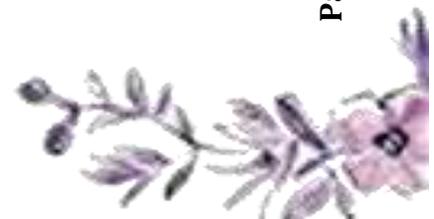
Anne había estado sola antes. De hecho, había pasado la mayor parte de los últimos ocho años sintiéndose sola. Pero mientras se sentaba acurrucada en su dura cama de pensión, con su abrigo sobre su camisón para evitar el frío, se dio cuenta de que nunca había conocido la miseria.

No como esta.

Tal vez debería haberse ido al campo. Era más limpio. Probablemente menos peligroso. Pero Londres era anónimo. Las calles llenas de gente podían tragársela, hacerla invisible.

Pero las calles también podían masticarla.

Allí no había trabajo para una mujer como ella. Las damas con su acento no trabajaban como costureras o dependientas. Había caminado arriba y abajo por las calles de su nuevo vecindario, un lugar marginalmente respetable que se apretujaba entre las zonas de compras de clase media y los tugurios desesperados. Había entrado en cada establecimiento con un cartel de *Se Requiere Ayuda* y unos cuantos más que no. Le habían dicho que no duraría mucho tiempo, que sus manos eran demasiado suaves y sus dientes demasiado limpios. Más de un hombre la había mirado lascivamente y reído, luego ofrecían un tipo diferente de trabajo en conjunto.



No podía obtener la posición como institutriz o de acompañante de una dama sin una carta de referencia, pero las dos preciosas recomendaciones que tenía en su poder eran para Anne Wynter. Y no podía ser más Anne Wynter.

Tiró de sus piernas flexionadas, apretándolas más contra sí, y apoyó su cara contra sus rodillas, cerrando los ojos con fuerza. No quería ver este cuarto, no quería ver cómo sus pertenencias parecían escasas incluso en una recámara tan pequeña. No quería ver la noche húmeda a través de la ventana y sobre todo, no quería verse a sí misma.

No tenía nombre de nuevo. Y eso dolía. Dolía como un trozo afilado y dentado en su corazón. Era una cosa terrible, un temor pesado que se sentaba sobre ella cada mañana, y era todo lo que podía hacer para girar sus piernas sobre el lado de la cama y poner sus pies en el suelo.

Esto no era como antes, cuando su familia la había echado de su casa. Al menos entonces había tenido un lugar a donde ir. Había tenido un plan. No uno de su elección, pero sabía lo que iba a hacer y cuándo iba a hacerlo. Ahora tenía dos vestidos, una capa, once libras, y sin perspectivas de salvarse de la prostitución.

Y no podía hacer eso. Querido Dios, no podía. Se había dado demasiadas libertades una vez antes, y no cometería el mismo error dos veces. Y sería demasiado, demasiado cruel tener que someterse a un extraño cuando había detenido a Daniel antes de haber finalizado su unión.

Había dicho que no porque... ni siquiera estaba segura. Hábito, posiblemente. Miedo. No quería tener un hijo ilegítimo, y no quería forzar a un hombre a contraer matrimonio, quien de lo contrario no elegiría a una mujer como ella.

Pero sobre todo, había necesitado conservarse a sí misma. No su orgullo, exactamente; era algo más, algo más profundo.

Su corazón.



Era lo único que tenía todavía que era puro y absolutamente suyo. Le había dado su cuerpo a George, pero a pesar de lo que había pensado en el momento, él nunca había tenido su corazón. Y mientras la mano de Daniel había ido al cierre de sus calzones, preparándose para hacerle el amor, había sabido que si se dejaba, si se lo permitía a *sí misma*, él tendría su corazón para siempre.

Pero aquí estaba lo gracioso. Él ya lo tenía. Había ido y hecho lo más imaginablemente tonto. Se había enamorado de un hombre que nunca podría tener.

Daniel Smythe-Smith, Conde de Winstead, Vizconde de Streathermore, Barón Touchton de Stoke. No quería pensar en él, pero lo hacía, cada vez que cerraba los ojos. Su sonrisa, su risa, el fuego en sus ojos cuando la miraba.

No creía que la amaba, sino que él debía sentir algo cercano a ello. Se había preocupado, por lo menos. Y tal vez si ella hubiera sido otra persona, alguien con un nombre y posición, alguien que no tenía a un loco tratando de matarla... Quizás entonces, cuando tan tontamente había dicho: "*¿Qué pasa si me caso contigo?*", habría arrojado sus brazos alrededor de él y gritado: "*¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!*"

Pero no tenía una especie de *Sí* en la vida. La suya era una serie de *Nos*. Y eso la tenía finalmente aterrizando aquí, donde estaba finalmente tan sola en cuerpo como lo había estado durante tantos años en espíritu.

Su estómago dejó escapar un gemido fuerte y Anne suspiró. Se había olvidado de comprar la cena antes de volver a su pensión, y ahora se estaba muriendo de hambre. Era probablemente lo mejor; iba a tener que hacer durar sus peniques tanto como pudiera.

Su estómago rugió de nuevo, esta vez con ira, y Anne sacó bruscamente sus piernas por el lado de la cama.

—*No*—dijo en voz alta. Aunque lo que realmente quería decir era *sí*. Ella tenía hambre, maldición, y se iba a conseguir algo de comer. Por una vez en

su vida iba a decir que sí, incluso si era solo un pastel de carne y medio litro de sidra.

Miró hacia su vestido, colocado cuidadosamente sobre su silla. Realmente no sentía ganas de cambiarse de nuevo. Su capa la cubría desde la cabeza hasta el dobladillo. Si se ponía unos zapatos y medias, y cubría su cabello, nadie sabría que estaba en camisón.

Se echó a reír, la primera vez que había hecho un sonido en días. Qué extraña manera de ser malvada.

Unos minutos más tarde estaba en la calle, caminando hacia una pequeña tienda de alimentos por la que pasaba todos los días. Nunca había entrado, pero los olores que despedía cada vez que la puerta se abría... oh, eran celestiales. Las empanadas típicas de Cornualles y los pasteles de carne, bollos calientes, y el cielo sabía qué más.

Se sentía casi feliz, se dio cuenta, una vez que tuvo sus manos alrededor de su comida calentita. El comerciante había envuelto su empanada en papel, y Anne se la llevó de vuelta a su habitación. Algunos hábitos eran duros de roer; todavía era demasiado una correcta dama para comer en la calle alguna vez, a pesar de lo que parecía estar haciendo a su alrededor el resto de la humanidad. Podía detenerse y conseguir sidra en frente de su pensión, y cuando volviera a su habitación...

—¡Usted!

Anne siguió caminando. Las calles de este barrio eran tan ruidosas, llenas de tantas voces, que nunca se le ocurrió que un extraviado *usted* realmente podría estar dirigido en ella. Pero entonces lo escuchó otra vez, más cerca.

—Annelise Shawcross.

Ni siquiera se volteó a mirar. Ella conocía esa voz y más aún, la voz sabía su nombre real. Se echó a correr.

Su preciada cena resbaló de sus dedos y corrió más rápido de lo que habría pensado ser capaz. Se lanzó doblando la esquina, empujando para abrirse camino a través de las multitudes sin ni siquiera pedir disculpas. Corrió hasta que sus pulmones quemaron y su camión se pegó a su piel, pero al final, ella no era rival para el simple grito de George...

—¡Deténganla! ¡Por favor! ¡Mi esposa!

Alguien lo hizo, probablemente porque él sonaba como si estuviera *tan* agradecido, y luego, cuando llegó a su lado, le dijo al hombre cuyos brazos fornidos la sostenían como una prensa:

—Ella no está bien.

—¡Yo no soy tu esposa! —gritó Anne, luchando contra el agarre de su captor. Se retorció y se volvió, golpeando su pierna con su cadera, pero él no se dejó llevar—. Yo no soy su esposa —le dijo, intentando sonar razonable y sensata—. Él está loco. Ha estado persiguiéndome desde hace años. Yo no soy su esposa, lo juro.

—Vamos, no empieces, Annelise —dijo George en una voz suave—. Tú sabes que no es cierto.

—¡No! —aulló ella, forcejeando contra dos hombres ahora—. ¡Yo no soy su esposa! —gritó otra vez—. ¡Él va a matarme!

Finalmente, el hombre que la había agarrado para George comenzó a parecer inseguro.

—Dice que no es su esposa —dijo con un ceño fruncido.

—Lo sé —dijo George con un suspiro—. Ella ha estado así durante varios años. Tuvimos un bebé...

—¿Qué? —aulló Anne.

—Nació muerto —le dijo George al otro hombre—. Nunca lo superó.

—¡Miente! —gritó Anne.



Pero George solo suspiró, y sus engañosos ojos se llenaron de lágrimas.

—He tenido que aceptar que nunca volvería a ser la mujer con la que me casé.

El hombre miró de la cara noble y triste de George a Anne, la cual se retorció con rabia, y él debió haber decidido que de los dos, George era probablemente el que estaba más sano, así que le entregó.

—Vaya con Dios —dijo.

George le agradeció profusamente, luego aceptó su ayuda y su pañuelo para combinarlos con el suyo formando un enlace para las manos de Anne. Cuando estuvo hecho, le dio un violento tirón y se tropezó contra él, estremeciéndose con repugnancia cuando su cuerpo se presionó contra la longitud del suyo.

—Oh, Annie —dijo—, es tan agradable volver a verte.

—Cortaste los arneses —dijo en voz baja.

—Lo hice —dijo con una sonrisa orgullosa. Entonces frunció el ceño—. Pensé que serías herida más gravemente.

—¡Pudiste haber matado a Lord Winstead!

George solo se encogió de hombros, y en ese momento confirmó todas las sospechas más oscuras de Anne. Él estaba loco. Estaba total, completo y definitivamente loco. No podía haber ninguna otra explicación. Ninguna persona en su sano juicio correría el riesgo de matar a un par del reino con el fin de llegar a *ella*.

—¿Y el ataque? —exigió—. ¿Cuando pensamos que fueron solo ladronzuelos?

George la miró como si estuviera hablando en lenguas desconocidas.

—¿De qué estás hablando?





—¡Cuando Lord Winstead fue atacado! —Prácticamente gritó—. ¿Por qué harías tal cosa?

George se posicionó hacia atrás, su labio superior se curvó con condescendencia y desprecio.

—No sé de qué estás hablando —desdeñó—, pero tu preciado Lord Winstead tiene sus propios enemigos. ¿O no conoces *esa* sórdida historia?

—No eres apto para pronunciar su nombre —dijo entre dientes.

Pero él solo se rió, entonces cacareó:

—¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo llevo esperando este momento?

Tanto tiempo como ella había vivido como un desecho de la sociedad.

—¿Lo haces? —gruñó, agarrando los pañuelos anudados y retorciéndolos brutalmente.

Ella le escupió en la cara.

El rostro de George se manchó con motas por la rabia, su piel tornándose tan roja que sus cejas rubias casi brillaban resaltándose.

—Eso fue un error —dijo entre dientes, y la tiró furiosamente hacia un callejón oscuro—. Qué conveniente que eligieras un barrio de tan mala reputación —rió—. Nadie siquiera mirará dos veces cuando yo...

Anne comenzó a gritar.

Pero nadie le prestó atención y, de todas formas, solo hizo ruido por un momento. George le dio un puñetazo en el estómago, y se tambaleó contra una pared, jadeando por respirar.

—He tenido ocho años para imaginar este momento —dijo en un murmullo aterrador—. Ocho años para recordarte cada vez que me miro en el espejo. —Presionó su cara, acercándose a la suya, sus ojos salvajes de rabia—.





Toma una buena mirada a mi rostro, Annelise. He tenido ocho años para sanar, pero mira, ¡mira!

Anne intentó escapar, pero su espalda estaba bloqueada por una pared de ladrillo, y George la había agarrado por la barbilla y la forzó a enfrentar su mejilla arruinada. La cicatriz había sanado mejor de lo que ella hubiera pensado, blanca ahora en vez de roja, pero aún arrugada y tirante, distorsionando su mejilla en una extraña disección de piel.

—Pensé en tener un buen rato contigo primero —dijo—, ya que nunca llegué a eso ese día, pero no me veo en un callejón sucio. —Sus labios se torcieron en una mueca monstruosa—. Ni siquiera creía que te vendieras tan bajo.

—¿Qué quieres decir con, primero? —susurró Anne.

Pero no sabía por qué lo preguntó. Lo sabía. Lo había sabido todo el tiempo, y cuando él sacó un cuchillo, ambos sabían exactamente lo que planeaba hacer con él.

Anne no gritó. Ni siquiera pensó. No podría haber dicho lo que hizo, excepto que, diez segundos después, George estaba tendido sobre los adoquines, acurrucado en posición fetal, incapaz de hacer el menor sonido. Anne se paró sobre él por un momento final, jadeando por respirar, y entonces le pateó, duro, justo donde le había dado un rodillazo antes, y luego, con sus manos todavía atadas, corrió.

Esta vez, sin embargo, ella sabía exactamente a dónde iba.





# Capítulo 18

*Traducido por LizC y electra*

*Corregido por Akanet*

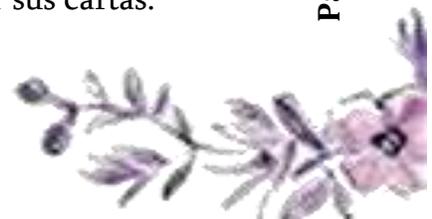
A

las diez de la noche, después de un día de búsqueda infructuosa, Daniel se dirigió a casa. Observó el pavimento mientras caminaba, contando sus pasos mientras de alguna manera colocaba cada pie delante

del otro.

Había contratado a investigadores privados. Había peinado las calles por sí mismo, parando en cada casa de recepción con la descripción de Anne y sus dos nombres. Había encontrado a dos hombres que dijeron que recordaban a alguien de esa descripción dejando cartas, pero no recordaba a dónde las había enviado. Y, finalmente, hubo entonces uno que dijo que coincidía con una descripción de alguien completamente distinto, alguien llamado Mary Philpott. Una señora encantadora, dijo el propietario de la casa de recepción. Ella nunca envió cartas, pero venía una vez a la semana como un reloj para ver si había recibido alguna, a excepción de aquella vez... ¿fue hace dos semanas? Él se había sorprendido de no verla, sobre todo porque no había recibido una carta la semana anterior, y casi nunca pasaba más de dos semanas sin una.

Dos semanas. Eso correspondería con el día en que Anne había venido corriendo dentro de Hoby's pareciendo como si hubiera visto un fantasma. ¿Habría estado en su camino para recoger su correo cuando se había encontrado con el misterioso personaje que no había querido ver? Él la había conducido a una casa de recepción para enviar la carta que había estado guardando en su bolso, pero no había sido la misma "Mary Philpott" que solía recibir sus cartas.





De todos modos, el hombre de la casa de recepción había continuado, dijo que había regresado unas pocas semanas más tarde. Martes, era. Siempre martes.

Daniel frunció el ceño. Ella había desaparecido el miércoles.

Daniel había dejado su nombre en las tres casas de recepción, junto con la promesa de una recompensa en caso de que le notifiquen de su aparición. Pero más allá de eso, no sabía qué hacer. ¿Cómo se suponía que iba a encontrar a una mujer en todo Londres?

Y así, él solo caminó, caminó y caminó, buscando constantemente caras en las multitudes. Habría sido como la proverbial aguja en el pajar, excepto que era peor. Por lo menos la aguja estaba *en* el pajar. Por lo que sabía, Anne había abandonado la ciudad por completo.

Pero ya era de noche, y necesitaba dormir, así que se arrastró de vuelta a Mayfair, rezando para que su madre y su hermana no estuvieran en casa cuando llegara. No le habían preguntado qué estaba haciendo todos los días desde el amanecer hasta la noche, y él no les había dicho, pero ellas sabían. Y era más fácil si él no tenía que ver la compasión en sus rostros.

Finalmente, llegó a su calle. Estaba tranquilo, afortunadamente, y el único sonido era su propio gemido mientras levantaba su pie hacia el primer escalón de piedra en la entrada de Winstead House. Era el único sonido, hasta que alguien susurró su nombre.

Se quedó helado.

—¿Anne?

Una figura salió de entre las sombras, temblando en la noche.

—Daniel —dijo ella de nuevo, y si dijo algo más, él no lo oyó. Él bajó las escaleras en un instante, y ella estuvo entre sus brazos, y por primera vez en casi una semana, el mundo se sintió firme en su eje.





—Anne —dijo, tocando su espalda, sus brazos, su cabello—. Anne, Anne, Anne. —Parecía que era lo único que podía decir, solo su nombre. La besó en la cara, la parte superior de su cabeza—. ¿Dónde has...?

Se detuvo, dándose cuenta que sus manos habían sido atadas. Con cuidado, con mucho cuidado para que no se aterrorizara con la extensión de su furia, comenzó a trabajar en los nudos en sus muñecas.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó.

Ella solo tragó saliva, nerviosa, mojando sus labios mientras extendía sus manos hacia él.

—Anne...

—Era alguien que solía conocer —le dijo finalmente—. Él... yo... te diré más tarde. Pero no ahora. No puedo... necesito...

—Está bien —dijo con dulzura. Le apretó una de sus manos, y luego volvió a trabajar en los nudos. Habían sido atados furiosamente firmes, y ella probablemente lo había empeorado con sus luchas—. Solo será un momento —dijo.

—No sabía a dónde más ir —dijo ella con voz trémula.

—Hiciste lo correcto —le aseguró, tirando de la tela de sus muñecas y arrojándola a un lado. Había empezado a temblar, e incluso su respiración comenzó a tiritar.

—No pude detenerlas —dijo ella, mirando hacia abajo a sus manos temblorosas, como si no las reconociera.

—Vas a estar bien —dijo él, cubriendo sus manos con las suyas. La sostuvo con fuerza, tratando de estabilizarla—. Son solo tus nervios. Lo mismo me ha sucedido.

Ella lo miró, con los ojos enormes e interrogantes.



—Cuando los hombres de Ramsgate me estaban persiguiendo en Europa —explicó él—. Cuando se terminó, y sabía que estaba a salvo. Algo dentro de mí se aflojó, y me estremecí.

—¿Va a parar, entonces?

Él le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Te lo prometo.

Ella asintió, en ese momento pareciendo tan terriblemente frágil que era lo único que podía hacer para no envolver sus brazos alrededor de ella y tratar de protegerla de todo el mundo. En su lugar, se permitió poner su brazo alrededor de sus hombros y dirigirla hacia su casa.

—Vamos a entrar —dijo. Estaba tan sobrecogido, con alivio, con miedo, con furia, pero sin importar qué, él tenía que llevarla al interior. Ella necesitaba atención. Probablemente necesitaba comida. Y todo lo demás que pudiera resolver más tarde.

—¿Podemos ir por detrás? —dijo ella entrecortadamente—. No soy... no puedo...

—Siempre vas a utilizar la puerta de entrada —dijo con fiereza.

—No, no es eso, es... por favor —rogó—. Estoy en tal estado. No quiero que nadie me vea así.

La tomó de la mano.

—Yo te veo —dijo en voz baja.

Sus ojos se encontraron, y él podría jurar que vio algo de la desolación desvanecerse.

—Lo sé —susurró ella.

Él llevó su mano a sus labios.





—Estaba aterrorizado —le dijo él, poniendo su alma al desnudo—. No sabía dónde encontrarte.

—Lo siento —dijo ella—. No voy a hacerlo de nuevo.

Pero había algo en su disculpa que le intranquilizaba. Algo muy humilde, muy nervioso.

—Tengo que preguntarte algo —dijo ella.

—Pronto —le prometió él. La guió por las escaleras, y luego levantó una mano—. Espera un momento. —Miró el interior de la sala, comprobó que todo estaba en silencio, y luego le hizo un gesto para que ella entrara—. Por aquí —susurró, y juntos silenciosamente subieron corriendo las escaleras hasta su habitación.

Una vez que cerró la puerta detrás de él, sin embargo, se encontró tan perdido. Quería saber todo, ¿quién le había hecho esto a ella? ¿Por qué había huido? ¿Quién *era* ella en realidad? Quería respuestas, y las quería ahora.

Nadie la trataba de esta manera. No mientras él respirara.

Pero primero tenía que hacerla entrar en calor, y ella necesitaba respirar simplemente, y permitirse a sí misma darse cuenta de que estaba a salvo. Él había estado en su lugar antes. Sabía lo que era huir.

Encendió una lámpara, y luego otra. Necesitaban luz, los dos de ellos.

Anne permaneció torpemente junto a la ventana, frotándose las muñecas, y por primera vez esa noche, Daniel realmente la miró. Él había sabido que estaba despeinada, pero en su alivio de finalmente haberla encontrado no se había dado cuenta de cuánto. Su cabello permanecía recogido en un lado pero caía suelto por el otro, a su abrigo le faltaba un botón, y había un moretón en su mejilla que le heló la sangre.

—Anne —dijo, tratando de encontrar las palabras para la pregunta que debía hacer—. Esta noche... Quien sea que fuera... ¿Él te...?





No pudo decir la palabra. Ésta se asentaba en la parte posterior de su lengua, con un sabor como ácido y rabia.

—No —dijo ella, sosteniéndose a sí misma con tranquila dignidad—. Lo habría hecho, pero cuando me encontré, yo estaba fuera, y... —Ella miró hacia otro lado y luego, apretó los ojos cerrados contra el recuerdo—. Me dijo que... él dijo que iba a...

—No tienes que decir nada —dijo rápidamente. Por lo menos no ahora, cuando estaba tan agitada.

Pero ella negó con la cabeza, y sus ojos tenían una determinación que no podía contradecir.

—Quiero decirte todo —dijo.

—Más tarde —dijo suavemente—. Después de que tomes un baño.

—No —dijo ella, su voz apenas un chillido—. Tienes que dejar que hable. Me quedé fuera por horas, y simplemente no tengo tanto coraje.

—Anne, no necesitas coraje con...

—Mi nombre es Annelise Shawcross —espetó—. Y me gustaría ser tu amante. —Y entonces, mientras él la miraba con incredulidad aturdida, ella añadió—. Si me lo vas a permitir.

\* \* \*

Casi una hora más tarde, Daniel estaba de pie junto a la ventana, esperando a que Anne terminara con su baño. Ella no quería que nadie supiera que estaba en la casa, por lo que él la había escondido en un armario mientras veía a varios sirvientes en la tarea de llenar una bañera, y ahora ella estaba presumiblemente aún remojándose en ella, esperando a que el frío del miedo dejara su cuerpo.





Había intentado hablar con él acerca de su propuesta, insistiendo en que era su única opción, pero él no había sido capaz de escuchar. Para ella haberse ofrecido a él de tal manera... solo podía haberlo hecho si se sintiera completamente sin esperanza.

Y eso era algo que no podía soportar imaginar.

Oyó la puerta de su cuarto de baño abrirse, y cuando se volvió la vio, limpia y nueva, con el cabello mojado peinado fuera de su cara y colgando por encima de su hombro derecho. Lo había retorcido de alguna manera, no en una trenza sino más bien en una espiral que mantiene las hebras en una cuerda gruesa.

—¿Daniel? —dijo su nombre en voz baja mientras se asomaba a la habitación, con los pies descalzos a lo largo de la alfombra de felpa. Llevaba su bata, el azul profundo de medianoche casi del mismo color que sus ojos. Se veía enorme sobre ella, cayendo casi hasta los tobillos, y ella tenía sus brazos alrededor de la cintura solo para mantenerla en su lugar.

Él pensó que nunca se había visto tan hermosa.

—Estoy aquí —dijo cuando se dio cuenta de que ella no lo vio de pie junto a la ventana. Se había quitado el abrigo mientras se bañaba, su corbata y botas, también. Le había informado a su ayudante de cámara que no deseaba la ayuda, por lo que Daniel había puesto las botas en la puerta, esperando que tomara esto como una invitación para llevarlas de vuelta a sus habitaciones y pulirlas.

Esta noche no era una noche para interrupciones.

—Espero que no te importe que tomara tu bata —dijo Anne, abrazando sus brazos con más fuerza a su cuerpo—. No había nada más...

—Por supuesto que no —respondió, señalando a nada en particular—. Puedes usar lo que quieras.





Ella asintió, e incluso a tres metros de distancia, la vio tragar saliva con nerviosismo.

—Se me ocurrió —dijo ella, su voz quedando atrapada mientras hablaba—, que probablemente ya sabías mi nombre.

Él la miró.

—De Granby —aclaró ella.

—Sí —dijo—. Él me dijo sobre el hombre que estaba buscándote. Era todo lo que tenía para seguir adelante cuando estaba buscándote.

—Me imagino que no fue de mucha ayuda.

—No —Torció los labios en una sonrisa irónica—. Aunque, descubrí lo de Mary Philpott.

Sus labios se abrieron con sorpresa momentánea.

—Fue el nombre que utilicé para escribir a mi hermana Charlotte para que mis padres no se dieran cuenta que ella me estaba escribiendo. Fue a través de sus cartas que supe que George aún estaba... —se interrumpió—. Me estoy adelantando a mí misma.

Daniel apretó las manos al oír el nombre de otro hombre. Quien sea que fuera este George, había tratado de hacerle daño. De matarla. Y la necesidad de balancear sus brazos y golpear algo fue abrumadora. Quería encontrar a este hombre, para *hacerle* daño, hacerle entender que si algo, cualquier cosa, le sucedía a Anne de nuevo, Daniel lo desgarraría con sus propias manos.

Y él nunca se había considerado a sí mismo como un hombre violento.

Miró a Anne. Todavía estaba de pie en el centro de la habitación, con los brazos abrazando su cuerpo.

—Mi nombre es... mi nombre *era* Annelise Shawcross —dijo ella—. Cometí un error terrible cuando tenía dieciséis años, y he estado pagando por ello desde entonces.





—Cualquier cosa que hayas... —empezó a decir, pero ella levantó la mano.

—No soy virgen —le dijo, las palabras contundentes en el aire.

—No me importa —dijo, y se dio cuenta de que no lo hacía.

—Debería.

—Pero no lo hace.

Ella le sonrió con tristeza, como si se estuviera preparando para perdonarlo por cambiar de opinión.

—Su nombre era George Chevill —dijo—, Sir George Chevill ahora que su padre murió. Crecí en Northumberland, un pueblo de tamaño medio en la parte occidental de la provincia. Mi padre es un caballero rural. Siempre estábamos cómodos, pero no particularmente ricos. Aún así éramos respetados. Nos invitaban a todas partes, y tenían la expectativa que mis hermanas y yo tendríamos buenos matrimonios.

Él asintió con la cabeza. Era una imagen fácil de pintar en su cabeza.

—Los Chevill eran muy ricos, o por lo menos lo eran en comparación con todos los demás. Cuando veo esto... —Ella miró alrededor de su elegante dormitorio, a todos los lujos que solía dar por sentado. Él no había tenido tantas comodidades mientras estaba en Europa; no dejaría de apreciar esas cosas de nuevo.

—No estaban en este nivel —continuó ella—, pero para nosotros, para todos en el distrito eran, sin duda, la familia más importante que conocíamos. Y George era su único hijo. Era muy guapo, y me dijo cosas encantadoras, y pensé que lo amaba. —Ella se encogió de hombros y miró hacia el techo, casi como pidiendo perdón por su juventud.

—Él me dijo que me amaba —susurró.





Daniel tragó saliva, y tuvo la extraña sensación, casi una premonición de lo que sería ser un padre. Algún día, si Dios quiere, el tendría una hija que se vería como la mujer que estaba delante de él, y si alguna vez lo miraba con esa expresión desconcertada, susurrando: “Él me dijo que me amaba...”

Nada menos que un asesinato sería una respuesta aceptable.

—Pensé que iba a casarse conmigo —dijo Anne, trayendo sus pensamientos de vuelta al aquí y al ahora. Parecía haber recuperado algo de su compostura, y su voz era más brusca, casi profesional—. Pero la cosa es, que él nunca dijo que me quería. Nunca lo mencionó. Así que supuse que, en cierto modo, tengo por mí misma, parte de la culpa...

—No —dijo Daniel con fuerza, porque lo que sea que haya pasado, él sabía que no podía ser su culpa. Era tan fácil de adivinar lo que pasaría después. El hombre rico, guapo, la joven impresionable... era un cuadro terrible, terriblemente común.

Ella le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—No quiero decir que me siento culpable, no. Ya no más. Pero debería haberlo sabido mejor.

—Anne...

—No —dijo ella, deteniendo su protesta—. *Debería* haberlo sabido mejor. No mencionó matrimonio. Ni una sola vez. Supuse que lo preguntaría. Porque... no sé. Solo lo hice. Yo venía de una buena familia. Nunca se me ocurrió que no le gustaría casarse conmigo. Y... Oh, suena horrible ahora, pero la verdad era, que era joven, y linda y lo sabía. Dios mío, suena tan tonto ahora.

—No, no es así —dijo Daniel en voz baja—. Todos hemos sido jóvenes.

—Lo dejé besarme —dijo ella y luego añadió en voz baja—, y entonces lo dejé hacer mucho más.





Daniel se quedó muy quieto, esperando por la ola de celos que nunca llegó. Estaba furioso con el hombre que había tomado ventaja de su inocencia, pero no se sentía celoso. Él no tenía que ser el primero, se dio cuenta. Simplemente tenía que ser su último.

Su único hombre.

—No tienes que decir nada al respecto —le dijo.

Ella suspiró.

—No, tengo que hacerlo. No por eso. Debido a lo que paso después. —Ella caminó por la habitación en un estallido de energía nerviosa y agarró la parte posterior de la silla. Sus dedos se hundieron en la tapicería, y le dio algo para ver, cuando ella dijo—: Tengo que ser honesta, me gustó lo que hizo hasta cierto punto, y después de eso, bueno no fue tan terrible. Me pareció un poco extraño, y la verdad, un poco incómodo.

Lo miró de nuevo, sus ojos se encontraron con una honestidad sorprendente.

—Pero me gustaba la forma en que parecía *hacerlo* sentirse. Y eso *me* hizo sentir poderosa, y la próxima vez que lo vi, yo estaba totalmente preparada para dejarlo hacerlo de nuevo.

Ella cerró los ojos, y Daniel casi podía ver el recuerdo resbalando por su cara.

—Fue una noche maravillosa —susurró—. En medio del verano y muy clara. Podría haber contado las estrellas para siempre.

—¿Qué pasó? —le preguntó en voz baja.

Ella pestañó, casi como si despertara de un sueño, y cuando habló, lo hizo con una desenvoltura que fue casi desconcertante.

—Me enteré de que había propuesto matrimonio a otra persona. El día siguiente al que me había entregado a él, como una cuestión de hecho.



La furia que había estado creciendo dentro de él comenzó a crepitar. Nunca había ni una sola vez en la vida, sentido tanta ira en nombre de otra persona. ¿Era esto lo que el amor significa? ¿Que el dolor de otra persona corta más profundo que el propio?

—Él trato de salirse con la suya conmigo, de todos modos —ella continuó—. Él me dijo que yo era... ni siquiera puedo recordar las palabras exactas, pero me hizo sentir una puta. Y tal vez eso es lo que era, pero...

—No —dijo Daniel con fuerza. Podía aceptar que ella debería haberlo sabido mejor, que podía haber sido más sensible. Pero él nunca le permitiría pensar tal cosa de sí misma. Cruzó la habitación y bajó las manos sobre sus hombros. Ella inclinó la cabeza hacia, sus ojos... esos ojos azules profundos y sin fondo... él quería perderse en ellos. Para siempre.

—Él se aprovechó de ti —dijo con tranquila intensidad—. Tendría que haber sido arrastrado y descuartizado por...

Una horrible burbuja de risa salió de su boca.

—Oh querido —dijo—. Solo tienes que esperar hasta que oigas el resto de la historia.

Sus cejas se levantaron.

—Lo corté —le dijo, y le tomó un momento entender lo que ella decía—. Él vino a mí, y yo estaba tratando de alejarme, y supongo que agarré la primera cosa que mi mano tocó. Era un abridor de cartas.

*Oh, mi buen Dios.*

—Estaba tratando de defenderme, y solo quería agitar la cosa frente a él, pero se abalanzó sobre mí y entonces... —Ella se estremeció, y la sangre desapareció de su rostro—. De aquí hasta aquí —susurró, deslizando el dedo desde la sien hasta la barbilla—. Fue horrible. Y por supuesto, no había forma de ocultarlo. Estaba arruinada —dijo con un pequeño encogimiento de hombros—.





Me enviaron lejos, me dijeron que cambiara mi nombre y que cortara todos los lazos con mi familia.

—¿Tus padres permitieron eso? —preguntó Daniel con incredulidad.

—Era la única manera de proteger a mis hermanas. Nadie se habría casado con ellas si hubieran sabido que me había acostado con George Chervil. ¿Te imaginas? ¿Dormí con él y luego lo *apuñale*?

—Lo que no puedo imaginar —dijo—, es una familia que te eche.

—Está bien —dijo ella, aunque sabía que no era así—. Mi hermana y yo hemos mantenido correspondencia clandestinamente durante todo este tiempo, así que no estaba completamente sola.

—Las casas de recepción —murmuró

Ella sonrió débilmente.

—Siempre me aseguré de saber donde estaban —dijo—.

Parecía más seguro enviar y recibir correo desde un lugar más anónimo.

—¿Que paso esta noche? —preguntó—. ¿Por qué te fuiste la semana pasada?

—Cuando me fui... —Ella tragó convulsivamente, apartando su cabeza de la de él, sus ojos encontraron algún punto desconocido en el suelo—. Él se enfureció. Quería llevarme ante el juez para colgarme o trasportarme o algo así, pero su padre era muy severo. Si George hacía un espectáculo de mí, perdería su compromiso con la señorita Beckwith. Y ella era hija de un vizconde —levantó la mirada con una expresión irónica—. Fue un gran golpe.

—¿El matrimonio siguió adelante?

Anne asintió.





—Pero él nunca ha dejado de lado su promesa de venganza. La cicatriz curada esta mejor de lo que podría haber esperado, pero todavía la marca esta visible. Y antes era muy guapo. Yo solía pensar que quería matarme, pero ahora...

—¿Qué? —exigió Daniel cuando ella no terminó la frase.

—Me quiere cortar —dijo en voz baja.

Daniel dejó escapar una viciosa maldición. No importaba que estuviera en presencia de una dama. No había manera de que pudiera detener el lenguaje soez que escupió su boca.

—Voy a matarlo —dijo.

—No —dijo Anne—, no lo harás. Después de lo ocurrido con Hugh Prentice...

—A nadie le importaría si elimino a Chervil de la faz de la tierra —la interrumpió—. No tengo ningún problema en ese aspecto.

—No vas a matarlo —dijo Anne con severidad—. Ya lo he herido gravemente...

—¿Seguramente no lo vas a *excusar*?

—No —respondió ella con presteza suficiente para aliviar su mente—. Pero creo que él ha pagado por lo que me hizo esa noche. Nunca va a escapar de lo que le hice a él.

—Tampoco debería —dijo Daniel.

—Quiero que esto *pare* —dijo ella firmemente—. Quiero vivir mi vida sin mirar sobre mi hombro. Pero no quiero venganza. No la necesito.

Daniel pensó que *él* podría necesitarla, pero sabía que era decisión de ella. Le tomó un momento dominar su ira, pero lo logró y finalmente le preguntó:

—¿Cómo explica la lesión?

Anne pareció aliviada por el cambio de tema.





—Un accidente de equitación. Charlotte me dijo que nadie le creía, pero dijeron que había sido arrojado por un caballo y su rostro había sido cortado por la rama de un árbol. No creo que alguien sospeche de la verdad, estoy segura de que la gente pensó lo peor de mí cuando desaparecí de repente, pero no puedo imaginarme que alguien piense que lo hubiera apuñalado en la cara.

Para su sorpresa, Daniel se sintió sonreír.

—Estoy feliz de que lo hicieras.

Ella lo miró con sorpresa.

—Deberías haberlo cortado en algún otro lugar.

Sus ojos se abrieron, y luego soltó una carcajada.

—Llámame sanguinario —murmuró él.

La expresión de ella se volvió un poco perversa.

—Estarás complacido de saber que esta noche, mientras me escapaba...

—Oh, dime que le diste un rodillazo en las pelotas —suplicó—. Por favor, por favor, *por favor* dime eso.

Ella apretó los labios, tratando de no sonreír de nuevo.

—Podría haberlo hecho.

Tiró de ella más cerca.

—¿Fuerte?

—No tan duró como lo pateé una vez que estuvo en el suelo.

Daniel besó una de sus manos, y luego la otra.

—¿Puedo decir que estoy muy orgulloso de conocerte?

Ella se sonrojó con placer.





—Y estoy muy, *muy* orgulloso de llamarte mía —La besó suavemente—. Pero nunca serás mi amante.

Ella se echo hacia atrás.

—Dan...

El la detuvo con un dedo en sus labios.

—Ya he anunciado que tengo la intención de casarme contigo. ¿Me harías un mentiroso?

—Daniel, no puedo.

—Yo puedo.

—No, tu...

—*Puedo* —dijo firmemente—. Y lo haré.

Sus ojos recorrieron su cara con movimientos frenéticos.

—Pero George esta aún ahí afuera. Y si te hiriera...

—Puedo cuidarme de los George Chervil del mundo —le aseguró—, siempre y cuando puedas cuidar mí.

—Pero...

—Te amo —dijo, y se sintió como si el mundo entero se acomodara en su lugar, cuando por fin se lo dijo—. Te amo, y no puedo soportar la idea de estar ni un momento sin ti. Te quiero a mi lado y en mi cama. Quiero que lleves a mis hijos, y quiero que cada maldita persona en el mundo sepa que eres mía.

—Daniel —dijo ella, y él no podía decir si estaba protestando o aceptando. Pero los ojos de ella se llenaron de lágrimas, y él sabía que estaba cerca.

—No estaré satisfecho con nada menos que todo —susurró—. Me temo que vas a tener que casarte conmigo.





La barbilla de ella tembló. Podría haber sido un asentimiento con la cabeza.

—Te amo —susurró—. También te amo.

—¿Y...? —la pinchó. Debido a que iba a hacer que ella lo dijera.

—Si —dijo—. Si eres lo suficientemente valiente para quererme, me casaré contigo.

La atrajo hacia él y la besó con toda la pasión y miedo, y emoción que había estado conteniendo es su interior por una semana.

—La valentía no tiene nada que ver con esto —le dijo, y casi se echó a reír, era tan exquisitamente feliz—. Es instinto de conservación.

Ella frunció las cejas

El la besó de nuevo. Parecía que no podía parar.

—Creo que moriría sin ti —murmuró.

—Creo... —susurró ella, pero no terminó, al menos no de inmediato—. Creo que antes... con George... no creo que cuente. —Levantó su cara hacia él, sus ojos brillando con amor y promesas—. Esta noche va a ser mi primera vez. Contigo.





# Capítulo 19

*Traducido por Sheilita Belikov y Kathesweet*

*Corregido por Lizzie*

*S*

entonces Anne dijo una sola palabra. Solo una.

—Por favor.

Ella no sabía *por qué* la dijo; sin duda no era el resultado del pensamiento racional. Era solo que había pasado los últimos cinco años de su vida recordándole a la gente que nunca estaba de más usar buenos modales y decir por favor por las cosas que uno quería.

Y quería mucho esto.

—Entonces yo —murmuró Daniel, inclinando la cabeza en un gesto cortés—, solo puedo decir “gracias”.

Ella sonrió en ese momento, pero no una sonrisa de diversión o humor. Fue una cosa totalmente diferente, el tipo de sonrisa que tomaba a un cuerpo por sorpresa, que temblaba en los labios hasta que encontraba su soporte. Era una sonrisa de pura felicidad, viniendo desde tan dentro que Anne tuvo que acordarse de respirar.

Una lágrima rodó por su mejilla. Levantó la mano para limpiarla, pero los dedos de Daniel la encontraron primero.

—Una lágrima de felicidad, espero —dijo él.

Ella asintió.





Su mano ahuecó su mejilla, con la yema de su dedo pulgar rozando suavemente el tenue moretón cerca de su sien.

—Te lastimó.

Anne había visto el moretón cuando miró su reflejo en el espejo del baño. No le dolía mucho, y ni siquiera podía recordar exactamente cómo lo había conseguido. La pelea con George era una imagen borrosa, y decidió que era mejor así.

Sin embargo, sonrió con picardía, murmurando:

—Él se ve peor.

A Daniel le tomó un momento, pero luego sus ojos brillaron con ligero humor.

—¿Lo hace?

—Oh, sí.

La besó suavemente detrás de la oreja, su aliento caliente sobre su piel.

—Bueno, eso es muy importante.

—Mmm-hmm. —Ella arqueó el cuello mientras sus labios se movían lentamente hacia su clavícula—. Una vez me dijeron que la parte más importante de una pelea es asegurarse de que tu oponente se ve peor que tú cuando hayas terminado.

—Tienes consejeros muy sabios.

Anne contuvo el aliento de nuevo. Sus manos se habían trasladado al lazo de seda de la bata, y pudo sentir al cinturón aflojándose cuando él deshizo el nudo.

—Solo uno —susurró, tratando de no perderse por completo cuando sintió sus grandes manos deslizándose sobre la suave piel de su vientre y luego hacia su espalda.





—¿Solo uno? —preguntó él, ahuecando su trasero.

—Un consejero, pero él es... ¡oh Dios!

Él apretó de nuevo.

—¿Fue *este* el “oh Dios”? —Luego hizo algo completamente diferente, algo que involucraba un solo dedo muy perverso—. ¿O este?

—Oh, Daniel. . .

Sus labios encontraron su oreja otra vez, y su voz era ronca y caliente sobre su piel.

—Antes de que la noche termine, voy a hacerte gritar.

Solo le quedaba el suficiente sentido común para decir:

—No. No puedes.

La levantó contra él, con la suficiente brusquedad para que sus pies dejaran el suelo y no tuviera más remedio que envolver las piernas alrededor de él.

—Te aseguro que puedo.

—No, no... no me...

Su dedo, que había estado dibujando círculos perezosos en su montículo, entró un poco más.

—Nadie sabe que estoy aquí —jadeó Anne, aferrándose desesperadamente a sus hombros. Él se estaba moviendo dentro de ella ahora, lánguida y lentamente, pero cada toque parecía enviar escalofríos de deseo hasta el centro mismo de su cuerpo—. Si despertamos a alguien. . .

—Oh, eso es cierto —murmuró, pero ella pudo oír una sonrisa pícaro en su voz—. Supongo que tendré que ser prudente y guardar algunas cosas para cuando nos casemos.



Anne ni siquiera podía empezar a imaginar de qué estaba hablando, pero sus palabras estaban teniendo tanto efecto en ella como sus manos, haciéndola girar en un espiral caliente de pasión.

—Por esta noche —dijo él, llevándola al borde de la cama—, no tendré más remedio que asegurarme de que eres una chica muy buena.

—¿Una chica buena? —repitió. Estaba apoyada contra el borde de una cama pecaminosamente grande, usando la bata de un hombre que estaba abierta para revelar la curva de sus pechos, y había un dedo dentro de ella, haciéndola jadear de placer.

No había nada bueno en ella en ese momento.

Nada bueno, y todo maravilloso.

—¿Crees que puedes ser silenciosa? —bromeó, besando su cuello.

—No lo sé.

Deslizó otro dedo dentro de ella.

—¿Qué pasa si hago esto?

Ella dejó escapar un pequeño chillido, y él sonrió diabólicamente.

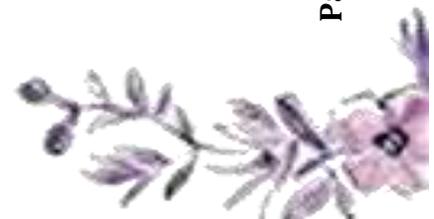
—¿Qué hay de esto? —dijo con voz ronca, empujando un lado de la bata con la nariz. Cayó sobre su hombro, dejando al descubierto su pecho, pero solo por una fracción de segundo antes de que su boca se cerrara sobre la punta.

—¡Oh! —Ella fue un poco más ruidosa esa vez, y lo oyó riendo contra su piel—. Eres perverso —dijo.

Se movió contra ella con su lengua, luego alzó su mirada lobuna.

—Nunca dije que no lo fuera. —Se movió al otro pecho, que imposiblemente era aún más sensible que el primero, y Anne apenas se dio cuenta cuando la bata cayó completamente fuera de su cuerpo.

Él alzó la mirada de nuevo.



—Espera a ver qué más puedo hacer.

—Oh, Dios mío. —No podía imaginar qué podría ser más perverso que esto.

Pero entonces su boca se deslizó hacia el hueco entre sus pechos, y se movió hacia abajo. . . más abajo. . . sobre su vientre, su ombligo, hasta. . .

—Oh, Dios mío —jadeó ella—. No puedes.

—¿No puedo?

—¿Daniel? —No sabía lo que estaba preguntándole, pero antes de que se diera cuenta, la había levantado de modo que ahora estaba sentada en el borde de la cama, y su boca estaba donde sus dedos acababan de estar, y las cosas que estaba haciendo con su lengua, sus labios, y su aliento. . .

Querido Dios, iba a derretirse. O explotar. Se aferró a su cabeza con tanta fuerza que él hasta tuvo que aflojar su agarre, y luego finalmente, incapaz de mantenerse por más tiempo, cayó hacia atrás, aterrizando en el suave colchón, con las piernas todavía colgando a un lado de la cama.

La cabeza de Daniel se asomó, y él parecía muy satisfecho de sí mismo.

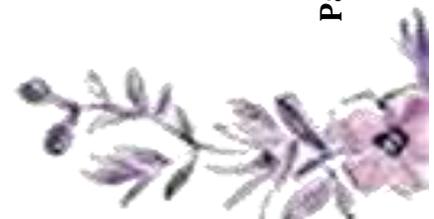
Ella observó mientras se ponía de pie, entonces dijo jadeando:

—¿Qué me estás haciendo? —Porque no podía haber terminado. Ella sufría por él, por algo, por...

—Cuando lo alcances —dijo, tirando de su camisa por encima de su cabeza—, será conmigo dentro de ti.

—¿Alcanzarlo? —¿Que en el cielo quería decir con *alcanzarlo*?

Sus manos fueron a sus pantalones, y en segundos estaba desnudo, y Anne solo podía mirarlo con asombro mientras se colocaba entre sus piernas. Era magnífico, pero seguramente, *seguramente* no pensaba que iba a...



La tocó de nuevo, envolviendo las manos en sus muslos, abriéndola para recibirlo.

—Oh, Dios mío —susurró. No creía haber dicho alguna vez esas palabras tantas veces como lo había hecho en los últimos minutos, pero si hubo alguna vez un momento para alabar la creación del Señor, tenía que ser este.

La punta de él empujaba en contra de su hendidura, pero no avanzaba. En su lugar, parecía contento con simplemente tocarla, dejando que su virilidad se rozara contra su piel más sensible, haciendo círculos en una dirección y luego otra. Con cada pequeña caricia se sentía abriéndose un poco más a él, y luego, aparentemente sin presión, toda la punta se deslizó dentro de ella.

Ella se agarró a la cama, apenas capaz de comprender lo extraño de la sensación. Se sentía como si fuera a romperla si empujaba hacia adelante, y sin embargo, al mismo tiempo quería más. No tenía idea de cómo esto podía ser así, pero no parecía capaz de dejar de presionar sus caderas contra él.

—Quiero todo de ti —susurró, sorprendiéndose a sí misma con sus palabras—. Ahora.

Escuchó su aliento bruscamente inhalado, y cuando levantó la mirada hacía él, sus ojos estaban desenfocados y vidriosos por el deseo. Él gimió su nombre, y luego empujó hacia adelante, no del todo, pero lo suficiente para que ella volviera a sentir esa extraña y maravillosa sensación de ser abierta a él, de ser abierta *por* él.

—Más —dijo ella, y no estaba pidiendo. Estaba ordenando.

—Todavía no. —Él se salió un poco, y luego volvió a introducirse—. No estás lista.

—No me importa. —Y no lo hacía. Había una presión construyéndose dentro de ella, y la estaba haciendo codiciosa. Quería todo de él, vibrando en su interior. Quería sentirlo deslizándose dentro de ella, envainándose hasta la empuñadura.

Él se movió otra vez, y esta vez ella agarró sus caderas, intentando obligarlo a acercarse más a ella.

—Te necesito —gimió, pero él se tensó contra ella, determinado a tomarse esto a su ritmo elegido. Sin embargo, su cara estaba retorcida con deseo apenas desatado, y Anne supo que él quería esto tanto como ella. Se estaba conteniendo porque creía que era lo que ella necesitaba.

Pero ella lo sabía mejor.

Él debió haber despertado algo dentro de ella, algo malvado, desenfrenado, la parte femenina de su alma. Ella no tenía idea de cómo era que sabía qué hacer; ni siquiera sabía que iba a hacerlo hasta que sucedía, pero sus manos recorrieron su cuerpo y se agarró los pechos, juntándolos, apretándolos, todo eso mientras lo observaba observándola...

Él la miró fijamente con un deseo tan palpable que podía sentirlo en su piel.

—Hazlo otra vez —dijo él roncamente, y ella lo hizo, estimulándose como una atrevida cortesana, hasta que se veía enorme, rellena y deliciosamente madura.

—¿Te gusta esto? —susurró, solo para tentarlo.

Él asintió, su respiración saliendo tan rápida que sus movimientos eran nerviosos y toscos. Estaba intentando con todas sus fuerzas ir lentamente, y Anne sabía que tenía que hacerle perder el control. Él no podía dejar de observar sus manos sobre sus pechos, y la necesidad pura y primitiva en sus ojos la hizo sentir como una diosa, poderosa y fuerte.

Se lamió los labios y dejó que sus manos vagaran hasta sus pezones, atrapando cada punta rosada entre sus dedos medio e índice. La sensación fue sorprendente, casi tan eléctrica como había sido cuando Daniel había estado succionándose los. Sintió una nueva sacudida de placer, estallando entre sus piernas, y se dio cuenta con sorpresa que ella había causado esto, con sus propios dedos atrevidos. Su cabeza cayó hacia atrás, y ella gimió con deseo.

Daniel también estaba atrapado en la ola de necesidad, y finalmente empujó hacia adelante, rápido y fuerte, hasta que sus cuerpos estuvieron completamente unidos.

—Vas a hacer eso otra vez —gruñó él—. Cada noche. Y voy a observarte... —Se estremeció con placer mientras se movía dentro de ella—. Voy a observarte cada noche.

Ella sonrió, deleitándose con su nuevo poder recién encontrado, y se preguntó qué más podría hacer que lo pondría tan débil por el deseo.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —dijo—. Ahora mismo. Este momento. Pero eso es... eso es... —Se movió de nuevo, gimiendo ante la fricción sensitiva de ello. Luego puso sus manos sobre el colchón, a cada lado de su cabeza.

Todavía estaba intentando contenerse, se dio cuenta ella.

—Eso no es lo que quería decir —dijo, cada palabra exigiendo su propio suspiro entrecortado.

Lo miró, a los ojos, y sintió una de sus manos tomar la de ella, sus dedos entrelazándose en un lazo de amantes.

—Te amo —dijo él—. Te amo. —Y luego lo dijo de nuevo, y de nuevo, con su boca, con su voz. Con cada movimiento de su cuerpo, ella lo sintió. Era abrumador, sorprendente y completamente humilde, sentir tan magníficamente una parte de otra persona.

Ella apretó su mano.

—Yo también te amo —susurró—. Eres el primer hombre... el primer hombre que he...

No sabía cómo decirlo. Quería que conociera cada momento de su vida, cada triunfo y desilusión. En su mayoría, quería que supiera que él era el primer hombre en el que había confiado completamente, el único hombre en ganar su corazón.



Él tomó su mano y la llevó a sus labios. Justo entonces, en medio de la unión más carnal y erótica que pudo imaginar, él besó sus nudillos, tan gentil y honorablemente como un antiguo caballero.

—No llores —susurró.

Ella no se había dado cuenta que lo estaba haciendo.

Él alejó sus lagrimas con besos, pero mientras se inclinaba se movía de nuevo dentro de ella, restaurando el fuego turbulento en su interior. Ella acarició sus pantorrillas con sus pies, levantando sus caderas en un estremecimiento femenino, y entonces él estaba moviéndose, y ella estaba moviéndose, y algo cambió en su interior, estirándose y apretándose hasta que ya no pudo soportarlo, y entonces...

—¡Ooooh! —Dejó escapar un pequeño grito mientras el mundo explotaba a su alrededor, y lo agarró, apretando sus hombros tan fuerte que se levantó de la cama.

—Oh, Dios mío —jadeó él—. Oh, Dios mío, oh... —Con un empuje final él gritó, sacudiéndose hacia adelante y luego colapsando finalmente mientras se derramaba dentro de ella.

*Estaba hecho*, pensó Anne soñadoramente. Estaba hecho, y su vida finalmente estaba empezando.

Más tarde esa noche, Daniel yacía sobre su costado, inclinándose sobre su hombro con su cabeza apoyada en su mano mientras jugaba ociosamente con las hebras sueltas del cabello de Anne. Ella estaba dormida... o al menos él creía que lo estaba. Si no, estaba siendo extraordinariamente indulgente, permitiéndole acariciar los suaves rizos, maravillándose ante la manera en que la luz de la vela parpadeaba reflejándose en cada hebra.

No se había dado cuenta que su cabello fuera tan largo. Cuando lo tenía agarrado, con las horquillas y peinetas y todo lo demás que las mujeres solían usar, parecía como cualquier otro moño de cabello. Bueno, cualquier otro





moño de cabello cuando lo llevaba una mujer tan hermosa que hacía que su corazón se detuviera.

Pero bajo eso, su cabello era glorioso. Derramado sobre sus hombros como una manta de mar, ondulándose en ondas suaves y lujosas que terminaban en la parte superior de sus pechos.

Se permitió una sonrisa traviesa. Le gustaba que su cabello no cubriera sus pechos.

—¿Por qué estás sonriendo? —murmuró ella, su voz apagada y perezosa por el sueño.

—Estás despierta —dijo él.

Ella dejó escapar un pequeño maullido mientras se estiraba, y él observó felizmente mientras la sábana se deslizaba de su cuerpo.

—¡Oh! —gimió, tirándola hacia arriba de nuevo.

Él cubrió su mano con la suya, halándola hacia abajo.

—Me gustas de esa manera —murmuró roncamente.

Ella se sonrojó. Estaba demasiado oscuro para ver el rosa en su piel, pero sus ojos miraron hacia abajo solo por un momento, como siempre hacían cuando estaba avergonzada. Y entonces él sonrió otra vez porque ni siquiera se había dado cuenta que conocía eso de ella.

Le gustaba saber cosas sobre ella.

—No me dijiste por qué estabas sonriendo —dijo ella, subiendo suavemente la sábana otra vez y empujándola bajo su brazo.

—Estaba pensando —dijo él—, que me gusta bastante que tu cabello no sea lo suficientemente largo como para cubrir tus pechos.

Esta vez sí la vio sonrojarse, incluso en la oscuridad.

—Tú preguntaste —murmuró.





Cayeron en un silencio sociable, pero pronto Daniel vio líneas de preocupación empezar a formarse en la frente de Anne. No estuvo sorprendido cuando ella preguntó, suavemente:

—¿Qué pasa ahora?

Él sabía qué estaba preguntando, pero no quería contestar. Acurrucados en su cama con el dosel colgando alrededor de ellos, era fácil fingir que el resto del mundo no existía. Pero la mañana llegaría demasiado pronto, y con ella, todos los peligros y crueldades que la había llevado a este punto.

—Le haré una visita a Sir George Chervil —dijo finalmente—. Confío en que no será difícil determinar su dirección.

—¿Adónde iré? —susurró ella.

—Te quedarás aquí —dijo Daniel firmemente. Apenas podía creer que ella pensara que le permitiría ir a algún otro lugar.

—¿Pero qué le dirás a tu familia?

—La verdad —dijo él. Luego, cuando sus ojos se abrieron con asombro, rápidamente agregó—: Un poco de ella. No hay necesidad que sepan precisamente dónde dormiste esta noche, pero tendré que decirle a mi madre y hermana cómo llegaste hasta aquí sin nada más que un cambio de ropa. A menos que puedas pensar en una historia razonable.

—No —concordó ella.

—Honoría puede prestarte ropa, y con mi madre aquí como chaperona, no será ningún inconveniente para que seas instalada en una de nuestras habitaciones de invitados.

Por una fracción de segundo ella pareció querer protestar, o quizás sugerir un plan alternativo. Pero al final asintió.

—Buscaré una licencia especial justo después de que vea a Chervil —dijo Daniel.





—¿Una licencia especial? —repitió Anne—. ¿No es algo terriblemente extravagante?

Él se acercó un poco más.

—¿De verdad crees que voy a ser capaz de esperar durante un periodo de compromiso apropiado?

Ella empezó a sonreír.

—¿De verdad crees que tú puedes esperar? —agregó roncamente.

—Me has convertido en una lasciva —susurró ella.

La empujó contra él.

—No puedo reunir suficiente voluntad para quejarme.

Mientras la besaba, la escuchó susurrar:

—Yo tampoco puedo.

Todo estaría bien con el mundo. Con una mujer como esta en sus brazos, ¿cómo podía ser de otra manera?



# Capítulo 20

*Traducido por Lizzie, yanli y electra*

*Corregido por Akanet*

**A**l día siguiente, después de conseguir acomodar a Anne apropiadamente como una invitada con su familia, Daniel se dispuso a hacer una visita a Sir George Chervil.

Como era de esperar, no fue difícil encontrar su dirección. Vivía en Marylebone, no lejos de la residencia de su suegro en Portman Square. Daniel sabía quién era el Vizconde Hanley, de hecho, Daniel había estado en Eton, al mismo tiempo que dos de los hijos de Hanley. La conexión no era muy profunda, pero la familia sabría quién era él. Si Chervil no recapacitaba de su manera de pensar con la velocidad adecuada, Daniel tenía plena confianza en que una llamada a su suegro, quien sin duda controlaba los hilos del dinero, incluyendo las escrituras de la poco ordenada casa Marylebone en cuyos escalones ahora Daniel estaba subiendo, haría el truco.

Unos momentos después de llamar a la puerta principal, Daniel fue conducido a una sala de estar decorada en tonos apagados de verde y dorado. Unos minutos más tarde, una mujer entró. Por su edad y atuendo, solo podía deducir que era Lady Chervil, la hija del Vizconde con la que George Chervil había elegido casarse en lugar de Anne.

—Milord —dijo Lady Chervil, ofreciéndole una elegante reverencia. Ella era muy bonita, con ligeros rizos castaños y piel clara como duraznos con



crema. No podía compararse con la dramática belleza de Anne, pero, de nuevo, pocas podrían. Y Daniel era, tal vez, un poco parcial.

—Lady Chervil —dijo en respuesta. Parecía sorprendida por su presencia, y más que un poco curiosa. Su padre era un Vizconde, por lo que debía estar acostumbrada a recibir visitantes de alto rango, pero al mismo tiempo, se imaginó que había pasado algún tiempo desde que un Conde requiriera de su presencia en su propia casa, sobre todo desde que había sido sólo recientemente que su marido se había convertido en un baronet.

—He venido a requerir la presencia de su marido —le dijo Daniel.

—Me temo que no está en casa ahora mismo —dijo—. ¿Hay algo con lo que pueda ayudarle? Me sorprende que mi marido no mencionara su conexión.

—No hemos sido presentados formalmente —explicó Daniel. No parecía haber ninguna razón para pretender lo contrario; Chervil lo haría más claro cuando regresara a casa y su esposa mencionara que el conde de Winstead había venido de visita.

—Oh, lo siento mucho —dijo ella, no es que ahí hubiera nada por lo que disculparse. Pero ella parecía la clase de mujer que decía *lo siento* cuando no estaba segura de qué más decir—. ¿Hay algo con lo que yo podría ayudarle? Oh, lo siento mucho, ya le pregunté, ¿no es cierto? —Ella hizo un gesto a una zona de estar—. ¿Le importaría sentarse? Puedo hacer que le traigan té de inmediato.

—No, gracias —dijo Daniel. Era un esfuerzo mantener sus modales corteses, pero sabía que esta mujer no tenía ninguna culpa de lo que le había pasado a Anne. Probablemente nunca había oído hablar de ella.

Se aclaró la garganta.

—¿Sabe cuando se espera que regrese su marido?

—No creería que tarde demasiado —respondió ella—. ¿Le gustaría esperar?

En realidad no, pero Daniel no vio otra alternativa, así que le dio las gracias y tomó asiento. El té fue traído, y más conversación simple fue hecha, intercalada con largas pausas y miradas sin disimular al reloj de la chimenea. Trató de distraerse con pensamientos de Anne, y lo que debía estar haciendo en ese preciso momento.

Mientras estaba tomando el té, ella estaba probándose ropa la prestada por Honoria.

Mientras estaba tamborileando con los dedos impacientemente contra su rodilla, ella estaba sentada a la mesa con su madre, que tuvo, para gran orgullo y alivio de Daniel, no más que un pestañeo cuando anunció que planeaba casarse con la señorita Wynter, y oh, por cierto, ella se quedaría en Winstead House como su invitada, ya que no podría muy bien continuar como institutriz de los Pleinsworth.

—¿Lord Winstead?

Él levantó la vista. Lady Chervil tenía su cabeza inclinada hacia un lado y parpadeaba expectante. Le había claramente hecho una pregunta, una que no había oído. Afortunadamente, ella era el tipo de mujer en la que los buenos modales habían sido inculcados desde su nacimiento, y por eso no prestaba ninguna atención a su desliz, en su lugar diciendo, y presumiblemente repitiendo:

—Debe estar terriblemente emocionado por la próxima boda de su hermana —Ante su mirada en blanco, agregó—: Lo leí en el periódico, y por supuesto que asistí a las encantadoras veladas musicales de su familia cuando estaba teniendo mi temporada.

Daniel se preguntó si eso significaba que ya no estaba recibiendo invitaciones. Así lo esperaba. El pensamiento de George Chervil sentado en su casa le puso la piel de gallina.

Se aclaró la garganta, tratando de mantener una expresión agradable.

—Sí, y mucho. Lord Chatteris ha sido un amigo íntimo desde la infancia.

—Qué encantador para usted, entonces, que él ahora será su hermano.

Ella sonrió, y Daniel fue alcanzado por una pequeña flecha de inquietud. Lady Chervil parecía ser una mujer muy agradable, alguien con quien su hermana, o Anne, serían agradables si no se hubiera casado con Sir George. Ella era inocente de todo, salvo por haberse casado con un sinvergüenza, que iba a hacer añicos su vida por completo.

—Él está en mi casa ahora mismo —dijo Daniel, tratando de calmar su inquietud al ofrecerle un poco más de conversación encantadora—. Creo que ha sido arrastrado para ayudar a la planificación de la boda.

—Oh, qué encantador.

Él le dirigió una inclinación de cabeza, aprovechando la oportunidad para jugar el juego de *¿Qué-debe-estar-haciendo-Anne-ahora?* Él esperaba que ella estuviera con el resto de su familia, ofreciendo su opinión sobre el lavanda-azul y el azul-lavanda, la flores y encajes y todo lo que entraba en una celebración familiar.

Se merecía una familia. Después de ocho años, ella merecía sentirse como si perteneciera a una.

Daniel miró el reloj en la chimenea otra vez, tratando de ser un poco más discreto. Había estado allí una hora y media. Seguramente Lady Chervil estaba cada vez más inquieta. Nadie permanecía en una sala de estar por una hora y media, esperando a que alguien llegara a casa. Los dos sabían que el decoro dictaba que ofreciera su tarjeta y se marchara.

Pero Daniel no estaba moviéndose.

Lady Chervil sonrió con torpeza.

—En verdad, no pensé que Sir George se fuera por tanto tiempo. No me puedo imaginar lo que lo entretiene.



—¿A dónde fue? —preguntó Daniel. Era una pregunta intrusiva, pero después de noventa minutos de charla, ya no parecía importarle.

—Creo que fue al médico —dijo Lady Chervil—. Por su cicatriz, ya sabe. —Ella levantó la vista—. Oh, usted dijo que no habían sido presentados. Él tiene... —Ella hizo un gesto hacia su cara con una expresión triste—. Él tiene una cicatriz. Fue un accidente de equitación, justo antes de que nos casáramos. Creo que le da un aspecto elegante, pero siempre está tratando de minimizarlo.

Algo inquietante comenzó a enturbiar la boca del estómago de Daniel.

—¿Fue a ver a un médico? —preguntó.

—Bueno, creo que sí —respondió Lady Chervil—. Cuando salió esta mañana, dijo que iba a ver a alguien acerca de su cicatriz. Yo supuse que era el médico. ¿A quién si no iba a ver?

*Anne.*

Daniel se puso de pie tan rápido que volcó la tetera, enviando corrientes de agua tibia sobre la mesa.

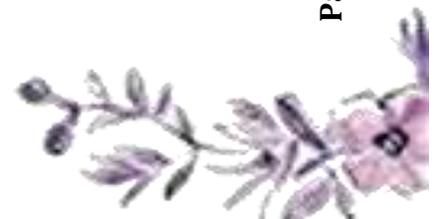
—¿Lord Winstead? —preguntó Lady Chervil, su voz mezclada con alarma. Ella se puso de pie, también, corriendo tras él mientras caminaba hacia la puerta—. ¿Pasa algo malo?

—Le pido me disculpe —dijo. No tenía tiempo para sutilezas. Él ya se había sentado aquí durante noventa malditos minutos, y solo Dios sabía lo que estaba planeando Chervil.

O lo que ya había hecho.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó ella, corriendo tras él mientras se dirigía a la puerta principal—. ¿Tal vez pueda transmitir un mensaje a mi marido?

Daniel dio la vuelta.





—Sí —dijo, y no reconoció su propia voz. El terror lo había puesto inestable; la rabia lo hacía audaz—. Puede decirle que si toca un cabello en la cabeza de mi prometida, yo personalmente me encargare de que su hígado sea extraído a través de su boca.

Lady Chervil se puso muy pálida.

—¿Entiende?

Ella asintió vacilante con la cabeza.

Daniel la miró fijamente. Con fuerza. Estaba aterrorizada, pero eso no era nada comparado con lo que Anne sentiría si estaba en las garras de George Chervil. Dio otro paso hacia la puerta, luego se detuvo.

—Una cosa más —dijo—. Si él viene a casa esta noche con vida, le sugiero que tenga una charla con él sobre su futuro aquí en Inglaterra. Es posible que encuentre más cómoda la vida en otro continente. Bueno día, Lady Chervil.

—Buen día —dijo. Luego se desmayó.

—¡Anne! —gritó Daniel mientras corría hacia el vestíbulo de Winstead House—. ¡Anne!

Poole, el mayordomo desde hace mucho tiempo en Winstead House, se materializó como de la nada.

—¿Dónde está la señorita Wynter? —exigió Daniel, luchando por respirar. Su carruaje se había estancado en el tráfico, y había corrido los últimos minutos del viaje, corriendo por las calles como un loco. Fue un milagro que no hubiera sido arrollado por un coche.

Su madre salió de la sala, seguida por Honoria y Marcus.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. Daniel, ¿qué en la tierra...?

—¿Dónde está la señorita Wynter? —jadeó, todavía respirando con dificultad en busca de aire.





—Ella salió —dijo su madre.

—¿Salió? ¿Ella *salió*? —¿Por qué diablos iba a hacer eso? Sabía que tenía que permanecer en Winstead House hasta que regresara.

—Bueno, eso es lo que entiendo. —Lady Winstead miró por encima del hombro al mayordomo para obtener ayuda—. No estaba aquí.

—La señorita Wynter tuvo una visita —dijo Poole—. Sir George Chervil. Se fue con él hace una hora. Quizá dos.

Daniel se volvió hacia él con horror.

—¿Qué?

—A ella no parecía importarle su compañía —comenzó Poole.

—Bueno, entonces, por qué en la tierra ella...

—Él estaba con Lady Frances.

Daniel dejó de respirar.

—¿Daniel? —dijo su madre con creciente preocupación—. ¿Qué está sucediendo?

—¿Lady Frances? —repitió Daniel, todavía mirando a Poole.

—¿Quién es Sir George Chervil? —preguntó Honoria. Ella miró a Marcus, pero él sacudió su cabeza.

—Ella estaba en su carruaje —le dijo Poole a Daniel.

—¿Frances?

Poole asintió.

—Sí.

—¿Y la señorita Wynter tomó su palabra sobre esto?



—No lo sé, milord —dijo el mayordomo—. Ella no me lo confió. Pero salió a la acera con él, y luego entró en el carruaje. Pareció hacerlo por su propia voluntad.

—Infierno sangriento — maldijo Daniel.

—Daniel —dijo Marcus, su voz sólida como la roca y constante en una habitación que estaba girando—. ¿Qué está sucediendo?

Daniel le había dicho a su madre algo del pasado de Anne esa mañana; Ahora les conto a todos ellos el resto.

La sangre abandonó la cara de Lady Winstead, y cuando ella agarró la mano de Daniel, se sentía como un agarre de pánico.

—Debemos ir a decirle a Charlotte —dijo, apenas capaz de hablar.

Daniel asintió lentamente, intentando pensar. ¿Cómo había llegado Chervil a Frances? Y donde él...

—¡Daniel! —casi gritó su madre —. ¡Debemos ir a decirle a Charlotte ahora! ¡Ese loco tiene a su hija!

Daniel salió violentamente de sus pensamientos.

—Sí —dijo—. Sí, inmediatamente.

—Yo también voy. —Marcus se volvió hacia Honoria—. ¿Te quedarás? Alguien debe permanecer aquí en el caso de que la señorita Wynter regrese.

Honoria asintió.

—Vamos —dijo Daniel. Salieron corriendo de la casa, Lady Winstead ni siquiera se molestó en ponerse una capa. El carruaje que Daniel había abandonado cinco minutos antes había llegado, y entonces puso a su madre en el interior con Marcus y echó a correr. Era solo medio kilómetro, y si las carreteras estaban atascadas con tráfico, él podría llegar a Pleinsworth House más rápido a pie.





Llegó un momento antes que el carruaje, respirando con dificultad mientras subía corriendo los escalones de Pleinsworth House. Golpeó la aldaba tres veces y estaba estirándose para el cuarto cuando Granby abrió la puerta, se aparto rápidamente a un lado cuando Daniel prácticamente se desplomó dentro.

—Frances —jadeó.

—Ella no está aquí —le dijo Granby.

—Lo sé. ¿Sabe dónde...

—¡Charlotte! —Su madre gritó, tirando de sus faldas hasta más arriba de los tobillos mientras corría escaleras arriba. Se volvió hacia Granby con ojos salvajes—. ¿Dónde está Charlotte?

Granby hizo un gesto hacia la parte posterior de la casa.

—Creo que está viendo su correspondencia. En el...

—Estoy aquí —dijo Lady Pleinsworth, apresurándose a salir de una habitación—. Por todos los cielos, ¿qué está sucediendo? Virginia, luces...

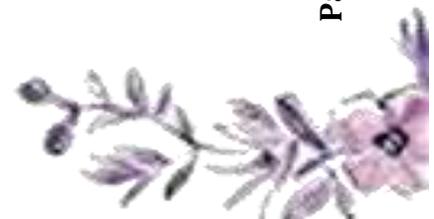
—Es Frances —dijo Daniel lúgubrementemente—. Pensamos que puede haber sido secuestrada.

—¿Qué? —Lady Pleinsworth lo miro y luego a su madre, y luego finalmente a Marcus, que estaba de pie en silencio junto a la puerta—. No, eso no puede ser —dijo, sonando mucho más confundida que preocupada—. Ella está justo... —se volvió hacia Granby—. ¿No fue a dar un paseo con la nana Flanders?

—Ellas aún no han regresado, milady.

—Pero seguramente no han estado ausentes por tanto tiempo como para causar preocupación. La nana Flanders ya no se mueve muy rápidamente, por lo que les tomará algún tiempo conseguir rodear el parque.

Daniel intercambió una mirada sombría con Marcus antes de decirle a Granby:



—Alguien tiene que ir a buscar a la enfermera.

El mayordomo asintió.

—Enseguida.

—Tía Charlotte —comenzó Daniel, y luego, relató los acontecimientos de la tarde. Le dio solo una muy breve reseña de los antecedentes de Anne; habría tiempo para eso más tarde. Pero no tardó mucho tiempo en contarle lo suficiente para que su rostro palideciera.

—Este hombre... —dijo, su voz temblando de terror—. Este loco... ¿Crees que tiene a Frances?

—Anne nunca hubiera ido con él de lo contrario.

—Oh, Santo Dios. —Lady Pleinsworth se tambaleó inestablemente sobre sus pies. Daniel la ayudó rápidamente a ir hasta una silla—. ¿Qué haremos? —le preguntó—. ¿Cómo podemos encontrarlos?

—Volveré a la casa de Chervil —dijo—. Es la única...

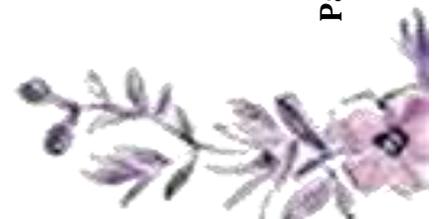
—¡Frances! —gritó lady Pleinsworth.

Daniel se giró justo a tiempo para ver a Frances llegar velozmente cruzando el salón y lanzarse a los brazos de su madre. Estaba polvorienta y sucia, y su vestido estaba roto. Pero no parecía haber sido herida, al menos no deliberadamente.

—Oh, mí querida niña —sollozó Lady Pleinsworth, aferrando a Frances hacia ella con manos frenéticas—. ¿Qué pasó? Oh, querido Dios, ¿te han herido? —Ella tocó sus brazos, hombros y luego finalmente bañó su pequeña carita con besos.

—¿Tía Charlotte? —dijo Daniel, tratando de mantener la urgencia fuera de su voz—. Lo siento, pero realmente necesito hablar con Frances.

Lady Pleinsworth se volvió hacia él con ojos furiosos, escudando a su hija con su cuerpo.



—Ahora no —gruñó ella—. Ha pasado por un susto. Necesita bañarse y comer, y...

—Es mi única esperanza...

—¡Ella es una niña!

—¡Y Anne podría morir! —casi rugió.

La sala quedó silenciosa, y por detrás de su tía, Daniel escuchó la voz de Frances.

—Él tiene a la señorita Wynter.

—Frances —dijo, estirándose para tomar sus manos y tirar de ella hacia un banco—. Por favor, debes decirme todo. ¿Qué pasó?

Frances tomó unas cuantas respiraciones profundas y miró a su madre, quien le dio un breve asentimiento de aprobación.

—Estaba en el parque —dijo—, y la nana se había dormido en el banco. Ella lo hace casi todos los días. —Miró hacia atrás a su madre—. Lo siento, mamá. Debí haberte dicho, pero se está poniendo tan vieja y está cansada en la tarde, y creo que es una distancia considerable para ella caminar al parque.

—Está bien, Frances —dijo Daniel, tratando de mantener la urgencia fuera de su voz—. Solo cuéntanos que sucedió después.

—No estaba prestando atención. Estaba jugando uno de mis juegos de unicornios —explicó, y miró a Daniel como si supiera que él lo entendería—. Me había alejado galopando bastante de donde estaba la nana. —Se volvió hacia su madre, su expresión seria—. Pero aún habría sido capaz de verme. Si estuviera hubiera estado despierta.

—¿Entonces qué paso? —la instó Daniel.

Frances lo miró con la más desconcertada expresión.





—No lo sé. Alcé la mirada, y ella se había ido. No sé qué pasó con ella. La llamé varias veces, y luego fui al estanque donde le gusta alimentar a los patos, pero no estaba allí y entonces...

Ella comenzó a temblar descontroladamente.

—Eso es suficiente —dijo Lady Pleinsworth, pero Daniel le disparó una mirada de súplica. Sabía que esto era desconcertante para Frances, pero tenía que hacerse. Y sin duda su tía se daría cuenta de que Frances estaría mucho más molesta si Anne fuera asesinada.

—¿Que sucedió después? —preguntó Daniel suavemente.

Frances tragó convulsivamente, y se abrazó sus brazos a su pequeño cuerpo.

—Alguien me agarró. Y puso algo en mi boca que sabía horrible y lo siguiente que supe fue que estaba en un carruaje.

Daniel compartió una mirada preocupada con su madre. Junto a ella, Lady Pleinsworth había comenzado a llorar silenciosamente.

—Probablemente fue láudano —le dijo a Frances—. Fue muy, muy malo que alguien forzara eso sobre ti, pero no te hará daño.

Ella asintió.

—Me sentí rara, pero no ahora.

—¿Cuando viste por primera vez a la señorita Wynter?

—Fuimos a tu casa. Quería salir, pero el hombre... —Ella miró a Daniel como si recién entonces recordara algo muy importante—. Tenía una cicatriz. Una realmente grande. En toda su cara.

—Lo sé —dijo suavemente.

Ella lo miró con ojos enormes, curiosos, pero no le preguntó.





—No pude lograr salir del carruaje —dijo—. Amenazó con hacerle daño a la señorita Wynter si lo hacía. E hizo que su conductor me vigilara, y no lucía muy agradable.

Daniel se obligó a calmar su furia. Tenía que haber un lugar especial en el infierno para las personas que le hacían daño a los niños. Pero logró mantener la calma mientras dijo:

—¿Y luego la señorita Wynter salió?

Frances asintió.

—Ella estaba muy enojada.

—Estoy seguro de que lo estaba.

—Ella le gritó y él le gritó a ella, y no entendía la mayor parte de lo que estaban hablando, excepto que ella estaba muy pero muy enfadada con él por tenerme en el coche.

—Ella estaba tratando de protegerte —dijo Daniel.

—Lo sé —dijo Frances con suavidad—. Pero... creo... creo que ella pudo haber sido la causa de su cicatriz. —Ella miró a su madre con una expresión torturada—. No creo que la señorita Wynter haría algo como eso, pero él seguía hablando de eso y estaba muy enojado con ella.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Daniel—. La señorita Wynter se estaba defendiendo.

—¿Por qué? —susurró Frances.

—No importa —dijo con firmeza—. Lo que importa es lo que pasó hoy, y lo que podemos hacer para salvarla. Has sido muy valiente. ¿Cómo escapaste?

—La señorita Wynter me empujó fuera del carruaje.





—¿Qué? —chilló Lady Pleinsworth, pero Lady Winstead la detuvo cuando ella trató de avanzar hacia adelante.

—No iba muy rápido —dijo Frances a su madre—. Solo me dolió un poco cuando me golpeé en el suelo. La señorita Wynter me había susurrado que me acurrucara como una pelota cuando cayera al suelo.

—Oh Dios mío —sollozó lady Pleinsworth—. Oh mi bebé.

—Estoy bien mamá —dijo Frances, y Daniel estaba impresionado con su capacidad de recuperación. Había sido secuestrada y luego tirada de un carruaje, y ahora *estaba* consolando a su madre—. Creo que la señorita Wynter escogió ese punto porque no estaba muy lejos de casa.

—¿Dónde? —preguntó Daniel con urgencia—. ¿Dónde estaban, exactamente?

Frances parpadeó.

— Crescent Park. En el otro extremo.

Lady Pleinsworth exclamó entre lágrimas:

—¿Viniste toda esa distancia por ti misma?

—No es tan lejos mamá.

—¡Pero todo el camino a través de Marylebone! —Lady Pleinsworth se volvió hacia Lady Winstead—. Ella anduvo todo el camino a través de Marylebone por su cuenta. ¡Es solo una niña!

—Frances —preguntó Daniel con urgencia—. Tengo que preguntarte. ¿Tienes alguna idea de a dónde puede estar llevando Sir George a la señorita Wynter?

Frances negó con la cabeza y sus labios temblaron.





—No, no estaba prestando atención. Estaba muy asustada, y la mayoría del tiempo se estaban gritando el uno al otro, y entonces él le pegó a la señorita Wynter...

Daniel se detuvo para obligarse a respirar.

—...y entonces yo estaba aún más alterada, pero él dijo —Frances levantó bruscamente la cabeza, con los ojos muy abiertos por la excitación—. Recuerdo algo. Mencionó el Heath.

—Hempstead —dijo Daniel

—Sí, creo que sí. El no dijo eso específicamente, pero se dirigían en esa dirección ¿no es verdad?

—Si estaban en Crescent Park, si.

—Él también dijo algo sobre conseguir una habitación.

—¿Una habitación? — repitió Daniel.

Frances asintió vigorosamente.

Marcus, que había permanecido en silencio durante todo el interrogatorio, se aclaró la garganta.

—Podría ser que la lleve a una posada.

Danile lo miró, asintió con la cabeza, luego se volvió hacia su joven prima.

— Frances, ¿Crees que reconocerías el carruaje?

—Si —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. Realmente lo haría.

—¡Oh, no! —vociferó lady Pleinsworth—. Ella no va a ir contigo en busca de un loco.

—No tengo otra opción —le dijo Daniel.



—Mamá, quiero ayudar —suplicó Frances—. Por favor, quiero a la señorita Wynter.

—Yo también —dijo Daniel en voz baja.

—Iré contigo —dijo Marcus, y Daniel le dio una mirada de profunda gratitud.

—¡No! —dijo lady Pleinsworth—. Esto es una locura. ¿Qué crees que vas hacer?, dejar que ella monte sobre tu espalda mientras que tu vas penosamente a alguna posada. Lo siento, pero no lo puedo permitir...

—Él puede traer escoltas —la interrumpió la madre de Daniel.

Lady Pleinsworth se volvió hacia ella con sorpresa.

—Virginia.

—Soy una madre también —dijo Lady Winstead—. Y si algo le pasa a la señorita Wynter... —Su voz se redujo a un susurro—. Mi hijo estará destrozado.

—¿Quisieras que arriesgue a mi hija por el tuyo?

—¡No! —Lady Winstead tomó con ferocidad ambas manos de su cuñada en las suyas—. Nunca haría eso. Sabes eso, Charlotte. Pero si lo hacemos correctamente, no creo que Frances vaya a estar en peligro.

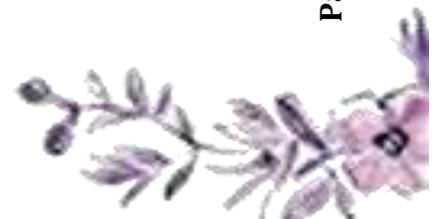
—No —dijo lady Pleinsworth—. No puedo aceptarlo. No voy a arriesgar la vida de mi hija...

—Ella no va a dejar el carruaje —dijo Daniel—. Puedes venir también.

Y entonces... él vio en su rostro... que estaba empezando a ceder.

Tomó su mano. —Por favor, tía Charlotte.

Ella tragó saliva, su garganta atrapando un sollozo. Y entonces, por fin ella asintió.





Daniel casi se hundió con alivio. No había encontrado a Anne todavía, pero Frances era su única esperanza, y si su tía le hubiera prohibido que lo acompañara a Hampstead, todo se habría perdido.

—No hay tiempo que perder —dijo Daniel. Se volvió hacia su tía—. Hay espacio para cuatro en mi carruaje. ¿Qué tan rápido puedes tener un coche preparado para seguirnos? Necesitaremos asientos para cinco de regreso.

—No —dijo su tía—. Llevaremos nuestro coche. Tiene capacidad para seis, pero lo más importante, es que soportará a los escoltas. No te estoy permitiendo llevar a mi hija en ningún lugar cerca de ese loco sin guardias armados en el carruaje.

—Como desees —dijo Daniel. Él no podía discutir. Si tuviera una hija, sería igual de ferozmente protector.

Su tía se dirigió a uno de los lacayos que había sido testigo de toda la escena. Has que lo traigan al frente de una vez.

—Sí, señora —dijo antes de partir a la carrera.

—Ahora habrá sitio para mí —anunció lady Winstead.

Daniel miró a su madre.

—¿Tú también vienes?

—Mi futura nuera está en peligro. ¿Me tendrías en algún otro lugar?

—Bien —accedió Daniel. Porque había poco sentido en discutir. Si era suficientemente seguro para Frances, ciertamente era suficientemente seguro para su madre. Aún así...

—No vas a entrar —dijo Daniel con severidad.

—No soñaría con eso. Tengo habilidades, pero no incluyen luchar contra locos con armas. Estoy segura de que solo me pondría en el camino.



Mientras se apresuraron a salir para esperar el carruaje, sin embargo, un carruaje dobló la esquina de la plaza a una velocidad muy rápida. Fue solo debido a las habilidades del conductor, Hugh Prentice, Daniel se dio cuenta con impresión, que no se volcó.

—¿Qué diablos? —Daniel caminó hacia adelante, tomando las riendas mientras Hugh se bajaba torpemente.

—Tu mayordomo me dijo que estabas aquí —dijo Hugh—. He estado buscándote todo el día.

—Llamó a Winstead House más temprano —dijo su madre—. Antes de que la señorita Wynter se fuera. Ella dijo que no sabía dónde estabas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Daniel a Hugh. Su amigo, cuyo rostro normalmente era una máscara impasible, estaba fuertemente apretado por la preocupación.

Hugh le entregó un pedazo de papel.

—Recibí esto.

Daniel leyó rápidamente la misiva. La letra era limpia y ordenada, con un ángulo masculino en las letras. *Tenemos un enemigo en común*, decía, y luego daba instrucciones para dejar una respuesta en una taberna en Marylebone.

—Chervil —dijo Daniel en voz baja.

—Entonces ¿sabes quien escribió esto? —preguntó Hugh.

Daniel asintió. George Chervil probablemente no sabía que él y Hugh no eran, y nunca habían sido, enemigos. Pero había muchos chismes que podrían llevar a alguien a esa conclusión.

Rápidamente relató los acontecimientos del día a Hugh, quién levantó la vista al carruaje Pleinsworth mientras se acercaba y dijo:

—Tienes lugar para uno más.



—No es necesario —dijo Daniel.

—Yo voy —dijo Hugh—. Puede que no sea capaz de correr, pero soy un maldito buen tirador.

En ese momento, Daniel y Marcus giraron la cabeza hacia él con incredulidad.

—Cuando estoy sobrio —aclaró Hugh, que tuvo la gracia de ruborizarse. Un poco. Daniel dudaba que sus mejillas supieran hacer algo más que eso.

—Y lo estoy —agregó Hugh, obviamente sintiendo la necesidad de aclarar eso.

—Entra —dijo Daniel, señalando con la cabeza hacia el carruaje. Se sorprendió de que Hugh no hubiera notado...

—Vamos a poner a lady Frances en el regazo de su madre en el camino a casa para hacerle espacio a la señorita Wynter —dijo Hugh

No importa, Hugh notaba todo.

—Vámonos —dijo Marcus. Las señoras ya estaban en el carruaje, y Marcus tenía un pie en el escalón.

Era una extraña banda de rescatistas, pero mientras el carruaje salía corriendo, cuatro lacayos armados servían como escoltas, Daniel no podía dejar de pensar que su familia era maravillosa. Lo único que podría hacerlo mejor sería Anne, a su lado y con su apellido.

Solo podía rezar para que llegaran a Hampstead a tiempo.





# Capítulo 21

*Traducido por Vero, Lizzie y Mari NC*

*Corregido por La BoHeMiK*

Anne, en su vida, había conocido momentos de terror. Cuando había apuñalado a George y se dio cuenta de lo que había hecho. Eso había sido paralizante. Cuando el carruaje de Daniel había corrido salvajemente y se sintió a sí misma navegando a través del aire después de ser despedida del vehículo. Eso, también, había sido aterrador. Pero nada —nada— alguna vez se había comparado o se compararía con el momento en que se dio cuenta que los caballos que tiraban del carro de George Chervil habían desacelerado a un paseo; Anne se había inclinado hacia abajo y le había susurrado a Frances.

—¡Corre a casa!

Y entonces, antes de que hubiera tenido la oportunidad de cuestionarse a sí misma, abrió la puerta del carruaje y empujó fuera a Frances, gritando que se acurrucase como una pelota cuando golpeará el suelo. Tuvo solo un segundo para asegurarse de que Frances se ponía de pie antes de que George la tirara de vuelta dentro del carruaje y le diera una bofetada en la cara.

—No creas que me puedes superar —dijo entre dientes.

—Tu guerra es conmigo —le espetó—, no con esa niña.

Él se encogió de hombros.

—No la habría lastimado.





Anne no estaba tan segura de que le creía. En este momento, George estaba tan obsesionado con arruinar a Anne, que no podía ver más allá de las próximas horas. Pero eventualmente, una vez que la rabia en su sangre se hubiera enfriado, se daría cuenta de que Frances podría identificarlo. Y mientras pensara que podía salirse con la suya hiriendo —o incluso matando— a Anne, todavía tenía que saber que el secuestro de la hija de un Conde no sería tratado tan a la ligera.

—¿Adónde me estás llevando? —preguntó Anne.

Levanto las cejas.

—¿Importa?

Sus dedos apretaron el asiento del carro.

—No vas a salirte con la tuya en esto, sabes —dijo ella—. Lord Winstead tendrá tu cabeza.

—¿Tu nuevo protector? —se burló—. No va a ser capaz de probar nada.

—Bueno, está... —Ella se detuvo antes de recordarle que Frances podría reconocer su rostro. La cicatriz se encargaría de eso.

Pero George estuvo inmediatamente desconfiado de una frase sin terminar.

—¿Está qué? —exigió.

—Estoy yo.

Los labios se torcieron en una cruel sonrisa de burla.

—¿Si?

Sus ojos se abrieron con horror.

—Bueno, estás —murmuró—. Pero ya no estarás más.



Entonces, así que planeaba matarla. Anne suponía que no debería estar sorprendida.

—Pero no te preocupes —añadió George, casi casualmente—. No será rápido.

—Estás loco —le susurró Anne.

Él la agarró, sus dedos capturando la tela de su blusa y tirando de ella hasta que estuvieron casi nariz con nariz.

—Si lo estoy —dijo entre dientes—, es por tu culpa.

—Tú trajiste esto sobre ti mismo —replicó ella.

—¿En serio? —escupió, tirando de ella hacia atrás contra la pared del fondo del carruaje—. Yo hice esto. —Indicó con sarcasmo a su cara—. Tomé un cuchillo y me corté a mí mismo, haciendo un monstruo de...

—¡Sí! —gritó ella—. ¡Tú lo hiciste! Eras un monstruo antes de que te tocara. Yo solo estaba tratando de defenderme.

Él resopló con desdén.

—Tú ya te habías abierto de piernas para mí. No se llega a decir que no después de haberlo hecho una vez.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿De verdad lo crees?

—Te gustó la primera vez.

—¡Pensé que me amabas!

Se encogió de hombros.

—Esa es tu estupidez, no la mía. —Pero luego se volvió bruscamente, mirándola con una expresión que se acercaba a la alegría—. Oh, no —dijo, sonriendo con la peor especie de alegría malsana—. Lo hiciste de nuevo, ¿no?





Dejaste que Winstead te abriera de piernas. *Tsk tsk tsk*. Oh, Annie, ¿no has aprendido nada?

—Me pidió que me casara con él —dijo, entrecerrando los ojos.

George soltó una carcajada estridente.

—¿Y tú le creíste?

—Dije que sí.

—Estoy seguro de que pensaste que lo hiciste.

Anne trató de tomar una respiración profunda, pero sus dientes estaban apretados juntos con tanta fuerza que se sacudió cuando trató de tomar aire. Estaba tan... malditamente... enojada. Había desaparecido el miedo, el temor, la vergüenza. En su lugar lo único que sentía era la furia hirviendo en su sangre. Este hombre había robado ocho años de su vida. La había hecho temerosa y solitaria. Tomando la inocencia de su cuerpo, y había destrozado la inocencia de su espíritu. Pero esta vez, no iba a ganar.

Ella estaba finalmente feliz. No solo segura, ni siquiera contenía su sola felicidad. Amaba a Daniel, y por algún milagro él la amaba a cambio. Su futuro se extendió ante ella en encantadores amaneceres en tonos rosas y naranjas. Podía verse a sí misma, con Daniel, risas y niños. No estaba renunciando a eso. Fueran cuales fueren sus pecados, hacía tiempo que había pagado por ellos.

—George Chervil —dijo, su voz extrañamente tranquila—, eres una plaga para la humanidad.

Él la miró con cierta curiosidad, y luego se encogió de hombros, volviéndose de nuevo a la ventana.

—¿A dónde estamos yendo? —preguntó de nuevo.

—No es lejos.

Anne miró por su ventana. Se movían mucho más rápido ahora que cuando había empujado a Frances del carruaje. No reconocía la zona, pero



pensaba que se dirigían hacia el norte. O por lo menos en su mayoría hacia el norte. Habían dejado atrás, hace mucho tiempo, Regent Park, y aunque nunca había llevado a las niñas allí, sabía que estaba ubicado al norte de Marylebone.

El carruaje mantuvo su ritmo lento, solo lo suficiente en las intersecciones para que Anne leyera algunas de las señales en las tiendas. Una de ellas decía *Kentish Town*. Había oído hablar de ella. Era una villa en las afueras de Londres. George había dicho que no iban lejos, y tal vez eso era cierto. Pero aun así, Anne no creía que hubiera alguna forma de que alguien pudiera encontrarla antes de que George tratara de llevar a cabo su plan. No creía que él hubiera dicho nada delante de Frances que pudiera indicar hacia dónde se dirigían, y, en todo caso, la pobre niña sin duda sería un desastre para el momento en que llegara a su casa.

Si Anne iba a ser salvada, tendría que hacerlo por ella misma.

—Es hora de ser tu propia heroína —susurró.

—¿Qué fue eso? —dijo George en tono aburrido.

—Nada. —Pero por dentro, su cerebro estaba dando vueltas. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Había algún sentido en la planificación, o tendría que esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos? Era difícil saber cómo podría escapar sin antes ver la disposición del terreno.

George se volvió hacia ella con un recelo cada vez mayor.

—Te ves con intención de hacer algo —dijo.

Lo ignoró. ¿Cuáles eran sus debilidades? Él era vanidoso... ¿cómo podría ella usar eso a su favor?

—¿En qué estás pensando? —exigió.

Ella sonrió secretamente. No le gustaba ser ignorado, eso, también podría ser útil.

—¿Por qué te estás riendo? —gritó.



Se dio la vuelta, su expresión cuidadosamente construida para parecer como si apenas lo escuchara.

—Lo siento, ¿dijiste algo?

Sus ojos se estrecharon.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estoy haciendo? Estoy sentada en un vagón siendo secuestrada. ¿Qué estás haciendo tú?

Un músculo en su mejilla buena comenzó a temblar.

—No me hables en ese tono de voz.

Ella se encogió de hombros, acompañando el movimiento con un desdeñoso rodar de sus ojos. Él odiaría eso.

—Estás planeando algo —acusó.

Ella se encogió de hombros, decidiendo que con George, casi cualquier cosa que funcionó una vez funcionaría aún mejor la segunda vez. Tenía razón. Su rostro se puso moteado de rabia, enviando su cicatriz en agudo contraste con su blanca piel. Era horrible de ver, y sin embargo no podía apartar sus ojos de ella.

George la atrapó mirando y su agitación creció aún más.

—¿Qué estás planeando? —exigió, su mano temblando de furia cuando él la pinchó con el dedo índice.

—Nada —dijo con toda sinceridad. Nada en concreto por lo menos. En este momento lo único que estaba haciendo era llevarlo al borde. Y estaba funcionando muy bien.

Se dio cuenta de que no estaba acostumbrado a que las mujeres lo trataran con desdén. Cuando ella lo había conocido, las chicas lo habían adulado y se habían colgado de sus palabras. Ella no sabía qué tipo de atención atraía ahora, pero la verdad era que, cuando no estaba con la cara roja de furia no era



feo, incluso con su cicatriz. Algunas mujeres lo compadecerían, pero otras probablemente lo encontrarían apuesto y misterioso, incluso, con lo que parecía una valiente herida de guerra.

¿Pero desdén? No le gustaría eso, sobre todo de ella.

—Estás sonriendo de nuevo —acusó.

—No lo estoy —mintió, pero su voz era burlona.

—No trates de enfadarme —bramó, empujando su hombro otra vez con el dedo—. No me puedes ganar.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué te pasa? —rugió.

—Nada —dijo ella, porque ya se había dado cuenta de que nada le enfurecería más que su actitud calmada. Quería que ella se encogiera de miedo. Él deseaba verla sacudiéndose y quería escuchar su ruego.

Así que en su lugar se alejó de él, con los ojos firmemente en la ventana.

—Mírame —ordenó George.

Esperó un momento y luego dijo:

—No.

Su voz se convirtió en un gruñido.

—Mírame.

—No.

—¡Mírame! —gritó.

Esta vez lo hizo. Su voz había llegado a un punto de inestabilidad, y se dio cuenta de que ella ya estaba tensando los hombros, esperando un golpe. Lo miró fijamente sin decir nada.



—No puedes ganar contra mí —gruñó.

—Voy a intentarlo —dijo Anne en voz baja. Porque ella no se daba por vencida sin luchar. Y si se las arreglaba para destruirla, entonces mientras Dios era su testigo, lo llevaría hacia abajo, también.

\* \* \*

El coche Pleinsworth aceleró a lo largo de la carretera de Hampstead, el equipo de seis tirando del carro con velocidades que a menudo no se veían en la ruta. Si lo veían fuera de lugar —un coche grande, opulento y armado con escoltas a una velocidad vertiginosa— a Daniel no le importaba. Podían llamar la atención, pero no de Chervil. Estaba por lo menos una hora por delante de ellos, y si él estaba realmente yendo a una posada en Hampstead él estaría allí, ya dentro y por lo tanto era poco probable que los viera en la calle.

A menos que la habitación diera a la calle...

Daniel dejó escapar un suspiro tembloroso. Tendría que cruzar ese puente cuando llegara a él. Bien podría llegar a Anne rápidamente o furtivamente, y teniendo en cuenta lo que le había contado de Chervil, había optado por la velocidad.

—La vamos a encontrar —dijo Marcus con voz tranquila.

Daniel levantó la vista. Marcus no podía irradiar arrogancia, pero por otra parte jamás la tuvo. Marcus era confiable, muy tranquilo, y en ese mismo momento, sus ojos tenían una resolución que él encontró reconfortante. Daniel asintió con la cabeza, luego se volvió hacia la ventana. Junto a él, su tía estaba manteniendo un flujo constante de nervioso parloteo mientras apretaba la mano de Frances.

Frances seguía diciendo:





—Yo no lo veo. Aún no veo su coche. —A pesar de que Daniel le había dicho más de una vez que aún no habían llegado a Hampstead.

—¿Estás segura de que serás capaz de reconocer el carro? —preguntó Lady Pleinsworth a Frances con dudoso ceño fruncido—. Para mí uno se parece mucho al otro. A menos que haya una cresta...

—Tiene una divertida barra en él —dijo Frances—. Lo reconoceré.

—¿Qué quieres decir con una divertida barra? —preguntó Daniel.

—No lo sé —dijo con un encogimiento de hombros—. No creo que haga nada. Es solo para la decoración. Pero es dorada y con remolinos en ella — Hizo un gesto con la mano, y le trajo a la mente el cabello de Anne la noche anterior, cuando tenía torcido sus húmedos cabellos en un espeso rollo.

—En realidad —dijo Frances—, me recuerda a un cuerno de unicornio.

Daniel se sintió sonreír. Se volvió hacia su tía.

—Ella va a reconocer el coche.

Aceleraron pasando varias de las aldeas periféricas de Londres, llegando finalmente a la pintoresca localidad de Hampstead. A lo lejos, Daniel podía ver el salvaje verde del famoso Heath. Era una enorme extensión de tierra, poniendo a los parques de Londres en vergüenza.

—¿Cómo quieres hacer esto? —preguntó Hugh—. Podría ser mejor ir a pie.

—¡No! —Lady Pleinsworth se volvió hacia él con visible hostilidad—. Frances no va a salir del coche.

—Vamos a ir hasta la calle —dijo Daniel—. Todo el mundo buscará hoteles y casas públicas, en cualquier lugar donde Chervil pudiera haber alquilado una habitación. Frances, tú busca el coche. Si no encontramos nada, vamos a empezar en los callejones más pequeños.



Hampstead parecía tener un notable número de posadas. Pasaron el Rey Guillermo IV a la izquierda, la Casa con Tejado de paja a la derecha, luego el Acebo y Arbusto a la izquierda de nuevo, pero a pesar de que Marcus bajó de un salto para mirar alrededor o en la parte posterior en búsqueda de algo parecido al coche "unicornio" que Frances había descrito, no encontraron nada. Solo para estar seguros, Marcus y Daniel entraron en cada una de las posadas y les preguntaron si habían visto a alguien a tono con las descripciones de Anne y George Chervil pero no tenían a nadie.

Y teniendo en cuenta la descripción que Frances les había dado de la cicatriz de Chervil, Daniel pensaba que Chervil se habría dado cuenta. Y recordaba.

Daniel saltó de nuevo en el coche, que estaba esperando en la calle, atrayendo una buena cantidad de atención por parte de los ciudadanos. Marcus ya había regresado, él y Hugh estaban hablando de algo en animados, pero tranquilos, tonos.

—¿Nada? —preguntó Marcus, mirando hacia arriba.

—Nada —confirmó Daniel.

—Ahí hay otra posada —dijo Hugh—. Está dentro de Heath, en el Camino de los Españoles. He estado allí antes. —Hizo una pausa—. Es más remota.

—Vamos —dijo Daniel sombríamente. Era posible que se hubieran perdido una posada cerca de la calle principal, pero siempre podían volver. Y Frances había dicho que Chervil había mencionado específicamente "Heath".

El coche aceleró, llegando cinco minutos más tarde a La Posada de los Españoles, que estaba sentada prácticamente en el páramo, sus ladrillos pintados de blanco y elegantes persianas negras en medio del desierto.

Frances señaló con el brazo y empezó a chillar.



Anne pronto descubrió por qué George había elegido esta posada en particular. Estaba en un camino que atravesaba Hampstead Heath, y aunque no era el único edificio en la carretera, era considerablemente el más aislado que los establecimientos en el centro de la aldea. Lo cual significaba que si lo programaba correctamente —lo que hizo— podía arrastrarla fuera del coche, a través de una puerta lateral y subir a su habitación sin que nadie se diera cuenta. Tenía ayuda, por supuesto, en la forma de su chofer, quien la vigilaría, mientras que George iba a recuperar su llave.

—No confío en ti para mantener la boca cerrada —gruñó George mientras empujaba una mordaza en su boca. Yéndose sin decir nada, Anne pensó que no podría preguntar muy bien al posadero por su llave mientras era acompañado por una mujer que tenía un maloliente trapo viejo en la boca. Por no hablar de las manos atadas detrás de su espalda.

George parecía ansioso de que ella supiera todos sus planes, así que mantuvo un monólogo jactancioso de como arregló la habitación a su agrado.

—He tenido esta habitación por una semana —dijo él, empujando una silla delante de la puerta—. No se suponía que te encontrara anoche en la calle sin mi carruaje.

Anne lo miró con horrorizada fascinación desde su lugar en el suelo. ¿Iba a culparla por eso?

—Otra cosa que has logrado arruinar para mí —murmuró.

Al parecer, lo estaba.

—Sin embargo, no importa —dijo—. Todo salió bien al final. Te encontré en la casa de tu amante, justo como esperaba que lo hiciera.



Anne observó mientras él miró a su alrededor, buscando otra cosa con la que bloquear la puerta. No había mucho, a menos que moviera la cama entera.

—¿A cuántos has tenido desde que te conocí? —preguntó, girando lentamente alrededor.

Anne negó con la cabeza. ¿De qué estaba hablando?

—Oh, me vas a decir —le espetó, se adelantó y arrancó la mordaza de su boca—. ¿Cuántos amantes?

Por un segundo Anne consideró gritar. Pero George estaba sosteniendo un cuchillo, cerró la puerta y colocó una silla frente a ella. Si alguien estaba cerca, y si esa persona se preocupaba por salvarla, George todavía sería capaz de cortarla en rebanadas antes de que llegara la ayuda.

—¿Cuántos? —exigió George.

—Ninguno —dijo Anne automáticamente. Parecía increíble que pudiera olvidarse de su noche con Daniel ante tal pregunta, pero lo que le vino primero a la mente fueron todos esos años de soledad, de no tener a un amigo, y mucho menos un amante.

—Oh, creo que Lord Winstead tendría algo que decir al respecto —se burló George—. A menos que... —Su boca se deslizó en una desagradable sonrisa alegre—. ¿Me estás diciendo que no podía hacerlo?

Era muy tentador darle a George un catálogo de todas las maneras en que Daniel lo había superado, pero en su lugar Anne solo dijo:

—Él es mi prometido.

George se rio de eso.

—Sí, si tú lo crees. Buen Dios, el hombre tiene mi admiración. Todo un truco. Y nadie va a tomar tu palabra sobre la suya después del hecho. —Hizo una pausa por un momento, luciendo casi melancólico—. Debe ser conveniente ser un Conde. Yo no podría haber salido con eso. —Él se iluminó—. Sin





embargo, como resulta ser, ni siquiera tuve que pedirlo. Todo lo que tuve que hacer fue decir “Te amo”, y no solo me creíste, pensaste que significaba que me casaría contigo.

Él la miró y chasqueó la lengua.

—Chica tonta.

—No voy a estar en desacuerdo contigo en ese punto.

Tenía la cabeza inclinada, y la miró con aprobación.

—Oh, nos hemos vuelto sabios en nuestra vejez.

En este punto Anne se había dado cuenta de que tenía que mantener hablando a George. Retrasó su ataque, y le dio tiempo de planear. Por no hablar de que cuando George estaba hablando, estaba generalmente jactándose, y cuando se jactaba, estaba distraído.

—He tenido tiempo para aprender de mis errores —dijo, tomando una rápida mirada a la ventana cuando él caminó hacia el armario para sacar algo. ¿A qué altura estaban? Si saltaba, ¿podría sobrevivir?

Él se dio la vuelta, al parecer no encontrando lo que estaba buscando, y se cruzó de brazos.

—Bueno, eso es agradable de escuchar.

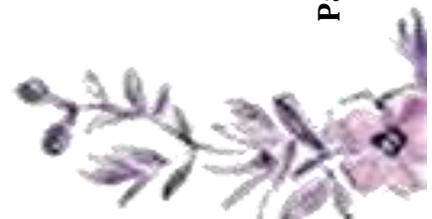
Anne parpadeó sorprendida. Él la miraba con una expresión que era casi paternal.

—¿Tienes hijos? —espetó ella.

Su expresión se convirtió en hielo.

—No.

Y así, Anne lo supo. Nunca había consumado su matrimonio. ¿Era impotente? Y si lo era, ¿él la culpaba de ello?





Ella le dio a su cabeza una pequeña sacudida. Qué pregunta más estúpida. Por supuesto que la culpaba por ello. Y querido Dios del cielo, finalmente comprendió el alcance de su ira. No era solo su rostro, a sus ojos, ella lo había castrado.

—¿Por qué estás sacudiendo tu cabeza? —exigió George.

—No lo estoy —respondió, y luego se dio cuenta de que estaba negando con la cabeza—. O no era mi intención. Es algo que hago cuando estoy pensando.

Tenía los ojos entrecerrados.

—¿En qué estás pensando?

—Tú —dijo, con toda sinceridad.

—¿En serio? —Por un momento pareció complacido, pero rápidamente dio paso a la sospecha—. ¿Por qué?

—Bueno, eres la única persona en la habitación. Tiene sentido que estuviera pensando en ti.

Dio un paso hacia ella.

—¿Qué estabas pensando?

¿Cómo en la tierra podía no haber notado cuán completamente absorto en sí mismo era? Por supuesto, ella había tenido solo dieciséis años, pero sin duda, había tenido más sentido que eso.

—¿Qué estabas pensando? —insistió, cuando ella no respondió de inmediato.

Consideró la manera de responder a esto. Desde luego, no podía decirle que había estado reflexionando sobre su impotencia, por lo que en lugar de eso dijo:

—La cicatriz no es tan terrible como creo que piensas que es.



Él resopló y volvió a lo que fuera que estaba haciendo.

—Solo estás diciendo eso para llegar a mi lado bueno.

—Yo diría eso para llegar a tu lado bueno —admitió ella, estirando el cuello para ver mejor sus actividades. Parecía estar reorganizando todo de nuevo, lo que parecía bastante inútil, ya que no había mucho en la habitación alquilada para reorganizar—. Pero como suele suceder —continuó Anne—, creo que es la verdad. No eres tan bonito como lo eras cuando éramos jóvenes, pero un hombre no quiere ser bonito, ¿verdad?

—Tal vez no, pero yo no conozco a nadie que quiera esto —George hizo un gran gesto sarcástico en su rostro, su mano barriendo hacia abajo de la oreja hasta la barbilla.

—Siento mucho haberte lastimado, ya sabes —dijo Anne, y para su gran sorpresa, se dio cuenta que era verdad—. No siento el haberme defendido, pero siento que fueras lesionado en el proceso. Si solo me hubieras dejado ir cuando lo pedí, nada de esto habría sucedido.

—Oh, ¿así que ahora es mi culpa?

Ella cerró su boca. No debería haber dicho lo último, y no iba a agravar su error al expresar lo que quería decir, que era básicamente: *Bueno, sí.*

Él esperó una respuesta, y cuando no tuvo una, murmuró:

—Vamos a tener que mover esto.

Oh querido Dios, él quería mover la cama.

Pero era una pieza enormemente pesada de mueble, no algo que pudiera moverse por su cuenta. Después de un minuto o así de empujones, gruñidos y una buena parte de maldiciones, se volvió hacia Anne y espetó:

—Ayuda, por el amor de Dios.

Sus labios se abrieron con incredulidad.





—Mis manos están atadas —le recordó.

George volvió a maldecir, luego se acercó y tiró de ella poniéndola de pie.

—No necesito tus manos. Solo acúñate a ti misma contra ella y empuja.

Anne no podía hacer nada más que mirar.

—De esta manera —mordió, apoyando su parte inferior contra el borde de la cama. Plantó los pies sobre la alfombra raída, y luego usó su peso para empujar contra ella. La gran cama se tambaleó hacia adelante, alrededor de tres centímetros.

—¿De verdad crees que voy a hacer eso?

—Creo que todavía tengo el cuchillo.

Anne giró los ojos y se acercó.

—Realmente no creo que esto vaya a funcionar —le dijo por encima del hombro—. Por un lado, mis manos están en el camino.

Él miró hacia abajo, donde sus manos estaban atadas, aún detrás de su espalda.

—Oh, maldito infierno —murmuró—. Ven aquí.

Ella estaba allí, pero Anne pensó que lo mejor era mantener esa ocurrencia.

—No intentes nada —le advirtió, y con un tirón, lo sintió deslizarse a través de sus ataduras, cortando la base de su dedo pulgar en el proceso.

—¡Ay! —gritó ella, llevando la mano a su boca.

—Oh, eso duele, ¿verdad? —murmuró George, con los ojos tomando un tono vidriado debido a la sed de sangre.

—Ya no más —dijo rápidamente—. ¿Vamos a mover la cama?



Él se rio entre dientes y tomó posición. Entonces, justo cuando Anne se estaba preparando para pretender estar tratando con todas sus fuerzas empujar la cama contra la puerta, George repentinamente se enderezó.

—¿Debo cortarte primero? —Se preguntó en voz alta—. ¿O tener un poco de diversión?

Anne miró a la parte delantera de sus pantalones. No pudo evitarlo. ¿Era impotente? No veía ninguna evidencia de una erección.

—Oh, eso es lo que quieres hacer —alardeó. Él le agarró la mano y tiró de ella hacia él, obligándola a sentir a través de la tela—. Algunas cosas nunca cambian.

Anne trató de no atragantarse mientras él frotaba la mano izquierda de ella, más o menos por encima de su entrepierna. Incluso con la ropa puesta, estaba enfermándola, pero era mucho mejor que tener su rostro abierto por un corte.

George empezó a gemir de placer, y luego, para horror de Anne, ella sintió algo empezando a... suceder.

—Oh, Dios —gimió George—. Oh, eso se siente bien. Ha pasado tanto tiempo. Tan malditamente tanto...

Anne contuvo el aliento mientras lo observaba. Tenía los ojos cerrados, y parecía casi en trance. Ella miró su mano: la que sostenía el cuchillo. ¿Era su imaginación, o no estaba sosteniéndolo con tanta fuerza? Si ella lo agarraba... ¿Podría agarrarlo?

Anne apretó los dientes. Dejó que sus dedos se movieran un poco, y luego, justo mientras George dejó escapar un profundo y largo gemido de placer, ella hizo su movimiento.

# Capítulo 22

*Traducido por Nanami27 y Kathesweet*

*Corregido por La BoHeMiK*



se es! —gritó Frances. Su delgado brazo sobresalía salvajemente hacia delante—. Ese es el carruaje. Estoy segura de ello.

Daniel giró su cuerpo alrededor para seguir la dirección de Frances. Efectivamente, un pequeño carruaje bien hecho estaba estacionado cerca de la posada. Era negro estándar, con una barra de oro decorativa alrededor de la parte superior. Daniel jamás había visto algo parecido antes, pero podía ver exactamente por qué Frances había dicho que le recordaba a un cuerno de unicornio. Si cortabas la longitud correcta del mismo y afilabas el final, haría una maravillosa añadidura para un disfraz.

—Vamos a permanecer en el carruaje —reafirmó Lady Winstead justo cuando Daniel se estaba volviendo hacia las señoras para dar instrucciones.

Daniel le dio una inclinación de cabeza, y los tres hombres bajaron de un salto.

—Protegerán este carruaje con sus vidas —dijo a los escoltas, y luego entró rápidamente a la posada.

Marcus estaba justo detrás de él, y Hugh lo había alcanzado para el momento en que Daniel había terminado de interrogar al posadero. Sí, había visto a un hombre con una cicatriz. Él había tenido un cuarto aquí por una





semana, pero no lo usó cada noche. Había venido a la recepción por su llave solo un cuarto de hora antes, pero no había ninguna mujer con él.

Daniel golpeó con una moneda de oro sobre el mostrador.

—¿Cuál es su cuarto?

Los ojos del posadero se ensancharon.

—Número cuatro, su Señoría. —Puso su mano sobre la moneda de oro y la deslizó a lo largo del mostrador hacia el borde, hasta que pudo recogerla. Aclaró su garganta—. Yo podría tener una llave de repuesto.

—¿Podría?

—Podría.

Daniel sacó otra moneda. El posadero sacó una llave.

—Espera —dijo Hugh—. ¿Hay alguna otra entrada al cuarto?

—No. Solo la ventana.

—¿A qué altura está del suelo?

Las cejas del posadero se levantaron.

—Demasiado alto para colarse a menos que subieran al árbol de roble.

Hugh se giró inmediatamente hacia Daniel y Marcus.

—Lo haré —dijo Marcus, y se dirigió a la puerta.

—Probablemente no será necesario —dijo Hugh, mientras seguía a Daniel por las escaleras—, sin embargo, prefiero ser cuidadoso.

Daniel no iba a discutir con “cuidadoso.” Especialmente no de parte de Hugh, quien se percataba de todo. Y jamás olvidaba algo.





Cuando vieron la puerta del cuarto cuatro al final del pasillo, Daniel corrió inmediatamente hacia adelante, pero Hugh puso una mano sobre su hombro.

—Escucha primero —aconsejó.

—Nunca has estado enamorado, ¿verdad? —respondió Daniel, y antes de que Hugh pudiera responder, él giró la llave en la cerradura y abrió la puerta de una patada, despachando una silla ruidosamente en la habitación.

—¡Anne! —gritó, incluso antes de verla.

Pero si ella gritó su nombre, se perdió en un grito de sorpresa cuando la silla la alcanzó directamente en las rodillas y ella salió volando, sus dedos arañando como loca por algo que voló de sus manos.

Un cuchillo.

Daniel se abalanzó sobre él. Anne se abalanzó sobre él. George Chervil, quien había estado haciendo una danza desesperada con Anne, reboto su peso de un pie a otro mientras el cuchillo se le salía de las manos; se lanzó por el mismo totalmente.

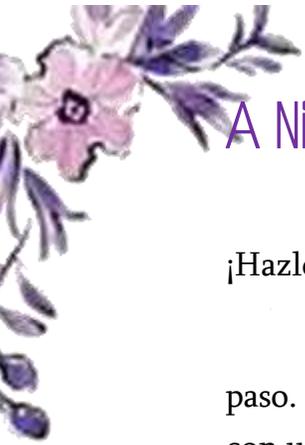
De hecho, todo el mundo fue tras el cuchillo excepto Hugh, quien, inadvertido a todos, estaba de pie en la puerta con una pistola adiestrada encima de Chervil, pareciendo casi aburrido.

—Yo no lo haría si fuera tú —dijo Hugh, pero George agarró el cuchillo de todos modos, y luego saltó encima de Anne, que aún seguía escarbando en el suelo, después de haber perdido la carrera por el arma por escasos centímetros.

—Dispárame y ella muere —dijo George, sosteniendo la hoja peligrosamente cerca de la garganta de Anne.

Daniel, quien se había lanzado instintivamente hacia adelante, patinó para detenerse. Puso su arma en el suelo y entonces la deslizó detrás de él.





—Aléjate —dijo George, agarrando el cuchillo como un martillo—. ¡Hazlo!

Daniel asintió, sosteniendo sus manos en alto mientras retrocedía un paso. Anne yacía boca abajo en el suelo, y George estaba a horcajadas sobre ella, con una mano en la empuñadura de su cuchillo, y la otra agarrando su cabello.

—No la lastimes, Chervil —advirtió Daniel—. No quieres hacer esto.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas. Deseo mucho hacer esto. —Tocó la hoja ligeramente contra la mejilla de Anne.

Los intestinos de Daniel se revolvieron.

Pero George no la había hecho sangrar. Parecía estar disfrutando su momento de poder, y dio un tirón más fuerte del cabello de Anne, levantando su cabeza en lo que parecía ser una posición terriblemente incómoda.

—Vas a morir —prometió Daniel.

George se encogió de hombros.

—Ella lo hará también.

—¿Qué hay de tu esposa?

George lo miró fijamente.

—Hablé con ella esta mañana —dijo Daniel, manteniendo su mirada firmemente en el rostro de George.

Quería desesperadamente mirar a Anne, encontrarse con sus ojos. Podía decirle que la amaba sin palabras. Ella lo sabría; solo tenía que mirarla. Pero no se atrevió. Mientras estuviera mirando a George Chervil, este a su vez lo estaría mirando a él. Y no a Anne. O al cuchillo.

—¿Qué le dijiste a mi esposa? —siseó George, pero un destello de inquietud pasó por su rostro.



—Ella parece ser una mujer encantadora —dijo Daniel—. ¿Qué le pasará a ella, me pregunto, si mueres aquí, en una posada pública, a manos de dos Condes y el hijo de un Marqués?

La cabeza de George se sacudió mientras se volvía hacia Hugh, justo entonces dándose cuenta de quién era.

—Pero lo odias —dijo—. Él te disparó.

Hugh se encogió de hombros.

George palideció, y empezó a decir algo, solo para interrumpirse con:

—¿Dos Condes?

—Hay otro —dijo Daniel—. Por si acaso.

George comenzó a respirar con dificultad, sus ojos saltando de Daniel a Hugh, y de vez en cuando a Anne. Daniel podía ver que estaba empezando a sudar. Estaba llegando a su límite, y el límite era siempre un lugar peligroso para estar.

Para todos.

—Lady Chervil estará arruinada —dijo Daniel—. Echada de la sociedad. Incluso su padre no será capaz de salvarla.

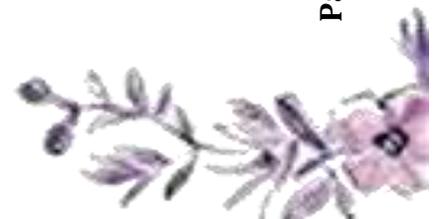
George comenzó a temblar. Daniel finalmente se permitió robar una mirada a Anne. Ella estaba respirando con dificultad, claramente asustada, y sin embargo, cuando sus ojos se encontraron...

*Te amo.*

Era como si lo hubiera dicho en voz alta.

—El mundo no es amable con las mujeres que han sido expulsadas de sus hogares —dijo Daniel en voz baja—. Pregúntale a Anne.

George estaba empezando a flaquear; Daniel podía verlo en sus ojos.





—Si la dejas ir —él prometió—, vivirás.

Viviría, pero no en cualquier lugar de las Islas Británicas. Daniel no se lo permitiría.

—¿Y mi esposa?

—Te dejaré todas las explicaciones a ti.

La cabeza de George tembló, como si su cuello hubiera estado demasiado apretado. Sus ojos estaban parpadeando furiosamente, y entonces, por un momento, los cerró, y...

—¡Me disparó! ¡Oh Dios mío, me disparó!

La cabeza de Daniel giró bruscamente mientras se daba cuenta que Hugh había disparado su arma.

—¿Eres un loco sanguinario? —espetó, así como se adelantó para arrebatar a Anne lejos de George, quien ahora estaba rodando por el suelo, aullando de dolor mientras apretaba su mano ensangrentada.

Hugh entró cojeando en el cuarto y miró a George.

—Es solo un rasguño —dijo desapasionadamente.

—Anne, Anne —dijo Daniel con voz ronca. Todo el tiempo que había estado cautiva por George Chervil, él había mantenido su terror contenido. Había estado de pie, recto, con músculos tensos, pero ahora, ahora que estaba a salvo...

—Pensé que podía perderte —jadeó, abrazándola tan cerca como le fue posible. Hundió la cara en el hueco de su hombro, y para su mortificación, se dio cuenta que estaba empapando el vestido con sus lágrimas—. No lo sabía... no creo haberlo sabido...

—Por cierto, no le habría disparado —dijo Hugh, acercándose a la ventana. George gritó cuando él “accidentalmente” le pisó la mano.





—Eres un loco sanguinario —dijo Daniel, su indignación cortando recto a través de sus lágrimas.

—O —dijo claramente Hugh—, nunca he estado enamorado. —Miró a Anne—. Eso deja a uno más lúcido. —Hizo un gesto a su arma—. Mejor objetivo, también.

—¿De qué está hablando? —susurró Anne.

—Rara vez lo sé —admitió Daniel.

—Tengo que dejar entrar a Chatteris —dijo Hugh, silbando mientras arrancaba la ventana para abrirla.

—Está loco —dijo Daniel, alejándose solo lo suficiente de Anne para acunar su rostro entre las manos. Se veía tan hermosa, preciosa, y viva—. Está completamente loco.

Sus labios temblaron en una sonrisa.

—Pero eficaz.

Daniel sintió que algo empezaba a retumbar en su vientre. Risa. Querido Dios, tal vez estaban todos locos.

—¿Necesitas una mano? —gritó Hugh, y ambos giraron hacia la ventana.

—¿Está Lord Chatteris en un árbol? —preguntó Anne.

—En el nombre de Dios, ¿qué está pasando? —exigió Marcus, mientras entraba en el cuarto—. Escuché disparos.

—Hugh le disparó —dijo Daniel, señalando con la cabeza hacia Chervil, que intentaba arrastrarse hacia la puerta. Marcus se acercó inmediatamente y le cerró el paso—. Mientras él estaba sosteniendo a Anne.

—No te he oído decir gracias todavía —dijo Hugh, mirando por la ventana sin ninguna razón para que Daniel pudiera discernir.





—Gracias —dijo Anne. Hugh se dio la vuelta, y ella le dio una sonrisa tan brillante que en realidad él comenzó a sonreír.

—Bueno, ahora... —dijo torpemente, y Daniel tuvo que sonreír. El aire cambiaba cuando Anne estaba en el cuarto.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Marcus, siempre veía los asuntos prácticos a mano. Se agachó y recogió algo del suelo, lo consideró por un momento, y se inclinó junto a George.

—¡Ay! — aulló George.

—Atar sus manos —confirmó Marcus. Echó un vistazo a Anne—. ¿Estoy asumiendo que esto era lo que usaba para atar las tuyas?

Ella asintió

—¡Eso duele!

—No deberías haberte disparado tú mismo —dijo Marcus. Sin compasión. Se giró a mirar a Daniel—. Tenemos que decidir qué hacer con él.

—Prometiste que no me matarías —se quejó George.

—Prometí que no te mataría si la dejabas ir —le recordó Daniel.

—Lo que hice.

—Después de que te disparé —replicó Hugh.

—No vale la pena que lo maten —dijo Marcus, tirando con fuerza de las ataduras—. Habrá preguntas.

Daniel asintió, agradecido por la mente ecuánime de su amigo. Aun así, no estaba muy listo para permitir que Chervil dejara de sentir miedo. Con un beso rápido en la parte superior de la cabeza de Anne, Daniel se puso de pie.

—¿Puedo? —le dijo a Hugh, extendiendo su mano.

—La recargué —murmuró Hugh, entregándole su arma.





—Sabía que lo harías —murmuró Daniel. Se acercó a George.

—¡Dijiste que no me matarías! —George se estremeció.

—No lo haré —dijo Daniel—. Al menos, no hoy. Pero si te veo otra vez en algún lugar cerca de Whipple Hill, te mataré.

George asintió furiosamente.

—De hecho —continuó Daniel, agachándose y recogiendo el cuchillo que Hugh había lanzado hacia él—, si te veo en algún lugar cerca de Londres, te mataré.

—¡Pero vivo en Londres!

—Ya no, no es así.

Marcus se aclaró la garganta.

—Tengo que decirlo, no lo quiero en Cambridgeshire.

Daniel miró sobre su hombro a su amigo, le dio un asentimiento, luego se giró de nuevo hacia Chervil.

—Si vas a algún lugar cerca a Cambridgeshire, él te matará.

—Si puedo hacer una sugerencia —dijo Hugh en voz baja—, podría ser más fácil para todos los interesados si extendemos la prohibición a todas las Islas Británicas.

—¿Qué? —se quejó George—. No pueden...

—O podríamos matarte —dijo Hugh. Miró sobre su hombro a Daniel—. Podrías ofrecer un consejo sobre vivir en Italia, ¿no es así?

—Pero no sé italiano —lloriqueó George.

—Aprenderás —dijo Hugh bruscamente.





Daniel miró abajo hacia el cuchillo en sus manos. Estaba peligrosamente afilado. Y había estado apenas a unos centímetros de la garganta de Anne.

—Australia —dijo con firmeza.

—Bien —dijo Marcus, poniendo de pie a George de un tirón—. ¿Debemos encargarnos de él?

—Por favor háganlo.

—Tomaremos su carruaje —dijo Hugh. Y entonces les lanzó una rara sonrisa—. El que tiene cuerno de unicornio.

—El unicornio... —repitió Anne desconcertada. Se giró hacia Daniel—. ¿Frances?

—Ella salvó el día.

—¿Entonces no está herida? Tuve que empujarla del carruaje, y yo...

—Está bien —le aseguró Daniel, deteniéndose por un momento para observar a Hugh y Marcus despedirse mientras arrastraban a Chervil—. Un poco sucia, y creo que mi tía pudo haber perdido cinco años de su vida, pero está bien. Y una vez que te vea... —Pero no pudo terminar. Anne había empezado a llorar.

Daniel inmediatamente se arrodilló a su lado, acercándola a él.

—Todo está bien —murmuró—. Todo va a estar bien.

Anne sacudió la cabeza.

—No, no es así. —Levantó la mirada, sus ojos brillando con amor—. Va a estar mucho mejor.

—Te amo —dijo él. Tenía la sensación de que diría esto con frecuencia. Durante el resto de su vida.

—Yo también te amo.





Tomó su mano y la llevó a sus labios.

—¿Te casarás conmigo?

—Ya te dije sí —dijo ella con una sonrisa curiosa.

—Lo sé. Pero quería preguntarte otra vez.

—Entonces acepto otra vez.

La acercó más, necesitando sentirla en sus brazos.

—Probablemente deberíamos bajar. Todos están preocupados.

Ella asintió, su mejilla frotándose ligeramente contra su pecho.

—Mi madre está en el carruaje, y la tía...

—¿Tu madre? —chillo Anne, echándose hacia atrás—. Oh, Dios mío, ¿qué debe pensar de mí?

—Que debes ser sorprendente, encantadora, y que si es muy muy agradable contigo, le darás una tonelada de nietos.

Anne sonrió astutamente.

—¿Si ella es muy agradable conmigo?

—Bueno, no hace falta decir que seré muy agradable contigo.

—¿Cuántos niños crees que hay en una tonelada?

Daniel sintió que su alma se aligeraba.

—Bastantes, me imagino.

—Tendremos que ser más laboriosos.

Se sorprendió a sí mismo por mantener una expresión seria.

—Soy un compañero bastante trabajador.





—Es una de las razones por las que te amo. —Tocó su mejilla—. Una de las muchas, muchas razones.

—Muchas, ¿eh? —Él sonrió. No, ya estaba sonriendo. Pero quizás ahora estaba sonriendo simplemente un poco más—. ¿Cientos?

—Miles —confirmó ella.

—Voy a tener que pedir un informe completo.

—¿Ahora?

¿Y quién dijo que las mujeres eran las únicas a las que les gustaba buscar cumplidos? Él estaba más que feliz de sentarse aquí y escucharla decir cosas encantadoras sobre él.

—Quizás solo las primeras cinco —dijo.

—Bueno... —Ella se quedó en silencio.

Y se quedó en silencio.

Él le lanzó una mirada seca.

—¿De verdad es tan difícil mencionar cinco?

Sus ojos estaban tan abiertos e inocentes que él casi le creyó cuando dijo:

—Oh, no, es solo que es un reto escoger mis favoritas.

—Aleatoriamente, entonces —sugirió él.

—Muy bien. —Su boca se arrugó a un lado mientras pensaba—. Está tu sonrisa. Adoro tu sonrisa.

—¡Yo también adoro tu sonrisa!

—Tienes un sentido de humor encantador.

—¡Igual tú!





Ella le lanzó una mirada severa.

—No puedo evitarlo si estás diciendo todas las razones buenas —dijo él.

—No tocas un instrumento musical.

Él la miró inexpresivamente.

—Como el resto de tu familia —aclaró—. Simplemente no sé si podría soportarlo, tener que escucharte practicar.

Se inclinó hacia adelante con una inclinación traviesa de su cabeza.

—¿Qué te hace pensar que no toco un instrumento?

—¡No tocas! —jadeó ella, y él casi pensó que podría estar lista para reconsiderar haberlo aceptado.

—No toco —confirmó—. Lo que no quiere decir que no haya tomado lecciones.

Ella lo miró inquisitivamente.

—Los chicos de la familia no son obligados a continuar las lecciones una vez se van a la escuela. A menos que muestren un talento excepcional.

—¿Has mostrado algún talento excepcional?

—Ni uno —dijo alegremente. Se puso de pie y extendió su mano. Era momento de ir a casa.

—¿No se supone que tengo que darte dos razones más? —preguntó, permitiéndole ayudarla a ponerse de pie.

—Oh, puedes decírmelas más tarde —dijo él—. Tenemos bastante tiempo.

—Pero acabo de pensar en una.

Él se giró con un ceño burlón.





—Lo dices como si tomara un gran esfuerzo.

—En realidad es más un momento —dijo ella.

—¿Un momento?

Ella asintió, siguiéndolo afuera de la puerta hacia el pasillo.

—De la noche que nos conocimos por primera vez. Estaba preparada para dejarte en el salón trasero, ya sabes.

—¿Amorato y sangrando? —Intentó mostrarse escandalizado, pero en realidad su sonrisa arruinó el efecto.

—Perdería mi posición si era atrapada contigo, y ya había estado atrapada en ese depósito por Dios sabe cuánto tiempo. De verdad no tenía tiempo para ayudarte a cuidar tus heridas.

—Pero lo hiciste.

—Lo hice —dijo ella.

—¿Por mi sonrisa atractiva y mi encantador sentido del humor?

—No —dijo con simpleza—. Por tu hermana.

—¿Honoría? —preguntó sorprendido.

—Estabas defendiéndola —dijo con un encogimiento de hombros—. ¿Cómo podía abandonar a un hombre que defendió a su hermana?

Para la incomodidad de Daniel, sus mejillas se pusieron calientes.

—Bueno, cualquiera lo habría hecho —murmuró.

A medio camino por las escaleras, Anne exclamó:

—¡Oh, pensé en otra! Cuando estábamos practicando la obra de Harriet. Habrías sido el jabalí si ella te lo hubiera pedido.

—No, no lo habría hecho.





Ella palmeó su brazo mientras salían.

—Sí, lo habrías hecho.

—Muy bien, lo habría hecho —mintió.

Ella lo miró con perspicacia.

—Crees que solo estás diciendo eso para aplacarme, pero sé que habrías sido un buen chico.

Querido Dios, ya parecían un viejo matrimonio.

—¡Oh, pensé en otra!

Él la miró, a sus ojos brillantes, tan llenos de amor, esperanza, y promesas.

—Dos, en realidad —dijo ella.

Él sonrió. Podía pensar en miles.





# Epílogo

*Traducido por Kathesweet*

*Corregido por Lizzie*

## *Otro año, otro musical Smythe-Smith*

— reo que Daisy debería moverse a la derecha —murmuró Daniel al oído de su esposa—. Sarah parece como si quisiera arrancarle la cabeza de un mordisco.

Anne lanzó una mirada nerviosa hacia Sara, que, habiendo usado su única excusa posible el año pasado, estaba de vuelta en el escenario, en el piano...

Masacrando las teclas.

Anne sólo podía deducir que ella había decidido que la furia era preferible a la miseria absoluta. Solo Dios sabía si el piano sobreviviría el encuentro.

Incluso peor estaba Harriet, que había sido reclutada este año para reemplazar a Honoria, que, como la nueva Lady Chatteris, ya no tenía que actuar.

Matrimonio o muerte. Esas eran las únicas formas de escape, Sarah le había dicho sombríamente a Anne el día anterior cuando Anne se había detenido a ver cómo iba el ensayo.





La muerte de quién, Anne no estaba segura. Cuando Anne había llegado, Sarah de alguna manera había conseguido el arco del violín de Harriet y estaba blandiéndolo como una espada. Daisy estaba gritando, Iris estaba gimiendo, y Harriet había estado jadeando de felicidad mientras escribía todo eso para usarlo en el futuro en una obra.

—¿Por qué Harriet está hablando sola? —preguntó Daniel, su susurro trayendo de vuelta al presente a Anne.

—No sabe cómo leer música.

—¿Qué?

Varias personas miraron en su dirección, incluyendo a Daisy, cuya Mirada solo podía ser descrita como homicida.

—¿Qué? —repitió Daniel, en voz más baja.

—No puede leer música —susurró de vuelta Anne, manteniendo sus ojos cortésmente sobre el concierto en despliegue—. Ella me dijo que nunca había sido capaz de aprender. Hizo que Honoria escribiera las notas y entonces las memorizó. —Miró a Harriet, que estaba murmurando las notas tan claramente que incluso los invitados en la fila trasera podrían darse cuenta con seguridad de que tocaría —o más bien, intentaría tocar— B-flat.

—¿Por qué no podía simplemente leer las letras que Honoria escribió para ella?

—No lo sé —admitió Anne. Sonrió en tono alentador a Harriet, que sonrió como respuesta.

Ah, Harriet. Uno de verdad tenía que quererla. Y Anne lo hacía, incluso más ahora que era un miembro de la familia. Le encantaba ser una Smythe-Smith. Le encantaba el ruido, y la corriente constante de primas en su sala de dibujo, y lo encantadores que habían sido todos con su hermana Charlotte cuando había venido de visita más temprano esa primavera.





Pero lo mejor de todo, adoraba ser una Smythe-Smith que no tenía que presentarse en el musical. Porque a diferencia del resto de la audiencia, cuyos gemidos y gruñidos Anne podía escuchar claramente a su alrededor, ella sabía la verdad:

Era mucho, mucho peor estar arriba en el escenario que estar en los asientos.

Sin embargo...

—No me atrevo a perderle todo el afecto al concierto —le susurró a Daniel.

—¿De verdad? —Él hizo una mueca cuando Harriet hizo algo indecible con su violín—. Porque yo no me atrevo a perder todo el afecto por mi oído.

—Pero sin el musical, nunca nos habríamos conocido —le recordó ella.

—Oh, creo que te habría encontrado.

—Pero no una noche como esta.

—No. —Él sonrió y tomó su mano. Era increíblemente inapropiado, y no algo que las parejas casadas hicieran en público, pero a Anne no le importó. Entrelazó sus dedos con los suyos y sonrió. Y ya no le importó que Sarah estuviera machacando las teclas del piano o que Harriet hubiera empezado a recitar sus notas tan fuerte que la primera fila de la audiencia podía escucharla hablar.

Ella tenía a Daniel, y estaba sosteniendo su mano.

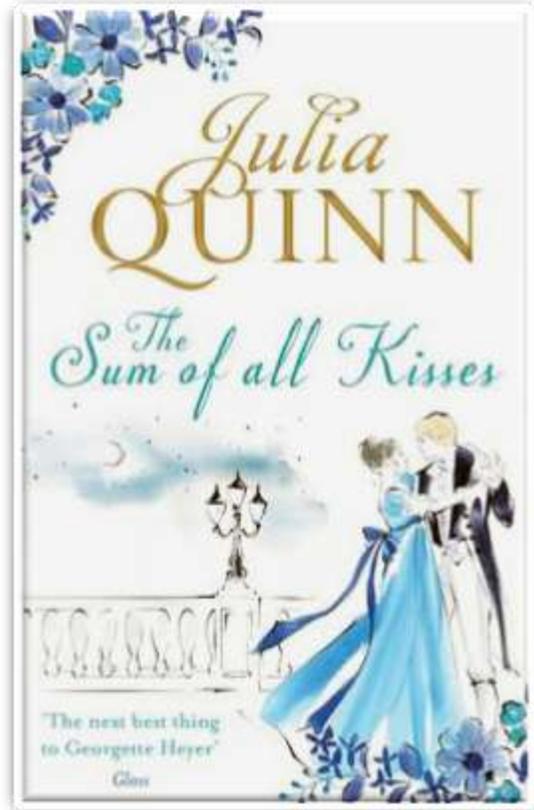
Eso realmente era todo lo que importaba.

FIN



# The Sum of All Kisses

(Smythe-Smith Quartet #3)



*S*ugh  
Prentice  
nunca ha

tenido paciencia para las mujeres dramáticas, y si Lady Sarah Pleinsworth alguna vez ha estado familiarizada con las palabras timidez o retracción, hace tiempo que las arrojó por la ventana. Además, un duelo imprudente ha dejado a este brillante matemático con una pierna arruinada, y ahora nunca podría cortejar a una mujer como Sarah, mucho menos soñar con casarse con ella.

Sarah nunca ha perdonado a Hugh por el duelo que luchó y casi destruyó a su familia. Pero incluso si pudiera encontrar una manera de perdonarlo, no importaría. A ella no le preocupa que su pierna sea menos que perfecta, es su personalidad la que no puede tolerar. Sin embargo, obligados a pasar una semana en cercana compañía descubren que las primeras impresiones no siempre son confiables. Y cuando un beso lleva a dos, tres y cuatro, el matemático puede perder la cuenta, y la dama puede, por primera vez, encontrarse a sí misma sin palabras...

# Julia Quinn



Durante su último curso en la Universidad, Julia Quinn (más conocida en el ciberespacio como JuliaQ), se dio cuenta que había errado su camino en la vida. Esto la deprimió. Así que lo que hacía era sentarse con una tina grande de Ben & Jerry y un buen libro y decidió pensar qué hacer. Lo de buscar trabajo no le atraía nada, pero nada de nada, no se imaginaba trabajando. Además, lo de la escuela de derecho cada vez le parecía peor idea, todo el mundo odia a los abogados... La escuela de comercio tampoco es una buena opción ya que solo te admiten si has trabajado como mínimo dos años... Hasta que un día *jaja!* decidió ser médico, así que dejando de lado su título en Arte se dedicó a estudiar cuanto tiempo tardaría en acabar la carrera y resultó que tendría que estudiar dos años de ciencias antes de ENTRAR a estudiar medicina. Así que, desesperada se tiró al helado, y miró el libro que había al lado. Era un romance, y pensó “*Seguro que puedo escribir uno de estos*”.

Y lo hizo. Dos años después, mientras decidía si entraba en Yale o en Columbia, la llamó su agente y le dijo que sus dos primeras novelas: *SPLENDID* y *DANCING AT MIDNIGHT*, eran motivo de una guerra descarnada entre dos editoriales. Así que aplazó un año entrar en medicina y escribió: *MINX*, tras lo cual lo dejó otro año y medio y escribió: *EVERYTHING AND THE MOON*.

Pensando que quizás se estaba precipitando al dedicarse a escribir, comenzó sus clases de medicina al fin, pero pocos meses después se dio cuenta de que este no era su futuro, lo dejó y volvió a escribir. Sus novelas ganaron adeptos en poco tiempo, considerándose sus diálogos como de los mejores en la novela romántica. En los últimos tres años, su carrera va en crescendo, vendiendo por millones sus libros y ganando, o casi, los más importantes premios románticos.



# Créditos:

## Moderadoras:

Sheilita Belikov      Lizzie

## Traductores:

AariS	Carmen170796	Shadowy
ateh	Sheilita Belikov	Lalaemk
Aria25	Maru Belikov	electra
LizC	MaryLuna	nanami27
Lizzie	Susanauribe	Elenp
Vero	Liseth Johanna	Yanli
rihano	Kathesweet	kris sc15
	Mari NC	

## Correctoras:

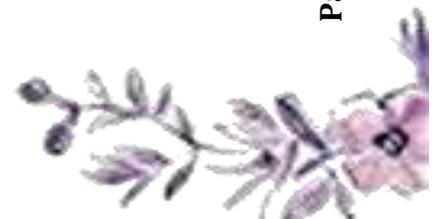
Lizzie	Liseth Johanna	Mari NC
Akanet	La BoHeMiK	Marina012

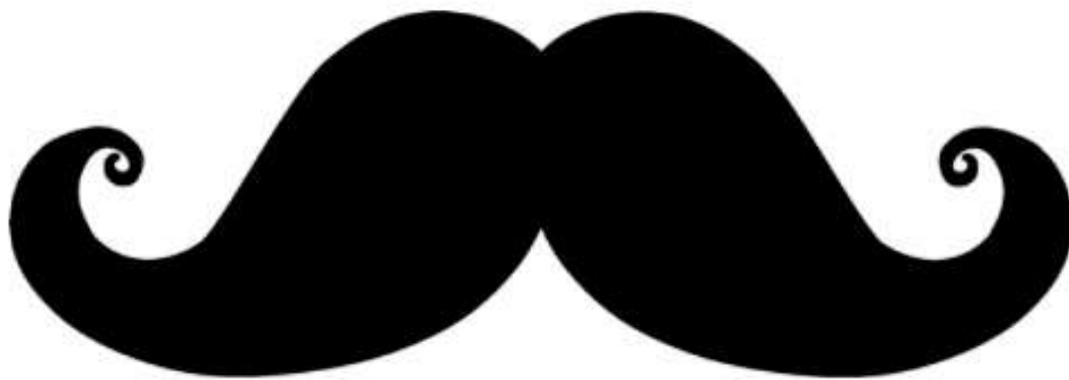
## Recopilación y Revisión:

Lizzie

## Diseño:

Lizzie





visítanos para más lecturas en:

[www.bookzingaforo.com](http://www.bookzingaforo.com)

o

[www.bookzinga.foroactivo.com](http://www.bookzinga.foroactivo.com)

¡Te Esperamos!